
UNA
NOCHE
ANNA MAY

Una Noche

Entre el pasado y el deseo

Anna May

Anna May

1ª edición 2025

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Gracias

Capítulo Uno

Grace

Nada dura para siempre.

Las relaciones terminan, las amistades se distancian, los cruceros atracan, el reloj marca la medianoche y la carroza vuelve a convertirse en calabaza. Cada fiesta, por mágica que sea, acaba con alguien barriendo confeti del suelo.

Lo único que queda al final del día son los recuerdos. Por eso he dedicado mi vida a diseñar eventos que dejen a la gente solo escenas brillantes para recordar. Por ese motivo estaba en la playa de Santa Lucía, aprovechando mis preciosos dos días de desembarco para crear recuerdos que pudiera llevarme de vuelta al barco.

Como organizadora de eventos en un crucero de lujo, tenía la oportunidad de ayudar a la gente a crear recuerdos que perdurarían mucho después de haber desembarcado. Lo había hecho todo, desde fiestas de cumpleaños hasta celebraciones para todo el barco, desde cabarets hasta fastuosas fiestas de Nochevieja. Lo único que todavía no había organizado era una boda, pero no celebrábamos bodas en el barco; tenía más bien ambiente de luna de miel o de aniversario.

—¡Grace! Vamos, está oscureciendo —gritó Katie, mi compañera del barco y lo más parecido a una amiga que tenía, desde el centro de la playa.

Me dije a mí misma que estaba tomándome mi tiempo para disfrutar de la puesta de sol tropical. Que esa era la única razón por la que no seguía al resto de la tripulación a lo largo de la idílica costa. El sol se sumergía profundamente en el horizonte, tiñendo el cielo de dorado y rosa, mientras las olas lamían perezosamente la orilla. El aire olía a sal y a arena calentada por el sol, pero mis pulmones se sentían estrechos, como si no pudiera respirar completamente.

Obligué a mis piernas a moverse y seguí a los demás a cierta distancia, hundiendo los dedos de los pies en la arena húmeda mientras observaba cómo los otros avanzaban, con sus risas agudas y brillantes contra el constante rumor de la marea. Se movían con el despreocupado entusiasmo que yo deseaba poder sentir, y ya hablaban sobre lo que encontrarían en las cuevas.

Las cuevas.

Mi pulso latía con fuerza, sin estar en sintonía con el océano.

—Esto va a ser genial —dijo Katie mientras se cogía de mi brazo cuando la alcancé. Inclinó su rostro hacia el sol, su piel resplandecía de felicidad y ponche de ron—. ¿Puedes creer que nos haya tocado esto? Quiero decir, estamos en Santa Lucía. En una playa. Explorando cuevas marinas. Esto es material para la lista de deseos.

Me obligué a sonreír y esperé que pareciera convincente. —Bastante increíble, ¿verdad?

Katie me soltó para perseguir una ola y corrió como una niña a través de la espuma. Reduje mi ritmo, la arena se hacía cada vez más pesada bajo mis pies. Las oscuras aberturas de las cuevas se abrían en la distancia, talladas en los acantilados como heridas dentadas. Cuanto más nos acercábamos, más pequeña me sentía.

Era solo naturaleza. Solo una cueva, ahuecada por miles de años de agua golpeando contra la roca. Era completamente segura. Lo había comprobado en el mostrador de información del elegante alojamiento donde nos quedábamos por la noche. Tres veces.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas como si intentara abrir un agujero que encajara con el abismo al que estaba mirando.

Casi podía oír la voz de mi abuelo, cómo me había transmitido, con su torpeza habitual, la noticia que cambió mi vida.

Parpadee con fuerza y devolví los recuerdos a la caja donde pertenecían.

—Oye, ¿estás bien? —Katie había vuelto y su rostro pecoso estaba arrugado de preocupación.

—Sí. —La palabra raspó mi garganta—. Solo estoy cansada.

Katie entrecerró los ojos, poco convencida. Habíamos trabajado juntas en la misma línea de cruceros durante casi dos años, tiempo suficiente para que pudiera ver a través de mis maniobras de distracción ensayadas.

—No tienes que venir —dijo con suavidad.

Negué con la cabeza. —Todo bien, quiero ir.

No era cierto, pero quería que mis compañeros fueran felices. Trabajaban muy duro y se merecían ese descanso. No quería ser la razón por la que alguien se divirtiera menos, ni que Katie se quedara conmigo por sentirse culpable.

Además, ¿qué importaba fingir una hora más?

La entrada se acercaba, las sombras caían sobre la arena. Mi pecho se contrajo hasta que ya no podía distinguir si era el calor o el pánico lo que estaba ahogando mi respiración.

Tragué con dificultad. —Yo... no me gustan las cuevas —confesé. Mi voz era demasiado débil para atravesar el agua.

Katie frunció el ceño. —Espera, ¿qué?

Los demás ya estaban trepando por las rocas, sus voces resonaban en estallidos de emoción. Me lamí la sal de los labios e intenté de nuevo.

—No me gustan las cuevas —dije esta vez más alto. Las palabras sabían a fracaso. Ella no sabía nada de mi pasado, y yo no quería tener que explicarlo. La gente con la que trabajaba conocía la versión de mí que yo quería ser: relajada, trabajadora y siempre dispuesta a ayudar con una sonrisa en la cara. No quería ser un triste caso que inspirara lástima.

Katie ladeó la cabeza, la confusión cruzó por su rostro pecoso. —¿No te gustan las cuevas? —repitió, como si las palabras no encajaran bien juntas—. ¿Por qué entonces estás...? —Sus ojos se entrecerraron—. Grace.

Me forcé a sonreír, aunque mi pulso martilleaba contra mis costillas. —Está bien. De verdad. —Di un paso adelante ignorando cómo se me retorcía el estómago—. No quiero aguarle la diversión a nadie.

El ceño de Katie se hizo más profundo. —¿Aguarle la diversión? ¿De qué estás hablando? —Soltó una risa, pero era más de incredulidad que de diversión—. ¿Crees que alguien se sentiría decepcionado si no participas?

—Yo me sentiría decepcionada —dije. La confesión se me escapó antes de que pudiera contenerla.

La expresión de Katie se suavizó. —¿Pero por qué?

Abrí la boca y la volví a cerrar. ¿Por qué? Porque la gente me quiere cuando soy sencilla. Cuando participo en todo. Cuando sonrío y digo: *¡Claro, vamos a hacerlo!* Incluso cuando preferiría estar bien lejos.

Porque sé lo que es ser abandonada, y nunca he querido que nadie sienta que tiene que quedarse conmigo.

En lugar de decir todo eso, solté una risa. —Porque no quiero ser esa persona. La que frena a todo el mundo. La que hace que todo gire a su alrededor.

Katie gimió y se pasó la mano por su húmeda coleta. —Tú planeas eventos enteros para otras personas. Literalmente haces todo lo posible para no ser el centro de atención. —Señaló la entrada de la cueva, donde habían desaparecido los demás—. Nadie pensará mal de ti si te echas atrás.

Tragué con dificultad, mi garganta de repente se estrechó. —Solo quería...

—Vale, mira. —Dio un paso más cerca—. Si me dices que realmente quieres hacer esto, entraré contigo ahora mismo. Pero si lo haces solo porque crees que deberías...

Negó con la cabeza. —Esa no es una buena razón. No para esto. Francamente, no lo es para nada. Es tu día de permiso, deberías pasarlo divirtiéndote, no siguiendo al resto de nosotros para hacer algo que odias.

Mis uñas dejaban medias lunas marcadas en mis palmas. Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Pero la idea de realmente elegirme a mí misma, de abandonar, de admitir que no podía hacer esto... me hacía picar la piel.

Katie exhaló, su voz ahora más suave. —No tienes que demostrar nada.

Y justo ahí se me acabaron las fuerzas. No estaba segura de qué cedió primero, si mi terco orgullo o mis temblorosas piernas, pero exhalé y asentí. —Vale.

—¡Bien! En la cabaña hay un bar elegante y un restaurante. Podrías tomar algo, quizás ligar con algún tío bueno. —Movió las cejas sugestivamente—. O al menos dejar que alguno ligue contigo.

Resoplé, mientras el alivio y la vergüenza chocaban en mi pecho. —Poco probable.

Katie gimió. —Estás desperdiciando tus años de chica sexy.

—¿Mis qué?

—¡Tus años de chica sexy! Eres preciosa y no estás sacando provecho de ello. Tienes todo ese rollo del pelo castaño rojizo y los ojos verdes a tu favor. Si trabajaras con ello, aunque fuera un poco, serías la femme fatale en las fantasías de cualquier hombre. ¡Incluso tienes hoyuelos, por el amor de Dios!

Me retorcí ante el inesperado cumplido. —Por favor, yo nunca podría...— Ni siquiera quería pronunciarlo. No era seductora. Era demasiado inhibida como para ser algo que pudiera pasar por seductora. —Además, los tíos ven a una pelirroja y tienen todas esas expectativas de que debo ser fogosa y... puaj. No.

Pero tenía que admitir, aunque solo fuera para mí misma, que una parte de mí no tenía nada en contra de recibir un poco de atención. Solo lo suficiente para demostrar que no estaba completamente descartada. Podía ser tímida, pero no estaba exenta de ciertas necesidades.

En el barco, canalizaba esa energía en hacer el mejor trabajo posible e irme a la cama, demasiado exhausta para darme cuenta de lo vacía que estaba o de cuánto echaba de menos tener unos brazos a mi alrededor. Ocho años era mucho tiempo para vivir sin eso.

—Todos los demás a bordo están liados con pasajeros o entre ellos, y tú estás aquí coordinando la disposición de los bufés y leyendo a solas.— Suspiró dramáticamente. —Vive un poco.

Me mordí el labio para no explicar que los rollos me parecían sin sentido, que no podía soportar la idea de abrirme a alguien que desaparecería en el próximo puerto. Quería algo más que eso, algo más profundo. Algo duradero.

Nada dura para siempre.

Era imposible cuando tu vida existía en contratos de seis meses y puertos extranjeros. Esperar que alguien lidiara con eso era demasiado.

Demasiado.

Eso era lo último que quería ser.

Katie me abrazó una última vez. —Ve. Tómate algo afrutado y disfruta de tu día en tierra. Te contaré si encontramos tesoros piratas.

Observé cómo mis compañeros desaparecían en las sombras, sus risas se alejaban y distorsionaban. El alivio de no tener que entrar se manifestó de inmediato, como si alguien hubiera aflojado una cuerda demasiado tensa alrededor de mis costillas.

Pero el alivio no duró.

Me giré hacia el albergue, mi piel hormigueaba por el exceso de adrenalina y mi pulso seguía demasiado acelerado. Mis manos no dejaban de temblar. Me las metí bajo los brazos mientras caminaba, mantuve la cabeza gacha e intenté ignorar el sabor amargo de vergüenza que trepaba por mi garganta.

Debería haber aguantado. Debería haber sido más valiente.

Pero no lo fui.

Así que regresé sola al albergue.



El comedor del Sullivan Caribbean Lodge resplandecía con una cálida luz dorada, cada detalle cuidadosamente seleccionado para crear romanticismo. Faroles colgaban de las vigas de madera, sus llamas parpadeantes se reflejaban en los ventanales que daban al océano. La luz de las velas brillaba en las mesas, envolviendo a las parejas

en suaves e íntimos halos mientras se inclinaban el uno hacia el otro, sus voces quedas y llenas de promesas.

Removí mi bebida con el pequeño agitador de madera y observé cómo el hielo se derretía en el líquido rosado y afrutado. No podía recordar su nombre. Mi comida intacta se enfriaba frente a mí — algún plato de marisco artísticamente presentado que había pedido porque parecía lo apropiado cuando la escala incluía una estancia gratuita en un albergue de lujo.

Gracias a Dios me había puesto un vestido de cóctel antes de venir aquí, en lugar de los prácticos vaqueros y la camiseta que me había puesto cuando intentaba convencerme a mí misma de que podría superar repentinamente mi claustrofobia.

Debería haberme sentido feliz. No habría podido permitirme alojarme en un lugar como este si la compañía de cruceros no hubiera asumido la factura. En cambio, simplemente me sentía sola. Este lugar era increíblemente romántico; era un sitio que la gente elegía para lunas de miel o aniversarios.

Rodeé el tallo de mi copa con los dedos, sujetándolo con más fuerza de la necesaria.

No pertenecía a este lugar.

La camarera, una mujer de ojos amables y una placa de identificación que ponía Martine, me había preguntado si estaba esperando a alguien cuando me senté. Cuando le dije que no, sonrió con compasión y me trajo una bebida de cortesía.

Ahora miraba hacia aquí cada pocos minutos, como si estuviera intentando decidir si entablar una conversación trivial o dejarme seguir cociéndome a fuego lento.

Di un sorbo al cóctel, su dulzura se quedó adherida a mi lengua.

Las parejas a mi alrededor se difuminaban: manos entrelazadas sobre las mesas, bocados compartidos de postres, risas suaves.

Aparté mi plato y enroscé los dedos en mi regazo.

—¿Una noche difícil?

Di un respingo y casi volqué mi copa. Un hombre se deslizó en el taburete junto a mí, su voz era un zumbido profundo y rico que cortaba a través del ruido de las conversaciones.

Tampoco parecía que perteneciera a este lugar.

Su pelo oscuro estaba alborotado, como si hubiera pasado las manos por él durante todo el día. Su mandíbula era afilada, sombreada por una barba incipiente, y sus ojos —profundos y vigilantes— me miraban como si intentara ver a través de mí.

Llevaba una camisa blanca de lino, desabotonada lo suficiente como para mostrar un atisbo de piel brillante, y había algo desenfadado en él, algo que no encajaba con el lujo impecable del albergue.

Me removí en mi asiento. —Estoy bien.

Su boca se curvó, como si no me creyera. —No pareces estar bien.

Me puse tensa. —Esa es una pésima forma de ligar.

Se rio, profunda y cálidamente. —¿Quién ha dicho que estoy intentando ligar contigo?

Me giré hacia él y le lancé una mirada elocuente. —Te has sentado a mi lado y has comentado mi estado emocional. Perdóname por sacar conclusiones precipitadas.

Sonrió, lenta y relajadamente, y odié que provocara un aleteo en mi pecho.

—Buen punto —admitió. Llamó la atención de Martine, quien inmediatamente le sirvió un vaso de whisky sin preguntarle qué quería.

Hizo girar la bebida en su mano, pero no la probó. —¿Has venido con alguien? —preguntó. Su mirada se posó brevemente en mi plato intacto.

—No —jugaba con mi palito de madera removedor, haciéndolo girar entre mis dedos—. ¿Y tú?

Soltó una carcajada. —Definitivamente no.

Casi quise preguntar por qué, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. No quería saberlo. No quería conocer la triste historia que se escondía tras esos ojos oscuros e inquietos.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz, como si quisiera revelarme un secreto. —Déjame adivinar. Has venido aquí para relajarte, pero ahora te arrepientes porque este sitio es básicamente un nido de amor.

Aunque tenía razón, no pude evitar reírme.

Su sonrisa se ensanchó, triunfante. —Lo sabía.

Negué con la cabeza. —No es tan malo.

—Es repugnante —dijo, fingiendo horror mientras señalaba a la pareja más cercana—. Míralos. Van cogidos de la mano y se dan de comer el uno al otro. Es un atentado contra la decencia pública.

Me llevé los nudillos a la boca para contener la risa, y él me observó como si acabara de ganar algo.

Sus ojos se suavizaron y su voz se hizo más profunda.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien te hizo reír así?

Mi sonrisa se desvaneció, y mi pecho dolía como si hubiera clavado sus dedos directamente en la parte herida de mi corazón. Sabía exactamente cuánto tiempo había pasado.

—Debería irme —dije y me deslicé del taburete.

Rodeó mi muñeca con sus dedos —no con fuerza, solo lo suficiente para detenerme.

—Espera —dijo, su voz ahora más baja—. Lo siento. Fue demasiado. —Me soltó inmediatamente y levantó las manos en señal de rendición—. Quédate. O... no. Pero yo estaré aquí un rato más.

Se giró de nuevo hacia su bebida y dio un sorbo lento, como si le diera igual si me quedaba o me iba.

Vacilé un momento, algo pesado y frágil se desenredaba en mi pecho.

No era como los pasajeros del barco —esos que flirteaban conmigo como si fuera parte del paquete vacacional. No intentaba encandilarme para llevarme a su cama.

Él... simplemente me veía.

Como si reconociera la tristeza que intentaba ocultar, como si supiera lo que es cargar con un vacío.

Me senté de nuevo, con el corazón palpitando mientras me giraba hacia él.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Inclinó su copa, sus ojos brillaban a la luz de las velas.

—Quinton —lo dijo como si estuviera conteniendo algo, pero me daba igual si era un nombre falso. Mañana por la tarde estaría lejos de la isla.

—Grace.

Chocó su copa contra la mía. —Encantado de conocerte, Grace.

Su voz acariciaba mi nombre, cálida y pausada, como si lo estuviera memorizando. Debería haberme marchado. Debería haberme ido antes de que esto se convirtiera en algo de lo que pudiera arrepentirme.

Pero entonces sonrió —lentamente, con conocimiento, como si ya hubiera entendido que no lo haría.

Si nada es para siempre, al menos debería crear un recuerdo al que aferrarme.

Capítulo Dos

Grace

—¿Qué te trae a Santa Lucía? —pregunté mientras jugueteaba con la pajita de bambú de la piña colada que Quinton me había invitado. Era mejor que aquella bebida rosa que había tomado antes.

—Trabajo. —Se encogió de hombros. Lo último que parecía era un hombre de negocios. La ropa informal, el pelo despeinado, su actitud. Nada de eso resultaba profesional. Pero su respuesta no sonaba a mentira—. ¿Y tú?

—Técnicamente, también trabajo. —Sonreí—. Estoy en tierra y la compañía de cruceros para la que trabajo nos ha regalado una noche gratis aquí. Nunca podría haberme permitido un lugar como este.

—¿Nos? —preguntó antes de dar un sorbo a su whisky.

—A mis compañeros de barco y a mí —expliqué.

—Y aun así pasas la noche sola... —dijo, mientras sus ojos me recorrían como si fuera un enigma que intentara resolver—. ¿No te llevas bien con ellos?

—¿Qué? No, claro que sí. —Fruncí el ceño—. Son geniales. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque estás aquí sentada, torturándote sola entre parejas felices, en lugar de estar haciendo lo que sea que el resto de ellos esté haciendo ahora mismo.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en el resto de la tripulación en la cueva. Ya había oscurecido, probablemente ya estarían fuera haciendo una hoguera en la playa, tal como habían planeado. Podría haberme unido a ellos, pero no quería enfrentarme a preguntas sobre por qué no había ido con ellos a las cuevas.

—Quizás simplemente quería una noche para mí —dije mientras miraba hacia el centro del restaurante, donde algunas parejas bailaban lentamente al ritmo de una suave canción de reggae que no conocía. Parecían dolorosamente felices y enamorados.

—Eso también podrías haberlo tenido en tu habitación —observó él —. Eres demasiado amable para ser una de esas personas introvertidas que odian a la humanidad, así que ¿qué ocurre?

—¿Qué te hace pensar que soy amable? —pregunté, aunque tenía razón.

—Soy bueno juzgando a las personas, es uno de mis muchos talentos —dijo, reclinándose con confianza.

—Y tan modesto además —dije con tono pausado.

—Me esfuerzo. —Sonrió. Dio un largo trago a su bebida—. Todavía no has contestado a mi pregunta.

Respiré hondo. Podría haber mentido o haberle dado largas. Era un desconocido, no le debía ninguna explicación.

—Todos querían explorar las cuevas y yo no quería —respondí—. Las cuevas me dan miedo.

—¿Y esto era mejor? —preguntó, haciendo un gesto con el brazo para abarcar a todas las parejas felices. Ahora más de ellas bailaban lentamente. Era una escena romántica, todas esas parejas enmarcadas por las exuberantes hojas de las palmeras que rodeaban el restaurante, con el mar de fondo, brillando plateado bajo la luz de la luna.

—Creo que sí. —Me encogí de hombros. Era mejor que estar sola en mi habitación, sin más compañía que mis dolorosos recuerdos.

—Hmm —dijo, y sus ojos oscuros volvieron a examinarme. Le sostuve la mirada con seguridad—. Creo que necesitas divertirte un poco.

Pestañeé. —¿Qué?

—Ven a bailar conmigo —dijo, más como una orden que como una invitación. Me tendió la mano.

—Esta música es un poco... —dije, como si fuera el ritmo lento lo que me causaba problemas, y no la situación en sí. No conocía a Quinton. Bailar lento con él no parecía lo más apropiado.

—Tienes razón, es aburrida —dijo. Yo habría usado la palabra 'romántica'. Hizo un gesto a la camarera—. Martine, ¿podría cambiar la música por algo más movido?

Ella asintió, como si recibiera esa petición constantemente, luego manipuló algo detrás de la barra, y comenzó a sonar una canción cursi y animada. La habíamos puesto en bucle en el barco, siempre atraía a la pista de baile a los mayores de cincuenta, embriagados con daiquiris y con ganas de algo tropical con lo que bailar mientras navegaban por el Caribe.

—¿Y bien? —Quinton seguía con la mano extendida.

Dudé. —No sé... —No estaba precisamente con ganas de bailar, mis nervios seguían alterados por mi encuentro con la cueva.

—Vamos, enseñémosles a estas parejas enfermizamente monas lo que se pierden con su aburrida monogamia.

—Si lo pones así... —Me reí y cogí su mano.

Me llevó a la pista de baile, donde las parejas aún se estaban acostumbrando al cambio de ritmo. Nos colocó justo en el centro, listos para dar un espectáculo.

Quinton no dudó: tomó mi mano y me hizo girar antes de que tuviera la oportunidad de pensármelo mejor. Solté una risa sorprendida mientras giraba. Mi vestido atrapó el aire húmedo a mi alrededor.

—Esto me gusta más —dijo, mostrando una sonrisa triunfante mientras me atraía de nuevo hacia él.

La música era animada, un ritmo isleño familiar con el que era imposible quedarse quieto. Quinton se movía con una seguridad sin esfuerzo, su cuerpo ya en sintonía con el compás, y me descubrí intentando seguir su ritmo.

—No se me da especialmente bien —admití, mientras intentaba imitar sus pasos.

—Ese es el punto —dijo, su voz llena de diversión—. No se trata de hacerlo bien. Se trata de divertirse.

Solté una breve carcajada y agaché la cabeza cuando tropecé ligeramente. Pero Quinton me sujetó, sus manos proporcionaron equilibrio en mi cintura. El contacto envió un cálido escalofrío por mi columna, y por primera vez en la noche, dejé de pensar en lo que debería hacer y simplemente... me dejé llevar.

—Relájate, Grace —me provocó mientras nos movía a ambos al ritmo de la música—. Piensas demasiado.

—Ni siquiera me conoces —respondí sin aliento, tanto por el baile como por la forma en que sus dedos quemaban a través de la tela de mi vestido.

—Quizás no —me hizo girar otra vez, y esta vez no me resistí—. Pero te veo.

Un escalofrío me recorrió como si hubiera recibido una descarga eléctrica mientras miraba fijamente sus ojos oscuros y desafiantes.

—¿Ah, sí? —dije, aceptando el desafío en lugar de retirarme como solía hacer—. ¿Y qué crees que ves en mí?

Sus manos encontraron de nuevo mi cintura cuando me atrajo hacia él, esta vez más cerca. Su aliento era cálido en mi oído cuando habló.

—Eres responsable. Incluso un poco rígida, pero de una manera que solo te exige a ti misma y no a los demás. Apuesto a que pasas tanto tiempo intentando hacer felices a los demás que olvidas lo que realmente quieres. Mantienes a la gente a distancia porque tienes miedo de salir herida. ¿Una ruptura dolorosa, quizás?

Me tensé —solo por un segundo— pero él lo notó. Su agarre se aflojó ligeramente, como si me diera la oportunidad de retirarme.

No lo hice. Me quedé mirándole, sin palabras por un momento.

—¿Cómo has podido saber todo eso? —pregunté con el corazón acelerado.

—Se necesita uno para reconocer a otro —se encogió de hombros—. Por supuesto, mi terrible ruptura me ha dejado con un magnetismo al que pocas mujeres pueden resistirse y una alergia al compromiso tan grave que me salen sarpullidos con solo mencionar bodas, pero todos reaccionamos diferente al desamor.

Lo dijo con tanta naturalidad que casi me hizo reír. Era ese tipo de humor negro que solo pueden tener las personas que están al borde del precipicio.

—Bueno, me alegra ver que tu ruptura no ha dañado tu ego —dije arqueando una ceja.

—Créeme, cariño, haría falta una bomba nuclear para hacerle aunque sea una pequeña abolladura —se rio. De alguna manera, no creía que eso fuera del todo cierto.

La canción cambió, pero no dejamos de movernos. Si acaso, el cambio de ritmo nos acercó aún más. La mano de Quinton se deslizó de mi cintura a mi espalda, y mis brazos se enroscaron alrededor de su cuello. El aire entre nosotros estaba cargado de algo que no había estado allí cuando empezamos a bailar.

Ya no estábamos solo bailando.

Su pulgar trazaba círculos lentos sobre mi espalda, y juro que sentí cómo los músculos de su espalda se tensaban bajo las yemas de mis dedos.

—¿Todavía te arrepientes de haber aceptado bailar? —murmuró él, con sus labios a solo un suspiro de mi oído.

Tragué saliva con dificultad. —Pregúntamelo más tarde.

Su risa fue suave y conocedora, y tuve la fugaz certeza de que este hombre estaba fuera de mi alcance.

La canción se desvaneció, pero ninguno de nosotros se movió. Por un momento, simplemente nos quedamos así, atrapados en cualquier hechizo que hubiéramos tejido entre nosotros. Luego, la mano de Quinton recorrió mi brazo, sus dedos rozaron mi muñeca antes de soltarme por fin.

—Ven —dijo, inclinando su cabeza hacia la barra—. Me debes una respuesta.

Fruncí el ceño, todavía atrapada en algún punto entre la realidad y el calor de su tacto. —¿Una respuesta?

—Aún no me has dicho por qué te dan miedo las cuevas.

Vacilé, y luego dejé que me llevara de vuelta a nuestros sitios. En cuanto me senté, cogí mi bebida y di un sorbo para ganar tiempo mientras decidía cuánto quería compartir.

—Es solo que... No sé. No me gusta sentirme encerrada —dije finalmente.

Quinton se apoyó en la barra, con la mirada fija. —¿Mala experiencia?

Exhalé bruscamente y pasé un dedo por el borde de mi copa. —No realmente. Yo... solo...—Dudé y fruncí los labios—. Cuando tenía doce años, mis padres murieron en una excavación. Fue un derrumbe en una cueva. Eran arqueólogos.

Algo destelló en su rostro: comprensión, quizás. Compasión. Pero no lástima.

—Lo siento —dijo simplemente.

Algo en su manera de decirlo hizo que se me estrechara la garganta. Sin tópicos falsos, sin promesas vacías. Solo una silenciosa comprensión.

El océano retumbaba fuera contra los acantilados, constante e implacable. Sonaba como si estuviera intentando crear otra cueva en tiempo récord. Qué curioso que no tuviera miedo al océano cuando estaba en el barco, pero cuando golpeaba contra la tierra, de repente se sentía como la muerte. Ojalá no hubiera asistido a aquellos cursos de geología, en la época en que aún planeaba seguir los pasos de mis padres y continuar su trabajo. Antes de que la última parte de mi corazón quedara verdadera y completamente destrozada.

Nunca había estado allí. Nunca había visto el lugar del derrumbe. Pero lo había imaginado lo suficiente como para sentir que lo había hecho.

El crujido de la piedra cediendo. El peso de la tierra al cerrarse. La impotencia de estar atrapado.

Inspiré bruscamente, intentando calmar mi pulso, y bebí el resto de mi copa. El alcohol me quemó al bajar, pero no adormeció nada.

Respiré hondo. —Hace mucho tiempo de eso.

—Eso no significa que todavía no duela.

—No. Es cierto. Después no podía soportar los espacios estrechos. Mi abuelo nunca hizo un gran drama de ello, así que supongo que aprendí a fingir que no era un problema —tragué saliva—. Pero lo es.

Quinton no contestó inmediatamente. Solo me observaba, como si estuviera sopesando sus palabras cuidadosamente.

—No habría dicho todo aquello, allí en la pista de baile, si lo hubiera sabido —dijo entrecortadamente, pero con genuina preocupación. Me pregunté cuántas personas habrían visto esta faceta suya. Mi intuición me decía que era una de las pocas afortunadas.

—No pasa nada —dije, desviando la mirada de él por un momento —. Tenías razón sobre mí. Incluyendo la ruptura horrible.

—Normalmente no me importa presumir de tener razón, pero esto me parece una excepción —dijo. Me dedicó una pequeña sonrisa comprensiva. Así estaba aún más atractivo—. ¿Qué ocurrió?

—Oh, ya sabes, es la historia clásica de conocer a un chico en la universidad, enamorarte perdidamente de él, hacer planes para vivir juntos después de graduarse, solo para que corte contigo justo

antes de que debieras ir a casa con él durante las vacaciones para conocer a su familia, porque —y cito— "todo lo que has hecho desde la muerte de tu abuelo es lloriquear". Y luego, después de las vacaciones, volvió comprometido con su amor de juventud.

—Menudo cabrón —dijo Quinton. Su expresión se ensombreció.

—Así es Rupert. No era precisamente inteligente emocionalmente —dije, aunque la herida aún dolía.

—Mereces algo mejor —dijo, y su mano apretó con más fuerza su vaso de whisky casi vacío.

—Sí —dije débilmente.

—Mi prometida me dejó —dijo, su voz ahora más baja que antes—. Tenía veintidós años y pensaba que habíamos planeado todo nuestro futuro. Entonces un día simplemente... desapareció. Dejó una nota diciendo que no la buscara, y eso fue todo.

Mi estómago se contrajo. —Lo siento mucho.

Su sonrisa fue torcida. —Sí. Yo también.

Le observé, con el pulso acelerado. Nunca me había abierto tanto a nadie, nunca había sido tan vulnerable. Pero él lo hacía fácil. Quizás porque conocía un dolor similar.

Quinton se movió, dejando su bebida con un suave tintineo. —Así que ambos nos hemos quemado... lo que me hace pensar que

ninguno de los dos busca algo complicado. Solo... diversión.

Las palabras enviaron una oleada de anticipación por mi columna vertebral.

Quizás era el calor del ron. Quizás era la forma en que me miraba, como si viera las grietas en mis cimientos y no le importaran los bordes afilados.

O quizás era el simple e innegable hecho de que le deseaba.

Incliné la cabeza. —¿Me preguntas si tengo a menudo aventuras vacacionales ?

Sonrió. —Intentaba ser sutil.

Levanté una ceja. —¿No es tu fuerte?

Su sonrisa se hizo más amplia. —Tengo otros puntos fuertes.

El calor se arremolinó en lo profundo de mi vientre, y tuve que reprimir una sonrisa.

Quinton se acercó aún más, sus dedos recorriendo el borde de su copa. —¿Entonces? ¿Los tienes?

Dudé.

La verdad estaba en mis labios, lista para arruinar el momento. No tenía rollos de una noche. Ni siquiera tenía relaciones. Después de Rupert, era como si esa parte de mí simplemente... se hubiera roto. O quizás la había enterrado tan profundamente que no sabía la diferencia. Quinton ya me había dicho que tenía miedo al compromiso. Cualquier cosa que estuviera surgiendo entre nosotros, moriría si se lo decía.

—Sí —mentí, la palabra amarga pero necesaria si quería que esto continuara.

Asintió lentamente, como si lo hubiera esperado. —Yo también.

Su respuesta no fue ninguna sorpresa.

Algo centelleó en su mirada, algo ilegible pero increíblemente magnético.

Sus siguientes palabras llegaron más suaves, con ese tipo de certeza que hizo que mi pulso se detuviera. —Ven conmigo.

Se me cortó la respiración.

Podría decir que no. Podría terminar mi bebida, inventar una excusa y marcharme antes de que esta noche se convirtiera en algo que no pudiera deshacer. Pero no quería.

Quería esto. Le quería a él. Aunque solo fuera por una noche. Aunque me estuviera preparando para ser abandonada otra vez. Yo no era ese tipo de chica, pero esta noche podría serlo.

Me humedecí los labios, con el corazón golpeando contra mis costillas.

Y entonces, antes de que pudiera cambiar de opinión, asentí.

—Vale.

Capítulo Tres

Grace

La mano de Quinton descansaba en la parte baja de mi espalda mientras caminábamos por los terrenos del albergue, el calor de su palma traspasaba la fina tela de mi vestido. No me apresuraba, no me arrastraba hacia lo inevitable. Si acaso, su contacto era casi casual —apenas lo suficiente para recordarme que él estaba ahí, que yo estaba aquí, y que ambos sabíamos perfectamente adónde nos llevaría esta noche.

—Es precioso aquí —dije, absorbiendo el ambiente tropical.

El sendero serpenteaba a través de la exuberante vegetación, con faroles tenuemente iluminados que proyectaban una luz dorada sobre las palmeras ondulantes y las enredaderas floridas que se entrelazaban alrededor de arcos de piedra. El aire estaba impregnado del aroma de las flores de hibisco y los vestigios del

océano, sal y dulzura mezclándose de una manera que hacía que mi piel se sintiera demasiado ajustada, demasiado sensible.

—¿Es este el momento en que hago esa cosa cursi y digo que mis vistas son mucho más bonitas mientras te miro con anhelo? —dijo, mientras dejaba resbalar su mano desde mi espalda baja hasta mi cadera y me acercaba más a él.

—No estaba buscando cumplidos —dije, observándole de reojo.

—Y sin embargo, quería hacerte un cumplido —dijo con una inclinación de cabeza, curvando solo un lado de su labio hacia arriba.

—Y sin embargo, no lo has hecho —le señalé. La punta de sus dedos presionó con más fuerza en mi cadera, haciendo que mi piel hormigueara. Su mano era tan cálida, incluso a través de mi vestido.

—Déjame compensarte —dijo deteniéndose. Avanzó para ponerse frente a mí, quitando su mano de mi cadera. La eché de menos inmediatamente—. Estás impresionante, y te he deseado desde el segundo en que te vi en el bar. Y ese deseo solo ha crecido desde que te he conocido un poco.

Aparté la mirada, la vergüenza y el deseo calentaban mi interior y me hacían sonrojar. No estaba acostumbrada a tales cumplidos, especialmente no de hombres como Quinton.

Sujetó mi rostro y giró mi cabeza, de modo que no tuve más remedio que mirarle a los ojos.

—Realmente no tienes ni idea, ¿verdad? —Las farolas iluminaban sus ojos marrones oscuros y acentuaban el fuego en ellos.

—¿De qué? —Estaba clavada al suelo por la intensidad de su mirada. Ni siquiera nos habíamos besado. Maldita sea, apenas nos habíamos tocado. Pero el deseo se acumulaba en lo profundo de mi vientre. Llevaba demasiado tiempo hambrienta de contacto. Famélica de afecto, de interés genuino. Y ahora era un depredador hambriento, desesperado por devorar.

—De lo condenadamente magnética que eres. —Lo dijo como si fuera obvio, un hecho.

—Nunca me han descrito así —dije, casi con incredulidad. Precisamente Quinton me llamaba a *mí* magnética. Era como si Miguel Ángel dijera que una obra de arte de quinto curso era buena.

—Entonces, cada hombre que has conocido es un idiota. —Pasó su pulgar por mi pómulo y me incliné hacia su caricia—. Y si no te llevo pronto a algún sitio donde tengamos un poco de intimidad, quizás tenga que tomarte aquí mismo.

Se me cortó la respiración. Siendo realista, jamás tendría sexo en público, pero estaba totalmente de acuerdo con él. Nunca había necesitado tanto a alguien en mi vida.

—Entonces será mejor que vayamos a tu habitación, antes de que montemos una escena aquí —dije, y mi pulso latía rápido como un tambor sencillo.

—Por aquí —dijo él, cogió mi mano y me llevó suavemente con él.

—¿No está el edificio principal en la otra dirección? —pregunté. El terreno aquí era extenso, y solo había visitado mi habitación un par de veces —una vez antes de ir a la playa con Katie y los demás, y después, cuando me puse el vestido de cóctel— pero habría jurado que el edificio principal del albergue estaba en la dirección opuesta.

—Sí, pero yo me alojo en una suite —dijo él.

Quizás el camino no era tan largo, pero cada paso se sentía como una eternidad. —¿Era realmente necesario que las suites estuvieran tan lejos? —me quejé.

—Conozco al dueño, hablaré con él sobre eso —se rio—. Pero creo que las vistas merecen la caminata extra.

—La belleza paisajística de este lugar no es precisamente lo que ocupa mi mente en este momento, he de admitir —dije apretando su mano. De alguna manera, esto se sentía mucho más íntimo que si me hubiera sujetado por la cintura.

—El sexo merecerá la espera, te lo garantizo —sonrió.

Las palabras enviaron un delicioso escalofrío por mi columna vertebral.

En algún lugar a lo lejos, las olas del mar rompían contra la orilla, un sonido constante y rítmico que solo intensificaba la anticipación que vibraba entre nosotros.

Podía sentir cómo cada paso hacía que el aire entre nosotros se volviera más denso y pesado.

Aún podía sentir el calor de su mano en mi cintura de nuestro baile. Su voz todavía resonaba en mis oídos, juguetona y cálida, pero con algo más subyacente.

Deseo.

Cuando llegamos a su suite, mi pulso martilleaba.

Abrió la puerta y la empujó, haciéndose a un lado para dejarme entrar primero. Dudé solo un instante más de lo necesario, lo justo para alargar el momento, para que la elección pareciera real.

Luego entré.

La suite era impresionante.

Una zona de estar abierta daba a una terraza privada, donde una piscina infinita brillaba bajo la luz de la luna y se fundía con el océano de fondo. Quinton tenía razón, la vista realmente merecía la pena.

La decoración era de un lujo discreto: madera natural, lino beige y suaves lámparas de pared similares a velas que parpadeaban sobre las lisas paredes de piedra rosa coral. Todo el espacio parecía haber sido diseñado para el deleite, para el placer.

Apenas tuve tiempo de asimilarlo todo antes de que Quinton entrara detrás de mí y cerrara la puerta con un suave clic.

El cambio en el aire fue inmediatamente perceptible.

Ahora solo quedábamos nosotros dos. Ya no había faroles dorados, ni senderos serpenteantes, ni distancia cortés. Solo esta habitación, este momento, esta tensión que había chispeado entre nosotros durante toda la noche y que por fin tenía espacio para prender fuego.

—Me estás mirando fijamente —dijo él. Su voz era profunda y divertida.

Me giré para enfrentarlo, y de repente fui demasiado consciente de lo cerca que estaba. De cómo las sombras caían sobre sus rasgos afilados, cómo sus ojos oscuros brillaban con algo ilegible mientras me observaba.

—Es una habitación bonita —dije, y mi voz no sonaba del todo firme.

Sus labios se curvaron. —Lo es.

Tragué saliva, mi garganta repentinamente seca. —Seguro que te alojas en sitios así constantemente.

—Es la compañía lo que me importa —murmuró.

Dio un paso lento hacia delante y cerró la corta distancia entre nosotros. No me tocó, pero podía sentir su calor, la presencia

constante de su cuerpo tan cerca del mío.

—Si quieres irte —dijo, su voz ahora más baja, más seria—, dilo.

Debería haber estado nerviosa.

Eso no era propio de mí: haber entrado en la suite de un desconocido, haberme dejado arrastrar a algo que no implicaba compromiso alguno, sin expectativas más allá del aquí y el ahora.

Pero no estaba nerviosa.

Estaba electrizada. Levanté la barbilla y me encontré con su mirada. —No quiero irme.

Su expresión cambió, volviéndose intensa, desinhibida. Extendió su mano y sus dedos rozaron el tirante de mi vestido. Un contacto tan ligero que podría haberlo imaginado.

Pero no fue así.

Lo sentí por todo mi cuerpo.

Apenas tuve tiempo de respirar antes de que me besara. No fue tímido. No fue lento. Fue cálido y seguro y un poco exigente, como si hubiera estado esperando toda la noche para hacerlo.

Jadeé contra su boca, y él lo aprovechó por completo, inclinándome la cabeza hacia atrás, profundizando el beso hasta que mis rodillas

se debilitaron. Sabía a whisky y a brisa marina, a algo peligroso y adictivo.

Me acerqué más, mis manos encontraron el firme calor de su pecho, la delicada tela de su camisa arrugándose bajo mis dedos. Él gimió de forma profunda y áspera, y ese sonido hizo que una oleada de calor subiera por mi vientre.

—¿Todo bien, Grace? —murmuró contra mis labios.

Asentí sin aliento, pero no le bastó. Se apartó lo justo para examinar mi rostro, sus ojos oscuros estaban llenos de algo ardiente pero paciente.

Tragué saliva, mis dedos se crisparon en su camisa. —Todo bien.

Su lenta sonrisa envió un escalofrío por mi columna vertebral.

—Bien —dijo antes de besarme de nuevo.

Y esta vez ninguno de los dos se detuvo.

Podría haberme perdido en su boca, en la tentación de sus labios y la exigencia de su lengua. Sus manos recorrían mi espalda, bajaban por mis costados, sobre mis caderas y jugueteaban con mis muslos. Me tocaba por todas partes, trazando mi cuerpo como si quisiera conocer cada curva, cada colina y cada valle.

Tomé aire cuando sus labios se desplazaron hacia mi mandíbula y mi cuello, depositando besos ardientes que hacían hormiguear mi piel y

zumbar mi cerebro de deseo. Me mantenía en pie agarrándome a él, ahogándome en su pasión y aferrándome a su contacto como a un salvavidas.

—Te haré olvidarlo todo, excepto mi nombre —susurró en mi oído mientras mordisqueaba mi lóbulo.

No saldría de esta suite siendo la misma persona que entró. Y lo anhelaba.

—Eso debería ser una promesa —jadé, cuando su mano se deslizó bajo el borde de mi vestido y acarició mi muslo.

Se apartó, me miró a los ojos, mientras su mano seguía subiendo cada vez más.

—¿Dudas de mí? —Su ceja izquierda se arqueó y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, como si quisiera mostrarme lo absurdo que sería dudar de él.

Normalmente habría cedido. Casi se me escapa una disculpa. Pero esta noche había decidido ser diferente. Quinton pensaba que yo era el tipo de mujer que se marcha primero, la clase con una lista de examantes, y yo quería ser esa mujer.

—La mayoría de los hombres sobrestiman sus habilidades —dije, invocando a la seductora interior que no sabía que tenía.

—No soy como la mayoría de los hombres —dijo, y su mandíbula se tensó. Sus dedos acariciaron la parte interior de mis muslos,

enviando un hormigueo a mi coño. Era como si lo supiera y siguiera la sensación, su caricia subiendo cada vez más—. Cuando termine, habrás tenido más orgasmos de los que creías posibles. Te arruinaré para todos los demás hombres, porque ninguno de ellos será yo.

Era una afirmación audaz, y con cualquier otro, quizá me habría burlado. Pero viniendo de él, no sonaba arrogante, sonaba simplemente verdadero.

Las puntas de sus dedos rozaron mis bragas, haciéndome dolorosamente consciente de lo mojada que estaba.

—Demuéstralo —dije, aferrándome apenas a mi dignidad mientras solo quería suplicarle que hiciera exactamente eso. Quería que borrara a mi ex de mi cabeza y de mi cuerpo, que me dejara con la mente vacía y satisfecha.

Los ojos de Quinton se oscurecieron, y casi me arrepentí de mis palabras cuando retiró su mano de debajo de mi vestido. Pero entonces me levantó y me echó sobre su hombro. Marchó hacia lo que supuse que sería el dormitorio, aunque desde mi posición mirando su espalda no podía confirmarlo.

—Considérate advertida, no voy a contenerme —dijo y me dio una suave palmada en el trasero que resultó más excitante de lo que jamás admitiría, haciendo que mi sexo se contrajera de deseo.

Solté un pequeño grito cuando el mundo volvió a inclinarse y me depositó en la cama sin demasiada delicadeza.

No tuve tiempo de apreciar las suaves sábanas ni el cómodo colchón, la increíble vista al mar o el hibisco justo frente a la ventana que lo enmarcaba. Quinton me siguió a la cama, subió mi vestido y agarró mis bragas. Levanté las caderas, permitiéndole bajarlas.

Separó mis piernas y no perdió tiempo en hundir su rostro entre ellas. No hubo calentamiento ni provocaciones. Cubrió mi clítoris con su boca y me lamió como un hombre hambriento.

Me aferré a las sábanas, mi cabeza cayó hacia atrás mientras Quinton inundaba mi cuerpo de sensaciones. Era como si ya supiera exactamente lo que me gustaba, a qué velocidad debía ir, cuánta presión debía aplicar. Alternaba entre largos lametones con la lengua plana y movimientos laterales que me hacían jadear y restregarme contra su cara.

Sus manos tampoco estaban inactivas. Acariciaba mis muslos con patrones enloquecedores, su tacto suave e hipnótico. El contraste entre su boca y sus manos era embriagador y delicioso, manteniéndome alerta a cada movimiento, cada sensación.

Justo cuando empezaba a acostumbrarme, deslizó sus manos bajo mi trasero y me levantó, colocando mis piernas sobre sus hombros.

Y entonces succionó mi clítoris.

Mis muslos se cerraron alrededor de su cabeza, pero eso no pareció molestarle. Era un hombre con una misión y no se iba a distraer. Me trabajó con su boca, sin disminuir nunca la presión. Nadie me había hecho esto antes, y ya sabía que tenía razón. Arruinaría a todos los demás hombres para mí. No es que hubiera hombres en mi vida que pudiera arruinar.

Me daba placer como si fuera el propósito de su vida, y cuando mis muslos empezaron a temblar y mis caderas a sacudirse, necesité un momento para comprender que toda esa exquisita presión en lo profundo de mi vientre era mi orgasmo inminente.

Nunca me había corrido tan rápido.

Quinton solo redobló sus esfuerzos, alternando entre trabajar mi clítoris con su lengua y succionarlo, hasta que mis ojos se pusieron en blanco y mis dedos de los pies se curvaron mientras colgaban en el aire, y mi orgasmo me golpeó como un tsunami.

Fui arrastrada por el placer, mi único ancla eran las manos de Quinton en mi trasero y su boca en mi parte más íntima. Me sostuvo a través de cada espasmo de mi orgasmo, mientras yo no podía hacer nada más que gemir y *sentir.*

Poco a poco volví en mí, sintiendo la cama bajo mis hombros y mi cabeza, las sábanas en mis puños y cómo me dolían los nudillos por haber apretado tan fuerte. Mis muslos y mi vientre temblaban mientras Quinton reducía el ritmo y me lamía perezosamente a través de las réplicas.

Me colocó sobre la cama y se echó hacia atrás, como si no quisiera dejar de saborearme. Sus labios estaban enrojecidos y su barbilla brillaba con mi excitación. Se pasó una mano por el pelo ya despeinado y me miró desde arriba con un deseo tan intenso que una nueva ola de excitación me recorrió.

—Eso fue... increíble —dije, todavía jadeando.

—Eso solo fue el entrante —sonrió él, mientras su mirada recorría mi cuerpo.

Miré el bulto en sus pantalones. Sí, estaba lista para el plato principal.

Quinton se levantó de la cama y se desabotonó la camisa lentamente. Centímetro a centímetro su pecho quedaba al descubierto. El vello de su cuerpo era escaso, distribuido uniformemente sobre sus músculos pectorales, y se volvía más denso al descender hacia su vientre para perderse en sus pantalones. No sabía si seguir con la mirada el camino de su vello o quedarme contemplando su tatuaje. Justo sobre su corazón había el contorno negro de un oso con una colección de estrellas en su interior. Había pasado suficiente tiempo en el mar para familiarizarme con las constelaciones. Lo reconocí inmediatamente como la Osa Menor.

No era algo que hubiera esperado de un tipo como él. Con un ego —aunque fuera bien merecido— tan grande como el suyo, habría pensado que al menos elegiría la Osa Mayor.

—Guay el tatuaje —dije, disfrutando de la vista de sus músculos pectorales bien definidos aún más que del arte en su pecho—. ¿Tiene algún significado?

—¿De verdad quieres charlar ahora? —preguntó mientras se desabrochaba los pantalones.

Todos los pensamientos abandonaron mi cabeza cuando metió la mano en sus calzoncillos y sacó su polla.

Joder. Menudo. Pedazo.

No había visto muchos hombres desnudos en mi vida, especialmente no excitados. *Tan duro, curvándose ligeramente hacia arriba, brillando con un tono rosado, y Dios, quiero tenerlo dentro de mí.* Pero definitivamente estaba por encima de la media en todos los sentidos.

—¿Te has quedado sin palabras? —se rio, agarrándose suavemente y acariciando su longitud.

—¿Eh? —dije, muy elegante y femenina.

Él solo se rio y se quitó completamente los pantalones mientras yo babeaba.

—Ven aquí. —Me atrajo con un gesto de su dedo—. Deja que te quite el vestido.

Como hipnotizada, obedecí. Abrió mi cremallera y deslizó los tirantes por mis hombros, sus manos firmes y cálidas. Cuando el vestido cayó a mis pies, Quinton desabrochó mi sujetador y depositó besos en mis hombros y mi espalda mientras yo lo arrojaba a un lado.

Pasó sus manos por mis costados, arriba y abajo en largas caricias, como si estuviera disfrutando cada momento. Su dureza presionaba contra mi espalda baja, tan cálida y tentadora. Me giré entre sus brazos y alcancé entre nosotros, agarrando su longitud y acariciándolo, tal como él se había tocado antes. Inspiró bruscamente, sus párpados se volvieron pesados mientras me miraba desde arriba. Era bueno saber que no era la única excitada.

—¿Ahora estás contenta de que te haya sacado a bailar? —preguntó. Su respiración se entrecortó cuando giré la muñeca y cerré mi mano alrededor de su punta.

—Sí —dije con una risa entrecortada—. Creo que es justo decir que lo estoy.

—Bien. —Colocó su mano sobre la mía y detuvo mis movimientos—. Ahora a la cama. Te prometí más orgasmos antes de que termine la noche.

Estaba deseosa de obedecer.

Mientras me acomodaba sobre el montón de almohadas en la cabecera de la cama, Quinton sacó un preservativo de su cartera. Verle ponérselo fue una tortura de treinta segundos. No soportaba estar tanto tiempo sin tocarle. Sentía celos de su mano izquierda, que sostenía su miembro, celos de su mano derecha, que desenrollaba el látex a lo largo de su tallo.

Cuando por fin vino a la cama, le atraje hacia mí mientras se acomodaba entre mis piernas abiertas.

—Por favor. —Le miré suplicándole con los ojos—. Te necesito.

Se humedeció los labios mientras deslizaba la mano entre nosotros. Primero me tocó, sus dedos encontraron mi entrada húmeda y se deslizaron dentro.

—Sí, así es. —Curvó sus dedos, alcanzando mi punto sensible con magistral precisión y haciéndome jadear—. No te preocupes, estoy aquí para ti.

Eché de menos sus dedos cuando se retiraron, pero no me dio tiempo a quejarme. Su miembro presionó contra mi sexo, deslizándose primero entre mis pliegues antes de penetrarme. Me besó profundamente mientras entraba en mí, lenta e intensamente, su lengua en sincronía con su miembro.

Gemí en su boca cuando entró hasta el fondo, me sentía tan llena que apenas podía creer que encajara dentro de mí. Esperó hasta que me adapté, su peso sobre mí era casi tan satisfactorio como tenerlo dentro.

Y entonces comenzó a moverse.

Mi mundo estalló en estrellas. Cada lenta embestida enviaba oleadas de placer por todo mi cuerpo. Encontró exactamente el ángulo adecuado para hacerme gemir cada vez que se hundía en mí.

Rompió el beso solo para trazar un camino de besos por mi cuello, bajando hasta mis pechos, donde los succionó uno tras otro en su boca. Si su intención era volverme loca, estaba haciendo un trabajo excelente.

—Se siente tan bien —dijo, liberando mis pezones. Estaban tan duros que dolían, pero la mano de Quinton reemplazó su boca, haciendo rodar mis pezones entre sus dedos uno tras otro. Gemí y si me hubiera quedado algo de capacidad cerebral, quizás me habría molestado la sonrisa de satisfacción que se extendía por su rostro—. Tan receptiva.

—Normalmente no lo soy —confesé. Solía ser silenciosa, llegaba al orgasmo lentamente, si es que llegaba, y siempre me sentía insegura durante el sexo. O al menos así era antes. No sabía si era porque era mayor —ocho años es mucho tiempo— o si era por Quinton—. Contigo es diferente.

Por un breve momento, me preocupé por haber dicho demasiado, por haber ido demasiado lejos. Sabía que esto era algo de una sola vez. Me iría mañana, y Quinton probablemente también tendría que estar en otro lugar. No estaba desarrollando sentimientos. No podía. Apenas nos conocíamos. Pero el sexo siempre había sido más emocional que físico para mí. Tal vez estaba mezclando diferentes sentimientos.

Pero Quinton no retrocedió ni se cerró. Me miró a los ojos, incluso mientras se hundía profundamente en mí.

—Para mí también se siente diferente —dijo—. Más intenso. Te juro que tu sabor, la sensación de tu piel...

Asentí, aliviada de que él también lo sintiera.

—Hay una chispa entre nosotros —dije, rodeando su cintura con mis piernas y manteniéndolo cerca de mí. Esto no podía funcionar. Pero por esta noche, me permitiría la fantasía.

—Química —sonrió él y movió sus caderas. La proximidad de nuestros cuerpos ejercía una maravillosa presión sobre mi clítoris.

—Deberíamos tener cuidado, un movimiento en falso y todo podría explotar —dije mientras dibujaba patrones sin sentido con mis dedos

sobre su musculosa espalda.

—Siempre he sido un tipo de riesgo —subrayó sus palabras con una embestida rápida y profunda.

Yo no.

Pero no podía pronunciar las palabras y arruinar el momento.

—Creo que me prometiste otro orgasmo —dije en su lugar.

—Varios, en realidad —duplicó sus esfuerzos, acelerando sus rítmicas embestidas y golpeando una y otra vez mi punto G.

Me aferré a él, concentrándome en el placer que me proporcionaba y dejando a un lado todas las preocupaciones. Mañana llegaría lo suficientemente pronto, y entonces lidiaría con ello. Ahora solo quería sentir.

Perdí toda noción del tiempo y olvidé todo excepto la forma en que Quinton me llenaba, el calor de su piel, el roce exigente de sus manos y su boca.

—Te vas a correr muy fuerte para mí —dijo. No era una orden. Era un hecho.

—Sí —gemí y moví mis caderas para encontrarme con sus embestidas. Ya había dejado atrás los juegos y no intentaba provocar ni parecer serena. Era puro deseo, y Quinton me lo daba todo.

Quise deslizar mis manos entre nosotros para tocar mi clítoris, pero Quinton me sujetó por la muñeca.

—Ah-ah, ese es mi trabajo —dijo—. Brazos por encima de tu cabeza.

Usó una mano para sujetar mis muñecas entre los cojines y con la otra alcanzó el espacio entre nosotros. Sus dedos eran tan hábiles como su lengua, tocando mi cuerpo como un maestro toca su instrumento favorito.

—Oh, Dios —gemí, los primeros temblores de mi orgasmo eran tan intensos que los sentía incluso en los muslos.

—Así, nena —me animó.

—Quinton —gemí arañando su espalda. La presión de mi orgasmo crecía, cada vez más y más grande, hasta que no podía creer que aún no hubiera alcanzado su punto culminante—. Joder.

—Córrete para mí, Grace —dijo mientras embestía una y otra vez. Sus dedos frotaban mi clítoris al mismo ritmo—. Te tengo.

Eso era todo lo que necesitaba.

Una supernova me devoró, explosiva, poderosa y cegadora. No veía nada más que blanco, mientras el éxtasis me llevaba a alturas que no creía posibles. Me aferré a Quinton, pulsando a su alrededor, apretándole con mis piernas y empujándome contra su mano. Mis dedos no agarraban más que aire.

Me alegraba que la suite estuviera tan alejada de todo lo demás. Porque estaba *gritando*.

Y Quinton no cedía, mantenía ese ritmo constante para extraer hasta la última gota de placer, y justo cuando pensaba que no podía correrme más, me demostraba lo contrario.

—Joder, eres tan hermosa cuando te corres —dijo—. La forma en que aprietas mi polla. Estoy tan cerca.

Apenas estaba volviendo a la tierra cuando su ritmo cambió y un gemido escapó de su garganta. Sus caderas se estremecieron. Una vez, dos veces. Con los ojos entrecerrados, se corrió. Sus embestidas eran intensas mientras el placer lo abrumaba, y yo apreté intencionadamente mi sexo alrededor de él, satisfecha cuando sus gemidos se volvieron más animales.

Cuando por fin se quedó quieto, ambos respirábamos con dificultad.

Le eché de menos cuando se retiró y se ocupó del condón, pero no me dejó esperar mucho antes de apartar las mantas y maniobrarme debajo de ellas, atrayéndome a sus brazos.

—Eso fue... —dijo, sus labios moviéndose contra mi cuello.

—Increíble —completé por él.

—Y solo ha sido la primera ronda —dijo él.

Mis ojos se abrieron como platos.

—No puedes hablar en serio —dije, todavía con hormigueo en el cuerpo.

—Te prometí muchos más de dos orgasmos, y cumplo mi palabra —dijo mientras me estrechaba con más fuerza entre sus brazos—. Tenemos tiempo limitado, así que disfrutémoslo mientras dure. —Depositó un beso justo detrás de mi oreja.

No era una explicación ni una promesa. Era inevitable que mañana tendría que marcharme. Pero me aferré a sus palabras mientras el sueño me vencía.

Capítulo Cuatro

Quinton

Las sábanas olían a ella: a sal, sol y piel, calentada por el sexo. Pasé mi mano por su costado, trazando las elevaciones y valles que ya se habían grabado en mi cerebro.

Grace se estiró a mi lado, los músculos de su espalda ondulando bajo su piel ligeramente bronceada. Mi pecho se tensó. Me dije a mí mismo que era adrenalina sobrante, la euforia que aún pulsaba por mis venas. Pero no era solo eso.

Si solo hubiera sido sexo, ya la habría sacado de mi sistema. Le había regalado dos orgasmos más en las primeras horas de la mañana. El primero solo con mis dedos, luego tuve el dulce placer de estar dentro de ella de nuevo. Y después del desayuno en la cama, la tercera ronda había sido lenta y lujosa. No podía tener suficiente de ella. Pasamos la mañana en la playa, y tras solo unas

pocas horas, la necesitaba otra vez. Ninguno de los dos había planeado quedarse dormido, y ahora nuestro tiempo se había acabado.

Se incorporó y se frotó los ojos. La maraña enredada de su pelo rojizo cayó sobre su hombro, y de repente sentí el impulso de tirar de ella hacia abajo y hundirme en ella durante unos minutos más robados.

—Debería ducharme —murmuró con voz ronca por el sueño—. Mi barco zarpa pronto.

Me apoyé sobre un codo y la observé. —Podrías perderlo.

Resopló y salió de la cama. —Sí, porque puedo simplemente dejar mi trabajo.

Sabía que era una locura, pero quería que se quedara. Me había jurado a mí mismo, después de que mi prometida me abandonara, que nunca volvería a tener una relación. Las relaciones no valían la pena por el dolor, por la inevitable traición. Grace era la primera mujer que me hacía dudar de la promesa que me había hecho a mí mismo.

Era un alma gemela, rota de la misma manera, pero ella había salido de su dolor dulce y amable, mientras que yo me había vuelto amargado y cínico. A su lado, algo de eso se desprendía de mí. Me gustaba más a mí mismo cuando estaba con ella.

Dieciséis horas no eran suficientes para conocer a alguien. Eso lo entendía. Pero quería más tiempo para demostrarme a mí mismo

que tenía razón respecto a ella.

—Así que olvídate de la ducha y hagamos otro asalto —dije. Ni siquiera estaba seguro de poder conseguir otra erección tan pronto, pero mientras observaba su trasero perfectamente redondeado y la curva de su columna, consideré que mis probabilidades eran altas. Aunque solo fuera para saborearla una última vez, merecería la pena.

—No puedo llegar allí oliendo a ti —dijo, mirando hacia atrás con una sonrisa juguetona.

—Entonces déjame ayudarte. —Aparté la sábana, listo para seguirla.

Ella desapareció en el cuarto de baño, pero dejó la puerta abierta. Sabía que era una invitación.

El agua salpicaba contra los azulejos.

Me quedé sentado un momento, pasándome la mano por la cara. Luego me levanté, imaginándome ya cómo la empujaría contra la pared de la ducha, su piel mojada deslizándose contra la mía.

Ya estaba a mitad de camino de la habitación cuando mi móvil vibró sobre la mesita de noche.

Casi lo ignoro. Casi.

Pero miré. Por si acaso.

Emma. Mi estómago se encogió.

Cogí el móvil y deslicé el dedo para contestar. —Hola, osita —dije en voz baja.

—Papá —susurró Emma. Su voz sonaba pequeña y triste—. ¿Cuándo vuelves a casa?

Me presioné la palma de la mano contra el pecho, justo encima de mi tatuaje, intentando sofocar el dolor que surgía allí. —Pronto, Em. Solo tengo que terminar mi trabajo, ¿vale?

Sorbió por la nariz. —Te echo de menos.

Eché un vistazo a la puerta del baño, el agua seguía corriendo. Quería disfrutar de mis últimos momentos con Grace, pero mi hija era más importante. Mi pulso latía con fuerza, pero volví a sentarme en la cama. —Yo también te echo de menos, osita. ¿Qué has hecho hoy?

Cogí el bloc de notas del hotel y garabateé mi número, arranqué la página y la dejé sobre la mesita de noche. Sabía que probablemente me perdería la salida de Grace, ya que la llamada se estaba alargando, pero si ella sentía la misma atracción que yo, podría contactarme y veríamos adónde nos llevaban las cosas.

Me puse la ropa —vaqueros, camisa, zapatos— y equilibré el teléfono entre la oreja y el hombro mientras me abrochaba la camisa y escuchaba los relatos de mi hija sobre los acontecimientos del día.

—Emma —oí decir suavemente a su niñera, María, en segundo plano —. Deja que papá termine su trabajo, cariño.

La voz de Emma tembló. —Quiero que venga a casa ahora.

Salí sigilosamente de la habitación y cerré la puerta con suavidad. Me ardía la garganta.

—Estaré en casa antes de que te des cuenta —prometí mientras recorría el sendero serpenteante, poniendo toda la distancia posible entre la suite y yo. El paraíso ya no parecía tan agradable con una niña llorando al otro lado del teléfono.

Emma era todo mi mundo, la única persona que realmente importaba. Así había sido desde el momento de su nacimiento, y especialmente después de que su madre nos abandonara, huyendo antes incluso de que pudiéramos casarnos; desde entonces solo hemos sido nosotros dos.

Emma sollozó, con la respiración entrecortada. —Siempre dices eso.

Me froté el cuello. No se equivocaba. —¿Qué te parece esto? —dije, obligándome a mantener la voz tranquila—. La próxima vez vienes conmigo. Iremos a la playa y te enseñaré a hacer surf.

Emma jadeó, su tristeza se disipó en un instante. —¿De verdad?

—De verdad —dije, y sentí que mi pecho se aliviaba—. Pero solo si prometes ser valiente y esperarme un poco más.

—Lo prometo —suspiró ella, su emoción llegando a través del teléfono como un salvavidas.

Cerré los ojos y me apoyé contra una palmera, mientras la culpa me roía las costillas como dientes. —Te quiero, Emma —dije con voz ronca.

—Yo te quiero más —susurró ella.

La llamada terminó, y me quedé allí, con el teléfono presionado contra mi frente, intentando calmar mi respiración.

Pensé en Grace en la suite, todavía bajo el agua corriente. El número que había garabateado en la mesita de noche.

Ella no tenía por qué saberlo.

Todavía no.

Me enderecé, metí el móvil en el bolsillo y me alejé.

Grace

Tarareaba para mí mientras giraba el mando de la ducha y cortaba el agua. El cuarto de baño estaba lleno de vapor, el aire cargado con el aroma del jabón de coco y vainilla del alojamiento. Mi piel aún cosquilleaba, un delicioso calor bajo mis costillas, como si las manos

de Quinton hubieran dejado una huella en mí que el agua no podía lavar.

Había pensado que tenía intención de unirse a mí, pero quizás le di demasiada importancia a llegar a tiempo a mi barco. Probablemente era lo mejor, aunque todavía me sentía salvajemente deseosa. Solo deseaba que no tuviera que terminar. Pero Quinton era el tipo de hombre que, según sus propias palabras, siempre se iba primero. Y yo le había dicho que era igual.

Cogí una toalla y me envolví con ella, mis dedos chirriaron sobre las baldosas mientras caminaba hacia el espejo. Pasé la mano por el cristal creando una franja borrosa de mi reflejo. Tenía los labios hinchados, debajo de mis ojos había ojeras oscuras por la falta de sueño. Parecía agotada.

Sonreí, salí del baño y volví a la suite. La cama estaba revuelta, las sábanas aún mostraban las huellas de nuestros cuerpos. Pero Quinton se había ido.

Mi estómago se hundió.

Me dije a mí misma que no debería sentirme decepcionada. Estaba haciendo exactamente lo que había dicho. Aunque parecía que él también había percibido que había potencial entre nosotros. Podría haber sido simplemente el calor del momento, o quizás yo había interpretado demasiado.

Entonces vi la nota.

Estaba sobre la mesilla de noche, el papel ligeramente ondulado en los bordes. Había dejado su número con un breve mensaje:

—La noche pasada fue maravillosa. Llámame.—

Un alivio me invadió, tan intenso que casi me echo a reír. Me apresuré hacia la nota sin secarme y la cogí con los dedos mojados.

La tinta se corrió al instante.

—No, no, no —jadeé. Mis ojos se abrieron de par en par mientras los números se difuminaban y emborronaban, derritiéndose en rayas negras. Presioné el papel contra la mesita de noche e intenté secarlo con toques suaves, pero solo lo empeoré: la tinta se desvaneció hasta convertirse en un velo turbio, completamente ilegible.

Me quedé mirándolo, con el pulso martilleando en mi garganta.

No tenía forma de contactar con él.

No sabía su apellido. No sabía dónde vivía. Todo lo que tenía era el nombre Quinton y el recuerdo de su boca sobre la mía, sus dedos dibujando constelaciones sobre mi piel.

Al mirar el reloj, el pánico trepó por mi columna vertebral, agudo y frío. Mi barco zarpaba en diez minutos. No podía esperar a que él regresara.

No quería que terminara. No cuando apenas comenzaba a tener esperanzas de nuevo. Me había resignado a estar sola, y nunca

había conocido a nadie que me hiciera reconsiderarlo, hasta que Quinton apareció y sacudió mi mundo.

Cogí el bloc de notas del hotel y garabateé mi propio número, mi mano temblaba mientras escribía.

Tenía que ir al barco —ya llegaba tarde de todas formas—, pero quizás él volvería. Quizás vería mi número y llamaría. Quizás este no fuera el final de lo que fuera que esto era.

Puse la nota sobre la mesita de noche y la sujeté con un vaso de agua.

Parecía tan pequeña.

Me obligué a vestirme, deslizando mi vestido de verano sobre mi piel húmeda y metiendo los pies en mis sandalias. La puerta de la suite se cerró con un suave clic detrás de mí, y me apresuré por el sendero. Mi corazón latía tan fuerte que podría jurar que lo sentía en los dientes.

Al doblar la esquina, casi choqué con el servicio de limpieza.

—¡Perdón! —jadeé, haciéndome a un lado.

La ama de llaves me dedicó una amable sonrisa mientras empujaba ya el carrito hacia la suite.

Me di la vuelta y corrí, esprintando por el sendero, con el pecho henchido de esperanza mientras corría para alcanzar mi barco.

Volvería a verle. Tenía que hacerlo. Porque nada en mi vida duraba nunca, pero Quinton se sentía como algo que quizás podría hacerlo.

Capítulo Cinco

Grace

Subí las escaleras hacia el camarote del capitán Murray Jackson mientras la anticipación hormigueaba sobre mi piel. Mis pensamientos vagaban, como sucedía a menudo cuando no me mantenía ocupada, hacia Quinton. Había pasado más de un año desde la última vez que le vi. Un año y veintitrés días, para ser exacta, pero quién llevaba la cuenta.

Uno pensaría que a estas alturas ya le habría superado. Pasé menos de un día con este hombre, y la mayor parte del tiempo lo dedicamos a tener sexo. Un sexo increíble y arrebatador que hacía que cualquier orgasmo desde entonces —y hubo pocos— pareciera un decepcionante estornudo. Pero él no había llamado.

Me convencía a mí misma de que era precisamente esa la razón por la que no podía dejar de pensar en él. No era que estuviera tan

abrumada por el buen sexo —*el mejor sexo de mi vida*— que no pudiera pensar racionalmente. Era la confusión, el asunto sin resolver. Nunca se me dio bien lidiar con finales abiertos, y mi vida no era más que una serie de despedidas.

Simplemente no entiendo por qué dejó su número si no quería contacto alguno.

Había repasado cada escenario cien veces. Quizás le habían llamado y no había regresado a su habitación, pero todas sus cosas seguían allí cuando se marchó. Tal vez había perdido mi número, como yo había estropeado el suyo, pero era imposible que Quinton fuera tan torpe como yo. Quizás incluso había tenido un accidente y llevaba todo este tiempo en coma, y al despertar, lo primero que haría sería llamarme.

Pero nunca fui dada al melodrama, y sabía que la respuesta más sencilla era la más probable. Había cambiado de opinión. Yo había vuelto a mi barco y él a su vida, y se dio cuenta de que una noche de buen sexo no bastaba para cambiar lo que uno es. Y había dejado muy claro que era un ligón.

Tenía que concentrarme en el presente y olvidar el dolor del pasado. De todas las cosas que había vivido, un rollo de una noche que no me llamó después ni siquiera entraba en el top diez de los peores incidentes.

Me froté el pecho para aliviar la punzada. Tenía asuntos más urgentes en los que pensar, como por qué mi jefe —y la única figura paterna real que había tenido— quería hablar conmigo en privado. Hablábamos constantemente, no solo sobre trabajo, sino también

sobre la vida. Pero nunca me había invitado así a su camarote, sin ninguna explicación.

Llamé a su puerta y un segundo después escuché su respuesta, su voz resonando cálida a través de la puerta de roble:

—¡Adelante!

El camarote del capitán olía a sal y a barniz antiguo, un aroma que se había impregnado en cada tabla de madera como un recuerdo permanente del mar. En las paredes colgaban mapas con bordes ondulados, rutas que habían sido cuidadosamente trazadas. Pero mis ojos se detenían una y otra vez en las fotografías: un desordenado conjunto de momentos de la vida del capitán Murray.

La risa de su difunta esposa, capturada en una instantánea borrosa. Nietos con sonrisas melladas, entrecerrando los ojos contra el sol en una orilla rocosa. Imágenes de la tripulación, celebraciones, brindis con champán.

Todos esos momentos, capturados y preservados. Una vida plena. No ayudaba contra el dolor de mi pecho.

El capitán Murray sonrió al verme, se levantó brevemente de su sillón y me hizo un gesto para que me sentara frente a él en su pequeño sofá. Me senté en el borde, extrañamente nerviosa.

Apreté las manos entre mis rodillas, con el pulso acelerado. No estaba segura de por qué me habían llamado a su camarote, y no tenía motivos para suponer que algo iba mal.

—¿Quería verme, Capitán? —Mantuve mi voz ligera, una versión pulida de mí misma. La voz que tranquilizaba a la gente.

El Capitán Murray se reclinó en su sillón, con los dedos entrelazados sobre el pecho. Su camisa de uniforme estaba arrugada y su pelo gris se erizaba como si hubiera pasado la mano por él demasiadas veces. Me observó un momento, su rostro curtido por la intemperie era inescrutable, y luego sonrió.

—Te he conseguido un trabajo.

Parpadée. —¿Qué?

Asintió, como si no acabara de poner mi mundo patas arriba. —En el Sullivan Lodge de Bar Harbor. Atracamos allí la semana que viene. Empiezas ese mismo día.

Mi estómago se hundió, mi corazón golpeaba dolorosamente contra mis costillas. —¿Me... está despidiendo? —Se me quebró la voz—. ¿No he hecho lo suficiente?

Como si hubiera sido sacudida por un huracán, mi cabeza se sentía pesada por el pánico. Era una manera condenadamente dura de ser despedida. Si es que eso estaba ocurriendo.

Sus cejas se juntaron. —Grace, eres la mejor coordinadora que he tenido en todos mis años en el mar. Si fuera egoísta, te quedarías aquí hasta la jubilación, pero quiero algo mejor para ti.

Algo mejor para ti. Las palabras me punzaron por dentro.

Había pasado ocho años construyéndome una vida aquí —creándome un lugar entre personas que iban y venían como las mareas. Sabía cómo manejar ese vaivén. Había aprendido a anclarme en el movimiento, a estabilizarme en una cubierta que nunca dejaba de moverse.

No sabía cómo existir en tierra firme.

—No lo entiendo —dije con un nudo en la garganta. El barco era mi hogar, el único que tenía. Habíamos tenido una alta rotación de tripulación, pero yo había perseverado con el Capitán Murray y me había ganado mi puesto. Y ahora quería que me marchara, como si le hubiera decepcionado por quedarme.

Él se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas. —Desde que te uniste a mi tripulación, has hablado de querer planificar bodas. No hay muchas bodas en un barco, aunque yo esté ordenado. Suelen ser más bien lunas de miel y aniversarios. —Sonrió, pero la sonrisa no llegó del todo a sus ojos—. La organizadora de eventos del albergue ha dimitido, y tienen una gran boda en diciembre. Necesitan a alguien que pueda lidiar con la presión. Alguien con tu talento.

La palabra «boda» retorció algo dentro de mí —un dolor agudo y anhelante que nunca pude calmar del todo. Había organizado lunas de miel, propuestas sorpresa, cenas románticas bajo las estrellas. Había escenificado momentos perfectos para otros, pero las bodas siempre habían estado fuera de mi alcance.

Quería formar parte de eso, ayudar a la gente a crear los recuerdos más importantes y duraderos de su vida. Después de la muerte de mis padres, sus fotos de boda se convirtieron en mi visión favorita,

que contemplaba una y otra vez. Estaban tan felices, tan jóvenes y enamorados. Habían muerto juntos, y el abuelo había dicho que eso era un consuelo, teniendo en cuenta lo mucho que se amaban.

Me alisé la falda con las manos, mis nudillos se pusieron blancos. —Pero no soy infeliz aquí —susurré.

Excepto que... sí lo era.

No todo el tiempo. No lo suficiente como para notarlo siempre. Pero de vez en cuando, cuando me quedaba de pie junto a la barandilla mirando la inmensa extensión del océano, lo sentía —ese dolor hueco en mi pecho, el silencioso reconocimiento de que, sin importar cuánto diera, siempre sentía como si estuviera esperando algo.

O a alguien.

El rostro de Quinton destelló en mi mente como un relámpago —agudo, brillante y desapareciendo demasiado rápido. La aspereza de su voz. El peso de su mano en mi espalda baja mientras me guiaba por el sendero. La forma en que me miraba, como si realmente me viera.

Clavé las uñas en mis palmas hasta sentir el dolor.

El capitán Murray se frotó la barbilla y me observó atentamente. —La vida en un barco es efímera. Los puertos cambian. Las personas se van a la deriva. Pero ¿tú? —Negó con la cabeza—. Siempre construyes algo permanente, incluso cuando no hay cimientos sobre los que edificar.

Mi pecho se contrajo. —Es mi trabajo.

—No, eres tú. —Su mirada se suavizó—. Y por eso sé que no perteneces a un mundo donde todo es transitorio. Te mereces raíces, Grace. Un lugar al que puedas llamar hogar. —Golpeó suavemente el marco justo a su lado, su dedo descansando sobre una foto de su esposa—. Y personas a las que puedas llamar tu hogar.

Mi pecho dolía, la pena se arremolinaba como una sombra bajo mis costillas. Mis padres. Mi abuelo. La hilera de personas que se habían marchado —o que yo había perdido. Ya no permitía que las personas se convirtieran en mi hogar. Porque los hogares se derrumban.

Tragué el nudo que tenía en la garganta, con el pulso martilleándome en los oídos. Quería protestar, decir que el barco era mi hogar, que la tripulación era mi familia. Pero no podía encontrar las palabras adecuadas. No cuando seguía imaginando cómo Quinton me había tocado la mejilla, su pulgar acariciando mi piel como si fuera algo delicado.

Algo que merecía ser sostenido.

No había sido consciente de lo sola que estaba hasta el momento en que él se marchó.

Y desde entonces había estado intentando huir de ese sentimiento.

—Tuve suerte —dijo él con voz ronca—. Mi esposa entendía esta vida, pero casi la pierdo porque no hice un espacio para ella. Eso es lo que haces, Grace: lo das todo por los demás y no dejas nada para

ti misma. Mereces vivir tu propia vida. Vivir tu sueño de planificar bodas, quizás incluso encontrar a un buen hombre con quien asentarte, y nada de eso lo conseguirás en este barco.

Cerré los ojos, con la garganta ardiendo. ¿Y si no sabía cómo parar? ¿Y si no sabía cómo ser algo distinto a lo que era?

—¿Y si no sé cómo construirme una vida? —susurré.

—Has pasado toda tu vida cuidando de los demás —dijo con suavidad—. Quizás sea hora de que dejes que alguien cuide de ti. He visto cómo mantienes a la gente a distancia.

—Eso no es cierto —protesté. Me preocupaba tanto por tantas personas. ¿Cómo podía pensar eso?

—Todavía me llamas capitán —dijo con una pequeña y amable sonrisa. No lo decía como un reproche, pero así lo sentí—. He vivido mi vida. Estuve casi cincuenta años con mi esposa antes de que falleciera. Tengo hijos, nietos y mi barco. Deseo lo mismo para ti, pero eso no ocurrirá si continúas evitando echar raíces. A veces, lo más valiente que puedes hacer es dejar entrar a alguien.

Una lágrima corrió por mi mejilla, y la limpié antes de que pudiera caer.

—No sé si estoy preparada —confesé.

El capitán Murray sonrió. —Nunca estarás preparada —dijo simplemente—. Simplemente tienes que ir de todas formas. El

Sullivan Lodge representa un ascenso, una oportunidad de mostrar al mundo lo que realmente hay dentro de ti. Y quién sabe, tal vez allí encuentres lo que te falta en la vida.

Me quedé mirando la foto de su esposa, con el corazón dolorido por algo que no podía nombrar. Tenía razón.

Era hora de dejar de huir. Aunque me diera miedo. Y quizás aún no fuera demasiado tarde para encontrar lo que había perdido.

Capítulo Seis

Quinton

—Sr. Sullivan, ¿tiene tiempo para hablar de algo... importante? —preguntó mi secretaria Rebecca al entrar en mi despacho en el Bar Harbor Sullivan Lodge. Sabía por qué estaba allí, y mi cuerpo reaccionó en consecuencia: mi polla se endureció.

—Estoy seguro de que puedo hacerte un hueco en mi apretada agenda, Srta. Fairview. Cierra la puerta —dije, recostándome en mi silla.

Si había alguna ventaja de estar atrapado en el adormilado Maine, era ella. Me había pasado el último año viajando por el mundo, evitando los desesperados intentos de mis cuatro hermanos mayores de conseguir que cumpliera con las descabelladas condiciones de la herencia de nuestro padre.

Solo Slater Sullivan podía ser lo bastante arrogante como para insistir en distribuir su herencia mientras aún vivía, y luego ponernos obstáculos imposibles que superar para conseguirla. Mis hermanos habían cedido uno tras otro, pero yo nunca había seguido la corriente y no iba a empezar ahora.

Rebecca cerró la puerta y se acercó a mí, sus caderas se balanceaban con ensayada seducción. Siempre me ofrecía un espectáculo, convirtiendo estos breves momentos de placer en algo que esperaba con ansias.

—Es bastante... personal —dijo, colocándose un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y mirándome a través de sus pestañas bajas.

—Sabes que soy un jefe muy práctico, ¿cómo puedo ayudarte? — seguí el juego. Le encantaban estos pequeños juegos, hacerse la inocente y encontrar cien formas diferentes de escenificar una seducción. La verdadera historia era mucho más sencilla.

En mi primer día había acabado en un bar local cuando ella entró. Mi nueva secretaria era la única persona que conocía en la ciudad y empezamos a charlar. Un par de copas y mi configuración predeterminada de *flirteo* fueron suficientes para que acabáramos en la cama.

El Grupo Sullivan Lodge debería ser mío. Si me casara con alguien antes de fin de año. Lo que no iba a suceder. Jamás. Lo que mi padre y mis hermanos parecían olvidar era que no podían quitarnos lo que ya poseíamos. Había invertido mi elevado salario con inteligencia. Tenía propiedades, acciones y bonos. Claro, no se

acercaba a la fortuna de papá, pero mi alma y mi independencia me importaban más.

Sin embargo, no rechazaría mis últimos meses de salario como director de operaciones de Sullivan Lodge, y papá me había dicho que trabajara o me considerara despedido. Al menos, Bar Harbor estaba lo suficientemente lejos de Nueva York y Boston como para que mi familia no estuviera constantemente encima de mí, aunque hubiera preferido estar en uno de los alojamientos internacionales. En cualquier caso, a Emma le gustaba esto.

—Verás —continuó Rebecca, fingiendo vergüenza e inocencia mientras jugueteaba con sus manos de modo que su escote se apretaba. Era una buena actriz—. Tengo este problema. Una fijación oral. Normalmente masco chicle o chupo caramelos, pero eso ya no funciona.

Me removí en mi asiento, anticipando hacia dónde iba todo esto. —¿Y cómo puedo ayudar?

—Necesito algo más grande para chupar —dijo, rodeando mi escritorio y deteniéndose frente a mis pies. Sus ojos se desplazaron con una insinuación deliberada hacia mi entrepierna. Mi polla, cada vez más dura, presionaba contra mi cremallera.

—¿Es eso? —Sonreí—. Creo que tengo algo que podría funcionar.

Agarré mi cremallera y la abrí. Ella observaba con deseo evidente mientras me desabrochaba los pantalones, el sonido metálico de la cremallera resonando con fuerza en mi despacho revestido de madera. Contuvo la respiración cuando saqué mi creciente erección, su entusiasmo alimentando mi excitación.

—Sí, esto es exactamente lo que necesito —dijo, inclinándose para sustituir mis manos por las suyas y acariciándome. Sus pechos llenaron mi campo visual y sabía que era deliberado—. Sé que estás ocupado, puedes seguir trabajando mientras juego con mi nuevo juguete.

Me estremecí en su mano, mi cuerpo le decía lo mucho que me gustaba esa idea sin necesidad de pronunciar palabra. Se arrodilló y se deslizó con gracia bajo mi escritorio, girando mi silla para colocarme de manera que pudiera alcanzarme mientras yo seguía escribiendo en mi portátil.

Como si pudiera terminar algo con mi polla en su boca.

Pero seguí con el juego, respondiendo a un correo electrónico del gerente del albergue, Chris, sobre una nueva empleada que empezaba hoy. Ya había organizado que Rebecca le enseñara todo, y tecleé una respuesta para informar a Chris.

Mientras escribía el breve mensaje, Rebecca puso sus dedos alrededor de mi polla y se metió la punta en la boca. Exhalé bruscamente por la nariz cuando el calor húmedo de su boca me envolvió. Llevábamos haciendo esto el tiempo suficiente como para que supiera exactamente cómo volverme loco. Frotó su lengua contra el pliegue bajo mi glande, jugando con ese sensible conjunto de nervios hasta dejarme completamente duro.

El breve mensaje me llevó una eternidad teclearlo mientras mi concentración se desvanecía. Se suponía que debía revisar los informes trimestrales, pero sabía por experiencia que mi mente estaría despejada cuando Rebecca terminara, y completaría más trabajo una vez que hubiera acabado.

—Dios —gemí cuando me succionó profundamente en su boca, tomando toda mi longitud hasta tocar su garganta—. ¿Intentas hacerme acabar rápido?

Murmuró su respuesta, un positivo *«mm-hmm»*, que envió vibraciones a través de toda mi extensión y solo impulsaba más su plan.

Me recliné en mi silla, abandonando cualquier apariencia de estar ocupado, y simplemente me dejé llevar. Nunca había sido un tipo de solo trabajo y nada de diversión.

—Así, justo así —la animé, hundiendo mis dedos en su pelo y guiándola arriba y abajo. Sus gemidos solo aumentaron, al igual que la succión.

Metió la mano en mis pantalones para jugar con mis testículos, haciéndolos rodar en su palma mientras succionaba con fuerza y rapidez. Los sonidos húmedos de su boca resonaban con fuerza en mi silencioso despacho, creando junto con sus gemidos mi banda sonora erótica personal.

No pasó mucho tiempo hasta que la presión comenzó a acumularse en mi bajo vientre, y no vi razón para contenerme o intentar aguantar más tiempo. Quería correrme y continuar con mi día.

—Voy a correrme —le informé por cortesía, aunque sabía que ella se lo tragaría todo.

Como era de esperar, solo succionó con más fuerza. Mis caderas se sacudieron, embistiendo en su boca mientras alcanzaba el clímax y

me derramaba en su lengua y garganta. Ella recogió cada gota y no paró hasta que me volví demasiado sensible y la aparté de mi miembro.

—Pareces el pecado en persona —dije mientras disfrutaba de la visión de sus labios hinchados y sus ojos azules vidriosos—. ¿Te ha excitado hacérmela así?

—Sí —dijo ella sin aliento y con necesidad.

—Déjame ocuparme de ti —dije dando unas palmaditas en mi regazo.

Aparté la silla y la ayudé a salir de debajo del escritorio. Con cuidado, volví a meter mi miembro en el pantalón antes de sentarla en mi regazo. Se montó a horcajadas sobre mis muslos, con la falda subida revelando un tanga rojo de encaje.

Desabroché su blusa negra y encontré debajo un sujetador push-up a juego. La acaricié por encima de la tela, busqué su pezón y lo endurecí con una mano, mientras deslizaba la otra bajo su falda. Aparté su tanga y pasé mis dedos por sus pliegues húmedos.

—Sí —me animó, moviendo sus caderas y buscando placer en mi mano. Froté su clítoris en círculos constantes antes de introducir dos dedos en ella. La forma en que se contrajo a mi alrededor casi me hizo arrepentirme de haberme corrido en su boca en lugar de follarla, pero por mucho que pudiera disfrutarlo, no podía pasarme todo el día enterrado en un coño. Froté su clítoris con mi pulgar mientras la penetraba con los dedos.

—Qué mojada estás —la elogié.

Se inclinó hacia delante, como si quisiera besarme, y giré la cabeza. En su lugar, apretó su boca contra mi cuello, sus uñas arañando mi pecho a través de la camisa.

—Estaba pensando —susurró, con voz entrecortada y sus labios rozando mi piel— que podríamos hacer una escapada este fin de semana. Ver las hojas en Acadia.

Me detuve, mis dedos se fueron haciendo más lentos.

Me besó a lo largo de la mandíbula, su aliento era cálido. —He oído que las vistas desde Cadillac Mountain son increíbles. Podríamos llevar un picnic. Tal vez pasar la noche en algún sitio. Solo nosotros dos.

—*Solo nosotros dos.* Romántico. Permanente.

Mi estómago se contrajo, un dolor tan familiar que apenas lo notaba ya.

Continué con mis esfuerzos, empujando mis dedos con más fuerza dentro de ella. —¿Por qué deberíamos desperdiciar todo un día conduciendo —murmuré con voz profunda— cuando podemos divertirnos aquí?

Dudó, su sonrisa vaciló. —No es desperdiciar el día. Sería bonito, ¿no crees? ¿Hacer algo juntos fuera de la oficina?

Me quedé frío. Por supuesto que quería más. *Siempre* querían más.

Retiré la mano, alisé su falda y me aparté de ella. El movimiento fue lo suficientemente brusco como para que retrocediera confundida sobre mi regazo.

—Eso fue un error —dije, y mi voz sonó cortante.

Su expresión cambió, y me blindé contra cualquier compasión que pudiera sentir. Ella sabía de qué iba todo esto cuando se metió en ello. Fue ella quien intentó romper nuestro acuerdo de mantener una aventura sin compromiso. Solo deseaba no haberme permitido creer que podría cumplir su parte del trato.

—¿Te refieres a lo de hoy o a nosotros? —preguntó, usando esos ojos seductores por una razón completamente distinta.

—No hay ningún nosotros —dije mientras le subía la blusa que se había deslizado de su hombro, ocultando cualquier tentación de mi vista. Mis dedos aún estaban húmedos de su coño, y en el fondo de mi mente me alegraba que llevara ropa negra y que la tela no revelara lo que habíamos hecho.

Se bajó de mi regazo, con lágrimas llenando sus ojos. Se las limpió con la manga de su blusa. No podía apartar la mirada de la tela húmeda, arrugada donde la había empujado sobre su hombro. Sorbió por la nariz, la máscara de pestañas se corrió bajo sus pestañas, y odiaba que eso me hiciera sentir algo.

Porque era culpa suya.

Yo había sido claro desde el principio.

—No es lo que parecía anoche —me soltó. Había sido débil, la había dejado dormir en mi cama después de follar. Sabía que ese momento de debilidad me pasaría factura. Esto es lo que conseguía por intentar ser un caballero.

Me pasé la mano por la cara, intentando deshacerme de la persistente sensación de su piel. Debería haberla echado de la cama sin más. En lugar de eso, la dejé quedarse. Y ahora pensaba que eso significaba algo.

Me levanté de mi silla, el cuero crujió al incorporarme, y me dirigí hacia la ventana. El océano se extendía más allá de los acantilados, una superficie gris plateada que se difuminaba en el horizonte. Un trozo de naturaleza salvaje se extendía hacia el norte, las cumbres del Acadia salpicadas con los últimos vestigios de los colores otoñales.

Rebecca quería que la llevara allí.

Quería lo mismo que todas las mujeres acaban queriendo: romanticismo, compromiso, promesas que yo no podía cumplir.

Promesas que no quería cumplir.

Apoyé la mano contra el frío cristal y cerré los ojos.

La sonrisa de Grace centelleó en mi mente como una chispa en la oscuridad. Cómo se había reído cuando le dije que tenía arena en el

pelo. Cómo había temblado debajo de mí, sus dedos clavándose en mis hombros como si temiera que fuera a desaparecer.

Había pasado meses intentando olvidarla.

Había volado a casi todos los continentes después de darme cuenta de que ella no iba a llamarme. Me había enterrado en el trabajo, y cuando eso no ayudó, el whisky y el sexo con una mujer diferente cada noche mantuvieron mi cerebro ocupado. O adormecido. Había hecho de todo para mantenerme ocupado, para no pensar. Para no sentir.

Y entonces Rebecca había resultado condenadamente conveniente en aquel pueblo.

—¿Quinton? —Su voz se quebró, y me di la vuelta para ver cómo se mordía el labio mientras su barbilla temblaba—. Yo... yo pensaba que te gustaba.

Me obligué a no estremecerme. —Me gustas —dije con una voz cortante como el cristal—. Eres una secretaria excelente.

Emitió un sonido de dolor, como si la hubiera golpeado, y las lágrimas volvieron a brotar en sus ojos.

Durante un segundo —una fracción de segundo— casi me ablandé. Casi le digo que lo sentía, que no era culpa suya que yo no pudiera ser lo que ella quería.

Pero la última vez que me entregué a algo real, pasé días mirando mi móvil, esperando una llamada que nunca llegó.

La vez anterior terminé con una hija y sin prometida.

Sabía cómo acabaría esto. No merecía la pena correr el riesgo.

—No quiero perderte como empleada —dije. Mi voz sonaba fría y controlada—. Eres demasiado buena en lo que haces. Pero esto... —gesticulé vagamente entre nosotros—, no puede volver a ocurrir.

Ella negó con la cabeza, su pecho subía y bajaba mientras lloraba con más intensidad.

Mi estómago se contrajo. Odiaba esta parte.

Odiaba el llanto, las súplicas, la esperanza desesperada en sus ojos. Porque nunca podía darles lo que querían. Ya no me quedaba nada que dar.

Abrí el cajón superior de mi escritorio y saqué mi talonario de cheques. —Te daré un aumento de sueldo. Y una prima —dije arrancando la primera página—. Lo que tú consideres justo.

Me miró incrédula, con las pestañas húmedas pegadas entre sí. —¿Lo dices en serio?

Hice clic en mi bolígrafo. —Simplemente dime la cifra.

Su rostro se contrajo.

—Cinco mil —dije garabateando la cifra—. Informaré al departamento de nóminas sobre tu aumento. Si no me das una cifra, decidiré yo.

Se abotonó rápidamente la blusa y cogió el cheque. Salió corriendo del despacho, la puerta se cerró de golpe tras ella.

Exhalé lentamente.

El silencio se cernió sobre mí como el humo de un incendio forestal, denso y asfixiante.

Dejé caer el bolígrafo sobre mi escritorio y me froté las sienes para aliviar el dolor. Debería haberme sentido aliviado. Debería haber estado agradecido por haber detenido las cosas antes de que se volvieran aún más caóticas.

En cambio, simplemente me sentía cansado.

Miré mi móvil y me pregunté por millonésima vez por qué Grace nunca me había llamado. Mi mandíbula se tensó.

Ya debería haberlo superado. Solo fue una noche. Difícilmente podía tratarse de amor. Eso ya no lo hacía. Pero me había permitido creer que podría abrirme de nuevo. No me consideraba un hombre estúpido, pero evidentemente lo era. Le había preguntado si era como yo. Ella había dicho que sí. Había conseguido lo que pedí.

Me recosté en mi silla, mirando fijamente al techo, el rastro fantasmal de los dedos de Grace ardiendo en mi piel como un cardenal.

No necesitaba romance. No la necesitaba a ella. Solo necesitaba volver al trabajo.

¿Y si eso se sentía un poco como ahogarse? Bueno, estaba acostumbrado a contener la respiración.

Capítulo Siete

Grace

El Sullivan Lodge parecía sacado de una reluciente revista de viajes, con sus vigas de madera que se alzaban hacia el techo, ventanales que llegaban hasta el suelo y elegantes chimeneas de piedra donde crepitaba un fuego acogedor. Intenté no quedarme boquiabierta mientras atravesaba las puertas de entrada y mi maleta de ruedas zumbaba sobre el suelo pulido.

Había estado en lugares bonitos, pero ¿esto? Esto era otra liga completamente distinta.

Por supuesto, ya había experimentado el lujo de un Sullivan Lodge antes, aquella vez en Santa Lucía. No sabía si era ironía que el Capitán Murray me hubiera conseguido un trabajo precisamente aquí, o simplemente mi extraña suerte.

Este lugar tenía un aspecto completamente diferente al paraíso caribeño donde conocí a Quinton. Al parecer, cada Sullivan Lodge estaba decorado para adaptarse a su ubicación. Mientras que el alojamiento en Santa Lucía irradiaba una perfección tropical y aireada, su homólogo en Maine era, en cada centímetro, el lujo oriundo de Nueva Inglaterra, orientado al bosque y con ese aire de antiguo dinero que uno esperaría. Al menos aquí no tendría recuerdos de Quinton, aunque fuera la misma cadena.

Aparté aquellos recuerdos agridulces y miré hacia adelante. Estaba a punto de comenzar mi nueva vida y, con suerte, crear nuevos recuerdos. Buenos recuerdos.

Mi estómago revoloteaba, los nervios se mezclaban con una débil chispa de emoción. Podía conseguirlo. Era un paso adelante, un nuevo comienzo, y aunque no conocía a nadie aquí, me las arreglaría. Siempre lo hacía.

El vestíbulo olía a cedro y canela, un leve eco de las fiestas navideñas. Una punzada distante se extendió por mi pecho —la Navidad llegaría en apenas dos meses y no la pasaría en el barco—, pero aparté ese pensamiento y me dirigí a la recepción.

La recepcionista, una mujer pulcra con un moño severo, examinó mis documentos y me ofreció una sonrisa escueta. —Trabajará estrechamente con la secretaria del Sr. Sullivan, Rebecca Fairview. Se supone que debería darle un recorrido y presentarla a los jefes de departamento, pero aún no ha bajado.

Asentí y cambié mi peso de un pie a otro. —Vale. ¿Dónde puedo encontrarla?

Después de recibir indicaciones y tomar algunos giros equivocados, me abrí paso serpenteando por el ala administrativa, con mis tacones repiqueteando sobre los suelos de mármol. El albergue era enorme, un vasto laberinto de lujo, pero no podía evitar sentirme... fuera de lugar.

Transitoria. Como si realmente no perteneciera a un lugar diseñado para ser un destino.

Sacudí la cabeza ante mis propios pensamientos. Exactamente por eso el Capitán Murray me había animado a venir aquí: para echar raíces, para construir una vida. Pero cuanto más tiempo caminaba por los silenciosos pasillos, más difícil me resultaba ignorar el dolor en mi pecho.

No podía deshacerme de los recuerdos de Quinton. Cada vez que pasaba junto al logotipo de Sullivan, me acordaba del breve tiempo que habíamos pasado juntos, de la página del bloc de notas. El logotipo fue lo único que sobrevivió a mis torpes dedos empapados. Pero incluso si hubiera podido leer su número, probablemente me habría ignorado. Al fin y al cabo, yo le había dejado el mío.

Debería dejar de pensar en él. Había pasado un año. Una sola noche. Una conexión espontánea y fugaz.

Probablemente se había olvidado de mí antes incluso de que su avión aterrizara.

Tragué el amargo nudo de mi garganta y doblé una esquina, solo para detenerme bruscamente al ver a una mujer rubia de pie en el pasillo, con la espalda presionada contra la pared. Sostenía un

pañuelo en la mano, sus hombros temblaban mientras intentaba contener las lágrimas.

Mi pecho se contrajo. Conocía ese tipo de dolor.

Me alisé la blusa —todavía era extraño no llevar el uniforme del barco— y me acerqué lentamente. —Oye... ¿estás bien?

La mujer se sobresaltó y se volvió hacia mí con las mejillas manchadas y los ojos llorosos. Parecía tener más o menos mi edad, guapa de una manera natural, con pelo rubio liso y una blusa negra elegante.

Sorbió por la nariz y se secó los ojos. —Estoy bien. Yo... —Su voz se quebró, y apartó la mirada, con la boca temblorosa—. Normalmente no lloro en el trabajo. De verdad.

Le dediqué una sonrisa amable. —Eso nos hace dos. ¿Quieres hablar de ello?

Dudó, luego negó con la cabeza, aunque le temblaba el labio. —Es una tontería. Llorar por un tío, ¿sabes? Solo pensé... creía que le importaba, y no fue así. Yo quería algo real, y él solo quería... —Tragó saliva con dificultad—. Diversión.

Mi corazón se encogió. Sabía cómo se sentía ser desechada: darle a alguien un trozo de ti misma y ver cómo se marcha como si no significara nada.

—Lo siento mucho —dije con voz suave—. Eso no es ninguna tontería.

Sus hombros cayeron. —Debería haberlo sabido. Me advirtió y no le hice caso. Pensé que si aguantaba el tiempo suficiente, quizás cambiaría de opinión.

Me acerqué más y bajé la voz. —Quizás aguantaste porque viste algo que valía la pena esperar. Eso no es malo. Solo significa que tienes corazón.

Se rio con voz acuosa. —Sí, bueno, mi corazón es un idiota.

Sonreí. —El mío también.

Sus labios temblaron, y lo tomé como una victoria.

—Por cierto, soy Grace —dije tendiéndole la mano.

Se secó los ojos por última vez y estrechó mi mano. —Rebecca. Yo... Dios mío. —Se enderezó y se alisó el cabello, como si acabara de recordar que estaba en el trabajo—. Tú eres la nueva organizadora de eventos. Se suponía que debía recibirte en el vestíbulo.

—No te preocupes —dije rápidamente—. Podemos empezar cuando estés lista.

Soltó un suspiro tembloroso y comprobó su reflejo en la pantalla del móvil, presionando los dedos contra sus mejillas enrojecidas. —Vale.

Sí. Puedo hacerlo. —Se volvió hacia mí con una sonrisa débil—. Vamos a familiarizarte con el lodge.

Mientras Rebecca me lo mostraba todo, empecé a pensar que deberían cobrar por las visitas guiadas a este lugar, tan impresionante era. Y intimidante.

En el momento en que entramos en el gran vestíbulo del Bar Harbor Sullivan Lodge, sentí cómo el peso de las expectativas se cernía sobre mí. La sala era impresionante: techos altos, ventanales del suelo al techo que enmarcaban la rocosa costa de Maine, suelos de madera pulida perfeccionados por elaboradas alfombras persas. También olía a lujo, a madera de cedro y brisa marina, con solo un toque de lirios frescos del enorme arreglo floral en el centro de la sala.

Rebecca se movía por el lodge como una mujer en piloto automático, su postura demasiado rígida, sus ojos azules distantes. Había conocido a muchas personas en la industria hotelera que ocultaban el agotamiento tras sonrisas profesionales, pero el desamor era otra bestia, y sentí una conexión inmediata con ella.

Sabía que era mejor no volver a mencionar el tema ni intentar consolarla. Yo misma había recibido demasiadas miradas compasivas bienintencionadas como para someterla a una ahora. Así que hice lo único que podía: dejarla trabajar.

—Por aquí —dijo secamente y me condujo hasta una puerta doble que se abría a uno de los grandes salones de baile del albergue.

La seguí y absorbí cada detalle mientras me explicaba la distribución. El salón de baile era impresionante, una mezcla perfecta entre lo

rústico y lo refinado. Una pared de ventanales mostraba una bahía espectacular, cuyas aguas de un azul oscuro brillaban bajo la luz de la tarde.

—Es la bahía privada del albergue —me informó—. Organizamos visitas guiadas allí abajo, principalmente durante los meses más cálidos. Hay una gran cueva que antes utilizaban los contrabandistas. Según los rumores, todavía hay cajas de ron e incluso quizás oro escondidas en uno de los pasadizos sinuosos, pero yo no me lo creo. A los turistas les gusta la historia de todos modos.

—Oh. —Eso fue todo lo que pude decir; la mención de la cueva bastó para que sintiera como si me hubieran metido un bloque de hielo por el cuello. Me propuse evitar por completo la bahía y olvidarme de la cueva. Aquí dentro estaba segura.

—Aquí celebramos muchas bodas —continuaba diciendo Rebecca, con voz concisa y eficiente—. Viajes de empresa, galas benéficas... cualquier evento en el que gente rica quiera fingir que está en comunión con la naturaleza sin renunciar realmente a ni un solo lujo.

Lámparas de cristal proyectaban un cálido resplandor sobre vigas de madera expuestas y suaves cortinas color marfil, un tipo de contraste que, de alguna manera, hacía que el espacio pareciera tanto lujoso como acogedor.

Solté una risita suave. —¿Tan malo es?

Rebecca exhaló y por fin me miró, algo más afilado brilló tras sus ojos antes de forzar una sonrisa irónica. —Digamos que nunca conocerás a un grupo de personas más exigentes que aquellos que afirman ser "relajados".

Sonaba bastante acertado. Había participado en suficientes cruceros de lujo para conocer el tipo: huéspedes que querían encanto rústico, siempre y cuando ese encanto rústico viniera acompañado de comodidades de cinco estrellas y servicio de habitaciones a cualquier hora del día.

Continuamos caminando.

Rebecca me guió por la extensa red de espacios para eventos, cada uno más impresionante que el anterior. Un comedor privado con techo abovedado y una chimenea de piedra lo suficientemente grande como para caber dentro. Una serie de villas de lujo escondidas entre los árboles, cada una más parecida a una residencia privada que a un alojamiento de alquiler. Una casa de botes que también servía como espacio para eventos, completa con vigas decoradas con faroles y una amplia terraza que se extendía sobre el agua. Con vistas a ese tipo de veleros y relucientes superyates que antes había visto en los muelles VIP de Mónaco o Santorini.

Con cada paso, observaba cómo Rebecca volvía a ser ella misma. Empezó a intercalar pequeños comentarios mordaces entre sus explicaciones, su sarcasmo regresaba como un salvavidas.

—La repostera, Izzy Johnston? Dulce como la miel, pero ten cuidado, siempre intenta repartir sus nuevas creaciones entre el personal, y son siempre para morirse de buenas.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté, ya con ganas de conocerla. No había comido nada en todo el día por los nervios de mi nuevo trabajo, y ya era pasado el mediodía.

—No hay ninguno, sobre todo si quieres engordar cincuenta kilos —se rio—. Aunque quizás eso no sea un problema para ti, lo delgada que estás.

Sonreí, sin estar segura de cómo tomarme el comentario. Probablemente la falta de comida me estaba haciendo susceptible.

—¿El jefe de conserjería, Marcus Evans? Un poco cazador de famosos, y probablemente tardará un tiempo en entrar en confianza contigo, pero mientras hagas bien tu trabajo, estoy segura de que encontrarás un amigo —dijo mientras me mostraba los pasillos del personal. Los corredores conducían desde cada espacio de eventos hasta las cocinas y los almacenes. Se sentía un poco como un laberinto, pero estaba segura de que me acostumbraría. Los cruceros eran bastante similares.

—Ese es el plan —dije, esperando estar a la altura de la tarea. Los eventos en los barcos eran una cosa, en un entorno familiar donde había ido ascendiendo y conocía al personal a bordo. Esto parecía un nivel completamente diferente.

—El mantenimiento lo dirige Jake Morris. Está aquí desde antes de que terminaran de construir el lodge, y te lo hará saber sin lugar a dudas. Es fantástico, solo que... prepárate para muchas historias.

—No me importan las historias —dije, contenta de poder aprender más sobre el lugar.

—Mejor tú que yo —resopló—. Aún quedan los jardines por ver.

Estábamos al borde de la extensa terraza de piedra, con los jardines extendiéndose ante nosotras en pulcros y serpenteantes senderos de flores silvestres y setos bien cuidados. Más allá se extendía el océano hasta el horizonte, con sus olas golpeando rítmicamente contra los acantilados rocosos.

Rebecca cruzó los brazos y contempló la vista con un suspiro dramático. —Y aquí, por supuesto, todas las novias insisten en fotos al atardecer, aunque estamos en la costa este y el sol literalmente se pone en la dirección opuesta.

Resoplé. —Supongo que las dejas descubrirlo por sí mismas, ¿no?

—Oh, por supuesto —dijo—. ¿Crees que voy a arruinarles su momento de ensueño antes de que ocurra? Ni hablar. Simplemente las dejo aquí plantadas, confundidas, mientras el sol se pone detrás del edificio principal. Es un rito de iniciación.

Me reí, y algo en mi pecho se aflojó. Se sentía bien conectar con ella. Ser útil.

Cuando volvimos al edificio principal, me dolían los pies, pero mis nervios se habían calmado. Había sobrevivido al primer día. Había tenido mi primera visión real del lugar que llamaría hogar en el futuro previsible. Incluso había conseguido hacer sonreír a Rebecca.

Por primera vez desde que dejé el barco, casi olvidé lo nerviosa que había estado por empezar este trabajo.

Casi.

Miré hacia la planta superior —un ala con suites que aún no me habían enseñado— y reajusté mi bolso en el hombro. —¿Cuándo conoceré al jefe?

Rebecca se burló. —¿El señor Sullivan? —Puso los ojos en blanco—. Probablemente no le verás mucho. Va y viene sin previo aviso, y cuando está aquí, es una pesadilla. —Bajó la voz en tono conspiratorio—. ¿Mi consejo? Gánate su lado bueno. O mejor aún, manténte completamente fuera de su camino.

Mi estómago se contrajo. No sabía por qué había esperado que el jefe de un lugar tan hermoso fuera cálido y acogedor. Las personas que construyen imperios normalmente no son del tipo afectuoso.

Pero aun así.

Enderecé los hombros y me obligué a sonreír. —Estoy segura de que no puede ser tan malo.

Rebecca resopló. —Ya lo verás.

La seguí por el pasillo, con el pecho oprimido por la certeza de que estaba entrando en algo más grande de lo que entendía.

Y para bien o para mal, mi vida pronto cambiaría.

Capítulo Ocho

Grace

Después de una semana en mi nuevo trabajo, seguía intentando encontrar mis piernas de tierra firme.

Había conocido a mi supervisor directo, Chris Reynolds, quien me había mostrado los procedimientos. Era un hombre amable de unos cincuenta años con pelo y bigote canosos. Chris me recordaba lo suficiente al capitán Murray como para no sentirme completamente perdida.

Me había centrado principalmente en lidiar con la próxima boda. La organizadora de eventos anterior no había hecho mucho en términos de preparativos, y solo tenía un mes para poner todo en orden. Era intimidante, pero en este momento estaba más preocupada por mi primera gran reunión.

La sala de conferencias olía a café recién hecho y a estrés. Me ajusté la americana e intenté no retorcerme nerviosamente mientras mi corazón golpeaba contra mis costillas cuando los jefes de departamento del Sullivan Lodge entraban uno tras otro. Esta sería la primera vez que me encontraría con el elusivo Sr. Sullivan, y todo lo que había oído sobre él sugería que era un hueso duro de roer, tan respetado como temido.

Agarré mi bolígrafo con más fuerza y alisé mi bloc de notas sobre la madera pulida de la mesa. Había pasado los últimos siete días trabajando hasta el agotamiento, organizando detalles para la boda del próximo mes y revisando contratos de proveedores hasta que las palabras se volvían borrosas ante mis ojos. Quería entrar en esta reunión y demostrar que pertenecía aquí, que merecía este trabajo, incluso si había sido el capitán Murray quien me había recomendado para él.

La puerta se abrió y Marcus, el jefe de conserjes, se deslizó en el asiento junto al mío, regalándome una sonrisa relajada. Rebecca lo había descrito como distante, pero hasta ahora solo había sido amable conmigo. De poco más de cuarenta años, Marcus tenía el cabello castaño claro que empezaba a vetearse de gris y el inicio de patas de gallo alrededor de sus ojos color avellana.

—Buenos días, Grace —arrojó un montón de papeles sobre la mesa y se reclinó en su silla, estirando los brazos por encima de la cabeza, haciendo que su camisa se tensara sobre su pecho—. ¿Estás preparada para tu primer consejo de guerra?

Me reí nerviosamente y me aferré a mi café como si fuera un salvavidas. —Yo no lo llamaría así.

—Entonces es que aún no has conocido al Sr. Sullivan —la sonrisa de Marcus se volvió traviesa—. No te preocupes. Yo te protegeré.

Me mordí el labio para no sonreír, mientras el calor me subía por el cuello. Marcus había sido amable desde el primer día, un poco coqueto, pero nunca insistente. No le conocía lo suficiente como para decidir si iba en serio o si simplemente le gustaba el juego, pero en cualquier caso, no estaba interesada.

Aun así, era agradable sentir que alguien estaba de mi parte.

Organicé mis notas e intenté ignorar que me temblaban las manos. —Puedo cuidar de mí misma.

—Te creo —me guiñó un ojo, y puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar reírme.

La sala zumbaba con charlas mientras la gente se acomodaba en sus sitios. Chris captó mi mirada desde el otro lado de la mesa y me mostró un pulgar hacia arriba, y mi estómago se retorció de gratitud.

Mirando alrededor de la sala, intenté familiarizarme con todos los brazos de la enorme bestia que era Sullivan Lodge. Si pensaba que un crucero tenía muchas partes móviles, no era nada comparado con una cadena hotelera multinacional. Aún estaba aprendiendo los nombres y funciones de todos, pero la gente había sido amable.

La amabilidad no cambiaba el hecho de que todo mi futuro dependía de que este trabajo funcionara. El reloj marcó las diez, y mi pulso se

aceleró cuando la puerta se abrió de nuevo. Todos se callaron. Me giré hacia la entrada y mi corazón latió con fuerza.

Olvidé cómo respirar.

Quinton.

Entró en la sala como si le perteneciera. Pantalón oscuro, camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos y la misma elegancia despreocupada que, hace un año, me hizo ser lo bastante tonta como para acostarme con él.

Mi pecho se desplomó. ¿Cómo podía estar aquí? No podía ser él.

Pero era él.

Su pelo oscuro se rizaba sobre su frente, exactamente tan despeinado como la última vez que lo vi, después de haberlo agarrado mientras me lamía. La línea afilada de su mandíbula, los anchos hombros... todo se había grabado en mi memoria como una cicatriz que nunca pude alisar del todo.

Se veía igual. Exactamente igual.

Excepto por la expresión fría e indiferente cuando arrojó una carpeta de cuero sobre la mesa y se dejó caer en la silla en la cabecera de la sala.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Marcus, aunque la lógica me apuntaba en una dirección a la que no quería ir.

—Es el Sr. Sullivan —susurró, inclinándose tan cerca que sus labios casi tocaron mi oreja—. Es joven para el puesto, pero no creas que fueron solo las conexiones de papá las que le consiguieron el cargo. Es bueno en lo que hace. Cuando se molesta en aparecer por el trabajo.

Quinton era mi jefe. *Quinton Sullivan.*

Mi estómago se contrajo y me aferré al borde de mi silla mientras el pánico retumbaba por mis venas. Había pasado meses intentando olvidarle, tratando de borrar la forma en que una vez me había hecho sentir que no era invisible. ¿Y ahora estaba aquí?

No podía respirar.

Los recuerdos se amontonaban en mi cerebro como un accidente múltiple. Las cosas personales que habíamos compartido cuando no éramos más que desconocidos. La mirada intensa en sus ojos cuando me dijo cuántas veces me haría llegar al clímax. La sensación de sus labios en mi cuello y sus brazos a mi alrededor. El idílico paseo hasta su suite, con la noche tropical cálida y llena de promesas.

¿Qué me había dicho? —*Conozco al propietario, hablaré con él sobre eso.* Recordaba cómo se había reído. Pensé que era porque mis quejas sobre lo que tardaba eran tontas, adorables. Ahora sabía que se estaba riendo de mí, del secreto que había guardado.

¿Solo fui un juego para él?

Sentí a Marcus moverse junto a mí, su hombro rozó el mío mientras se inclinaba de nuevo hacia mí. —Parece que el gran jefe está de humor —susurró, asintiendo en dirección a Quinton.

Tomé aire temblorosamente, con la garganta contraída mientras me obligaba a mantener la compostura.

No podía derrumbarme. No aquí. No ahora.

Quinton abrió su carpeta y examinó la sala, su voz era baja y concisa. —Terminemos con esto rápidamente.

Mi pulso martilleaba tan fuerte que apenas oí cómo Chris anunciaba mi presentación.

Quinton apenas levantó la mirada.

Cuando llegó mi turno de hablar, me aclaré la garganta, mi voz temblaba. —Soy Grace Townsend. Ha sido un placer conocer al equipo esta semana.

Su mirada chocó con la mía, aguda y ardiente, como una hoja presionada contra mi piel. Me preparé para un reconocimiento, para algo. Pero sus ojos se desviaron hacia Marcus, que estaba sentado a mi lado, y su boca se aplanó en una fina línea.

Me miró como si fuera una desconocida. No debería haber dolido.

Pero fue como si alguien me hubiera clavado un cuchillo en el corazón y lo hubiera retorcido.

Quinton

Cuando entré en la sala de conferencias, ya había urdido mi plan de escape. Las reuniones quincenales eran necesarias para mantener el funcionamiento del negocio, pero siempre resultaban aburridas. Saber que conocería a la nueva organizadora de eventos solo aumentaba mi temor.

Si fuera similar a la anterior, me vería atrapado en una conversación embrutecedora sobre tendencias nupciales y lo que fuera que la siguiente novia-zilla quisiera para su boda perfecta. Como si la búsqueda de la fama en redes sociales y las fotos perfectamente preparadas pudieran salvarles del inevitable colapso de su matrimonio. Si tuvieran suerte, terminaría en divorcio. Mejor eso que quedarse atrapados en un matrimonio sin amor por el resto de sus miserables vidas.

Las bodas en el complejo eran un ciclo interminable de planos de asientos, arreglos florales y clientes exigentes que pedían lo imposible. Pero las bodas generaban suficientes ingresos para financiar la temporada baja, así que toleraba el caos.

Apenas.

Me remangué mientras me dejaba caer en el sillón de cuero en la cabecera de la mesa y abría mi carpeta. Cuanto antes termináramos con esto, antes podría regresar a mi despacho.

Hoy tenía que conocer a la nueva organizadora de eventos, una contratación que Chris había arreglado con una brillante

recomendación. Perfecto. Mientras pudiera lidiar con el caos de los cambios de última hora y las novias pegajosas, me daba igual quién fuera.

Levanté la vista, examinando la sala. Y me quedé petrificado.

Grace.

Mi pecho se contrajo como si alguien me hubiera golpeado.

Estaba sentada en el centro del grupo. Pelo castaño peinado hacia atrás en un estilo ordenado, tan diferente del desorden post-sexo que había visto la última vez, una americana que se ceñía a sus hombros, sus manos descansaban sobre un bloc de notas que agarraba como si fuera un salvavidas.

Me quedé mirándola fijamente, el espacio a mi alrededor se disolvió en ruido estático.

¿Qué demonios hace ella aquí?

Mi cerebro luchaba por ponerse al día, reproduciendo fragmentos de aquella noche en Santa Lucía. Grace, jadeando y gimiendo mi nombre. Su risa, suave y profunda en mi oído. La forma en que se había abierto a mí, compartiendo partes de sí misma. Había querido saber más sobre ella desde el momento en que vi la tristeza en esos ojos verde mar que miraban a las parejas en el restaurante, como si ver el amor le doliera físicamente. Un alma gemela. Demasiado parecida a mí, hasta el punto en que me dio plantón.

Ella era la nueva organizadora. No había otra razón por la que pudiera estar aquí.

Mi pulso martilleaba, el calor ardía en mi pecho. Me había convencido de que no era quien yo pensaba que era, que había sido un idiota al creer que había algo real entre nosotros.

¿Y ahora estaba aquí fingiendo que yo no existía?

¿Riéndose de las tonterías que Marcus le susurraba al oído?

Marcus se inclinó hacia delante, sonriendo mientras decía algo que hizo sonrojar a Grace.

Quería romperle los malditos dientes.

Grace parecía nerviosa, mordisqueándose el labio inferior, como aquella noche cuando la conocí, sentada en la barra como si no perteneciera a aquel lugar.

Había querido hacerle sentir que sí pertenecía allí. Había querido muchas cosas aquella noche.

Ahora solo quería que esta reunión terminara y que ella desapareciera de mi vista.

—Hagamos esto rápido.

El director, Chris, comenzó la reunión, repasando el orden del día mientras la sangre me rugía en los oídos.

Chris señaló a Grace. —Y por último: esta es nuestra nueva organizadora de eventos. Está trabajando en las bodas de diciembre. Grace, ¿le gustaría presentarse?

Ella levantó la barbilla, su voz era firme, aunque yo podía ver que sus manos temblaban. —Soy Grace Townsend. Ha sido un placer conocer al equipo esta semana. —Se volvió hacia mí con una sonrisa cautelosa y cortés.

La miré fijamente, esperando algún indicio de que recordara lo que había habido entre nosotros. ¿Se avergonzaba de haberme ignorado o yo era solo uno más en una larga lista de hombres a los que hacía creer que tenían una oportunidad?

Miré a Marcus. Debe de ser su próximo objetivo.

Como no dije nada, añadió: —Encantada de conocerle, Sr. Sullivan.

Sr. Sullivan.

Apreté tanto los dientes que me dolieron. Así que este era el juego que estábamos jugando. Si ella quería ser fría, yo sería hielo.

—Bienvenida —dije sin emoción mientras hojeaba mis notas, como si no supiera cómo se veía cuando llegaba al orgasmo. Como si el sonido de sus gemidos no hubiera estado dando vueltas en mi cabeza durante meses—. ¿Ha preparado una presentación?

Asintió y se puso de pie. Comenzó a esbozar sus primeras ideas para la boda, su voz ganando seguridad con cada palabra. Estaba tranquila. Serena. Me enfurecía.

Golpeé con mi bolígrafo contra la mesa y la miré fijamente, como si pudiera romper su compostura por pura fuerza de voluntad. Ella nunca miró en mi dirección, nunca perdió el hilo.

Como si yo no fuera importante. Como si nunca hubiéramos existido.

Me sobresalté.

—¿Por qué no está terminado el menú? —interrumpí. Mi voz fue lo suficientemente cortante como para hacer que Chris y Marcus se estremecieran.

Grace hizo una pausa y me miró parpadeando. —He estado trabajando con el chef que la pareja ha elegido, pero queríamos ofrecer una degustación antes de...

—Ha tenido una semana. Pagan por eficiencia, no por indecisión.

Su postura se tensó, pero asintió. —Entiendo. Le daré prioridad a esto y tendré una respuesta para el viernes.

No era la reacción que buscaba.

La quería confundida. Enfadada. Cualquier cosa menos esta cuidadosa cortesía profesional.

Me recosté en la silla, mi voz rezumaba desinterés. —¿Están confirmados todos los proveedores?

Grace mantuvo su sonrisa. —He confirmado la mayoría de ellos, pero todavía estoy comparando opciones para los...

—La mayoría no es suficiente. —Levanté una ceja, provocándola—. ¿Ha organizado lo del florista?

Cruzó las manos sobre su regazo, con los nudillos blancos. —He reducido la selección a dos opciones, pero actualmente estoy consultando con el asistente de la pareja para...

—¡La boda es dentro de un mes! —Cerré la carpeta de golpe, el ruido del cuero contra la madera resonó por toda la habitación—. ¿Qué ha conseguido exactamente, señorita Townsend?

Los ojos de Grace titilaron, algo crudo pasó fugazmente por su rostro antes de que lo reprimiera.

Mi pecho se retorció.

Me odiaba a mí mismo por presionarla. Pero la odiaba más a ella por no contraatacar.

—He hecho todo lo que podía con la información que se me ha proporcionado —dijo ella. Su voz era baja, pero firme—. Si hay prioridades adicionales en las que deba concentrarme, estaré encantada de ajustar mi enfoque.

Agarré con fuerza los reposabrazos de mi silla, mis dedos se hundían en el cuero mientras me obligaba a apartar la mirada.

No iba a quebrarse. No me daría nada. Bien. De todos modos, no quería nada de ella.

Grace

Había tenido que lidiar con pasajeros de crucero quemados por el sol, VIPs con exigencias imposibles e incluso una vez tuve que apartar a un Papá Noel borracho de una escultura de hielo durante una fiesta navideña. Pero nada me había preparado para esto. Para él.

Quinton parecía decidido a convertir mi vida en una tortura.

Permanecí helada en la silla de la sala de conferencias, mi corazón golpeando contra mis costillas mientras él me disparaba una pregunta tras otra como si fueran balas.

¿Por qué hace esto?

Agarraba el bolígrafo con tanta fuerza que me palpitaban los dedos. Mi pulso era un rugido sordo en mis oídos que ahogaba el sonido de los otros jefes de departamento moviéndose incómodos en sus asientos. Miraba fijamente la pulida mesa de madera mientras mi garganta ardía cuando él desmenuzaba mi presentación pieza por pieza. Su voz era lo suficientemente afilada como para cortar mi piel.

El Quinton que había conocido hace un año había sido cálido y encantador, la única persona que realmente me había visto. La forma en que me miraba, la forma en que escuchaba... se había sentido auténtico. Pero ¿esto?

Esto era despiadado.

¿Me había engañado a mí misma al creer que él era diferente? ¿Mis recuerdos estaban exagerados porque confundí buen sexo con una conexión real? Parecía que todo lo que creía saber sobre él era falso. Durante la semana pasada, me habían advertido varias veces que *el Sr. Sullivan* era difícil de tratar. Yo tenía dieciséis horas de experiencia con este hombre, la mayoría de las cuales las pasamos teniendo sexo. Ellos conocían al verdadero Quinton. Yo conocía un engaño que había mostrado sus verdaderos colores.

Me ardían los ojos, pero contuve las lágrimas, parpadeando rápidamente. Aquí no. No delante de él.

—He hecho todo lo que he podido con la información que me proporcionaron —dije, controlando cuidadosamente mi voz—. Si hay prioridades adicionales en las que deba centrarme, estaré encantada de ajustar mi enfoque.

Me sentía despellejada. Destrozada. Pero no me derrumbaría. No delante de Quinton. No le daría la satisfacción de saber que me había herido.

Golpeó con su bolígrafo sobre la mesa y se reclinó en su silla, como si no pudiera soportar mirarme.

—Los planes están en orden —dijo. Su voz estaba impregnada de desprecio—. Seguiremos adelante con el plan.

Una oleada de alivio me recorrió, breve y frágil.

Hasta que continuó hablando.

—Una cosa más —dijo Quinton mientras ajustaba su puño con deliberada meticulosidad—. Con efecto inmediato, introduzco una nueva política empresarial. No se permitirán relaciones personales ni vínculos entre empleados o con subordinados.

Su mirada se dirigió hacia mí, dura como la piedra.

Mi estómago se hundió, las náuseas subieron como una marea dentro de mí. Su significado era claro: *No te atrevas a pensar que habrá una repetición de lo que ocurrió en Santa Lucía.*

Clavé las uñas en la palma de mi mano para contener las lágrimas.

Apenas recuerdo el final de la reunión, apenas registré el chirrido de las sillas contra el suelo cuando la gente se levantaba para marcharse. Marcus me lanzó una mirada compasiva, pero negué con la cabeza antes de que pudiera decir algo.

Necesitaba salir.

Cogí mi carpeta, la metí en mi bolso y salí precipitadamente.

Mis tacones resonaban demasiado fuerte sobre el suelo de mármol mientras me apresuraba por el pasillo, pasando por recepción y directamente a través de las puertas laterales.

El frío aire de noviembre me golpeó la cara, lo suficientemente impactante como para hacerme jadear.

Seguí caminando.

Bajando los escalones de piedra, pasando el servicio de aparcacoches y hacia la extensa zona de césped orientada al océano. El aire salado me quemaba en los pulmones, pero no me detuve hasta que estuve lo suficientemente lejos como para que nadie pudiera verme.

Entonces me derrumbé.

Las lágrimas desbordaron, calientes y humillantes, mientras presionaba las manos contra mi cara. Odiaba haberle conocido. Odiaba que todavía me importara.

Porque si la forma en que me había tratado hoy era una indicación...

El Quinton que conocí aquella noche era una mentira. Y yo había sido la idiota que se lo había creído.

Capítulo Nueve

Quinton

Cerré la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria, el golpe resonó demasiado fuerte en mi refugio privado. Normalmente estas reuniones me aburrían hasta la muerte, pero hoy mi sangre hervía y sentía como si mi cabeza fuera a explotar en cualquier momento.

Pero normalmente estas reuniones no implicaban enfrentarme a la mujer a la que quería abrir mi corazón, solo para quedar colgado como un idiota.

¿Por qué *demonios había acabado Grace precisamente aquí? ¿Era intencional o un retorcido juego del destino?*

Habían encendido un fuego para mí, como de costumbre. Prefería pasar mis tardes aquí que en mi despacho. La habitación estaba

cálida, el aroma de cuero viejo y humo de madera flotaba en el aire, pero no podía sentirlo. Mi piel estaba demasiado tensa, hormigueando como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Me dirigí directamente al mueble bar, agarré la licorera de whisky y serví hasta que el vaso casi rebosaba.

El ardor bajó por mi garganta, pero no alcanzó el dolor en mi pecho.

Todavía podía verla en aquella sala de reuniones, su rostro pálido, sus hombros tensos, seguía siendo increíblemente hermosa. La forma en que me había mirado —confundida, herida— me hacía querer romper algo. Me hacía querer golpearme a mí mismo.

Había actuado como si fuéramos extraños. Como si lo que tuvimos aquella noche no significara nada. Y luego permitió que precisamente Marcus coqueteara con ella, como si tuviera alguna posibilidad.

El whisky sabía a ceniza. Apenas tuve tiempo de dejar el vaso antes de que la puerta se abriera detrás de mí.

—Maldita sea —murmuré sin darme la vuelta—. ¿Qué parte de "dejadme en paz" es la que nadie entiende aquí?

Le había dicho a Rebecca que vaciara mi agenda para el día.

La voz de mi hermano mayor sonó áspera como papel de lija. —La parte en la que confiamos en que tomes buenas decisiones sin supervisión.

No le miré. En lugar de eso, me serví otro vaso y bebí la mitad de un trago antes de girarme por fin. Grant estaba de pie en la habitación, con las manos en los bolsillos, irradiando esa típica serenidad Sullivan que yo nunca había logrado dominar del todo.

—Ahórrate el sermón hasta que termine esto —dije levantando el vaso.

Grant suspiró, pero se acercó y se dejó caer en uno de los sillones. —Vale. Sírveme uno a mí también.

Resoplé, pero le serví un vaso y se lo entregué. Lo cogió sin decir palabra y giró el líquido ambarino como si pudiera proporcionarle paciencia.

Me desplomé en el sillón de enfrente, estiré las piernas, mis dedos aferraban el vaso y se clavaban en el patrón de cristal tallado de la base hasta que dolían.

—De acuerdo —dije para romper el silencio—. Empieza. Estoy seguro de que llevas días ensayando este sermón.

Grant dio un sorbo lento y luego colocó su vaso sobre la mesa auxiliar con un suave tintineo.

—Noviembre, Quinton. Te ha costado once meses finalmente devolver una llamada —su voz era uniforme, pero las palabras golpearon como una bofetada—. Sé que estás ocupado dando vueltas por el mundo, pero esto es importante. El futuro de todos nosotros está en juego.

Me reí con amargura. —Estoy aquí ahora. ¿Qué quieres que haga? ¿Seguir los pasos de papá y casarme con mi secretaria?

Me permití una risa sombría. A Rebecca le encantaría eso. Pero yo solo me casaría por amor, y el amor no existía.

La boca de Grant se tensó. —Por favor, dime que no te estás follando a tu secretaria.

—No me estoy follando a mi secretaria. —Miré a Grant por encima de mi vaso. Me devolvió la mirada con ese aire de hermano mayor. Siempre había sabido cuando tramaba algo. Probablemente había pasado más tiempo disciplinándome que el que papá jamás dedicó. —... ya no.

—*Quinton.*—

Normalmente era muy divertido provocar a mi estirado hermano. Pero hoy la satisfacción no lograba traspasar mi mal humor.

—Dime simplemente qué quieres para que ambos salgamos de esta conversación lo más rápido posible. —Me tragué otro sorbo.

Grant se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas, la voz baja y uniforme. —Espero que aparezcas y formes parte de esta familia.

—Me conoces, Grant. Se me da mejor gestionar complejos turísticos que jugar a la familia feliz. La herencia me da igual. Todos esos aros por los que papá quiere hacernos saltar? Es ridículo. No voy a

participar en sus jueguecitos. Si de verdad le importara su legado —o nosotros—, no estaría haciendo esta mierda.

Yo siempre había sido el que señalaba las tonterías en nuestra familia, el que agitaba las aguas. Eso nunca me había hecho popular.

La mandíbula de Grant se crispó. —¿Y qué pasa con el resto de nosotros? No es que te hayas molestado en conocer a nuestras nuevas esposas. Ni a mis gemelos.

Me tensé. El vaso en mi mano crujió.

—Y dime —dije con voz fría—, ¿cuánto tiempo has pasado este año con mi hija?

El silencio que se formó entre nosotros fue cortante como una navaja. Miré fijamente a mi hermano hasta que apartó la vista.

Grant suspiró y se frotó la cara con una mano. —He aprendido mucho sobre la familia este año. Estar con Molly me ha hecho ver lo importante que es. No puedes seguir huyendo de nosotros —o de ti mismo— constantemente. Esta herencia es más que dinero. Papá quería que la asegurámos juntos porque sabía que nos necesitaríamos unos a otros para mantenerla viva. No puedes construir nada real cuando siempre tienes un pie en la puerta.

—Me importa un bledo —escupí. Toda esta charla de familia y legado me revolvía el estómago. O quizás era el vientre lleno de whisky.

—Crees que te proteges manteniendo a todo el mundo a distancia. Pero lo único que estás haciendo es garantizar que acabarás solo. ¿Y para qué? ¿Para no resultar herido?

Podría haberme golpeado en el estómago y habría sido igual. De hecho, lo habría preferido antes que remover el pasado. Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

—No sabes lo que es que te abandonen, Grant —dije entre dientes —. Darle todo a alguien y verle marcharse.

Su mirada se suavizó, pero no cedió. —No, no lo sé. Pero sí sé que excluir a todo el mundo no detiene el dolor. Solo hace que dure más tiempo.

Aparté la cara y me quedé mirando el fuego, como si pudiera quemar esas palabras de mi memoria.

Grant se levantó y vació su copa de un solo trago. Puso una mano sobre mi hombro, breve pero firme.

—Tienes todo lo que necesitas para construir una vida —dijo en voz baja—. Pero empieza por estar presente.

No me moví cuando se fue. No dije palabra cuando la puerta se cerró tras él. Me quedé allí sentado, respirando a través del dolor. Quería creer que todo esto era solo una manipulación para conseguir que me doblegara a la voluntad de mi padre. Pero conocía a Grant. Realmente se preocupaba. Eso era peor.

Incapaz de quedarme quieto, me arrastré hasta la ventana.

A lo lejos se extendía el océano, gris e inquieto. Pero no veía el paisaje.

La vi a *ella*.

Grace, fuera en los jardines, de pie junto al muro de piedra mirando hacia el agua. Sus hombros temblaban, sus manos apretadas contra su rostro. Estaba llorando.

Un dolor sordo floreció en mi pecho.

Lo odiaba. Odiaba cómo se me retorcía el estómago, odiaba esa parte de mí que todavía anhelaba la sensación de su piel, el sonido de su risa, la forma en que había susurrado mi nombre, como si hubiera significado algo.

Me había comportado como un capullo en la reunión. ¿Y lo peor? No me había hecho sentir mejor.

Agarré el alféizar con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos, observándola hasta que mi visión se nubló.

¿Qué demonios hacía aquí?

¿Y por qué no podía dejarla marchar?

Grace

Presioné las manos contra mi rostro, con los dedos hundidos en los huesos bajo mis ojos, como si pudiera contener físicamente las lágrimas.

Me sentía vacía y herida por las palabras de Quinton. El aire frío mordía mi piel, lo suficientemente intenso como para mantenerme anclada a la realidad, pero no lo bastante como para adormecer el dolor.

Debería irme. Recoger mis cosas y desaparecer antes de desmoronarme aún más.

Pero mi cuerpo se negaba a moverse, como si mis pies estuvieran enraizados en la tierra helada.

—Hola.

Me sobresalté, pasando la mano por mi cara cuando Rebecca apareció. Su expresión se suavizó y se acercó como si yo fuera algún animal herido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con suavidad.

Solté una risa amarga. —Ha pasado Quinton Sullivan. Se ha portado como un capullo en la reunión. Ha cuestionado todo lo que he dicho, me ha hecho sentir como si fuera una ignorante e incompetente, cuando solo he tenido una semana para ponerme al día. Quizás

debería dimitir sin más. —Mi voz se quebró de forma vergonzosamente frágil.

Rebecca exhaló y se apoyó contra el muro de piedra que nos separaba del acantilado. —Sí, puede ser un auténtico cabrón. Sé por experiencia lo frío que puede llegar a ser. —Se reclinó e inclinó su rostro hacia el cielo—. Él fue el tipo por el que estaba llorando en el pasillo cuando nos conocimos.

Me quedé paralizada. Mi pulso se detuvo y luego martilleó, un latido sordo en mis oídos. —¿Qué?

Rebecca me miró, su boca se torció como si estuviera probando algo ácido. —Sí. Estuve... con él durante un tiempo. Pensé que podría convertirse en algo real, pero me dejó de la noche a la mañana. Resultó que solo me quería para el sexo, y cuando le pedí algo más, me dejó inmediatamente. Incluso me ofreció dinero para comprar mi silencio.

Mi estómago cayó al suelo, enfermo y pesado. Me aferré al borde del muro para estabilizarme. Por supuesto que se había acostado con Rebecca. Probablemente se había acostado con la mitad de la plantilla. Y ahí estaba yo, sintiéndome durante meses como si hubiera perdido algo irreemplazable cuando nunca llamó.

Me reí, pero sabía a óxido. —Parece que es coherente.

Rebecca me observó con curiosidad, pero compuse mi rostro en algo vacío. Distante. No podía dejarle ver lo profundo que cortaba. Cuánto me destruía saber que él había vuelto a su vida, a sus patrones, mientras yo llevaba durante meses el fantasma de él como

un moratón que no quería desvanecerse. No se sentía bien compartir que me había acostado con él. Me hacía sentir... sucia.

Me avergonzaba haber caído en sus trucos, y algo me decía que Rebecca no necesitaba oír que había pasado algo entre nosotros. Solo añadiría a su dolor, que aún estaba tan reciente. Mis heridas tenían más de un año, aunque todavía se sentían frescas y sangrantes.

—Sinceramente —dijo Rebecca dándome un codazo—, te echaría de menos si dimitieras. Las chicas tenemos que mantenernos unidas.

Sus palabras eran casuales, pero me envolvieron como el abrazo que tan desesperadamente necesitaba. Tragué con dificultad, mi respiración aún temblorosa.

Y entonces me di cuenta: dimitir sería exactamente lo que Quinton quería. Me había presionado en esa reunión, cruel y mordaz, como si me estuviera desafiando a irme. Quizás pensaba que si hacía las cosas lo suficientemente miserables, me derrumbaría y me iría.

Ni de coña.

Si quisiera deshacerse de mí, tendría que arrastrarme fuera de aquí con sus propias manos.

Sorbeé y enderecé la columna. —Me quedo.

Rebecca sonrió, pero noté un destello de sorpresa en sus ojos. —Bien por ti.

Me limpié las lágrimas de las mejillas. —Quinton ha establecido una nueva norma sobre compañeros que salen juntos, ¿sabes? Al principio pensé que era por mí. Pero ahora tiene sentido. Debe de haber sido por... lo que te pasó a ti.

Una mirada afilada cruzó su rostro, sus labios se torcieron. —¿Por qué tendría algo que ver contigo?

La pregunta fue mordaz, y maldije mi imprudente comentario. Estaba tan confundida por los acontecimientos del día que había dicho más de lo que pretendía. Podía imaginarme siendo amiga de Rebecca, no quería hacerle daño.

—Marcus flirteó conmigo —dije para cubrirme.

Rebecca se rió. Fue un sonido agudo y quebradizo. —Por supuesto que se trataba de mí. ¿Por qué le importaría si Marcus flirtea contigo?

Las palabras me atravesaron como cristales rotos.

—Quizás lo consideró poco profesional —dije, buscando apresuradamente una explicación. No me gustaba mentir, pero proteger los sentimientos de Rebecca era más importante.

Resopló. —Mira quién habla.

Algo demasiado parecido a los celos se cuajó en mi estómago. Podía imaginarme lo que Quinton y Rebecca habían estado haciendo

durante el horario laboral. No tenía derecho a estar enfadada por ello, pero una parte de mí lo estaba de todos modos.

Antes de que pudiera responder, una vocecita se oyó detrás de nosotros. —¡Hola!

Me di la vuelta sorprendida y vi a una niña pequeña de pie en medio del camino, con las mejillas sonrosadas por el frío. Debía de tener unos siete u ocho años, con una cabeza llena de rizos oscuros y despeinados y unos preciosos ojos marrones profundos. Llevaba un puñado de flores secas y semillas, cuyas vainas papiráceas hacían un suave ruido al cambiar ella su peso de un pie a otro. El centro de los girasoles, rígidos y espinosos como pequeños erizos, mezclados con los mechones plumosos de la vara de oro y los pálidos esqueletos de la zanahoria silvestre, como pequeños tapetes de encaje que se habían vuelto fantasmales con el frío.

—Hola —digo con voz más suave ahora—. ¿Cómo te llamas?

—Emma —dijo mientras se acercaba. Repartió las frágiles flores entre nosotros, con una sonrisa amplia y orgullosa—. Son para vosotros.

Quedé encantada y acepté el regalo con una sonrisa. Sostuve las semillas como si fueran preciosas. Había algunas normas importantes que seguía cuando se trataba de niños. Trátales siempre con amabilidad. Comparte su entusiasmo y preocupación por algo, aunque parezca tonto para los adultos, para ellos es importante. Y si un niño pequeño te ofrece un plátano, cógelo como si fuera un teléfono.

—Gracias, Emma. Son preciosas.

Emma sonrió radiante. —¿Habéis visto a mi papá? Le estoy buscando.

Rebecca sacudió las semillas de su regazo y se limpió las manos como si no fueran nada. —Está arriba en el despacho, cariño.

Mi corazón se detuvo. —¿Quién es tu papá? —pregunté, mientras el miedo se expandía dentro de mí como el humo.

Emma inclinó la cabeza y parpadeó mirándome, como si la respuesta debiera ser obvia. —Quinton Sullivan.

El suelo se inclinó.

Agarré con más fuerza las cabezas de semillas, los pétalos secos se desmoronaban entre mis dedos mientras intentaba respirar alrededor del peso imposible de esta nueva revelación. Se parecía tanto a él, incluso en la sonrisa.

Quinton tiene una hija.

Y ella era... amable. Dulce. Lo opuesto a todo lo que había empezado a creer sobre él.

—¡Gracias! —Emma se alejó saltando hacia la casa, sus rizos rebotando.

Rebecca bostezó y estiró los brazos. —Siempre hace cosas así y me da su basura.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, con el pulso martilleándome.

Debería dimitir. Debería salir corriendo.

Era demasiado, demasiado complicado. Ya le estaba mintiendo a la persona más cercana a una amiga que tenía. A Rebecca le habían roto el corazón el mismo hombre. Y Quinton parecía estar esforzándose al máximo para ser un capullo conmigo. Pero su hija... Un minuto en su presencia y pude ver los ecos de Quinton en ella. No el imbécil que había visto hoy, sino el hombre que conocí en Santa Lucía.

¿Podría haber dos caras en él, o me estaba engañando a mí misma otra vez?

Contemplé el frágil y roto vilano en mi mano, y empecé a imaginar de cuántas formas podría crecer.

—Tengo una idea sobre cómo podríamos celebrar el otoño en el albergue —le dije a Rebecca—. Solo tengo que comentarla con Chris.

Quinton

Chris estaba en recepción hojeando unos documentos en un portapapeles, con el ceño fruncido en concentración. Yo atravesé el vestíbulo a grandes zancadas con el pulso marcando un constante redoble de irritación. La enorme chimenea de piedra crepitaba,

llenando la estancia de calor, pero no conseguía quemar el frío nudo que tenía en el pecho.

—¿Por qué está Grace Townsend aquí? —exigí saber, sin molestarme en saludar.

Ahora ya sabía su apellido. Algo que me hubiera gustado saber hace un año. Había querido localizarla, pero las reservas en el albergue se habían hecho a nombre del crucero, y no quería ser el tipo que llama a su lugar de trabajo preguntando por detalles personales. De todas formas, no me los habrían dado.

Chris levantó la mirada y parpadeó tras sus gafas. —¿Qué?

Apreté la mandíbula. —Grace Townsend. ¿Por qué trabaja aquí?

El rostro de Chris se contrajo con confusión. —¿Porque yo la contraté? —lo dijo como si no estuviera seguro de si se trataba de una pregunta trampa.

Reprimí el atisbo de frustración que surgía en mi garganta. —¿Por qué?

Necesitaba saber si estaba aquí con segundas intenciones.

Chris dejó la tablilla y su mirada se agudizó. —Vino muy recomendada. Antes trabajaba en un crucero. Su capitán prácticamente cantó sus alabanzas. Dijo que era la mejor coordinadora de eventos con la que había trabajado jamás:

ingeniosa, serena bajo presión, un líder natural. Dijo que era un regalo para cualquier equipo en el que aterrizara.

Un regalo. Sí, un regalo envuelto en alambre de espino.

Chris se ajustó las gafas. —Solo lleva una semana aquí, pero ya lo está haciendo realmente bien. El personal la adora, los huéspedes la adoran. Transformó el desastre de la reunión familiar de los Clayborne como si no fuera nada.

Los Clayborne eran una de las familias fundadoras de Nueva Inglaterra. Dinero antiguo, *muy antiguo*. Y viejas disputas. Me había enterado después de los hechos: dos primos se habían enzarzado en una discusión sobre quién tenía derecho a poseer el árbol genealógico original. Había oído que se abrió un segundo salón de baile para separar a ambas partes, pero no tenía ni idea de que Grace había resuelto el problema. Al parecer, los dos lados de la familia habían abandonado el albergue de buen humor, hablando de enterrar el hacha de guerra. A mí me sonaba a tonterías. Yo era más del tipo «lanzar el hacha de guerra y prender fuego a todo».

Apretaba tanto los dientes que me dolían las muelas. Quería un motivo —cualquier motivo— para despedirla. Pero Chris no me lo daba. Y tampoco mencionó cómo la había humillado durante la reunión, pero el juicio en sus ojos pendía sobre mí como una sombra.

Me froté la cara con la mano y exhalé lentamente. No había nada que pudiera hacer. No había ninguna razón legítima para deshacerme de ella. No había solicitado el trabajo por mí, a menos que estuviera jugando el juego de venganza más largo del mundo,

lo que no encajaba con la mujer que conocí aquella noche hace un año. Ni siquiera le había dado mi apellido.

Estaba atrapado con ella.

Me dirigí hacia las escaleras, ya pensando en cómo podría evitarla tanto como fuera humanamente posible, cuando una voz familiar resonó por el vestíbulo.

—¡Papá!

Los pasos de Emma resonaron en el suelo de piedra mientras corría hacia mí, con sus rizos rebotando. La atrapé cuando se abalanzó sobre mí y la levanté sin esfuerzo en mis brazos.

—Hola, osita —dije. Mi voz se suavizó sin mi permiso. Olía a lavanda y a sol, sus diminutos dedos se enredaron en mi cuello mientras se acurrucaba contra mí.

—He conocido a una señora muy amable fuera —anunció, con la cara apoyada contra mi hombro—. Le he regalado algunas flores.

Mi estómago se hundió. —¿Qué señora?

Señaló hacia las puertas del jardín, su sonrisa era amplia e inocente. —Ella.

Seguí la línea que marcaba su dedo y sentí que se me oprimía el pecho.

Grace estaba justo fuera, con el viento jugando con su pelo, mientras sostenía algo pequeño en su mano. Rebecca estaba apoyada a su lado en el muro de piedra y hablaba, pero Grace no estaba escuchando. Su mirada estaba fija en la frágil cabeza de semillas en la palma de su mano, sus dedos la rodeaban como si fuera algo precioso.

Tragué con dificultad, tenía la garganta áspera.

Tendría que acostumbrarme a que Grace estuviera aquí. Y odiaba lo mucho que ese pensamiento me inquietaba.

Capítulo Diez

Grace

Unos días después, el vestíbulo olía a canela y piñas, un aroma que se mezclaba con el humo de leña que se elevaba desde la gran chimenea. El crepitar de los troncos ardiendo creaba un reconfortante telón sonoro mientras colocaba con cuidado otra flor seca en el ramo y ajustaba el ángulo hasta que quedó perfecto. Las cápsulas de semillas —idénticas a las que Emma me había dado— descansaban entre hojas color óxido y ramas de vara de oro, todo el arreglo desbordando de un jarrón de cobre como una pequeña explosión otoñal.

Luces centelleaban en las guirnaldas tendidas sobre la repisa de la chimenea, su brillo captado por delicados grupos de hojas y pequeñas calabazas ocultas entre el verdor. El efecto general era cálido, elegante y lo suficientemente juguetón como para parecer mágico.

Me limpié las manos en los vaqueros y di un paso atrás para contemplar la sala. Mi corazón latía contra mis costillas, mitad de emoción, mitad de nerviosismo. Quería que fuera perfecto. El albergue se había sentido demasiado austero cuando llegué —magnífico, sí, pero frío. Como un lugar que se admira desde lejos en vez de establecerse en él. Pero un toque de calidez otoñal podía cambiar eso. Hacerlo acogedor.

Hacer que pareciera un hogar.

—Grace, son impresionantes —dijo Jessica, una de las empleadas, mientras sostenía una guirnalda contra la luz—. ¿Dónde va esta?

En realidad, se suponía que yo solo debía delegar el trabajo. Era mi función diseñar y coordinar, no ensuciarme las manos. Pero no podía resistirme a participar.

—Sobre la recepción —dije, ya imaginando cómo enmarcaría las vigas de madera tallada—. Pero podemos inclinarla ligeramente para que las luces caigan por los lados...

El fuerte estruendo de una puerta al cerrarse de golpe resonó por todo el vestíbulo, y mi estómago se contrajo. La cálida y parpadeante magia de la sala se rompió al instante.

—¿Qué demonios es esto?

La voz de Quinton cortó la sala como una cuchilla, afilada y fría. Irrumpió desde el pasillo como una tormenta envuelta en ropa cara, con Rebecca corriendo tras él como si hubiera intentado —y fracasado— en detenerlo.

Me incorporé y me sacudí la suciedad de los dedos mientras él se abalanzaba hacia mí. —Decoración de otoño —dije con tono sereno.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Y no pensó en consultarlo antes conmigo?

Parpadee, mientras sentía el calor subiendo por mi nuca. —Hablé con Chris. Ya sabe, mi superior directo. Él lo aprobó.

Quinton resopló. —Chris no es el dueño de este lugar. Yo lo soy. —Señaló las guirnaldas con el labio curvado—. Quizás esté acostumbrada a eventos baratos en sus cruceros, pero nuestros huéspedes esperan cierto nivel. Vienen aquí buscando lujo, no una fiesta de la cosecha.

El insulto me golpeó con fuerza, una punzada aguda contra mi ya frágil sentimiento de pertenencia. Me lo tragué y apreté los dedos alrededor del tablero de la mesa. —Si realmente se detuviera un momento a mirar —solté—, vería que las decoraciones *sí son* elegantes. He pasado días seleccionándolo todo para que encaje con la estética del albergue.

Su mandíbula se crispó, sus ojos estaban oscurecidos por algo indescifrable. No solo estaba irritado, estaba desconcertado. Y con eso ya éramos dos.

La amabilidad de Emma me había inspirado, pero había puesto mucho esfuerzo en diseñar una decoración elegante. No sabía qué había en Quinton que me hacía sentir tan inusualmente combativa. Si el capitán Murray me hubiera dicho tan solo una cuarta parte de las cosas que Quinton me había dicho desde que asumió como mi jefe, me habría encogido como papel mojado. Quizás porque el

capitán Murray tenía mi respeto. O quizás porque Quinton sacaba a relucir mi lado más apasionado como nadie más.

Su mandíbula se tensó. —Estamos a mediados de noviembre. Tendrá que quitar todo esto en dos semanas para las decoraciones de invierno.

La dureza en su voz no se refería solo a las decoraciones. Ahora buscaba problemas, y me sorprendió lo satisfactorio que resultaba. Había puesto al gran Quinton Sullivan a la defensiva.

—Lo sé —repliqué—. Ya tengo un plan para la decoración de invierno.

El silencio se extendió entre nosotros, tenso como un hilo estirado. Ahora estábamos cerca, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver la fina textura de la barba oscura en su mandíbula, el leve surco en su frente, como si librara una batalla consigo mismo. Su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas y controladas, y cuando su mirada —solo por un segundo— se desvió hacia mi boca, mi estómago dio un vuelco.

El aire se volvió más denso, cargado de algo demasiado caliente, demasiado intenso. Podía sentir su calor, el crepitar de algo fugaz que se alzaba entre nosotros. Mi pulso se aceleró, mi piel hormigueaba, y por un terrible momento, no estaba segura de si quería abofetearlo o besarlo.

Y entonces tensó la mano, sus dedos se curvaron como si quisiera tocarme y luego lo hubiera reconsiderado. Ese mínimo movimiento hizo que mi respiración se detuviera.

Di un paso atrás con el corazón martilleándome. Quinton se aclaró la garganta y se ajustó los puños de la camisa, como si el movimiento pudiera sacudirse lo que fuera que acababa de chispear entre nosotros.

—Aun así debería consultarme las cosas —murmuró con voz áspera —. Quiero ver sus planes para la decoración de invierno. Pero... continúe.

Giró sobre sus talones y se marchó a toda prisa, dejando a su paso el aroma a cedro y humo, y el persistente calor de ese casi-momento.

Rebecca no le siguió de inmediato. Su mirada iba y venía entre mí y el marco de la puerta por el que Quinton había salido precipitadamente, mientras fruncía el ceño. Cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en el mostrador de recepción. Pero algo en su energía había cambiado; normalmente era amable conmigo, pero ahora estaba recelosa.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó con voz baja pero curiosa —. Quiero decir, puede ser un capullo, pero eso fue... extremo. Incluso para él.

Me entretuve arreglando el ramo, con dedos temblorosos ajustando una cápsula de semillas que no necesitaba ajuste. Mi corazón aún latía con fuerza, el fantasma de aquel intenso momento persistía como electricidad estática sobre mi piel.

—No tengo ni idea —dije, manteniendo mi voz deliberadamente uniforme. Y era cierto: no sabía por qué Quinton me trataba como a su enemiga personal. Pero mencionar St. Lucia se sentía...

incorrecto. Como arrastrar algo privado a la luz donde no pertenecía —. Quizás simplemente odia el otoño. —Me forcé a esbozar una débil sonrisa—. O las flores secas.

Rebecca no se rio. Me observaba con ojos penetrantes que recorrían mi rostro como buscando grietas en la historia. Mi estómago se contrajo.

Inclinó la cabeza, su mirada deslizándose sobre mí con silenciosa intensidad. Su habitual ingenio afilado había desaparecido, reemplazado por algo calculador. Estaba intentando encajar las piezas del puzle.

¿Lo sabía ella? ¿Se lo había contado Quinton? ¿O era desconfiada por naturaleza?

Un destello de algo cruzó su rostro, demasiado rápido para captarlo. ¿Fastidio? ¿Resentimiento? Pero luego desapareció, suavizado hasta convertirse en diversión sin esfuerzo mientras se encogía de hombros. La tensión en sus hombros se disolvió, como si hubiera decidido que no merecía la pena insistir.

—Peor para él. Las decoraciones están fantásticas —dijo, apartándose del mostrador—. Y si no quiere celebrar el otoño, es su problema. —Su sonrisa fue rápida, un poco demasiado radiante—. Oye, esta noche hacemos una pequeña reunión de personal junto al fuego detrás de la casa. Nada especial, solo bebidas y aperitivos. Deberías venir. Conocer al resto del personal, hacer algunos contactos.

Dudé, mi primera reacción habría sido decir que no. La idea de mantener conversaciones triviales con personas que tal vez ya

pensaban que estaba en la cuerda floja con el jefe hacía que mi piel hormigueara. Pero quizás sería bueno para mí, una oportunidad de establecer algunas conexiones aquí. Y si quería sobrevivir bajo el mando de Quinton, necesitaba aliados.

—Suena bien —dije, forzando una sonrisa—. Cuenta conmigo.

Rebecca sonrió radiante. —Estupendo. Y ponte algo cómodo. Después del día que has tenido, te mereces relajarte.

Asentí, esperando que no pudiera ver el tumulto que aún ardía bajo mi piel. Porque la relajación parecía imposible cuando cada centímetro de mí todavía vibraba por el eco persistente de la ira de Quinton... y la inquietante e innegable atracción que la acompañaba.

Capítulo Once

Grace

La zona de personal detrás del albergue era un lugar de cálida luz y encanto rústico: guirnaldas de luces entrelazadas entre las ramas desnudas sobre nosotros, titilando contra el cielo azul oscuro. Una hoguera crepitaba en el centro, con llamas que se alzaban mientras la gente se reunía a su alrededor. El aroma de la madera quemada y la canela flotaba en el fresco aire de montaña.

Tiré del borde de mi jersey, con las palmas ligeramente húmedas. No es que nunca hubiera navegado en nuevas dinámicas sociales —las reuniones del personal del crucero habían sido una puerta giratoria de personalidades variadas—, pero algo en este lugar se sentía más significativo, más permanente. Y después de mis enfrentamientos con Quinton, no quería darle a nadie más munición para dudar que yo pertenecía a este lugar.

No ayudaba que Rebecca llevara un vestido —uno de color borgoña intenso que se ajustaba en todos los lugares correctos, el tipo de tela que brillaba sutilmente cuando la luz del fuego caía sobre ella. Su pelo estaba recogido con precisión sin esfuerzo, y unos pendientes dorados destellaban cuando giraba la cabeza, capturando algo más que la luz. Dejaba en evidencia mis mallas térmicas y mi jersey oversized. El resto del personal no iba vestido tan informal como yo había imaginado, y yo destacaba como un pulpo en un garaje.

Rebecca me guió hacia el grupo como si estuviera presentando una nueva atracción.

—Esta es Grace —dijo con una voz exageradamente alegre—. Nuestra nueva coordinadora de eventos. Viene —agarraos fuerte— de un crucero. ¡Vaya cambio, ¿no?!

El grupo se rio, no con malicia, pero lo suficiente como para que mi pecho se sintiera oprimido.

—Un gran cambio —dije, pegando una sonrisa a mi cara—. Pero uno bueno.

Un tipo mayor se recostó en su silla, con los brazos cruzados sobre una gruesa chaqueta a cuadros y una botella de cerveza colgando de sus dedos. Parecía haber salido directamente de un calendario de leñadores: hombros anchos, barba gris desaliñada y ojos penetrantes que me examinaban como si fuera un enigma que aún no sabía si resolver o descartar.

—Soy Jake —dijo asintiendo hacia mí—. Dirijo el mantenimiento. Así que, ¿usted es la que planifica todos esos eventos para los que

tenemos que montarlo todo a última hora?

Reprimí una sonrisa. —Solo los que hacen felices a los huéspedes.

Jake soltó una risa burlona. —Los alojamientos de lujo son otra categoría. Los huéspedes esperan perfección. ¿Está segura de que puede manejarlo viniendo de un sitio donde la gente solo está de paso?

El comentario me dolió, pero me enderecé y levanté la barbilla. —Que los huéspedes estén de paso no significa tener estándares más bajos —dije—. En el barco creábamos experiencias que la gente recuerda toda la vida, no solo un fin de semana. Y de hecho...

Empecé a explicar una idea con la que había estado jugando: un plan rotativo de actividades festivas que equilibraba el lujo con la nostalgia: decoración de galletas de alta gama, noches de cuentos para niños junto al fuego para distraerlos de sus padres, «kits de recuerdos» seleccionados para familias.

Cuando terminé, Jake asintió, suavizando la dura línea de su boca. —No está mal —admitió, levantando su cerveza hacia mí como si fuera una especie de tregua no oficial—. Rebecca me dijo que era usted una curranta incansable, y tenía razón.

Lo dijo como un cumplido —*creo*— pero aun así me molestó la idea de que hablaran de mí a mis espaldas. Probablemente estaba demasiado sensible después de mi enfrentamiento con Quinton y veía peligro donde no lo había.

Antes de que pudiera decir otra cosa, una mujer menuda con rizos castaños alborotados y polvo de harina en su pichi de pana prácticamente saltó hacia nosotros. Puso una galleta en mi mano; el aroma de calabaza y especias emanaba del dulce aún caliente.

—Soy Izzy —dijo con ojos brillantes y traviesos, mientras se enganchaba a mi brazo como si fuéramos viejas amigas—. Soy la repostera. He oído que eres la razón por la que nos permiten hacer postres de otoño. Ya me caes bien.

Me reí y me relajé mientras Izzy me arrastraba hacia la hoguera, parloteando sobre su último experimento para el menú.

—Es una mezcla de rollo de canela, pastel de calabaza y cruasán —explicó con evidente orgullo por su creación.

—Suena una locura y delicioso —me reí—. ¿Cómo lo llamas?

—Eso aún no lo he pulido del todo. —Frunció el ceño—. He probado con varios nombres. ¿Qué te parece Calabasán?

—¿Opinión sincera? —pregunté, esperando no ofender a Izzy, a quien había cogido cariño al instante.

—Siempre —dijo, y pude ver que lo decía en serio.

—Es un poco trabalenguas —dije a modo de disculpa—. Además, falta la parte del rollo de canela. Lo siento.

—¡No, no lo sientas, tienes razón! —Sonrió—. He preguntado porque quería una respuesta, no para que me dieras la razón. Vale, ¿qué te parece Cruasalabaza?

—Más fácil de pronunciar, pero sigue sin incluir la canela —señalé.

—Es verdad. Vale, ¿croissant-canela-calabaza? —Se rio—. Es una propuesta de broma, por si piensas que estoy completamente loca.

—Me gusta un poco de locura —sonreí—. ¿Canela-croissant-calabaza? Tampoco es una propuesta seria.

—¿Canelissant? —Movió las cejas sugestivamente.

—¡Calabazissant! —Me reí.

—¡Calabazimoissant!

Ambos estallamos en un ataque de risa.

—Vale, vale, tengo una propuesta seria —dijo mientras se secaba los ojos—. Bizcocho de canela.

—Ese es un buen nombre... ¿qué te parece Bizcocho de canela y croissant?

—¡Ese es un ganador! —Sonrió radiante mientras nos sentábamos en el banco de madera cerca del fuego.

Pero cuando nos integramos al grupo, ella se inclinó más cerca y bajó la voz.

—Ten cuidado con Rebecca —susurró, su aliento cálido en mi oído—. Es maja, pero siempre tiene una segunda intención. Sé amable, pero no te dejes arrastrar a su drama.

Tomé nota de la advertencia y dejé que mi mirada vagara hacia Rebecca, que estaba en medio de una conversación, pero aun así me miraba de vez en cuando, como si me estuviera vigilando.

Marcus se acercó sigilosamente y se sentó a mi otro lado. —Te estás adaptando bien —dijo con una sonrisa.

—Hago lo que puedo —dije encogiéndome de hombros. Marcus era agradable, pero siempre había un toque de coqueteo cuando hablaba conmigo, y ese era un camino que no quería tomar. Incluso si me sintiera atraída por él, que no era el caso, me vinieron a la mente las reglas de Quinton sobre las relaciones en el lugar de trabajo. Considerando cómo chocábamos a cada paso, no tenía duda de que haría cumplir esa regla y nos despediría a ambos.

Pasaron cervezas y refrescos mientras charlaba con Marcus e Izzy, sintiéndome cada vez más cómoda a medida que hablábamos. Marcus no hacía nada demasiado obvio, e Izzy era una auténtica bomba que nos entretenía con historias sobre sus experimentos fallidos de repostería.

Repartieron nubes de azúcar junto con largos tenedores metálicos para asarlas sobre el fuego, e Izzy había horneado un montón de galletas de chocolate y nueces pecanas entre las que podíamos

colocar las pegajosas nubes. Era el s'more más elegante que había comido jamás, y disfruté cada bocado.

—¿Se encuentra bien, Grace? —preguntó Chris, colocándose junto a nuestro banco. No estaba tan involucrado como algunos de los empleados más jóvenes, pero tenía una cerveza en una mano y un s'more medio comido en la otra, y parecía bastante satisfecho.

—Lo estoy pasando genial —dije con sinceridad. Mi nerviosismo había desaparecido y ya ni siquiera me preocupaba demasiado ir vestida de manera demasiado informal.

—Tenemos un buen grupo de gente aquí —dijo con orgullo. Puede que Quinton fuera el jefe, pero estaba claro que Chris era el capitán de este barco—. Si tiene algún problema, solo venga a hablar conmigo.

Fruncí el ceño ante las declaraciones aparentemente contradictorias, pero entonces me di cuenta.

—¿Ha oído hablar del enfrentamiento que tuve con Qui... el Sr. Sullivan, ¿verdad? —pregunté mientras me removía en mi asiento.

—Creo que hasta la gente de Seattle ha oído su pequeña... diferencia de opiniones —se rio.

Mis mejillas se sonrojaron más que el fuego frente a mí.

—Debería haber sido más respetuosa —dije avergonzada. El hecho de que Quinton fuera mi jefe había pasado a un segundo plano

durante nuestra discusión. Todo lo que veía era al hombre que me había regalado la mejor noche de mi vida y luego me había tratado como si fuera invisible, mientras insultaba mi experiencia—. Fue poco profesional.

—Tonterías —Chris negó con la cabeza—. No hay nada malo en defender tu punto de vista.

—Sí —intervino Izzy—. Al gran jefe le vendría bien un poco de resistencia de vez en cuando.

—Has decorado el vestíbulo maravillosamente —se sumó Marcus—. Ha alegrado mi día.

—Gracias, chicos —dije, envolviéndome con mis brazos como si me diera un abrazo a mí misma.

El ambiente cambió, como si la temperatura hubiera bajado unos cuantos grados, y todos se enderezaron sutilmente.

Lo sentí antes de verlo —un hormigueo recorrió mi espalda, mi pulso se aceleró— y al darme la vuelta, allí estaba Quinton, parado al borde de la reunión, como si apenas soportara estar en el mismo espacio que el resto de nosotros.

Examinó al grupo, su postura estaba tensa, su mirada aguda... hasta que se posó en mí.

El momento se extendió, algo pesado se tejió entre nosotros. Sus ojos centellaron a la luz del fuego, intensos y duros, como si pudiera

ver cada grieta que yo intentaba ocultar. Mi piel hormigueaba, el calor de la hoguera no podía aliviar el escalofrío que me recorría la espalda.

Odiaba cómo mi cuerpo reaccionaba ante él —cómo mi pecho se oprimía, la respiración se entrecortaba, como si todavía tuviera cierto poder sobre mí. Como si todavía le deseara, a pesar de todo.

Me obligué a apartar la mirada, a fingir que la conversación no había saltado un compás, pero sentía que él seguía ahí. Sentía el peso de su atención como una mano en la parte baja de mi espalda.

Chris abandonó nuestro pequeño grupo y se fue para hablar con él. Izzy y Marcus continuaron una conversación de la que no me enteré, mis ojos estaban fijos en Quinton, como si yo fuera una polilla y él la llama, mientras rodeaban el borde de nuestra reunión. No podía oír lo que decían, pero supuse que Chris le había ofrecido a Quinton una cerveza y una galleta, ambas rechazadas.

Típico. Quinton nunca participaría en la diversión. Quienquiera que hubiera sido hace un año en la isla, *el señor Sullivan* era otro hombre. Duro, serio e intenso.

Encontró mi mirada, y se sintió como un contacto físico. *Sus manos en mis caderas, sus labios en mi cuello, su peso sobre mí mientras se adentraba en mi interior.*

Se relamió los labios, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

Mierda.

Aparté la mirada y esperé que nadie me hubiera visto prácticamente devorar con los ojos a nuestro jefe. Lo último que necesitaba era atención no deseada.

Quinton murmuró algo a Chris y se volvió para marcharse; la ausencia de su mirada resultaba casi peor que su intensidad.

Rebecca se deslizó en el asiento junto a mí, apretándose entre Izzy y yo, apoyando la barbilla en su mano mientras observaba cómo Quinton desaparecía entre las sombras.

—Tenga cuidado con ese —dijo, con voz ligera pero ojos penetrantes —. No es tan encantador como parece.

Me obligué a sonreír y no respondí, dejando que la conversación continuara.

Cuando la velada llegó a su fin, me sentía como si hubiera corrido una maratón: emocionada, agotada y zumbando con mil pensamientos. Arrastré los pies de vuelta a mi habitación, deslizando los dedos sobre la cápsula de semillas en mi bolsillo, preguntándome si realmente podría hacer de este lugar mi hogar.

O si ya estaba demasiado metida en todo esto.

Quinton

Resistí la tentación de dar un portazo a la puerta de mi suite. Emma dormía en su habitación, y la niñera también estaba ya dormida en el dormitorio de enfrente, y no quería responder a preguntas sobre por qué estaba enfadado.

Necesitaba calmar la energía inquieta que fluía por mis venas. Caminaba de un lado a otro en el salón como un animal enjaulado, pasándome la mano por el pelo, casi arrancándomelo.

Grace.

Estaba en todas partes. En mi lodge, en mi cabeza, bajo mi piel. No importaba cuántas veces me dijera a mí mismo que no me importaba, que solo era una empleada más, otra complicación que no necesitaba; en el momento en que la veía, perdía cada pizca de control que intentaba fingir que tenía.

Aún podía sentir su mirada de antes, la forma en que me había mirado a través del fuego, sus ojos captando la luz como si albergaran secretos que una vez pensé que podría confiarme. Mi piel ardía por ello, un dolor fantasma que persistía sin importar cuánto intentara apartarlo.

Sabía que había sido un error ir a la reunión del personal. No querían al jefe allí acechándoles mientras intentaban relajarse. Me dije a mí mismo que se trataba de fomentar el espíritu de equipo, un gesto amistoso. Había visto las miradas que me había ganado después de la discusión con Grace en el vestíbulo. Todos mantenían aún más las distancias conmigo que antes, excepto quizás Rebecca. Y eso tampoco era ideal.

Pero no podía engañarme a mí mismo. Quería verla a *ella*. Y allí estaba, cómodamente sentada junto a Marcus y riendo con gente a la que ni siquiera conocía desde hacía dos semanas. Se llevaba bien con el personal que se conocía desde hacía años. Yo era el intruso, en mi propio maldito lodge. Pero eso no me molestaba. Era la mirada que Grace me había lanzado.

¿Quería acostarse conmigo o me odiaba con la mirada? Con ella era difícil distinguir la diferencia. Pero mi cuerpo definitivamente había elegido una interpretación. Mis pantalones se habían vuelto incómodamente ajustados.

Me dejé caer en el borde del sofá, con los codos sobre las rodillas, inspirando profundamente. Debería haber estado trabajando. Había un montón de informes sobre el escritorio, correos electrónicos que debía contestar. Pero lo único que podía ver era a Grace.

Su boca, fruncida en una línea obstinada mientras discutía conmigo en el vestíbulo. El pequeño titubeo en su respiración cuando estábamos demasiado cerca, la tensión entre nosotros chisporroteando como un relámpago esperando descargar.

Quería poseerla, apretarla contra una pared y besarla. Se derretiría bajo mi cuerpo, su ira injustificada se transformaría en pasión, y le recordaría lo que había renunciado cuando decidió no llamarme.

Maldije en voz baja, me quité el jersey por la cabeza y lo lancé al otro lado de la habitación. La suite me resultaba asfixiante —las paredes parecían acercarse, como si supieran exactamente lo roto que estaba.

Necesitaba una ducha.

Me desnudé mientras atravesaba mi dormitorio hacia mi propio cuarto de baño. Me metí en la ducha y puse el agua ardiendo. El vapor me envolvió, empañando el cristal, el aguijoneo del agua mordiendo mi piel. Si quemaba lo suficiente, quizás podría extirparla de mi interior.

Pero no funcionó.

El calor solo me llevó de vuelta a Santa Lucía. A la sensación de su piel sobre la mía, brillante por el sudor y la sal marina. Cómo se había arqueado hacia mí, sus uñas arañando mi espalda como si no pudiera acercarse lo suficiente. Apoyé una mano contra los azulejos fríos, cerré los ojos mientras los recuerdos afloraban —Grace debajo de mí, su boca abierta pronunciando mi nombre, su sabor aún tan vívido que mis rodillas amenazaban con flaquear.

Me puse duro, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Aunque quisiera. Agarré mi polla con firmeza, me masturbé con brusquedad. En cuestión de segundos, me empujé hacia adelante deseando tener algo más que mi mano para darme placer. Pero sabía que nadie satisfaría esa necesidad excepto Grace.

Dejé que las imágenes tomaran el control, el golpeteo del agua solo intensificaba los latidos en mis entrañas. Me odiaba por ello, odiaba la forma en que ella seguía poseyendo cada centímetro de mi cuerpo. Pero no paré.

No podía parar.

Deseaba que fuera su mano la que me agarrara con fuerza y me urgiera a correrme. Mejor aún, quería empujarla contra la pared

mientras la embestía, escuchar esos maravillosos sonidos de placer que hacía.

Apoyé la mano de nuevo en los azulejos y comencé a embestir contra mi otra mano, moviendo mis caderas y recordando cómo se sentía ella.

En mis pensamientos, estaba de vuelta en Santa Lucía. La segunda vez que me follé a Grace fue en medio de la noche. Me había despertado duro y me había apretado contra su trasero. Ella se había movido, buscándome. No quería pensar en cómo la había besado, sintiendo algo florecer en mi pecho que sabía demasiado a esperanza. Me concentré en la parte donde me puse el condón mientras sus manos acariciaban mis muslos. Había sujetado mi polla por la base y había embestido su dulce coño desde atrás.

Apreté los dientes y aumenté mi ritmo, embistiendo en mi apretado puño y lamentando haber elegido un recuerdo tan íntimo. Pero no podía detener las imágenes que explotaban en mi mente, por mucho que intentara redirigirlas.

La había tomado por detrás, embistiéndola mientras mis manos recorrían su cuerpo. Sus pequeños pechos cabían perfectamente en mis manos, y había endurecido sus pezones. Ella había agarrado mi muslo, tirando de mí hacia ella mientras yo susurraba palabras de aliento en su oído.

—*Grace.*—Había pronunciado su nombre como una maldita plegaria.

Gruñí frustrado e intenté concentrarme en algo menos... *emocional*. El sabor dulce y picante de su sexo en mi lengua. La forma en que se contraía a mi alrededor cuando se corría, ordeñando mi polla

como si me animara a correrme con ella. Así estuve, la tercera vez que la follé.

Por la mañana, sin haber dormido, pero excitado, la había follado en el sofá, frente al gran ventanal con vistas al Caribe. Sus uñas se habían clavado en mi espalda, y el dolor solo había intensificado el placer. Le había dicho que se corriera solo con mi polla. Ella pensaba que no podría, pero la llevé hasta allí. La forma en que sus ojos se abrieron de par en par, su boca se abrió con un grito, su sexo pulsaba con tanta fuerza que no tuve más remedio que ascender con ella a la dicha.

Mi orgasmo se acercaba, agudo y urgente. Pero cuando gemí y me corrí sobre los azulejos, con los ojos fuertemente cerrados, fue el recuerdo de los labios de Grace sobre los míos lo que llenó mi cabeza. Suaves y carnosos se habían movido sobre los míos, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Una hora después se había marchado, llevándose mi número y mi corazón.

Mis ojos se abrieron de golpe y observé cómo las evidencias de mi orgasmo se iban por el desagüe.

Joder.

Cerré el grifo de agua caliente y dejé que el agua helada me devolviera a la realidad. Me lavé mecánicamente, realizando los movimientos mientras ordenaba mis pensamientos. Llevaba casi dos semanas sin sexo porque tenía que terminar lo mío con Rebecca. Era mucho tiempo para mí. Y la constante presencia de Grace no ayudaba.

La frontera entre el odio y la pasión era tan afilada como un cuchillo. Quizás mi cerebro perturbado asociaba el rechazo con sentimientos. Eso tenía más sentido que creer que unas cuantas rondas de sexo con una desconocida habían significado algo. Aunque nos hubiéramos conectado emocionalmente.

Daba vueltas en el desagüe de mis pensamientos. La claridad post-orgásmica, obviamente, no estaba entre mis capacidades en este momento. Incliné mi cara hacia el chorro de agua fría, como si pudiera lavar mi mente.

Al salir, goteando y en carne viva, no me sentía mejor que cuando entré. Mi piel podía haberse enfriado, pero el deseo no se había aliviado. Si acaso, se había vuelto más agudo, afilado hasta convertirse en algo casi insoportable.

Apoyé mis manos sobre el lavabo, respirando pesadamente y observando cómo el agua goteaba de mi pelo y se acumulaba en el mármol, como si pudiera llevarse el deseo.

No funcionaba. Y en el fondo sabía que nunca lo haría.

Solo tenía una opción. Debía encontrar algo, cualquier cosa, por lo que pudiera despedirla. Nadie es perfecto; en algún momento cometería un error, y entonces tendría una razón válida para desterrarla para siempre de mi vida —y de mi cabeza—.

Sin ella constantemente a mi alrededor, seduciéndome, los sentimientos se desvanecerían.

Esperaba por Dios que se desvanecieran.

Capítulo Doce

Quinton

Había perdido la cabeza. Era la única explicación.

Tenía todo un albergue que dirigir, en realidad varios. Una acumulación de contratos que revisar, informes de beneficios esperando en mi escritorio, una bandeja de entrada tan desbordada que debería declararse zona catastrófica. Y aun así, aquí estaba, al acecho en el maldito pasillo como un ex celoso.

No celoso. Estaba recopilando información. Buscando motivos. Una razón legítima para despedir a Grace y desterrar de mi mente esto... fuera lo que fuese.

Ese era el plan.

¿Y si eso significaba que la seguía durante la mayor parte del día como una especie de investigador trastornado? Bien. Un mal necesario.

Me había mantenido distante desde nuestra discusión en el vestíbulo, dejándole creer que había ganado, que se había salido con la suya al desafiarme. Pero ahora necesitaba algo concreto. Un desliz. Un error. Una prueba de que no pertenecía a este lugar.

Porque no pertenecía.

Era demasiado: demasiado radiante, demasiado decidida, demasiado buena haciendo que este lugar pareciera algo que no era. Un hogar. Y no podía permitirme dejar que eso sucediera.

Así que observaba.

Desde el momento en que entró por la mañana, seguí sus movimientos. De manera casual, a distancia —nunca lo suficientemente cerca para que lo notara, nunca tan obvio como para que alguien más lo cuestionara. Me posicionaba en las esquinas de las habitaciones, me demoraba en los pasillos, encontraba excusas perfectamente razonables para estar en cualquier lugar donde ella estuviera. Cuando se detenía, yo me contenía. Más de una vez escapé por poco de su atención.

Debería haberme sentido ridículo. Incluso por debajo de mi dignidad. Pero en lugar de eso, algo dentro de mí se había obsesionado con la caza, con la concentración determinada en ello, y no iba a soltarlo hasta conseguir lo que necesitaba.

Grace se movía como si perteneciera a este lugar. Ese era el problema.

No se limitaba a hacer su trabajo; se sumergía en él, lo hacía de una manera personal que me sacaba de quicio. No solo coordinaba; escuchaba, se adaptaba, recordaba los detalles que importaban. Ya se había ganado a la mitad del personal, y odiaba siquiera haberlo notado. Odiaba respetarlo.

¿Y esa pequeña parte de mí que sentía envidia? Esa parte era fácil de reprimir.

Estaba considerando cómo usarlo en su contra cuando entró en la cocina y la seguí.

Me quedé justo fuera de la puerta, fuera de su vista en el pasillo, pero lo suficientemente cerca para oír algo. Lo suficientemente cerca para ver si conseguía el ángulo adecuado. *Ahí.*

Izzy, nuestra repostera, se apoyaba en la encimera de acero inoxidable, sus rizos castaños medio domados por una cinta estampada. Harina manchaba la curva de su mejilla, y gesticulaba con una cuchara mientras hablaba.

—Necesito una idea para un postre —dijo, con los ojos brillantes de emoción—. Algo único. Especial. Dame tu mejor sugerencia.

Mi interés estaba despierto. Si Grace se excedía aquí, si intentaba asumir algo fuera de su papel, sería toda la justificación que necesitaba. Ya podía formular el argumento en mi cabeza.

Estaba interrumpiendo el flujo de trabajo. Entrometiéndose en otros departamentos. Descuidando su propio trabajo mientras se inmiscuía en las especialidades de otras personas.

Izzy seguía hablando, su entusiasmo era contagioso. —Estoy pensando en algo cálido. Acogedor, pero elegante. Algo que todavía se sienta como... —se calló, buscando las palabras adecuadas.

—Como la boda que esperan nuestros invitados —completó Grace por ella.

Mi mandíbula se tensó. Por supuesto. No se trataba del menú del albergue. Se trataba de la boda que estaba coordinando.

Apreté los puños y me obligué a quedarme quieto. Mi pulso no tenía motivo para acelerarse así, ninguna razón para preocuparme de que Grace no estuviera sobrepasando sus límites, de que no cometiera un error que yo pudiera aprovechar. No estaba decepcionado.

En serio que no.

Izzy asintió. —Exacto. Quiero que el postre encaje con el ambiente que estás creando. ¿Qué te parece?

Me moví y Grace hizo una pausa momentánea, como si estuviera escuchando algo. Estaba a punto de retirarme, pero no, solo estaba pensando.

Grace se mordió el labio. —Algo clásico, pero inesperado —reflexionó —. ¿Qué te parece una tarta Tatin? Es cálida, caramelizada, un poco

suntuosa.

Izzy sonrió con picardía. —Oh, eso me gusta. Tarta de manzana sofisticada.

—Básicamente sí —rio Grace—. Pero más elegante. ¿Quizás con un helado de mantequilla tostada y vainilla?

—¡Con un chorrito de caramelo salado! —gimió Izzy con aprobación —. Vale, estoy impresionada. ¿Has pensado alguna vez en dejar tu trabajo y trabajar para mí?

—No —dijo Grace todavía sonriendo—. Pero estaré encantada de hacer pruebas de sabor.

Izzy soltó una risita y cogió su bloc de notas. —Trato hecho.

Me aparté de la pared y exhalé bruscamente. Esto no era nada. Inútil. No había exagerado. No me había dado ni un solo motivo para despedirla.

Y aún así seguía aquí. Observando. Pensando todavía en cómo sus labios se curvaban al reír.

Me alejé, de vuelta a mi despacho, antes de que me viera. Antes de volverme loco. Ignoré el sonido de sus tacones en el pasillo detrás de mí. Fue más difícil de lo que debería haber sido.

El primer día fue un fracaso, pero supongo que había una razón por la que Grace había sido tan recomendada. Pero nadie está por

encima de toda crítica. Cometería un error en algún momento, y yo estaría ahí para pillarla cuando ocurriera.

Para despedirla. Me corregí, mientras mi mente traidora conjuraba imágenes de una escena completamente diferente. Regresé a grandes zancadas a mi despacho, ignorando las preguntas de Rebecca sobre dónde había estado, e intenté ponerme al día con todo el trabajo que había perdido por haber estado siguiendo a Grace durante la mayor parte del día.



Esto se estaba descontrolando.

No había pretendido convertirlo en un hábito: espiar a Grace, observar cada uno de sus movimientos como un demente obsesivo. Pero a la mañana siguiente, antes de poder detenerme, me sorprendí escabulléndome de mi despacho y siguiéndola de nuevo.

Por motivos profesionales. Naturalmente.

No tenía nada que ver con su aspecto de hoy: el pelo castaño recogido hacia atrás, dejando al descubierto la larga y elegante curva de su cuello, unos pantalones que se ajustaban a sus piernas de una forma que definitivamente no debería estar notando. No tenía nada que ver con cómo se movía por el albergue como si perteneciera a él, deteniéndose para preguntar a los empleados, ofreciendo pequeñas y sinceras sonrisas, haciendo que la gente se sintiera vista.

Yo no me fijaba en estas cosas. Fijarme implicaría que me importaba, y no era así. Necesitaba una razón para despedirla. Eso era todo. Y si ella seguía haciendo que fuera imposible, era culpa suya.

La seguí a través del vestíbulo principal, manteniendo una distancia respetable y deteniéndome cerca de las ventanas que llegaban hasta el suelo, como si estuviera interesado en admirar las malditas vistas. Grace desapareció por un pasillo lateral, y la seguí justo a tiempo para oír refunfuñar a Jake Morris.

Me contuve, manteniéndome fuera de la vista mientras el jefe de mantenimiento del albergue se apoyaba contra el marco de la puerta de un almacén, con los brazos cruzados, frunciendo el ceño ante el portapapeles que tenía en las manos.

Un tipo sólido en sus cincuenta, construido como si todavía pudiera lanzar a alguien por encima de su hombro si fuera necesario. Jake no era el tipo de persona que congeniaba fácilmente con la gente. Tenía una autoridad tranquila que no tanto exigía respeto como hacía que la gente se sintiera estúpida si no le respetaba.

Y sin embargo, aquí estaba hablando con Grace como si se conocieran desde hace una eternidad.

—Se podría pensar que con lo que la gente paga por estas malditas suites, las tuberías aguantarían mejor —murmuró Jake—. Los calentadores de agua en el ala VIP están dando problemas otra vez. Pensé que lo habíamos arreglado el mes pasado, pero se comporta como un maldito adolescente: un día bien y al siguiente más terco que una mula.

Grace emitió un sonido comprensivo y se apoyó contra el marco de la puerta. —Suena frustrante.

Jake suspiró y se frotó la cara con una mano. —Usted lo ha dicho. Ya he realizado las reparaciones habituales, pero poco a poco pienso que es la bomba. Y si es así, tendremos que reemplazarla, lo que significa tiempo de inactividad, lo que significa clientes enfadados.

Grace no tenía prisa por responder. Solo escuchaba, asintiendo levemente, su atención tranquila y paciente.

Tensé la mandíbula, dividido entre la irritación y... algo más.

Podría aprovecharme de esto. Quizás. No estaba supervisando ningún evento. No estaba controlando ningún montaje. Estaba aquí, charlando, perdiendo el tiempo. Si quisiera un pretexto, este podría ser uno.

Y sin embargo.

Jake no hablaba solo por diversión. Estaba pensando en voz alta, resolviendo el problema en tiempo real. Grace no le interrumpía, le ayudaba a procesarlo.

—Quiero decir, si es la bomba —murmuró Jake, más para sí mismo que para ella—, podría intentar purgar todo el sistema antes de reemplazarlo. Podría eliminar la obstrucción, si es eso lo que está causando los cortes.

Grace asintió con la cabeza. —Parece que vale la pena intentarlo. En el peor de los casos, no funciona y sabrá con certeza que hay que reemplazarla.

Jake exhaló y asintió, como si acabara de llegar a la misma conclusión. —Sí. Sí, probaré eso primero. —Lanzó una mirada a Grace, no exactamente amable, pero algo parecido. Quizás reconocimiento—. Gracias, Townsend.

Grace sonrió. —Cuando quiera.

Exhalé bruscamente, molesto por entender de repente por qué a la gente le caía tan condenadamente bien. Hacía las cosas más fáciles. No resolvía los problemas directamente, pero tenía esa manera de absorber el estrés de las personas y reflejárselo de forma que todo pareciera manejable. No le había dado a Jake ninguna solución revolucionaria —él lo había descubierto por sí mismo—. Pero ella había estado allí. Y a veces eso era todo lo que la gente necesitaba.

Respetaba demasiado a Jake para armar un escándalo por esto. Si acusara a Grace de holgazanear cuando acababa de ayudar a nuestro jefe de mantenimiento más competente a resolver un problema, parecería un idiota. Ya me estaba sintiendo como uno.

Estaba a punto de retirarme —volver a mi despacho, volver a la cordura, volver a fingir que esta mujer no ocupaba demasiado espacio en mi cabeza— cuando una voz familiar me llamó desde atrás.

—Jefe.

Me di la vuelta y apenas logré transformar mi expresión en algo neutral.

Chris, el director, estaba a unos metros de distancia, con las manos en los bolsillos y una ceja ligeramente arqueada con expresión divertida.

—¿Puedo ayudarle con algo? —preguntó mientras miraba hacia el pasillo por donde Grace acababa de desaparecer—. Normalmente no pasa tanto tiempo fuera de su despacho.

Siguió un momento de silencio; me sentí como si me hubieran pillado con la mano en el tarro de las galletas.

Entonces resoplé, enderecé los hombros como si estuviera por encima de toda sospecha. —Solo estoy vigilando las cosas.

Chris no dijo nada por un momento. Luego asintió lentamente, con una sonrisa apenas disimulada. —Por supuesto —dijo—. Naturalmente.

No me gustaba cómo me miraba. Como si supiera algo. Como si estuviera guardando este momento para más tarde.

Ignoré la irritación que hormigueaba bajo mi piel y giré sobre mis talones, dirigiéndome de vuelta hacia mi despacho como si ese hubiera sido mi plan desde el principio. Esto se estaba descontrolando. Y no podía culpar a nadie más que a mí mismo.



Me di unos días para enfriarme. O al menos lo intenté. En lugar de completar el trabajo como había planeado, pasé el tiempo caminando de un lado a otro en mi despacho, imaginando qué estaría haciendo ella.

Cuando estaba tan distraído, el sexo solía ser mi remedio infalible. Pero Rebecca estaba prohibida, y aunque no me hubiera presionado para tener una relación más profunda, no podía reunir suficiente atracción para siquiera considerar la idea. Incluso la idea de ir a alguno de los bares de la ciudad y coquetear con alguien no me atraía.

No, Grace tenía que irse. Entonces las cosas podrían volver a la normalidad.

Al día siguiente, volví a mi papel de espía. La vi de nuevo en el vestíbulo.

Debería haber vuelto a mi despacho. Debería haber puesto fin a esta ridícula obsesión. Pero en lugar de eso, ralenticé mi paso, posicionándome cerca de una de las columnas de piedra, medio oculto a la vista.

Marcus estaba con ella. Lo que debería haber sido irrelevante. Pero no lo era.

Había visto cómo Marcus coqueteaba con ella. El encanto despreocupado y seguro, la manera ligera en que se inclinaba un poco demasiado cerca de ella. Era atractivo —moreno, bien

arreglado, el tipo de conserje que hacía sentir como reyes a los huéspedes exigentes. También era el tipo de hombre que nunca dudaba en ser encantador, especialmente cuando se trataba de mujeres.

¿Y Grace? Ella le sonreía.

Esa sonrisa —la misma expresión suave y abierta que le dedicaba a cualquiera. Como si fueran importantes. Como si le importaran.

Marcus se inclinó ligeramente hacia delante, murmuró algo que no pude oír, y sentí un calor inusual que se retorcía en lo profundo de mi estómago. No era realmente ira. Algo más agudo. Más físico.

Eso era. Mi oportunidad.

Yo había introducido la nueva norma contra las relaciones en el lugar de trabajo. Una política necesaria para mantener la profesionalidad, me había dicho a mí mismo. Si ella tenía algo con él —o incluso consideraba la posibilidad— la tenía.

¿Y si perdiera a Marcus en el proceso? Bueno. Sería lamentable. Pero necesario.

Observaba, esperando el momento en que ella inclinara la cabeza, en que su voz se suavizara —ese cambio sutil que conocía demasiado bien. Porque ya había visto a Grace coquetear antes. Yo había sido quien lo había experimentado.

Y esto no lo era.

Su sonrisa seguía siendo educada, profesional. Asentía a lo que Marcus decía, pero no había ningún cambio en su postura, ningún destello de interés en sus ojos. Si acaso, parecía ligeramente distraída. No incómoda, no molesta. Simplemente... indiferente.

La tensión en mis hombros se aflojó antes de que pudiera evitarlo.

Alivio. Lo que no tenía ningún sentido.

Debería haber estado frustrado porque mi mejor oportunidad de despedirla se me acababa de escurrir entre los dedos. Debería haber considerado otro enfoque, otra razón para deshacerme de ella.

En cambio, solo estaba... irritado. Con Marcus. Conmigo mismo. Con toda esta situación.

Porque si no estaba interesada en Marcus —si esa calidez que daba a la gente era simplemente su forma de ser— ¿por qué demonios me había dejado en aquella habitación de hotel sin pensarlo dos veces?

Lo había sentido aquella noche. La forma en que se fundía conmigo, la forma en que me miraba, como si yo fuera algo que ella deseaba, tanto como yo la deseaba a ella. Lo había *sentido*. Y después desapareció. Estaba tan seguro de que llamaría, de que había sentido la misma chispa que yo.

Solté el aire con fuerza y me pasé una mano por el pelo. Esto no era productivo. No era racional. Era...

—Quinton.

Me di la vuelta y forcé mi expresión a la neutralidad cuando Rebecca entró en mi campo de visión.

Iba impecablemente vestida, como siempre: una americana color crema, pantalones perfectamente cortados, cabello liso y arreglado. Antes me volvía loco despeinarla. Ahora me dejaba frío. Sonreía, pero había una dureza en ello, algo crítico.

—Llevo toda la semana intentando pasar tiempo con usted —dijo con ligereza—. Ha estado... distraído.

Mantuve mi expresión neutral. —Ha sido una semana ajetreada.

Me examinó con la mirada, sus ojos penetrantes. —Evidentemente. —Sus ojos se desviaron más allá de mí... en dirección a Grace.

Ahí estaba. Apenas un cambio, apenas un destello. Pero lo noté. No era tonta.

—¿Hay algo que necesite? —pregunté, y mi voz sonó neutral.

Rebecca inclinó la cabeza, exhaló suavemente, como si estuviera sopesando cuánto debería insistir. Luego sonrió de nuevo, esta vez de manera más fugaz.

—Esa última conversación que tuvimos en su despacho. No sé qué me pasó. Ya no quiero más, así que si usted quiere continuar donde lo dejamos, sin compromisos...

—Rebecca... —le advertí.

Algo titileó en su mirada, pero no me presionó. En cambio, extendió la mano y rozó ligeramente con los dedos mi muñeca. Un toque ligero, sutil. Posesivo.

No me moví. No reaccioné. Simplemente dejé que su mano cayera cuando asintió una vez, luego se dio la vuelta y se marchó. Sus tacones repiquetearon en el suelo de mármol.

Exhalé y miré de nuevo hacia Grace.

Ya se había ido.

Capítulo Trece

Grace

Al final de mi segunda semana en el Sullivan Lodge, estaba exhausta, pero satisfecha.

Los preparativos para la próxima boda, junto con otros eventos que el hotel organizaría en las próximas semanas, habían sido un torbellino de actividades. También había entablado más amistad con mis compañeros y había seguido el consejo del Capitán Murray de echar raíces, intentando realmente crear vínculos con las personas a mi alrededor.

Pero me alegraba tener una noche libre, y Rebecca me había invitado a un bar local en el corazón de la ciudad. Hasta ahora no había visto mucho de Bar Harbor; prácticamente me había limitado al hotel y no me había tomado el tiempo para explorar la ciudad que ahora debía llamar mi hogar.

Hogar. No había tenido un verdadero hogar desde que dejé la casa de mi abuelo para ir a la universidad. El hotel no transmitía la misma sensación, no había amor ni familiaridad, pero podía imaginarme una vida allí.

Aparté todos los pensamientos sobre el pasado o el futuro cuando bajé de mi habitación y salí por el vestíbulo, lista para sacudirme la semana de encima y soltar mi melena.

Apenas había dado tres pasos fuera del hotel cuando ya sentí el peso de su mirada.

Era una sensación a la que me había acostumbrado durante la semana pasada: vistazos fugaces de Quinton en los límites de mi campo visual, la sensación de cómo cambiaba el aire cada vez que él estaba cerca. Pero cada vez que me giraba para mirar, había desaparecido, como si solo me lo hubiera imaginado. Como si no me estuviera observando en absoluto.

Solo que esta vez no estaba al acecho en los marcos de las puertas o de pie justo fuera de mi alcance. Estaba directamente frente a mí, esperando al borde del camino, su ancha figura sombreada por el resplandor del hotel a sus espaldas.

Ralenticé mis pasos y agarré mi bolso con más firmeza.

—¿Va a algún sitio? —Su voz sonaba casual, pero algo en su manera de decirlo me hizo dudar. Sus ojos descendieron para examinar el vestido negro que llevaba.

—Yo... sí —levanté la barbilla—. Rebecca me ha invitado a tomar algo.

La expresión de Quinton no cambió, pero algo en su postura sí. No exactamente un estremecimiento, pero algo parecido. —Qué amable por su parte.

Su forma de decirlo —sin énfasis, indescifrable— hizo que mi pulso se acelerara.

Solté una pequeña risa incrédula. —Solo es una copa. ¿Por qué le interesa lo que hago en mi tiempo libre?

—No me interesa —dijo inmediatamente, demasiado rápido para ser creíble. Luego, como si se diera cuenta de lo ridículo que sonaba, exhaló por la nariz—. En realidad la estaba buscando.

Eso me sorprendió. Dejé de estrujar la correa de mi bolso e incliné la cabeza. —¿Por qué?

—Me gustaría que viniera a cenar el domingo.

Mi estómago dio un vuelco. *¿Me estaba invitando a una cita?* Era bastante descarado por su parte, después de haberme dado plantón y comportarse como si yo hubiera hecho algo mal desde que empecé a trabajar en el lodge.

—Cena —mantuve una expresión neutra, porque no quería que pensara que sentía algo al respecto.

—Con mis hermanos —aclaró, como si eso lo explicara todo—. Estamos organizando un baile benéfico. Podríamos usar su experiencia.

Por un momento, solo pude mirarlo fijamente.

No era la petición en sí lo que me confundía; era el hecho de que viniera de él. Crucé los brazos. —Entonces, déjeme aclarar esto. Se ha pasado toda la semana acechando y observando cada uno de mis movimientos...

—No he estado...

—Sí, lo ha hecho —le interrumpí y sonreí a pesar de todo—. ¿Y ahora, después de todo eso, quiere mi opinión?

La mandíbula de Quinton se tensó, pero no lo negó. —Eso he dicho —murmuró.

Lo observé un momento, intentando entender esta nueva versión de él —una que todavía parecía distante e ilegible, pero que aparentemente era capaz de admitir que yo era buena en mi trabajo. Y no me estaba invitando a una cita. Y debería sentirme aliviada. Estaba aliviada. Mucho, de hecho.

—Vale —dije finalmente.

Sus cejas se juntaron, como si no hubiera esperado que aceptara tan fácilmente. —¿Vale?

Me encogí de hombros. —Es mi trabajo, ¿no? Y que realmente reconozca que sé lo que hago... eso es un cambio agradable.

No esperé una respuesta. En su lugar, me di la vuelta y me dirigí al aparcamiento, mis tacones repiqueteando sobre el asfalto. Pero cuando entré en mi taxi y este salió a la calle, me di cuenta de algo molesto.

A pesar de todo lo que sabía sobre Quinton Sullivan —la arrogancia, esa actitud de caliente-frío, la manera en que me hacía sentir como un insecto bajo una lupa— había una parte de mí que se alegraba de que me lo hubiera pedido.

Y no tenía ni idea de qué hacer con eso. Así que lo aparté a un lado, junto con todos los demás sentimientos confusos que Quinton despertaba en mí.

Rebecca me esperaba fuera cuando llegué a The Salty Buoy Tavern. Cuando me dijo el nombre, me había imaginado un antro, pero no podría haber estado más equivocada, y me alegré de haberme arreglado antes de entrar.

El bar era el tipo de lugar que parecía fresco sin esfuerzo —luz tenue, elegantes reservados de cuero y una larga barra pulida donde el camarero se movía con tranquila eficiencia. Un suave murmullo de conversaciones impregnaba el aire, interrumpido por estallidos ocasionales de risas. Las botellas de licores de primera calidad brillaban detrás de la barra, iluminadas por una suave luz ámbar, y el aroma de roble y cítricos flotaba en el ambiente.

Rebecca se acomodó en uno de los asientos de las mesas del fondo frente a mí y cruzó las piernas con elegancia. Estaba impecable

como siempre —blusa perfecta, pelo perfecto, su pintalabios de un rojo oscuro que milagrosamente nunca se corría. Una camarera apareció en cuestión de segundos, y Rebecca pidió una copa de Merlot sin dedicarle más que una mirada fugaz a la carta.

Dudé un momento y luego pedí un mojito. Algo ligero. Refrescante. No estaba del todo segura de por qué Rebecca me había invitado, pero había estado sorprendentemente amable durante toda la semana, y no iba a rechazar una oportunidad para relajarme.

Rebecca se reclinó ligeramente y me observó. —¿Qué tal tu segunda semana? —preguntó con naturalidad.

Dejé escapar un pequeño suspiro y pasé los dedos por la condensación de mi vaso. —Ajetreada —admití—. Pero buena. Realmente buena.

No era solo una frase de cortesía. Me gustaba estar aquí. El trabajo era exigente, pero el equipo lo hacía más llevadero. El entusiasmo de Izzy en la cocina, la presencia constante de Jake, el humor perspicaz de Marcus... todo eso hacía que los largos días parecieran más ligeros.

—He tenido suerte —añadí mientras hacía girar la pajita en mi bebida—. Trabajar con todos es maravilloso.

Rebecca murmuró e inclinó la cabeza a un lado. —¿Con todos?

Noté un matiz en su tono, pero antes de que pudiera descifrarlo, mis pensamientos se desviaron —sin ser invitados— hacia la única persona que no había mencionado.

Quinton.

No había hablado con él, aparte de lo de antes. Por lo que había oído, no era el tipo de jefe que normalmente se dejaba ver. Dejaba que Chris gestionara el día a día mientras él se centraba en el panorama general. Pero ¿esta semana? Lo había notado. Más de una vez.

Un destello de movimiento en mi visión periférica. La sensación de unos ojos sobre mí, solo para levantar la mirada y verlo alejarse. Vislumbres fugaces de él en lugares donde no esperaba encontrarlo: en recepción, cerca de la cocina, merodeando por el vestíbulo como si tuviera alguna razón para estar allí. Y todo el tiempo pareciendo condenadamente atractivo y doblemente peligroso.

—¿Grace?

Parpadée y me obligué a volver al presente. Rebecca me observaba con una ceja perfectamente perfilada levantada con diversión.

—Perdona —dije rápidamente con una leve sonrisa—. Solo estaba sumida en mis pensamientos.

Sus labios se curvaron, pero algo en la forma en que me estudiaba hizo que mi piel hormigueara. Como si supiera lo que estaba pensando.

Rebecca dio un lento sorbo a su vino y me observó por encima del borde de su copa como un gato que juega con un ratón atrapado. —Entonces —dijo con voz engañosamente casual—, ¿qué piensas de Marcus?

Parpadee, sorprendida. —¿Marcus?

Sonrió. —Oh, no te hagas la tímida. Le gustas —se inclinó ligeramente hacia delante y ladeó la cabeza—. Y sinceramente, podrías tener peor suerte. Es encantador, atractivo, fantástico en su trabajo. Y definitivamente no le importaría que dieras tú el primer paso.

El calor subió por mi nuca. —Yo... eh... —di un rápido sorbo a mi bebida para ganar tiempo—. Es agradable. Pero no creo que...

—Vamos —Rebecca dejó escapar una risa suave y conocedora—. ¿En serio me vas a decir que no te interesa? ¿Que no te parece atractivo?

—Quiero decir, ¿objetivamente hablando? —titubeé—. Claro. Pero eso no significa que yo...

Rebecca sacudió la cabeza como si yo fuera una alumna particularmente torpe. —Piensas demasiado. Marcus es un tío estupendo. Y, sin ánimo de ofender, pero parece que hace tiempo que no...

Casi me atraganto con mi mojito. —¿Cómo dices?

Hizo un gesto despreocupado con su mano manicurada. —Solo digo que eres nueva en la ciudad, estás soltera y, por lo que puedo ver, completamente centrada en el trabajo. Eso no es sano, Grace. Deberías divertirte. Relajarte un poco.

—Me gusta mi trabajo —dije un poco a la defensiva—. Y además, Quinton tiene una norma contra las relaciones sentimentales en el trabajo.

Puso los ojos en blanco. —Por favor. Eso es solo para guardar las apariencias. Mientras no cause un escándalo, a nadie le importa realmente.

Lo dudaba mucho. Y no estaba segura de si Rebecca se creía lo que estaba diciendo.

—Mira —continuó, haciendo girar el vino en su copa—. Lo entiendo. Ligar en un sitio nuevo es agotador. Pero Marcus está justo ahí, interesado y completamente inofensivo. Entonces, ¿qué te detiene?

Todo en esta conversación hacía que me picara la piel. —Yo... simplemente no siento nada por él.

Rebecca me observó, su mirada era penetrante. —¿Es por otra persona?

Me quedé paralizada medio segundo más de lo debido.

Su sonrisa se hizo más amplia. —Interesante.

Me obligué a reír y negué con la cabeza. —No. Nada de eso. Yo... —vacilé, luego suspiré—. Mira, mi última relación seria no terminó precisamente bien. Y después tuve... un rollo, podría decirse. Pensé que podría convertirse en algo más, pero no fue así.

No quería entrar en detalles. No me gustaba compartir el dolor de mi pasado: la muerte de mis padres, luego el abuelo, y después la forma en que Rupert me había dejado. De hecho, Quinton era la única persona en el mundo que lo sabía todo al respecto.

La expresión de Rebecca titubeó —solo por un momento— antes de transformarse en algo más pensativo. Pasó un dedo por el borde de su copa. —Sí —dijo casi para sí misma—. Sé exactamente cómo es eso.

Dudé. —¿En serio?

Por supuesto que sabía lo de Quinton, pero la forma en que lo dijo me dio la impresión de que había una historia más larga detrás.

Se rio secamente. —Oh, definitivamente. A ver... Estuvo el tipo con el que salí durante dos años y que me pidió matrimonio, y luego descubrí que tenía una esposa en otra ciudad.

Mi mandíbula cayó. —¿En serio?

—Oh, se pone peor —dijo con despreocupación—. También estuvo el abogado que me hizo creer que teníamos una relación exclusiva, pero sorpresa, en realidad yo solo era una de las tres mujeres con las que salía. Y por supuesto, el compañero de trabajo en mi último empleo, del que tontamente me enamoré aunque sabía que no debía.

Algo en la forma en que lo dijo —cómo su voz descendió ligeramente, cómo su agarre alrededor de su copa se tensó— me hizo detenerme.

—Ese compañero de trabajo... —pregunté con cautela, notando un patrón—. ¿Sabía lo que sentías?

Rebecca se rio, pero fue un sonido frágil, sin humor. —Oh, lo sabía. Pero no me tomaba en serio. Nunca me vio realmente. —Sus labios se apretaron formando una línea fina—. Algunos hombres solo te quieren cuando les conviene.

Un extraño peso se instaló entre nosotras, pesado y tácito.

No estaba segura de qué decir al respecto, así que en lugar de eso, tomé otro sorbo de mi bebida, aunque la fresca menta y lima no hicieron nada para aliviar la repentina opresión en mi pecho.

Quizás Rebecca y yo teníamos más en común de lo que había pensado. Yo no tenía una larga lista de relaciones fracasadas como ella, pero entendía el dolor con la misma profundidad.

Rebecca exhaló un largo suspiro y giró el último resto de su vino en la copa. —Y ya conoces mi desastre más reciente —dijo, bajando ahora la voz—. Realmente pensé que le gustaba.

Fruncí el ceño. —¿Quinton?

Ella soltó una risa breve y sin humor. —Sí. Estúpido, ¿verdad?

Dudé. —Quiero decir... ¿te estuvo dando esperanzas?

Levantó un hombro en un encogimiento lento, casi cansado. —No de forma evidente. Pero me hizo creer que había algo entre nosotros.

En un momento me hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo, y al siguiente... nada. Como si fuera solo una empleada cualquiera, fácil de reemplazar.

Pasó un dedo por el borde de su copa. —Pero no podía dejarlo. No del todo. Porque cuando me miraba así, cuando me hacía sentir como si le importara... —Exhaló—. Dios, habría hecho cualquier cosa por él.

Tragué saliva y mi garganta se tensó. No era difícil imaginar a Quinton así: intenso cuando quería, distante cuando no. Era el tipo de hombre que podía hacerte creer en algo, solo para luego recordarte que todo lo habías imaginado. Como cuando me dejó su número, como si quisiera que lo contactara, pero luego no me llamó. Según la descripción de Rebecca, parecía ser su comportamiento habitual. Ser cálido y frío.

—Lo siento —dije en voz baja. Y realmente lo sentía.

Rebecca negó con la cabeza y me ofreció una pequeña sonrisa autoirónica. —No hace falta. Es culpa mía por haberme obsesionado tanto—. Sus dedos se tensaron alrededor de su vaso. —Pero el caso es que... todavía le quiero.

No estaba preparada para esas palabras. Se quedaron entre nosotras, pesadas y crudas. Yo no había amado a Quinton. No podía, después de solo una noche. Pero el potencial había estado ahí. No podía fingir que sentía lo mismo que Rebecca, pero seguía pareciéndose demasiado a mirarme en un espejo como para sentirme cómoda.

Me miró, y había algo afilado en su mirada. —Y por eso ha sido tan difícil ver cómo ha estado rondándote toda la semana.

Parpadee. —Un momento. ¿Qué?

Rebecca se inclinó ligeramente hacia adelante. —¿De verdad no te has dado cuenta? Quinton merodea como una sombra siniestra observando cada uno de tus movimientos.

Mi corazón hizo algo inquieto en mi pecho. —Bueno, he notado que estaba cerca más a menudo de lo habitual, pero...

Veía a dónde iba esto, y lo último que necesitaba era que ella pensara que yo era algún tipo de amenaza.

—Pero ¿por qué crees que es así? —insistió—. Vamos, Grace. Ese tipo apenas sale de su despacho. ¿Y ahora de repente anda por ahí observándote? —se burló—. Es francamente patético.

Me removí incómoda en mi silla. —No sé. Quizás solo está supervisando mi trabajo.

Rebecca resopló. —Por favor. Nunca antes le ha interesado «supervisar». —Dio otro sorbo a su vino, entornando los ojos—. Mira, no digo que tú estés interesada en él. Pero es evidente que él tiene algún tipo de fijación contigo.

Abrí la boca para negarlo, para desestimarlo, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Porque, ¿acaso no lo había sentido? El peso de su mirada cuando lo veía fugazmente. Cómo me

hormigueaba la piel, como si me estuviera estudiando. Lo había atribuido a que era crítico con mi capacidad para hacer mi trabajo, pero ¿había estado buscando otra oportunidad? Ahora que había dejado a Rebecca de lado, ¿buscaba a otra mujer a la que pudiera utilizar?

No me interesaba. No me interesaba.

—Yo... —Exhalé—. No hay nada entre nosotros, Rebecca.

Ella arqueó una ceja.

—No hay nada. —Negué con la cabeza—. De hecho, el único motivo por el que he pasado tiempo con él es porque me ha pedido que asista a una cena familiar la semana que viene. Están planeando un baile benéfico y quiere mi opinión al respecto.

Lo había mencionado para mostrarle que las cosas entre nosotros eran estrictamente profesionales, pero su expresión se congeló durante medio segundo antes de forzar una risa. —Vaya. Cena familiar. Eso es... íntimo.

—No lo es —dije rápidamente—. Es trabajo. Nada más.

Murmuró algo, sin parecer del todo convencida. Tampoco estaba yo segura de estarlo. Levanté mi copa y di un sorbo, como si eso pudiera calmar esa extraña e inquieta sensación que me subía por la espalda.

Rebecca pensaba que Quinton era un mal tipo. Y tenía todos los motivos para pensarlo. Yo tenía todos los motivos para pensarlo.

Entonces, ¿por qué demonios no podía quitarme de la cabeza el recuerdo de aquella noche en Santa Lucía? La forma en que me había mirado, como si realmente me viera. La forma en que me había tocado, como si fuera algo precioso, algo que no quería soltar.

Apreté los dientes y aparté ese pensamiento.

No importaba.

Quinton Sullivan había sido un error que no cometería dos veces. Solo tenía que convencerme a mí misma de ello.

Capítulo Catorce

Grace

Dos días después, las palabras de Rebecca seguían dando vueltas en mi cabeza mientras seguía a Quinton y Emma por el albergue, con mis tacones resonando suavemente en los suelos pulidos.

—*Cena familiar. Eso es... íntimo.*

Por supuesto que lo había negado, pero ahora no podía evitar sentir el peso de la situación mientras nos acercábamos al comedor privado. Esto no era una simple reunión profesional, era verdaderamente un asunto familiar, y Emma parloteaba emocionada sobre conocer a sus nuevas tías y sobre cuánto tiempo hacía que no veía a sus tíos.

Así que no es familia cercana.

Eché un vistazo a Quinton, que caminaba un paso por delante de mí, con las manos en los bolsillos y una postura perfectamente controlada. Siempre era así: controlado, inescrutable. Tan diferente al hombre que había conocido hace un año. Pero esta noche algo se sentía distinto. Parecía tenso. Notaba una rigidez en sus hombros que antes no estaba ahí.

Cuando llegamos a las puertas del comedor, se detuvo y se giró hacia mí. —Antes de que entremos, una advertencia.

Arqueé una ceja. —¿Una advertencia?

—Mis hermanos pueden ser... intensos —exhaló—. Y tercos.

Sonreí con picardía.

—O sea, básicamente son como tú.

Emma soltó una risita, pero la mirada de Quinton se clavó en mí, aguda, inquisitiva. Una chispa de algo eléctrico pasó entre nosotros, demasiado rápida para ponerle nombre, pero imposible de ignorar. Sus labios se crisparon, pero el gesto no llegó a sus ojos.

—Quizás. Solo no se lo digas a ellos. Sus egos ya son suficientemente grandes.

Estaba a punto de responder cuando algo cambió en su expresión: reticente, casi vacilante. Miró hacia las puertas y luego de nuevo hacia mí.

—Aún no he conocido a sus esposas —admitió, como si fuera una especie de confesión.

Aquello me sorprendió.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—He estado ocupado.

Entrecerré los ojos.

—¿Ocupado?

—Fuera del país. —Las palabras sonaron cortantes, un rechazo. Pero noté el ligero tensamiento de su mandíbula. Había algo más detrás de esa historia. Podía sentirlo.

—Papá nos ha llevado por todo el mundo —intervino Emma—. Y no importaba cuántas veces llamara el tío Grant, nunca contestaba.

La mandíbula de Quinton se tensó. Por un momento, consideré insistir y preguntarle por qué realmente había evitado a su familia. Pero la expresión hermética en sus ojos me hizo dudar. Era algo sobre lo que no quería hablar, y no estaba segura de querer saberlo.

No cuando todavía tenía que recordarme a mí misma que Quinton Sullivan no era un hombre por el que debiera preocuparme.

En lugar de eso, alisé arrugas imaginarias de mi vestido y forcé un tono ligero en mi voz.

—Bueno, si tus hermanos son como tú, sus mujeres deben ser unas santas.

Resopló con genuina diversión, y no pude negar que me produjo satisfacción.

Y entonces, antes de que pudiera pensar en lo que eso significaba, empujó las puertas y entramos.

Entrar en una habitación llena de Sullivans se sentía como dar un paso en la guarida de los leones, solo que los leones eran todos absurdamente guapos y poderosos, y me estaban examinando como si fuera algo inesperado en el menú. Sus esposas también eran todas impresionantemente hermosas, y de repente me sentí poco arreglada con mi sencillo vestido de negocios color gris antracita.

—A todos, esta es Grace Townsend, mi coordinadora de eventos.

Su coordinadora. No significaba nada, pero aun así me hizo titubear. O quizás fue la tensión en la habitación mientras me presentaban a los hermanos uno por uno.

Me enfrenté a cuatro versiones de la misma mirada inquisitiva. Cada hermano tenía su propia variación: Grant, el mayor, serio y reservado; Beckett, perspicaz y ligeramente divertido; Porter, que parecía estar decidiendo entre interrogarme o seducirme; y Jonas, el segundo más joven, relajado pero aún así vigilante.

Me obligué a esbozar mi sonrisa más profesional, a pesar de la incomodidad que se enroscaba en mi estómago. —Encantada de conoceros a todos —dije, manteniendo mi voz ligera mientras mis dedos se crispaban sobre mi vestido.

Quinton, que estaba a mi lado, soltó un breve suspiro. —Dios, dejad de mirarla así. No está aquí para un interrogatorio.

—Eso depende. —Beckett se recostó en su silla y me examinó con una mirada lenta que pretendía ponerme nerviosa—. ¿Estás aquí para ayudar a Quinton o te ha traído como escudo?

—¿Como escudo para qué? —pregunté antes de poder contenerme.

Beckett sonrió. —Oh, ya lo verás.

Quinton murmuró algo y luego se volvió hacia mí, su mano se posó ligeramente en la parte baja de mi espalda —un contacto apenas perceptible, pero suficiente para enviar un sorprendente escalofrío por mi cuerpo.

—Ven —dijo—. Sentémonos.

Le seguí hasta un asiento libre, mi corazón aún latiendo un poco demasiado rápido. Los Sullivan todos juntos eran bastante intensos, y la noche apenas había comenzado.

Que Dios me ampare.

Emma se sentó entre Quinton y yo, y a mi derecha tenía a Beckett, el más amable de los hermanos. Mientras presentaban a Quinton a sus nuevas cuñadas, apenas tuve tiempo de acomodarme en mi silla antes de que Beckett se girase hacia mí con una sonrisa despreocupada en su rostro.

—Parece que está nerviosa —observó. El tono de diversión era evidente en su voz—. Relájese. Si es capaz de trabajar para Quinton, el resto de nosotros somos pan comido.

Me reí suavemente. —No es una recomendación especialmente convincente.

Beckett sonrió, mientras Quinton emitía un leve sonido de desaprobación a mi lado. —Estoy justo aquí —murmuró.

Beckett le ignoró y dirigió su atención a las mujeres de la mesa. —Muy bien, señoras, sed amables. Es carne fresca.

—Siempre somos amables —dijo la morena sentada junto a Grant, poniendo los ojos en blanco. Por lo que había captado en el torbellino de presentaciones, era Molly, la esposa de Grant y madre primeriza. A pesar del leve agotamiento en su expresión, seguía teniendo el brillo intransigente de alguien que podría dirigir una sala de juntas y un hogar sin sudar la gota gorda.

Frente a ella, Gabby, la esposa de Beckett, embarazadísima, resopló. —Habla por ti. —Me dedicó una sonrisa cómplice—. Bienvenida a la locura.

—Gracias —dije, intentando deshacer los nudos de mi estómago.

—También es buen momento —añadió Rihanna, la mujer de Jonas, poniendo una mano sobre su pequeño pero visible bulto—. Al ritmo que vamos, necesitaremos una organizadora de eventos a tiempo completo solo para gestionar a todos estos bebés.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que tenía razón. Con los gemelos recién nacidos de Molly, Gabby a punto de dar a luz en cualquier momento, Rihanna en su segundo trimestre y Britt —la mujer de Porter— radiante en su embarazo temprano, la próxima generación de los Sullivan se expandía a toda velocidad.

La cena fue un torbellino. Las conversaciones se solapaban, las risas eran constantes, y los hermanos Sullivan se peleaban como si fuera un deporte olímpico. Hice todo lo posible por seguir el ritmo, pero era como si me hubieran lanzado en medio de una comedia de situación sin guion.

Me concentré en mi plato, tomando pequeños bocados mientras la conversación viraba hacia el baile benéfico.

—¿Para qué causa benéfica es el baile? —pregunté. Estaba lamentablemente poco preparada y solo esperaba no hacer el ridículo.

—¿No te lo ha dicho Quinton? —preguntó Porter, lanzándole una mirada irritada.

—Ha sido algo parco en detalles —dije, sintiéndome avergonzada aunque no fuera culpa mía.

—Eso suena típico de él —se rio Beckett. Quinton solo se encogió de hombros, imperturbable—. Aunque fue idea de Quinton que apoyáramos esta organización benéfica en primer lugar. Es una iniciativa estupenda que apoya a los niños en el sistema de acogida.

Mis ojos se dirigieron rápidamente hacia Quinton, pero él evitó mi mirada. Si el dicho "las aguas tranquilas son profundas" fuera una persona, probablemente sería él. Estaba lleno de secretos.

—Papá parece gruñón, pero en realidad no lo es —intervino Emma, provocando risas en la mesa.

—Eso debía ser un secreto, osita —la regañó Quinton en broma.

Osita. Ursa Minor. Su tatuaje. Estaba aprendiendo tanto sobre él esta noche y nada tenía sentido. Su familia era estupenda, pero él se distanciaba de ellos. Apoyaba una organización benéfica para niños necesitados, pero actuaba como si no fuera nada. Tenía tatuado en el pecho el apodo de su hija. El mismo tatuaje que yo había recorrido con las yemas de mis dedos cuando estaba en la cama con él.

Había asumido que el hombre que conocí en Santa Lucía era una fachada, una manera de seducirme para acostarme con él. Pero quizás ese era el verdadero Quinton. Lo que planteaba la pregunta que me había atormentado durante todo un año.

¿Por qué no llamó? ¿Y fue culpa mía?

—Bueno —dijo Grant dejando su tenedor—. Tenemos que establecer el tema, finalizar la configuración del recinto y averiguar cómo

vamos a manejar las invitaciones VIP.

—Y tenemos que hacerlo rápido —añadió Beckett—. El evento es dentro de un par de semanas. Porque alguien —y no voy a dar nombres... —miró a Quinton—, decidió a última hora que este evento *tenía* que celebrarse.

Las ideas iban y venían sobre la mesa, cada una era expuesta y diseccionada antes de que otra tomara su lugar. Escuchaba atentamente, pero no intervenía. No era mi tarea. Solo estaba aquí para observar, aunque estuvieran haciendo las cosas al revés y complicándolo todo.

—Grace —la voz de Quinton cortó la conversación y atrajo todas las miradas hacia mí—. ¿Qué opinas tú?

Pestañeé. —Oh. Eh...

—Ahí lo tenemos —murmuró Jonas sonriendo.

Tragué saliva, súbitamente consciente de todas las miradas expectantes. —Bueno —dije lentamente—, los eventos benéficos más exitosos crean una experiencia. No se trata solo de pedir dinero a la gente, se trata de que quieran darlo. Necesitamos algo inmersivo, algo inolvidable.

Molly asintió. —Eso tiene sentido.

Animada, continué. —Se podría optar por algo clásico: un elegante baile de máscaras, como ya habéis comentado, mantiene el enfoque

en el misterio y el atractivo, a la vez que sigue pareciendo exclusivo. O, si queréis algo más moderno, una gala interactiva donde los donantes puedan ver exactamente adónde va su dinero —quizás salas temáticas que representen los diferentes programas que apoya la organización benéfica— podría causar una gran impresión.

Grant, Jonas y Porter intercambiaron miradas.

—Eso es... realmente una buena idea —admitió Porter.

Jonas asintió. —Podríamos combinarlo con las presentaciones y dar a los donantes la oportunidad de vivir la experiencia, en lugar de solo oír hablar de ella.

—Exacto.

La conversación cobró impulso, las ideas se refinaban con cada intercambio. Me relajé y entré en terreno conocido mientras les ayudaba a perfilar la logística: distribución del lugar, participación de los invitados, estrategias de subasta.

—Definitivamente suena como si supieras lo que haces —dijo Grant con aprobación.

Quinton se reclinó en su silla, con los brazos cruzados y una expresión ilegible. Luego sonrió. —Es competente. Irritantemente competente.

Una risa recorrió la sala, pero reconocí el cumplido detrás de su burla.

Busqué su mirada, buscando algún indicio de que se arrepentía del desliz. Pero Quinton ya estaba alcanzando su bebida, el momento pasó tan rápido como había llegado.

Acababan de servir el postre —una selección de decadentes tartaletas de chocolate, crème brûlée y un imponente pavlova de bayas— cuando Jonas se reclinó en su silla y removió el último resto de vino en su copa. Su mirada se deslizó hacia Quinton, afilada por la picardía.

—Bueno, hermanito —dijo Jonas, con demasiada naturalidad—. ¿Estás saliendo con alguien?

El cambio en la habitación fue inmediatamente perceptible. El suave flujo de la conversación se detuvo, como si alguien hubiera desenchufado la corriente dejando un frío palpable. Miré a todos los presentes en la mesa y noté cómo cada uno reaccionaba a su manera. Grant se tensó visiblemente. Porter de repente encontró un gran interés en su plato vacío. Beckett sonreía como si estuviera esperando las consecuencias. Las mujeres intercambiaron miradas sutiles.

Quinton, sin embargo, no dejó entrever nada. Cogió su café, dio un sorbo lento y dijo sin emoción: —No.

Jonas no se dejó intimidar. —¿En serio? ¿Nadie en absoluto?

Quinton dejó su taza con un tintineo deliberado. —Ese es el significado de "no".

Sin inmutarse, Molly y Gabby intervinieron. Su entusiasmo era demasiado inocente. —Sabes —dijo Molly—, Gabby y yo tenemos esta amiga...

—Es guapísima —añadió Gabby—. Inteligente, exitosa. Creo que vosotros dos os llevaríais realmente bien.

Me forcé a sonreír despreocupadamente, pero algo punzante se retorció en mi estómago. Guapísima, inteligente, exitosa: aparentemente el tipo de Quinton. No es que importara. No es que me importase.

—No.

Gabby parpadeó. —Ni siquiera sabes de quién estamos hablando.

—Da igual.

—Ri —intervino Jonas dirigiéndose a su mujer—, ¿qué hay de esa mujer con la que trabajas? Esa de la que dijiste que era encantadora...?

—Tampoco —dijo Quinton con un tono aún más cortante.

Encantadora. Casi pongo los ojos en blanco. ¿Cuántas mujeres "encantadoras" más le iban a proponer? ¿Y por qué la idea de que pudiera decir que sí a alguna de ellas hacía que se me oprimiera el pecho?

Porter se reclinó y sonrió ampliamente. —¿Sabes? Yo tampoco estaba entusiasmado con la idea de establecerme. Pero entonces conocí a Britt, y de repente no parecía tan malo.

Britt sonrió a su marido y se recostó contra él.

Miré a Quinton antes de poder contenerme, irritada irracionalmente ante la idea de que pudiera tener un "momento Britt" con alguien más. No es que yo quisiera ser esa persona para él, pero aun así...

Quinton le lanzó una mirada inexpresiva. —Me alegro por ti.

La tensión en el aire se intensificaba con cada palabra, presionando contra mi piel. No entendía por qué este era un punto tan delicado, pero era obvio. Había algo que no conseguía captar del todo. ¿Por qué estaban todos tan obsesionados con encontrarle pareja a Quinton?

Y sin embargo, más allá de la curiosidad, odiaba estar pensando en ello. Que estuviera preguntándome qué tipo de mujer podría hacer que Quinton dijera que sí, y por qué yo no era una de ellas.

La única persona que se sentía aún más incómoda que Quinton era Emma. La niña estaba sentada rígidamente en su silla, sus pequeñas manos aferrándose al borde de la mesa, sus grandes ojos marrones moviéndose rápidamente entre los adultos, como si estuviera esperando que ocurriera algo terrible.

—No quiero que papá se case con nadie —murmuró Emma, sonando enfadada y triste a la vez, de esa manera que solo los niños

pequeños consiguen. Los adultos aprenden a reprimir esas emociones tan crudas.

Emma se deslizó de su silla y, para mi sorpresa, trepó a mi regazo, no al de Quinton. Se acurrucó contra mí sin dudar. Un leve suspiro escapó de sus labios mientras apretaba su rostro contra mi hombro. Mi corazón se encogió.

Instintivamente, rodeé a la niña con un brazo y dejé mi mano descansar en su espalda. —¿Estás bien, cariño? —pregunté en voz baja.

No respondió. Solo se aferró con más fuerza.

En la mesa reinó el silencio por un momento. Sentí la mirada de Quinton sobre mí, pesada e indescifrable, pero no le devolví la mirada. En lugar de eso, me concentré en Emma y le acaricié la espalda para tranquilizarla.

Poco a poco, la conversación cambió a otro tema. La tensión disminuyó. Pero Emma siguió acurrucada contra mí, su respiración haciéndose más lenta y suave. Cuando retiraron los platos, se había quedado dormida en mis brazos.

Y no sabía cómo sentirme ante el hecho de que lo que más deseaba era no soltarla nunca. Siempre había adorado a los niños, quería tener los míos propios. No sabía por qué Emma me había tomado cariño tan rápidamente, pero me sentía honrada.

Emma suspiró en sueños, su pequeño cuerpo yacía cálido y confiado entre mis brazos. Acaricié suavemente sus suaves rizos y sentí cómo

una inesperada oleada de instinto protector se hinchaba en mi pecho.

Recordé lo que Quinton me había contado en Santa Lucía: que su prometida le había abandonado.

¿Sería la madre de Emma?

En aquel momento no había pedido más información. El instante había sido demasiado frágil, demasiado crudo. No sabía que había más detrás de la historia, que Quinton tenía una hija. Pero ahora, mientras sostenía a su pequeña, no podía dejar de pensar en ello. ¿Se habría marchado de la vida de ambos? ¿Habría dejado a Quinton solo con Emma?

La idea hizo que mi interior se retorciera de rabia.

La cena llegaba a su fin. Uno a uno, los Sullivan se fueron despidiendo; los hermanos daban palmadas en el hombro a Quinton, de esa forma silenciosa en que lo hacen los hombres. Sus mujeres fueron algo más lentas, más suaves en sus despedidas.

Observé cómo Quinton manejaba cada interacción, su postura relajada, pero sus respuestas concisas. Era curioso cómo encajaba en su familia —tan familiar y sin embargo separado de ellos—. La tensión con sus hermanos no era evidente. La mayor parte del tiempo. Pero siempre estaba ahí, zumbando bajo la superficie.

Siempre había deseado tener hermanos, siempre había imaginado cómo sería tener ese vínculo inquebrantable. Pero al observar a Quinton, me di cuenta de que no siempre era tan sencillo.

Cuando se marchó el último, la casa cayó en un profundo silencio.

Quinton exhaló y se frotó la nuca. —Gracias por ser tan amable con Emma esta noche —dijo con una voz más suave de lo habitual—. No está acostumbrada a... —vaciló—. Este tipo de conversaciones.

Moví ligeramente a Emma, asegurándome de que su cabeza siguiera apoyada en mi hombro. —No pasa nada —dije en voz baja—. Es una niña estupenda.

Quinton asintió, algo cruzó por su rostro. Miró hacia el vano de la puerta vacío, por donde su familia había desaparecido hacía minutos. —Y, eh... siento todo esto. —Gesticuló vagamente—. La extraña dinámica familiar. Sé que probablemente no es lo que esperabas.

Lo examiné con la mirada.

Había algo cauteloso en la manera en que lo dijo, como si estuviera guardando un secreto. No me correspondía preguntar, pero quería hacerlo. A pesar del dolor que aún me atenazaba el corazón por su rechazo, quería saber más sobre Quinton, descifrarlo.

Dudé, luego le dediqué una pequeña sonrisa. —Ninguna familia es perfecta.

Soltó un leve resoplido. —Esa es una forma de expresarlo.

El momento se extendió entre nosotros. Quinton se acercó, alcanzando a Emma. —Yo la cojo.

Asentí y empecé a pasársela, pero en el pequeño espacio entre nosotros, nuestros cuerpos se rozaron.

No fue nada. Solo un roce casual. Su pecho contra mi brazo, sus dedos rozando mi muñeca cuando cogió a Emma de mis brazos.

Y sin embargo...

Una oleada de calor me recorrió tan rápido que casi me quedé sin aliento.

Aspiré aire, mi corazón golpeando contra mis costillas. Su aroma —limpio, boscoso, algo inconfundiblemente Quinton— flotaba en el aire entre nosotros, y mi piel ardía donde nos habíamos tocado.

Me obligué a dar un paso atrás y de repente sentí los brazos fríos sin Emma.

Quinton acomodó a su hija en sus brazos, ajeno al remolino de pensamientos que ahora daba vueltas en mi cabeza. —Buenas noches, Grace —su voz era suave, tranquila.

Asentí con la garganta seca. —Buenas noches.

Él dudó. Lo miré interrogante, preguntándome si realmente ignoraba el efecto que tenía sobre mí, si él también lo sentía.

—¿Has organizado todo para los Premios Empresariales de Bar Harbor de la semana que viene? —preguntó.

Por supuesto que se trataba de trabajo. Era tonta al pensar que sería diferente. Solo porque yo no podía olvidarle —a pesar de mis mejores esfuerzos— no significaba que él viera en mí algo más que una empleada. Otra ex-conquista. Otra complicación. Exactamente como Rebecca.

—Sí, todo está listo, no te preocupes —respondí mecánicamente.

—No estoy preocupado. —Y entonces se dio la vuelta, llevó a Emma por el pasillo y me dejó allí plantada, mientras intentaba convencerme a mí misma de que mi corazón no seguía latiendo aceleradamente.

Capítulo Quince

Quinton

—Diez minutos más, chicos, terminemos los últimos detalles y despejemos la sala, excepto el personal de recepción —dijo Grace al personal, sin ladrar órdenes como lo haría yo.

Pensaba que las primeras dos semanas con Grace aquí habían sido duras, pero no fueron nada comparado con los últimos días. Invitarla a la cena familiar Sullivan había sido un error, aunque su experiencia se necesitara desesperadamente. Debería haber cancelado la cena por completo, dejar que Grace organizara el evento benéfico sola y ahorrarnos a todos el disgusto. Pero aquí estaba de nuevo, observando cómo trabajaba.

No, estaba supervisando un evento importante en el hotel. Eso era diferente.

Me encontraba en la parte trasera del gran salón de baile supervisando los últimos retoques mientras el personal trabajaba a mi alrededor, montando las mesas y ajustando la iluminación. Las arañas de cristal proyectaban un resplandor dorado sobre el suelo de mármol pulido, y el aroma de las flores recién cortadas se mezclaba con el bouquet limpio del caro champán que ya se enfriaba en cubos de plata.

Los Premios Empresariales de Bar Harbor se celebrarían aquí esta noche, otra pluma en el sombrero de Sullivan Lodges. Otro evento cuidadosamente seleccionado para recordar a nuestros competidores que nadie dominaba el lujo como nosotros.

Y otro recordatorio a mi padre de que yo era indispensable.

Mi mandíbula se tensó al pensar en Slater Sullivan, sentado en su despacho esperando que yo —y mis hermanos— fracasáramos. Siempre nos había visto como peones en un juego que solo él entendía, pero esta reciente jugada de poder era su movimiento más audaz hasta la fecha. Casarnos antes de fin de año o renunciar a la herencia.

No era idiota. No se refería solo al dinero. Se refería a todo: nuestro control sobre las carteras que había dividido entre nosotros, nuestra voz en el imperio familiar.

Debería ser sencillo. Casarme con alguien. Asegurar mi puesto. Seguir adelante.

Pero yo no jugaba según sus reglas. Nunca lo había hecho.

Me haría tan indispensable para esta empresa que, cuando llegara el plazo y siguiera soltero, él no tendría más remedio que ceder.

Yo no era como mis hermanos. No necesitaba el dinero familiar, no necesitaba la seguridad de nuestro apellido. Lo que había construido con estos alojamientos, a través del trabajo, la estrategia, demostrando —una y otra vez— que yo era quien podía llevar esta marca a nivel global, no tenía sustituto. Yo era quien no necesitaba la muleta del matrimonio para seguir siendo relevante.

Y sin embargo, el ultimátum de mi padre había encontrado la manera de calarme hondo.

Exhalé lentamente y obligué a mis hombros a relajarse. No se trataba de matrimonio. Se trataba de control. Y que me condenen si dejaba a *papá* dictaminar mi vida.

Pero entonces mis pensamientos volvieron, sin invitación, a Grace. Otra vez.

—*Maldita sea*—maldije en voz baja.

Había pasado los últimos días intentando —y fracasando— dejar de pensar en ella. No solo en lo buena que era en su trabajo o con qué facilidad manejaba el caos de mis hermanos, sino en cómo se veía acurrucada con Emma en sus brazos. La naturalidad con la que calmaba a mi hija, su suave paciencia que había arrullado a Emma hasta dormirla mientras el resto apenas habíamos notado lo incómoda que estaba con la conversación.

Eso había hecho algo conmigo.

Algo que no me gustaba en absoluto.

No debería sentir nada cuando se trataba de Grace Townsend. Cerré los puños intentando suprimir la irritación que se extendía dentro de mí. Esto era una distracción. Y yo no me dejaba distraer.

Debería estar trabajando.

—Os quedan siete minutos —grité al personal, sintiendo cierta satisfacción al verlos salir corriendo. Esta noche todo tenía que salir a la perfección.

El salón de baile brillaba. Cada guirnalda espolvoreada de nieve, cada destello de la luz de las velas, cada cristal reluciente de la araña suspendida arriba había sido colocado con precisión. Me quedé en el fondo de la sala absorbiéndolo todo como un general que inspecciona su reino. Grace se había superado a sí misma.

Las mesas estaban perfectamente colocadas, las servilletas dobladas en impecables abanicos. El escenario, pulido y preparado para el discurso del alcalde, estaba enmarcado por dos esculturas de hielo: intrincados pinos que capturaban la luz como encaje congelado. Toda la sala vibraba con elegancia, un anuncio viviente de por qué el Lodge debería ser el destino de lujo para los eventos festivos.

Exhalé, y parte de la tensión en mi pecho se disipó. Esto era exactamente lo que necesitábamos. Los empresarios locales hablarían. La noticia se extendería. Las reservas empezarían a llegar. Y papá lamentaría el día en que pensó que podía manipularme.

Me di la vuelta con intención de revisar la lista final de invitados cuando un chasquido agudo resonó por la sala, acompañado de un destello: un resplandor brillante y crepitante desde el otro lado del salón de baile.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Mi voz cortó el suave murmullo de preocupación mientras me dirigía hacia la fuente con el corazón acelerado. Los empleados permanecían paralizados, con los ojos muy abiertos y rígidos como estudiantes pillados por un director furioso.

Entonces lo vi.

Un charco de agua brillaba bajo una de las imponentes esculturas de hielo y se extendía hacia fuera en relucientes zarcillos. La superficie brillante del pedestal estaba resbaladiza, con agua goteando constantemente por los lados. La propia escultura estaba perdiendo sus contornos, los intrincados detalles del pino se difuminaban en curvas amorfas.

Peor aún, el agua se había filtrado en la base de una instalación de iluminación. La franja ennegrecida de bombillas escupía y siseaba, el delator olor de circuitos quemados flotaba en el aire.

Mierda.

Me agaché para echar un mejor vistazo, apretando la mandíbula mientras evaluaba el daño. El calor de las luces cortocircuitadas había derretido parte del revestimiento de los cables. Si hubiera sido peor —si alguien hubiera pisado el agua mientras estaba electrificada...

Aparté ese pensamiento, me levanté y examiné la sala. —¿Quién demonios debía supervisar esto?

Nadie respondió. Pero las miradas nerviosas entre los empleados me dijeron lo suficiente. Alguien había metido la pata —y yo iba a descubrir quién.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió.

—¿Quién montó esto? —Mi voz cortó el aire de la sala. Quería respuestas y las quería *ya*. Algunos empleados se movieron incómodos y se intercambiaron miradas entre ellos.

Finalmente, un empleado joven, no mayor de veinte años, dio un paso adelante. Sus manos temblaban. —F-fui yo, señor. Pensé que estaba bien, pero supongo que las luces estaban más calientes de lo que creía y...

—¿Supones? —le interrumpí, y mis palabras fueron lo bastante afiladas como para hacer sangre—. ¿No se te ocurrió comprobarlo? ¿Preguntar a alguien? ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado? ¿Cómo se ve este tipo de negligencia? Estamos a minutos de abrir las puertas a algunas de las personas más influyentes de la región, y tú has convertido el pabellón en un peligro para la seguridad.

Su cara palideció.

—Esto es un alojamiento de lujo, no una barbacoa en el jardín —siseé. Mi voz era baja, pero venenosa—. Si no puedes manejarlo, quizás deberías trabajar en otro sitio.

—*Quinton*.

Me di la vuelta y encontré a Grace allí de pie. Su rostro estaba sombrío de ira.

—Ha cometido un error —dijo ella acercándose—. Gritarle delante de todos no lo va a solucionar.

—Casi arruina el evento. —Bajé la voz, pero el calor tras ella no disminuyó—. ¡Casi se produce una explosión! El alcalde estará en ese escenario en menos de una hora. Si alguien hubiera resultado herido...

—Pero nadie lo ha sido —me interrumpió. Su voz era tranquila—. Y la escultura se puede mover. Las luces se pueden reemplazar. Tiene arreglo. —Se volvió hacia el joven empleado, su expresión se suavizó —. Coge unas toallas y limpia el agua, ¿vale? Y dile a Jake que suba uno de los focos de repuesto. No es para tanto.

El chico asintió y salió corriendo como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

Me crucé de brazos. —Ese es el problema, Grace. Actúas como si nada de esto fuera importante.

Sus ojos centellearon de ira. —Porque no es así, Quinton. No de la manera en que lo estás presentando —gesticuló señalando alrededor de la sala—. El personal lleva doce horas trabajando para que todo esté perfecto. Les has exigido hasta el límite, y aún así se desviven por cumplir con tus estándares imposibles. ¿Y en el momento en que uno de ellos tropieza, los haces pedazos?

Me estremecí, la acusación me había tocado demasiado hondo. Pero ella no entendía el peso que cargaba sobre mis hombros. —No se trata de ser cruel. Se trata de profesionalidad. Tenemos otro gran evento en dos días, no podemos cometer errores de principiante como este. La reputación del Lodge está en juego.

—No —espetó ella—. Es tu orgullo lo que está en juego.

Me puse rígido.

—Yo decidí colocar las esculturas de hielo allí —dijo ella, levantando la barbilla—. Pensé que quedarían mejor cerca del escenario. No sabía lo calientes que eran las luces ni que había un cable en el suelo. Así que, si quieres culpar a alguien, cúlpame a mí.

Mi pulso se aceleró. —No hagas eso.

—¿Qué cosa? —replicó ella.

—Mentir para protegerlos.

Lo peor era que, en el fondo, la admiraba por ello.

Su boca se abrió, su pecho subía y bajaba con respiraciones agudas y furiosas. —Me preocupo por las personas. No todo se trata de demostrar algo, Quinton. Algunos de nosotros simplemente queremos hacer algo bueno, sin luchar. Si mides el éxito solo por lo que sale mal, solo verás catástrofes. Actúas como si todo estuviera en tu contra, pero todos estamos de tu lado. ¿Por qué no puedes ver eso?

Odiaba cómo sus palabras me atravesaban, como si pudiera ver directamente a través de mi ira hasta el miedo desordenado y confuso que había debajo. El miedo al fracaso. A no ser lo suficientemente bueno. A perder el albergue. A perderlo todo.

—Este evento tiene que salir bien —murmuré, y el calor abandonó mi voz—. Simplemente tiene que hacerlo.

Grace suspiró, sus hombros se hundieron. —Y lo hará —dijo ahora más suavemente. Puso su mano en mi brazo y se sintió como una llama abierta—. La sala sigue siendo impresionante. La comida huele fantástica. La chimenea está encendida y la música está lista. A nadie le importará una luz estropeada.

Tragué con dificultad, la culpa se coagulaba en mi estómago.

Había destrozado a ese empleado por algo que ya estaba arreglado. Jake había venido y había sustituido la luz estropeada de manera silenciosa y eficiente. Una vez más, había dejado que mi temperamento tomara el control.

Grace se detuvo un momento, su mirada explorando la mía. Luego giró sobre sus talones y regresó al otro extremo del salón de baile para supervisar los últimos detalles.

La gala fue un completo éxito.

Los invitados elogiaron las decoraciones, el catering, el ambiente. El alcalde dio un discurso entusiasta, y los aplausos resonaron por el salón de baile como música. La gente se quedó hasta altas horas de

la noche, sorbiendo champán y hablando de lo mágico que era el albergue.

Grace lo había hecho posible.

La descubrí al otro lado de la sala, de pie cerca de la barra, riéndose de algo que había dicho un invitado. La suave luz dorada hacía brillar su cabello castaño rojizo, y cuando echó la cabeza hacia atrás revelando la curva de su cuello, algo oscuro e inquieto se retorció dentro de mí.

Debería estar orgullosa. *Estaba* orgullosa; podía verlo en la forma en que se movía, en la silenciosa satisfacción de su postura.

Y sin embargo, solo podía pensar en cómo me había mirado antes, con los ojos ardiendo de frustración, sus palabras demasiado cercanas a algo a lo que no quería enfrentarme.

Odiaba lo mucho que quería correr tras ella y decírselo. O quizás odiaba que no pudiera dejar de observarla. Odiaba la forma en que me hacía sentir cosas que no debería sentir.

Más aún, odiaba no saber cómo decírselo, incluso si fuera lo suficientemente valiente para intentarlo.

Capítulo Dieciséis

Grace

Si había algo que sabía con total certeza, era que este evento no tendría esculturas de hielo.

Nada de cisnes gigantes listos para montar un motín. Nada de renos cristalinos al acecho para sabotear costosos aparatos eléctricos. Ningún delicado centro de mesa de país de las maravillas invernal que pudiera servir secretamente como un peligro de incendio.

No. Esta vez no.

Esta vez todo sería perfecto.

Me alisé la parte delantera de la americana con las manos y observé el gran salón de baile con ojo crítico. El evento inaugural de alto nivel de la temporada navideña debía ser uno de los eventos más extravagantes de la temporada, una velada cuidadosamente organizada para mostrar las lujosas instalaciones del albergue, las ofertas de temporada y todos esos pequeños detalles que lo convertían en el destino de primera categoría para el tipo de personas que tenían casas de vacaciones y personal para decorarlas.

Los músicos en directo estaban afinando en el escenario, el aroma de vino caliente y canela flotaba en el aire, y camareros uniformados se movían con precisión sincronizada preparándose para la llegada de los invitados VIP. Todo brillaba: la cristalería, el enorme árbol de Navidad, incluso los cócteles personalizados diseñados para lograr el máximo impacto en las redes sociales.

Y sin embargo, a pesar de toda la cuidadosa planificación, mi estómago seguía siendo un nudo de estrés.

El arrebato de Quinton en el último evento seguía rondando en mi cabeza, más nítido que nunca. Había esperado un jefe perfeccionista, quizás incluso arrogante. Pero su ira había sido personal, algo más profundo que un simple error en la colocación. No sabía en qué había pisado entonces, pero sí que había tocado un nervio sensible.

Por eso este evento tenía que desarrollarse a la perfección. Incluso si tenía que asegurarme personalmente de que cada lámpara, cada copa y cada canapé estuviera en su sitio correcto.

Y aunque eso significara resistir el impulso de comprobar si alguien había colado una escultura de hielo no autorizada.

—¿Dónde lo pongo? —preguntó Izzy mientras empujaba un carrito con el postre hacia el salón de baile, con toda la pompa de una maga revelando su mejor truco.

El Gran Chalé de Azúcar era simplemente impresionante: una deslumbrante réplica comestible del albergue, completa con paredes de caramelo dorado, hilos de azúcar que colgaban de los aleros y abetos espolvoreados de azúcar.

—Izzy, esto es increíble —susurré mientras la luz del interior parpadeaba a través de las filigranas de las ventanas de glasé, iluminando diminutas figuras de mazapán de invitados elegantemente vestidos. Y justo allí, en la entrada del chalé, con los brazos cruzados y una expresión permanentemente imperturbable, se encontraba un pequeño y gruñón Quinton de mazapán. Tenía el más mínimo ceño fruncido, un diminuto traje a medida e incluso pelo de chocolate moldeado, peinado en su habitual desorden sombrío.

Solté una carcajada de sorpresa e Izzy me dedicó una sonrisa traviesa mientras ajustaba la presentación, con los ojos brillantes de picardía.

—¿Qué es esto? —oí la voz de Quinton justo detrás de mí y di un respingo.

Me di la vuelta e intenté no sentirme culpable, aunque no hubiera hecho nada malo. Solo esperaba que no volviera a perder los estribos.

—Solo el postre absolutamente perfecto de Izzy —dije. Miré por encima de mi hombro a Izzy, con los ojos bien abiertos en señal de

advertencia—. Puedes colocarlo allí, cerca de la mesa central.

Izzy asintió y se apresuró a marcharse con el postre para que Quinton no notara lo *fiel al original* que era su figura. Volví a mirarlo y forcé mi rostro a mostrar una expresión neutral. —¿Está todo bien?

Quería adelantarme a los problemas y ahorrarme, y ahorrarle al personal, otra escena de gritos.

—Sí... —dijo Quinton con una vacilación impropia de él. Por alguna razón, eso me ponía más nerviosa que su habitual actitud prepotente de capullo—. Deberías ir a cambiarte.

Fruncí el ceño. —Voy vestida para el evento.

En comparación con el esmoquin de Quinton, yo parecía sencilla y poco glamurosa, pero ese era de alguna manera el propósito. No estaba allí para llamar la atención, sino para asegurarme de que todo transcurriera sin problemas.

—No, no lo estás —dijo, y me examinó de arriba abajo, su mirada como un contacto físico. Tuve que reprimir un escalofrío, y no porque me desagradara—. He mandado que lleven algo a tu habitación. El personal tiene todo bajo control aquí. Ve a cambiarte.

Confundida, pero sin querer contradecirle, me retiré a mi habitación. Abrí la puerta, ya buscando mis zapatos, cuando me quedé paralizada.

Sobre la cama, extendido sobre las sábanas como algo salido de un sueño, había un vestido. No un vestido cualquiera: un traje de gala. El tipo que se ve en revistas de lujo, el tipo que susurra opulencia de la manera en que solo puede hacerlo una tela perfectamente cortada.

Me acerqué, contuve la respiración mientras mis dedos se deslizaban por el lujoso material. Verde bosque profundo, del color de los pinos tras una nevada reciente, con un sutil brillo como la escarcha que atrapa la luz. La parte superior se ajustaba perfectamente al cuerpo, el escote en forma de corazón era elegante, el tejido lo suficientemente estructurado para dar soporte, pero lo bastante suave para amoldarse a las curvas. La cintura se estrechaba antes de dar paso a una falda de seda fluida que prometía movimiento, gracia y el dramatismo justo. Era sin esfuerzo sofisticado, exactamente el tipo de vestido que haría una entrada.

Un pequeño sobre reposaba sobre el vestido. Mi nombre, en la caligrafía precisa e inclinada de Quinton.

Tragué saliva y lo abrí.

Por tu duro trabajo. Intenta no agotarte antes de que comience el evento.

Sin firma. Sin una disculpa directa. Pero estaba ahí, implícita en la consideración del gesto, en el tiempo que debió haber necesitado para seleccionarlo, porque esta no era una elección genérica o espontánea. Esto había sido elegido para mí. El color, el corte, incluso el peso de la tela sobre mi piel se sentía meditado.

Apreté los labios, una extraña mezcla de calidez y frustración burbujeando en mi interior.

Quinton Sullivan, brusco e imposible, acababa de regalarme el vestido más impresionante que jamás había poseído. Y ahora tenía que bajar y fingir que no hacía que mi corazón latiera un poco más rápido.

No tuve tiempo de cuestionar el regalo —ni el torbellino de emociones que provocó— porque los invitados estaban a punto de llegar. Así que me puse el vestido, me calcé mis mejores zapatos, retoqué mi maquillaje y entré en el salón de baile, lista para trabajar.

Pero no estaba preparada para *él*.

Quinton estaba cerca de la entrada, recibiendo a los invitados con ese encanto natural que le resultaba tan fácil. Su esmoquin le quedaba como una segunda piel, todo fuerza controlada. Se reía de algo que había dicho el alcalde, pero su mirada se deslizó hacia mí.

Y allí se quedó.

Mi pulso se aceleró.

Intentaba apartar la mirada. Vi el esfuerzo en la tensa línea de su mandíbula. Pero sus ojos volvían siempre a mí, oscuros e intensos, como si luchara contra algo que estaba perdiendo. Sentí su mirada como una caricia. Y odiaba lo mucho que me gustaba.

La noche se difuminó en una neblina de brillo, música y sonrisas forzadas. Los invitados estaban encantados con el albergue, admirando la decoración festiva y los cócteles exclusivos. Quinton se mantuvo profesional —distante incluso—, pero cada vez que me giraba, él estaba allí.

En mi periferia. Observándome, como si no pudiera evitarlo.

Me quedé sin aliento cuando la banda anunció el baile. Las parejas se juntaron, deslizándose hacia la pista mientras los músicos tocaban una versión lenta y sensual de un clásico navideño. Intenté escabullirme —para escapar de la embarazosa realidad de quedarme sola mientras la sala giraba en torno al romanticismo—, pero antes de poder iniciar mi huida, una mano se cerró sobre la mía. Grande. Cálida. Familiar.

Quinton.

Levanté la mirada, mi corazón tropezó. No dijo nada. Solo me condujo a la pista de baile con la silenciosa orden de alguien acostumbrado a que le obedecieran.

Debería haberme echado atrás. Debería haber encontrado una excusa. Pero mi cuerpo me traicionó, siguiéndole como si le perteneciera.

Colocó una mano en la parte baja de mi cintura, con los dedos bien extendidos, apretando lo suficiente como para hacerme jadear. El calor ardió a través de la tela, se filtró en mi piel, rizándose profundamente en mi vientre. Puse mi mano sobre su hombro y sentí el juego de músculos bajo su traje, sólidos y firmes. Cada nervio vibró despierto cuando empezamos a movernos.

La música se derritió en el fondo, las charlas de la sala se convirtieron en un rumor. El espacio entre nosotros se estrechó con cada paso lento y medido, la tensión creció con cada segundo que pasaba.

—Espero que el vestido esté bien —murmuró, y su voz sonaba áspera.

—Es precioso —admití—. No tenías que haberlo hecho.

Su agarre en mi cintura se intensificó, sus dedos se flexionaron lo justo para enviar una nueva ola de conciencia a través de mí. —Sí, tenía que hacerlo.

Tragué saliva.

Flotábamos por la sala, con pasos lentos e íntimos, y con cada giro nuestros cuerpos se acercaban más. Su calor, su pura magnitud, hacían que mi pulso aleteara peligrosamente. No era solo mi mente la que recordaba cómo era tener su peso sobre mí, tenerlo entre mis piernas. Mi cuerpo también lo recordaba. Podía sentirlo, su mano alrededor de mi muñeca mientras embestía dentro de mí, enseñándome cómo debía sentirse el placer.

Su pulgar se movió —el más mínimo roce sobre mi espalda— un susurro de contacto que envió un escalofrío directamente por mi columna.

Su mirada era intensa mientras recorría mi rostro, mi boca, y descendía más. Como si estuviera memorizando cada centímetro de

mí, cada lugar que quería tocar. Levanté la barbilla. Nuestros ojos se encontraron, y el aire entre nosotros cambió. Se hizo más denso.

El dolor en mi pecho se volvió agudo, insoportable.

Todavía lo deseaba. *Dios mío*, lo deseaba.

Sus dedos se curvaron, atrayéndome completamente hacia él, y ya no quedaba espacio entre nosotros. Jadeé, mi pulso se aceleró, mi respiración se volvió superficial. El aroma de él —una colonia limpia y boscosa, algo más oscuro debajo— me envolvió, haciendo que mi cabeza diera vueltas.

—Grace —raspó, bajo y áspero, como una cuerda deshilachada a punto de romperse.

Mi corazón se desgarró.

Estaba tan cerca. Su aliento era cálido en mi mejilla. Sus labios apenas se abrieron, su cabeza se inclinó.

Casi le habría dejado besarme. *Casi*.

Me aparté, rompí el momento, y su mandíbula se tensó como si solo un hilo la mantuviera unida.

Durante un segundo imprudente y sin aliento, quise que se rompiera ese hilo.

—Hay normas —susurré con voz temblorosa.

—¿Qué? —Su mano no se movió. Yo tampoco.

—Sobre relaciones entre compañeros —dije, obligándome a pronunciar las palabras—. Sobre empleados. Usted estableció esas normas. Después de Rebecca.

Todo su cuerpo se puso rígido.

Odiaba mencionarla, odiaba el recuerdo de que existió otra mujer que supo cómo era tener a Quinton. ¿Habría hecho lo mismo por ella? ¿Le habría dado tanto que quedó arruinada para otros hombres, tal como dijo que haría conmigo? ¿Se le rompía el corazón cada vez que él la tocaba?

Rebecca era mi amiga. No podía hacerle eso. Estaba enamorada de él. Y yo sabía que era mejor no ponerme en una posición donde Quinton Sullivan pudiera usarme y desecharme. Pero eso no detenía el dolor en mi corazón ni entre mis piernas.

Quinton retrocedió, con el rostro hermético. Me soltó lentamente, como si dejarme ir le causara dolor físico.

El baile terminó, los aplausos inundaron la sala, y yo di un paso atrás, con el pecho dolorido y la piel ardiendo por la huella fantasma de su contacto.

Me escabullí entre la multitud, huí del salón de baile y apoyé la espalda contra la pared del pasillo. Quería gritar. Quería que

rompiera las reglas.

Quería que me deseara lo suficiente como para hacerlo.

Corrí tan rápido como mis tacones me permitieron y no me detuve hasta llegar al relativo santuario de mi habitación. Mis pulmones dolían, pero no era nada comparado con el deseo que latía por mis venas como una canción sin fin, creciendo cada vez más alto y ardiente, sin llegar a ninguna parte.

Me quité los zapatos de una patada, pero no podía esperar a quitarme el vestido o haría algo drástico. Como bajar de nuevo y darle una paliza a Quinton delante de todos. Maldita sea, quizás incluso le suplicaría que me tomara.

Me lancé sobre mi cama y subí la falda de mi vestido. La seda se deslizó sobre mi piel, acariciando mis piernas como un sustituto de las manos de Quinton. Deseaba que fuera él quien me tocara, pero el vestido era lo más cercano. Él lo había elegido para mí y me había tocado como si quisiera arrancármelo.

Sabía que no debería dar cabida a estos pensamientos. Había rechazado besarle por una buena razón. Por varias, de hecho. Pero eso no me impidió quitarme las bragas y recordar cómo era tener a Quinton entre mis piernas. Sus manos, su rostro, su miembro. Me lo había dado todo y yo lo quería de nuevo.

Jadeé al tocarme el sexo. Resbaladizo por la excitación, caliente y sensible, todo por un simple baile con Quinton. Ni siquiera nos habíamos besado. Estaba tan sensible mientras deslizaba mis dedos entre mis pliegues, imaginando que eran los suyos.

Acaricié mis pechos por encima del vestido, con los pezones presionando contra la tela. Quería sus manos sobre ellos, su boca sobre ellos. Lo deseaba en todos los sentidos y lo anhelaba desesperadamente.

Me froté el clítoris con dos dedos y no podía dejar de imaginar imágenes eróticas de nuestro tiempo en Santa Lucía. Tenía demasiados recuerdos entre los que elegir, y todos ellos destellaban en mi mente.

La boca de Quinton sobre mi sexo, chupando y lamiendo hasta hacerme explotar. La forma en que me sostenía en medio de la noche, moviéndose dentro y fuera de mí en un ritmo sensual que me recordaba a las olas golpeando la costa a nuestro alrededor, aislándonos de la dureza de la realidad. Aquella mañana, cuando me hizo llegar solo con su miembro. No creía que pudiera lograrlo, pero era como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

Por muy desesperadamente que quisiera llegar al orgasmo, ralenticé mis dedos. Llámalo placer, llámalo delirio, pero quería permanecer en este momento en el que no tenía que pensar en el dolor que había cargado durante un año. Me había negado esta fantasía desde que volví a ver a Quinton, demasiado asustada para permitirle echar raíces por miedo a olvidar por qué debía mantenerme alejada de él.

Pero me daba igual, estaba más allá de la contención. Me concedería este momento de locura. Por el amor de Dios, llevaba un *vestido de gala*, los problemas de la realidad podían esperar.

Separé las piernas, excesivamente consciente de la seda verde que me rodeaba. Pasé mis dedos por mi sexo, provocándome como lo haría él. Los introduje. Uno. Dos. Tres. Quería recordar cómo era

tenerlo dentro de mí, estar dilatada de la manera más maravillosa y pecaminosa.

Bombeé mis dedos dentro y fuera mientras evocaba la voz de Quinton en mi cabeza.

—*Te gusta tenerme dentro de ti*—me susurraría al oído, enviando escalofríos por mi columna vertebral.

—Sí —murmuré en voz alta, moviéndome lentamente porque sabía que él querría provocarme. Aunque lo que yo ansiaba era un polvo duro y rápido que me dejara exhausta y desconectada.

—*Buena chica, toma mi polla.*—

Me permití ir más rápido, agarrando bruscamente mis pechos con la otra mano.

—*Quería hacer esto desde que estás aquí. Me vuelves jodidamente loco.*—

El sonido húmedo de mis dedos en mi vagina llenaba mi silenciosa habitación y me preguntaba qué pensaría Quinton si me viera así. ¿Tendría alguna idea de lo que estaba haciendo aquí? ¿Sabría el efecto que tenía sobre mí?

En mi fantasía él sentía lo mismo. Me necesitaba de igual manera, un anhelo abrumador que yo desesperadamente quería satisfacer.

Con mi mano libre me froté el clítoris, incapaz de resistirme más. Quinton podría haberme llevado al orgasmo solo con la penetración, pero mis dedos no podían compararse, sin importar cuánto me convenciese de que sí.

—Quinton —susurré en mi habitación vacía, como si pudiera hacerle aparecer solo con desearlo lo suficiente.

Hundí la cara en la almohada, dejando que ahogase mis gemidos mientras mi placer crecía.

—Estoy aquí, nena. Te tengo.—

Mi Quinton de ensueño era más tierno que la versión real. Aunque deseaba su cuerpo, también anhelaba el tipo de amor que perdura. Llenaba mis días con trabajo y obligaciones, cuidando de todos los demás, para poder ignorar lo vacía que me sentía.

—Concéntrate solo en el placer. Quiero que te corras tan fuerte que veas estrellas.—

Centré toda mi atención en la fantasía, apartando todos los sentimientos difíciles.

Me retorcí contra el vestido. Seda e imaginación.

Redoblé mis esfuerzos y me impulsé hacia el orgasmo como si fuera mi salvación. Penetré mi coño como lo haría Quinton, froté mi clítoris como si fueran sus dedos los que me estimulaban. Mis caderas se

arquearon, mi espalda se curvó, y gemidos emergieron desde lo más profundo de mi pecho.

Pero el orgasmo se me escapaba, flotaba al borde, sin llegar a caer. Gimiendo de frustración, doblé las rodillas y clavé los dedos de los pies en la colcha, tensando mi cuerpo. Mis muslos se estiraron, mi vientre se contrajo, mi coño se apretó alrededor de los dedos que no eran los de Quinton.

—Por favor —dije a la nada.

—*Te llevaré hasta allí* —respondió el Quinton fantasma.

Rebusqué en los recuerdos de Santa Lucía, pasándolos a velocidad de vértigo. Sus manos en mis muslos. Su lengua en mi boca. Su polla, gruesa y larga, abriéndome como si yo hubiera sido creada para él.

Pero cuando mi interior comenzó a palpitar alrededor de mis dedos y la presión en mi bajo vientre aumentó, no fue el recuerdo del mejor sexo de mi vida lo que finalmente me llevó al éxtasis. No, fue el roce de la mano de Quinton en mi espalda mientras bailábamos, la presión de nuestros cuerpos, separados por un esmoquin y el vestido de mis sueños.

Grité cuando me corrí, un sonido ahogado y desesperado que, por suerte, nadie podía oír. Me arqueé contra mis dedos, cabalgando la ola de mi placer hasta que caí exhausta y jadeante en la orilla.

Me quedé tumbada, saqué lentamente mis dedos agarrotados y me extendí sobre la cama, con mi precioso y sin duda caro vestido de

seda arrugado alrededor de mi cintura. Tendría que lavarme las manos antes de quitármelo para no dejar rastros de mi... locura.

Me giré de lado y me hice un ovillo mientras recuperaba el aliento. Con la disminución de mi deseo, regresó la terrible razón. Había un motivo por el que no había permitido a mi mente ir allí con Quinton. Nada había cambiado.

Él seguía siendo el hombre que me había hecho pensar en abrir mi corazón de nuevo, solo para luego dejarme confusa y rechazada. Seguía siendo mi jefe, con todas las complicaciones que eso conllevaba. Seguía siendo el hombre del que Rebecca estaba enamorada, mi amiga y aliada en este nuevo lugar donde aún intentaba asentarme. Y por lo que parecía, seguía siendo el mismo capullo que se aprovechaba de las mujeres, tal como él mismo se había descrito, en el bar justo después de que nos abriéramos el corazón mutuamente. Aquella fue una extraña forma de ligar y me preguntaba si había usado la misma técnica con Rebecca y por eso ella seguía colgada de él.

Al levantarme, resoplé, enfadada conmigo misma. Por muy bien que se hubiera sentido el orgasmo, me había permitido atravesar puertas en mi cabeza que deberían haber permanecido cerradas. Y bajo llave. Y vigiladas las veinticuatro horas.

Me lavé las manos y me sentí mejor sin las pruebas de mi error. Luego me quité el vestido y lo colgué en la parte trasera de mi armario, cubriéndolo con mis abrigos de invierno para no tener que verlo cada vez que me vistiera.

No estaba aquí para atormentarme por un tío al que le importaba una mierda. Tenía un trabajo que hacer. Y la semana que viene

finalmente alcanzaría un hito en mi carrera con el que siempre había soñado.

Había puesto mi corazón y mi alma en esta boda; no podía distraerme ahora. Tenía que ser perfecta. Yo ayudaba a las personas a crear los recuerdos más importantes de sus vidas.

El tipo de recuerdos que estaban destinados para otras personas, no para mí.

Capítulo Diecisiete

Grace

El albergue bullía en un caos silencioso.

Me apresuré por el gran vestíbulo de entrada, con el portapapeles firmemente apretado contra mi pecho, mientras la adrenalina pulsaba a través de mi cuerpo. Guirnaldas de rosas blancas y ramas de pino se enroscaban alrededor de las barandillas de la escalera, que centelleaban debido a las luces. El aroma a pino flotaba en el aire, mezclado con el ligero dulzor de la vainilla de la prueba nocturna de postres de Izzy.

La boda sería en dos días, y lo había planeado todo como una maniobra militar precisa. Hoy terminaríamos la decoración del albergue y prepararíamos las mesas en el salón de baile para la cena de ensayo de mañana. La florista y los cáteres llegarían por la mañana para que tuviéramos tiempo de organizar las flores para las

decoraciones de las mesas, y los ramos de la novia y las damas de honor, así como los boutonnières para el novio y los padrinos, se guardarían durante la noche en nuestras neveras para mantenerlos frescos para el gran día.

El romanticismo flotaba en el aire, para todos excepto quienes lo hacíamos posible.

—¡Jo-Ann! —llamé al ama de llaves cuando la vi en el pasillo camino al vestíbulo. Se dio la vuelta con una sonrisa agotada. Todos estábamos exhaustos—. ¿Están preparadas las habitaciones para la comitiva nupcial?

Había ordenado una limpieza a fondo. Lo último que necesitábamos era un vestido de novia manchado.

—Mis chicas están ahora mismo en la última habitación —dijo—. No te preocupes, Grace. Lo tenemos todo bajo control.

Más fácil decirlo que hacerlo.

—Gracias, Jo-Ann, eres un cielo —contesté, mientras mi mente ya saltaba a la siguiente tarea. Todavía tenía que comprobar con Izzy si había despejado espacio en la cocina para la llegada del servicio de catering mañana. La pareja había optado por un servicio externo para la comida principal, que venía expresamente desde Nueva York para —como me había informado la novia— «reinventar el concepto de menú de boda».

Nuestro chef residente, Francois, no había estado muy entusiasmado hasta que le mostré el menú. *«Una ofensa a la historia de la*

cocina», había resoplado con disgusto el chef francés. Yo había señalado que se libraba de tener que preparar una comida que tanto le ofendía y que tendría una noche libre. Después de eso, no le había parecido tan mal.

Estaba de camino a la cocina cuando —literalmente— casi choco con Chris, lo evité por poco.

—Vaya —dijo, agarrándome por los hombros y evitando que me cayera—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—Solo me aseguro de que todo esté listo para esta boda —dije—. Tiene que ser perfecto.

—La perfección es una ilusión —señaló—. ¿Has comido algo hoy? Estás pálida.

Fruncí el ceño. —Honestamente, no puedo recordarlo.

Si había una ventaja del estrés de la boda inminente, era que no me dejaba tiempo ni espacio para pensar en nada más. Especialmente en Quinton.

—Cuando bajes a ver a Izzy, asegúrate de que te dé algo de comer —ordenó—. No podemos permitirnos que te derrumbes en medio de todo esto.

—Sí, eso haría un buen agujero en mi horario —dije con una mueca.

—Y posiblemente en tu cabeza. —Me examinó con preocupación paternal—. Cuídate, Grace.

Respiré hondo. —Lo haré.

Si me ceñía a mi minuciosamente elaborado programa, estaríamos listos. La ceremonia sería impecable, el albergue brillaría, el apellido Sullivan quedaría asociado con el tipo de evento lujoso del que la gente seguiría hablando durante años. Esperaba que Quinton estuviese orgulloso.

Esto no tiene que ver con él.

Solo necesitaba que todo transcurriera sin problemas.

Empujé la puerta batiente de la cocina y me preparé para el aroma de azúcar, canela y caos controlado.

Para lo que no estaba preparada era para la antesala del infierno.

Cajas con alimentos cubrían el suelo. Las encimeras de acero inoxidable habían sido tomadas por estaciones de preparación ajenas. Hombres y mujeres con chaquetas negras de cocinero a juego se movían frenéticamente como si la cocina les perteneciera. Un hombre con un auricular Bluetooth gritaba algo sobre microvegetales, mientras otro empujaba un carrito con cajas de repostería.

Izzy estaba en medio de todo aquello con aspecto de haberse metido en una película de terror, mostrándose tanto sorprendida

como ofendida. Una raya de canela marcaba su mejilla, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho con tanta fuerza que me sorprendió que los lazos de su delantal no se hubieran roto.

—Oh no —susurré, mientras mi corazón se detenía.

—Me preguntaba cuándo vendrías —dijo Izzy, sin mirarme. Su tono era engañosamente uniforme. Demasiado uniforme—. Nuestros amigos de Nueva York han decidido aparecer antes. Es decir, ahora. Para invadir directamente mi cocina.

Parpadeé asimilando la escena. —Se suponía que debían estar aquí mañana.

—¿Ah, sí?

Me acerqué al hombre con el auricular esquivando un carro. —Hola, disculpe... Grace Townsend, coordinadora de eventos. ¿Puede decirme por qué están descargando hoy en vez de mañana como estaba previsto?

Quinton va a tener un ataque cuando se entere de esto.

Ni siquiera interrumpió su llamada telefónica. —El conserje ha llamado. Dijo que se había adelantado. Será mejor que preparen también nuestras habitaciones para esta noche.

—No será ningún problema. —Mi mandíbula se crispó—. ¿Quién le ha llamado desde recepción?

Por fin me miró, su expresión facial estaba llena de desprecio, como si yo fuera algún tipo de idiota incompetente. —No capté ningún nombre. Solo dijo que teníamos luz verde.

Me volví hacia Izzy. Su mirada decía que estaba a un solo suflé de cometer un asesinato.

—Yo me encargaré de esto —le dije, lo suficientemente alto como para que el personal de cocina lo oyera. Luego me dirigí de nuevo a los intrusos y di una palmada—. Bien, así es como lo haremos. Esta cocina tiene un horario establecido, y en este momento pertenece a nuestra repostera residente. Vosotros trasladaréis vuestros preparativos a la cocina auxiliar en la sala de banquetes del tercer piso —sí, está completamente equipada, sí, puede satisfacer vuestras necesidades. Me aseguraré de que vuestro equipo sea llevado arriba y de que tengáis vuestro propio acceso con tarjeta llave en una hora.

Algunos de ellos parecían querer protestar, pero di un paso adelante, con una voz lo suficientemente afilada como para cortar incluso la brigada más ocupada. —A menos que queráis ser personalmente responsables de arruinar una boda de cinco cifras al pisar los dedos equivocados.

Hubo una pausa. Luego un asentimiento reacio. Cuando comenzaron a salir refunfuñando, pero obedientes, me volví de nuevo hacia Izzy.

—Después de todo esto vas a recibir la cesta de regalos más grande del mundo.

Izzy sonrió. —Si hay chocolate de por medio, me plantearé perdonarte.

El alivio se extendió por mi pecho, pero debajo había algo más. Un dolor hueco. Un recordatorio de que resultaba más fácil resolver catástrofes logísticas que enfrentarse a las emocionales que había evitado cuidadosamente.

Como el hombre que había dejado un vestido sobre mi cama, que me miraba como si fuera un enigma que no podía dejar de resolver.

Aparté ese pensamiento y apreté la carpeta contra mi pecho con más fuerza.

Primero el trabajo. Los sentimientos después. Quizás nunca.

—Muy bien —dije—. Vamos a poner en orden el horario.

Salí de la cocina con los hombros tensos y la cabeza sobrecargada. Necesitaba averiguar quién había cambiado la planificación y por qué. No necesitaba más sorpresas. Me dolían los pies mientras caminaba por los pasillos traseros. ¿Diez mil pasos al día? Probablemente ya había dado el triple recorriendo el lodge y haciendo malabares con unos quince platos para que esta boda fuera un éxito.

Entré en el vestíbulo justo a tiempo para ver cómo un pequeño ejército de cajas de flores entraba rodando por las puertas delanteras como una invasión botánica.

—Venga ya —murmuré para mí misma y crucé el suelo de mármol para interceptarlos.

La florista —una mujer elegante con una gabardina azul marino dramática y un pintalabios perfectamente aplicado— supervisaba con el aura de alguien que comercia con la belleza y no tiene tiempo para obstáculos. Me vio y me ofreció una sonrisa relajada.

—¿Grace Townsend? —dijo, ya acercándose hacia mí—. Estamos aquí con el pedido de Pemberton. Unos arreglos bastante impresionantes, por cierto... tu novia tiene un gusto caro.

La miré parpadeando. —Estaban programados para entregar mañana.

Ella arqueó una ceja impecablemente perfilada. —Recibimos una llamada de vuestro conserje diciendo que se había cambiado la ventana de entrega. Algo sobre 'preparar los arreglos para minimizar los preparativos el mismo día'? Hemos ajustado nuestro horario en consecuencia. Espero que no haya inconveniente.

No, definitivamente no estaba bien.

Sonreí tensamente. —Por supuesto que nos alegra tenerla aquí. Pero ¿puede garantizar que las flores aguantarán hasta la ceremonia?

Hizo un pequeño *mohín* de compasión. —Una vez que salen de nuestras manos, no podemos garantizar su frescura. Especialmente con las gardenias y las peonías... son muy temperamentales. Lo ideal sería que se arreglaran y colocaran pocas horas antes de la ceremonia.

Luché contra el impulso de gritar.

En cambio, respiré profundamente —una de esas respiraciones lentas y profundas que te enseñan en yoga, aunque llevaba meses sin tiempo para practicarlo— y asentí, como si mi columna vertebral no estuviera lentamente derritiéndose por la tensión.

—Vale —dije enérgicamente—. Esto es lo que vamos a hacer. Llevadlo todo a la cámara frigorífica —daremos prioridad al espacio y nos aseguraremos de que la temperatura esté controlada. Haremos una revisión de los arreglos para asegurarnos de que nada se haya aplastado o movido durante el transporte. Y me aseguraré de que nadie toque ni un solo pétalo hasta que volváis mañana para terminar el montaje.

Dudó, y luego me dio un asentimiento de aprobación. —Vaya. Es usted buena.

Conseguí esbozar una sonrisa. —Tengo que serlo.

Mientras su equipo comenzaba a llevar las cajas al ascensor, saqué mi tablilla y anoté una nueva lista de emergencias. Otro fuego apagado. Otro plato girando.

Y en algún lugar, muy por debajo de las capas de urgencia, logística y preservación floral, estaba esa pregunta persistente: ¿quién demonios había llamado a los proveedores a mis espaldas?

Porque si una cosa más llegaba antes de tiempo, perdería la cabeza. Tanto el servicio de catering como la florista habían mencionado al conserje, pero no podía imaginar por qué Marcus o alguien que trabajara para él querría trastornar mi calendario.

Encontré a Marcus cerca de la recepción, dando instrucciones a los empleados para que pulieran las puertas de cristal.

Me sonrió, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente al ver la expresión de mi cara.

—Marcus —dije intentando mantener la calma en mi voz—. ¿Por qué están aquí tan pronto los floristas y los del servicio de catering?

Se ajustó la corbata y miró a todas partes menos a mí. —Rebecca me dijo que reprogramara todo. Comentó que estaba preocupada de que no tuvieras tiempo suficiente para prepararlo todo, ya que, ya sabes...

Crucé los brazos. —¿Ya que qué?

Se encogió. —Ya que estás acostumbrada a trabajar en cruceros y... quizás una boda tan grande podría ser demasiado para ti.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. Apreté los labios y respiré a través del dolor. Dolía, especialmente viniendo de alguien a quien consideraba una amiga. Y peor aún, lo había hecho a mis espaldas, dejándome en mal lugar delante de los proveedores y nuestros compañeros.

¿Es esto lo que todos piensan de mí? ¿Que no puedo conseguirlo?

No tenía tiempo para enfadarme. Había demasiado por hacer, y todavía tenía que organizar habitaciones para el personal del catering. El personal de mantenimiento me adoraría cuando todo

esto terminara. Tendría que comprar más de una cesta de regalo. Todo por un problema que yo no había causado.

—Esto ha trastocado todo mi horario, Marcus. Me habría gustado que al menos lo hubieras hablado conmigo antes —dije.

—Pensaba que Rebecca habría hablado contigo de esto —dijo, y parecía sentirse realmente mal—. Solo quería ayudar.

—Pues no lo ha hecho —solté. Después dejé escapar un suspiro—. Lo siento. No debería descargar mi frustración contigo. No es culpa tuya.

Asintió disculpándose, y no tenía sentido seguir dándole vueltas al asunto. Lo había solucionado. Crisis evitada. La boda se celebraría igualmente como si nada hubiera salido mal, y lo único perdido serían los diez años de vida que me había quitado.

Me di la vuelta para irme, elaborando ya una lista mental de asignaciones de habitaciones para el equipo de catering, cuando el sonido de pasos decididos me hizo quedarme petrificada. Los reconocí.

Quinton.

Entró en el vestíbulo como una tormenta con traje a medida, mandíbula tensa, ojos agudos y oscuros de frustración. Su mirada se deslizó sobre las cajas de flores que pasaban rodando y aterrizó directamente en mí.

—Grace —pronunció, con voz baja pero letal—. ¿Por qué demonios están aquí los floristas y el servicio de catering un día antes?

Me tensé. Por supuesto que lo descubriría. Por supuesto que aparecería ahora, justo cuando la punzada de las palabras de Marcus aún estaba fresca y mi confianza pendía de un hilo de seda.

—Me estoy ocupando de ello —dije manteniendo un tono uniforme, aunque mi pulso se aceleró un latido.

Sus cejas se fruncieron. —Esto no es solo un pequeño problema. Estamos organizando una de las bodas más grandes que ha visto el Lodge. Si algo sale mal, eso repercutirá en toda la marca Sullivan.

Ah, ahí estaba. La punzada familiar. Como si no me hubiera estado diciendo eso mismo en cada momento libre.

—Sé lo que está en juego —dije con tensión.

Me miró fijamente por un momento, y algo titubeó en su expresión, quizás sorpresa. O culpa. Pasó demasiado rápido para captarlo. Pero su voz se suavizó, solo un poco.

—¿Qué ha pasado?

Dudé. La verdad se balanceaba en la punta de mi lengua. Pero no podía hacerlo.

Si le dijera que fue Rebecca, comenzaría una guerra —una que dividiría al equipo justo antes de la boda. No podía arriesgarme a

eso, por mucho que me doliera encubrirla.

—Solo fue un malentendido —dije en su lugar, alisando mi blusa con las manos—. No ha habido ningún daño.

Me observó. Me miró realmente. Como si pudiera ver la tensión que estiraba mis hombros, la manera en que había colocado la serenidad sobre la humillación, como una armadura.

Y odiaba lo mucho que esa mirada aún me afectaba. Lo mucho que quería que me viera —no solo el error, no solo el trabajo, sino el hecho de que estaba aquí manteniéndolo todo unido por pura fuerza de voluntad.

Exhaló por la nariz. —Deberías haber acudido a mí.

—No sabía que tuviera que hacerlo —repliqué—. Lo tenía todo bajo control, hasta que la gente empezó a suponer que no era así.

Hubo una pausa entre nosotros, larga, cargada.

No dijo nada. Pero algo cambió en su mirada. No era ira. Algo diferente. Se acercó un poco más, lo suficiente para que pudiera oler el aroma limpio y especiado de su colonia y ver el ligero surco entre sus cejas.

Su voz era suave cuando volvió a hablar. —No estás sola en esto, Grace.

Las palabras tocaron un punto que no sabía que estaba dolorido.

No estaba segura de si quería sacudirle o besarle. Posiblemente ambas cosas. No le di respuesta.

—Se te da bien —murmuró, y la aspereza de su voz envió escalofríos por mi espalda.

Exhalé temblorosa. —Yo... gracias.

Su mirada cayó sobre mi boca, se detuvo, y luego volvió a subir, lentamente, como si no quisiera perderse nada. Todo mi cuerpo se quedó quieto, hipersensible. Cada centímetro de mí vibraba como un cable eléctrico.

El aire entre nosotros se tensó, tirante y tembloroso, y por un momento pensé que podría tocarme.

Quería que lo hiciera. *Dios*, lo deseaba. Solo un roce. Un momento. Una ruptura en toda esta cautelosa distancia, que hacíamos pasar por profesionalidad.

Pero no lo hizo. Solo asintió, con la mandíbula tensa, y se dispuso a irse. Como si le costara no hacerlo.

Y yo me quedé allí, con el corazón latiendo tan fuerte que me sorprendió que no resonara.

De nuevo sola, pero todavía ardiendo por el *casi*.

Capítulo Dieciocho

Grace

Al día siguiente, el vestíbulo bullía con el caos artísticamente orquestado en el que había aprendido a florecer: personal marcando listas, floristas correteando de un lado a otro con últimos retoques, Marcus tranquilizando a un padrino que de alguna manera había olvidado su traje en casa. Me encontraba justo detrás del mostrador de recepción, con el portapapeles en la mano, examinando cada rincón con la mirada. Me mantenía entera. En su mayor parte.

El recuerdo de ayer aún pulsaba bajo mi piel, crudo y doloroso. La voz de Quinton en mi oído. —*Eres buena en esto.* Su mirada como una caricia que no había recibido. Todo lo que casi ocurrió aún ardía.

Quería estar a la altura de sus expectativas. Quería mucho más que eso, pero nunca me había fijado objetivos poco realistas, así que

solo podía concentrarme en ser buena en mi trabajo si quería mantener la cordura.

Estaba confirmando el plano de asientos actualizado con Marcus cuando las puertas de entrada se abrieron de par en par y una ráfaga de aire frío entró junto con el siguiente grupo de invitados.

Y entonces lo vi.

El hombre tenía el pelo castaño claro, cortado más corto de lo que recordaba, ahora veteado con finas hebras grises. Llevaba un elegante abrigo azul marino sobre un fino traje gris antracita, camisa y porte seguro. El tiempo había sido bueno con él, y tenía el aire de una persona que había triunfado en la vida. Sus ojos color avellana examinaban la sala como si fuera su dueño, como si el mundo siempre se hubiera inclinado ante sus expectativas, y durante mucho tiempo, creo que yo había sido una de las cosas que se inclinaban.

Rupert Hogan. Mi ex.

Ocho años mayor. Y sin embargo, de alguna manera, exactamente el mismo.

Mi pecho se oprimió, el aliento se me atascó en la garganta cuando algo afilado y frío me atravesó. Tristeza. Humillación. El profundo dolor que cala hasta los huesos de haber sido abandonada cuando ya estaba rota.

Aún no me había visto. Estaba cerca del mostrador de facturación, con la mano apoyada ligeramente en la parte baja de la espalda de

una mujer —rubia, elegante, con una risa ligera y ensayada. El anillo de oro en su dedo brillaba bajo la luz. Su esposa.

No sé cuánto tiempo estuve allí plantada, como si hubiera echado raíces, como si mis piernas hubieran olvidado cómo moverse.

Entonces su mirada encontró la mía.

El reconocimiento le golpeó a cámara lenta —una pausa, un destello de sorpresa, luego una sonrisa plana que no llegó del todo a sus ojos. Su brazo se deslizó, alejándose de su esposa, mientras daba un paso adelante.

—Grace Townsend —dijo, y el sonido de mi nombre en su voz hizo que mi piel hormigueara—. Esto sí que es inesperado.

Tragué saliva, aferrándome al portapapeles como si fuera un escudo. —Rupert.

Su esposa nos miraba alternativamente, con una sonrisa educada pegada a su rostro. Tenía el porte de alguien acostumbrada a ser la mujer mejor vestida de la sala —y que lo sabía. Rupert la miró.

—Esta es Grace —explicó con indiferencia, como si yo fuera una anécdota que hubiera contado antes—. Estuvimos juntos en la universidad.

Como si fuéramos simples conocidos. Como si él no hubiera sido todo mi mundo mientras el resto se desmoronaba, solo para abandonarme porque así debía ser.

—Chloe —dijo ella, ofreciéndome una mano perfectamente manicurada que apenas tuve fuerzas para estrechar.

—Bonita finca —continuó Rupert, su mirada vagando hacia los magníficos techos, la resplandeciente lámpara de araña sobre nosotros—. No esperaba encontrarte aquí. Lo último que supe es que habías abandonado la arqueología y estabas trabajando en un crucero.

Había un brillo en sus ojos —algo presuntuoso y afilado bajo la superficie pulida. Su mujer se rio, un sonido ligero y tintineante que me hizo apretar los dientes. Él lo hacía sonar como si yo hubiera fracasado. Quizás era cierto. Fui demasiado débil. Después de que me dejara, no pude soportar estar en el mismo sitio que él.

—He cambiado mi rumbo —dije con calma, a pesar del tumulto dentro de mí que golpeaba contra mis huesos como una tormenta invernal que an azota una costa frágil—. Este albergue es uno de los lugares para bodas mejor valorados del noreste. Soy la coordinadora de eventos aquí.

Alardear no era lo mío, pero me condenaría si le permitía menospreciarme sin luchar.

—Ahhh —dijo, alargando la palabra, dejándola reposar en su lengua como si mi caída en desgracia fuera algo que debiera saborearse—. Tiene sentido. Siempre te encantó hacer que las cosas fueran especiales. Incluso en la universidad te esforzabas tanto por hacer que las fiestas fueran... festivas. —Lo dijo como si fuera un chiste, no un cumplido.

Algo dentro de mí se encogió y se endureció. No sonreí. No me estremecí. Mantuve mi voz profesional. —Espero que disfrutéis vuestra estancia.

Quería que se marchara antes de derrumbarme delante de él. Pero Rupert aún no había terminado.

—Seguro que lo haremos. ¿No te encantan las bodas? —Dirigió su pregunta a su mujer, que sonrió con cariño.

—Sí, aunque la nuestra fue la mejor —arrulló ella. Se volvió hacia mí —. No fue tan elegante como esto, porque Rupert acababa de graduarse y estábamos ahorrando para una casa, pero todos nuestros amigos y familiares estuvieron allí para celebrar nuestro amor. Fuimos novios desde el instituto, ¿sabes?

Ella no sabía que estaba retorciendo el cuchillo aún más profundo, y eso lo hacía mucho peor. Si me casara —lo que a estas alturas parecía bastante imposible— ¿quién estaría allí para celebrarlo? Ya no tenía familia, no tenía amigos cercanos. Me hizo darme cuenta de lo vacía que estaba mi vida.

Rupert acercó más a su mujer, metiendo la mano en su bolsillo. —Hay algo en tu primer amor. Es... formativo, ¿verdad? Nunca lo olvidas realmente.

Miró a Chloe, quien se había acurrucado a su lado con la facilidad de alguien que nunca había dudado, ni una sola vez, de ser demasiado para ser amada.

Ella rio con gracia. —Rupert siempre es tan sentimental.

Se me cerró la garganta. Primer amor. Eso era Rupert para mí. Sus palabras cayeron como un dedo que presiona un moratón antiguo. No lo suficiente como para dejar marca. Justo lo suficiente para recordarte que todavía estaba ahí.

Odiaba que él tuviera razón. No lo había olvidado. Y ahora, de pie aquí, podía sentir cada gramo de vergüenza que había cargado después de que me dejara —justo después de la muerte de mi abuelo, cuando apenas podía terminar una frase sin echarme a llorar.

Demasiado.

Demasiado necesitada.

Demasiado rota.

Abrí la boca, a punto de disculparme, cuando divisé una figura familiar al otro lado del vestíbulo —alto, bien vestido, moviéndose como si fuera el dueño del lugar, porque, bueno... lo era.

Quinton.

Era una idea terrible. Impulsiva. Posiblemente poco profesional. Lo hice de todos modos.

Levanté una mano. —¡Quinton!

Se volvió de inmediato, su mirada explorando hasta encontrarme. Se acercó con pasos medidos y postura segura. Rupert se giró para

observar su aproximación, la curiosidad reflejándose en su rostro.

Sonreí a Quinton cuando se detuvo a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que emanaba de él. —Rupert, Chloe, este es Quinton Sullivan. Es el propietario del albergue —extendí la mano y toqué ligeramente su brazo. Su expresión cambió cuando miró a Rupert, algo alerta y conocedor destelló en su mirada. Lo sabía. Había reconocido el nombre. Mi ex. El que me había destrozado—. Y es mi novio.

Hubo un ligerísimo titubeo en la sonrisa de Rupert. Chloe se enderezó, obviamente pensativa.

¿Y Quinton? Ni siquiera pestañeó ante mi mentira. Adaptó su postura, inclinándose hacia mi espacio como si fuera suyo. Natural, relajado, como si lleváramos años juntos.

La sonrisa de Quinton era todo dientes y encanto. —Es un placer —dijo extendiendo una mano hacia Rupert—. ¿Estáis aquí para la boda?

—Sí —dijo Rupert lentamente mientras estrechaba su mano—. Somos viejos amigos de la familia del novio.

—Ah —dijo Quinton mientras me rodeaba despreocupadamente la cintura con un brazo—. Grace es la responsable de todo el evento. El albergue reserva pocas bodas al año, experiencias premium de alta calidad. Se necesita alguien con verdadero talento para llevarlas a cabo.

Su mano se curvó ligeramente en mi cadera, y me costó todo no derretirme contra él.

—Ella es... ciertamente apasionada —dijo Rupert con una sonrisa forzada.

—Es brillante —respondió Quinton, con un tono suave como la seda, pero afilado por debajo—. He trabajado con muchas personas en este sector. Nadie se le acerca siquiera.

Chloe parpadeó. —¿Usted es *el* Quinton Sullivan?

Quinton ofreció una sonrisa, como si le avergonzara. No era así. —Culpable.

Interpretaba su papel a la perfección. Tan bien que casi me lo creía yo misma, como si hubiese entrado en una realidad alternativa donde realmente estábamos juntos. Quería florecer bajo sus elogios, aunque los exagerara para el público.

La boca de Rupert se tensó. Se volvió hacia mí de nuevo, con aquella vieja sonrisa asomando. —Bueno, me alegro de que hayas caído de pie, Grace.

El agarre de Quinton se intensificó apenas perceptiblemente, un tensamiento casi imperceptible de los músculos a mi lado. —Ella no ha caído —dijo, con voz tranquila y aterciopelada—. Ha escalado.

Casi me ahogué con la oleada de emociones que ardía detrás de mis costillas. Orgullo. Gratitud. Y algo peligrosamente cercano al cariño.

Los ojos de Rupert parpadearon entre nosotros. Claramente no había esperado eso. *A mí*.

—Bueno —dijo Chloe alegremente—, deberíamos instalarnos.

—Sí —aceptó Rupert y su sonrisa era rígida—. Me alegro de verte de nuevo, Grace.

—Igualmente —dije, con voz ligera pero firme.

Se dieron la vuelta y se dirigieron hacia los ascensores. Quinton esperó hasta que estuvieron fuera del alcance de sus oídos antes de girarse hacia mí con una ceja levantada. —¿Amigo, eh?

Me reí sin aliento. —Me entró el pánico.

Sonrió ampliamente. —Me gusta lo de "amigo". Suena bien.

No es real, no es real, no es real. Tuve que repetírmelo antes de caer de cabeza en delirios.

—Gracias por seguirme la corriente.

—De nada —dijo—. Pulverizar la arrogancia de la gente y alardear es como un pasatiempo para mí. Me has servido a Rupert en bandeja de plata.

Resoplé, pero mi mirada seguía fija en el ascensor, donde Rupert y su oh-tan-perfecta esposa habían desaparecido.

Se inclinó un poco hacia delante y su voz descendió a un tono confidencial. —¿Estás bien?

La sonrisa desapareció de mis labios, reemplazada por algo más silencioso. Pero asentí. —Ahora sí.

—Debe de haber sido duro verlo después de tanto tiempo —dijo—. Si yo viera a mi ex...

Se interrumpió, pero no necesitaba decirlo en voz alta. Lo sentí. Cómo esa mujer pudo haber dejado a Emma alguna vez... Era inconcebible.

Levanté la mirada hacia él y, por primera vez desde que llegué a la casa, vi al hombre que conocí en Santa Lucía. Había una dulzura en sus ojos que pensé que me había imaginado, que había romantizado en mi memoria. Pero no, era real, auténtica. Realmente tenía eso dentro de él, no era una actuación ni un truco para llevarme a la cama.

Las palabras estaban en la punta de mi lengua, lista para preguntarle por qué no había llamado, pero no pude atreverme. Estaba demasiado herida para querer saber la respuesta.

—Fue exactamente como te lo imaginas —le respondí finalmente.

—Lo siento —dijo, y tuve que parpadear para contener las lágrimas.

—Gracias —logré decir. Todo en mí anhelaba volver a sus brazos, esconderme en su protección y permitirme ser tan auténtica como

era. Pero no podía. Por tantas razones.

Estábamos en medio del vestíbulo, rodeados de gente, y teníamos que trabajar. Él no era esa persona para mí, por mucho que mi corazón lo deseara. Pero sobre todo, me frenaba el miedo. Porque si Quinton me dijera que soy demasiado, que no quiere lidiar con mis emociones, entonces realmente me rompería, y no creo que hubiera nada que pudiera recomponerme.

Su mirada se detuvo un momento, suave e inquisitiva, luego se enderezó.

—Tengo una reunión arriba —dijo—. Pero si me necesitas de nuevo... —dio un golpecito a mi portapapeles—. Ya sabes dónde encontrarme, amiga.

Y con una última sonrisa, se marchó.

Mi corazón latía de forma irregular en mi pecho. Por primera vez en ocho años, ya no me sentía tan sola.

Capítulo Diecinueve

Grace

La boda fue perfecta.

El salón de baile resplandecía con una suave luz dorada, los copos de nieve de cristal brillaban como estrellas sobre nuestras cabezas. El aroma de rosas y pinos aún flotaba en el aire como una promesa. Los novios bailaban bajo la araña de luces, sus rostros irradiando una alegría que me dolía en el corazón.

Era exactamente como lo había imaginado.

Cada mesa estaba perfectamente puesta. Cada vela titilaba justo como debía. El catering era impecable, la música celestial, toda la velada era una alfombra sin costuras de belleza y precisión.

Lo he conseguido.

Semanas de planificación, ajustes interminables, noches enteras repasando tablas y planos. Había convertido la logística en magia, había transformado el sueño de otra persona en realidad.

Este era el trabajo que siempre quise tener, lo que había soñado desde que tuve que reconstruir mi vida tras abandonar la universidad. Estaba orgullosa, feliz... exceptuando ese vacío que se había instalado en algún lugar de mi pecho.

Me encontraba al fondo de la sala, medio oculta tras una columna engalanada con guirnaldas, con una copa de champán en la mano. Los invitados reían y giraban por la pista de baile, toda la sala vibraba de amor y celebración.

Y yo me quedaba al margen.

Observando.

Siempre solo observando.

Me convencía a mí misma de que no importaba. Que la felicidad que creaba para los demás era suficiente. Que no necesitaba un baile o una mano que agarrar.

Pero el pinchazo en mi pecho hablaba otro idioma.

Di un sorbo a mi champán, las burbujas punzantes en mi lengua, y recorrí la sala con la mirada —pura costumbre, para asegurarme de

que todo marchaba sin problemas.

No los estaba buscando, pero como un imán atraído hacia viejas heridas, los encontré entre la multitud. Rupert y Chloe, en medio del baile, entrelazados como si nunca hubieran conocido otro tipo de amor. Ella echó la cabeza hacia atrás, riéndose de algo que él dijo, y él se inclinó hacia delante, como si no pudiera imaginar desear a nadie más.

Debería haber dolido. Por un momento, así fue. Como viejas heridas que se avivan cuando cambian las estaciones. Pero entonces ocurrió algo extraño.

No sentí envidia. Ni anhelo. Ni arrepentimiento. Sentí... claridad.

Rupert no solo me había roto el corazón —me había hecho más pequeña. Lenta, sutilmente, hasta que creí que yo era el problema. Que mi pena me hacía demasiado pesada para ser amada. Que la ambición resultaba poco atractiva. Que el deseo de ser vista era un defecto. Él no quería una compañera, quería alguien que siempre dijera que sí.

Pero mientras lo observaba ahora —interpretando el papel del marido perfecto para la mujer perfecta— lo vi. Él era pequeño. Y yo me había hecho más pequeña para encajar con él. Nuestra relación se basaba en complacerle, y cuando mi dolor me impidió hacerlo, ya no tuvo uso para mí.

Él no me había superado. Yo había superado la versión de mí misma que pensaba que su aprobación era la meta. Ya no era esa chica.

Y joder, qué bien se sentía.

Me erguí un poco más. Exhalé. Solté algo que ni siquiera sabía que estaba sujetando.

Mi mirada se posó en Quinton, como el norte magnético a mi brújula; de repente, dejé de girar y supe exactamente en qué dirección debía ir.

Él permanecía al borde de la multitud, apoyado en una columna de piedra, con la corbata aflojada y el cuello de la camisa abierto. Las sombras de las luces centelleantes recortaban su rostro, afilando la línea de su mandíbula, acentuando la tensión en su postura. Se pasó la mano por su cabello ya desordenado.

Parecía tan solo como yo me sentía. La imagen de él, tan distante e inquieto, hizo que algo vibrase en lo más profundo de mi vientre. Pero esta vez no era miedo. Ni anhelo impotente.

Era una elección. La mía.

No me di tiempo para pensar. Simplemente actué.

Deslizándome entre la multitud, me abrí camino hacia él, con el pulso latiendo más fuerte con cada paso. Cuando llegué a su lado, no me miró de inmediato; simplemente desplazó lenta y pesadamente su mirada de la pista de baile a mi rostro.

Tragué con fuerza, el nerviosismo mezclándose con algo más caliente, más intenso.

—¿Noche dura? —dije, repitiendo las palabras que él me había dicho una vez en aquel bar de Santa Lucía.

La comisura de los labios de Quinton se crispó. —Es una frase horrible para ligar.

—¿Quién ha dicho que estoy ligando contigo? —Sonreí, nerviosa, vacilante. Pero no me eché atrás ni salí corriendo. Esta vez no.

Su risa profunda me atravesó por completo, un escalofrío eléctrico lleno de brillante potencial.

—Realmente lo has conseguido —dijo tras una pausa, mientras su mirada recorría la suavemente iluminada estancia—. Todo el lugar parece como si una bola de nieve hubiera explotado de la mejor manera posible.

Mis mejillas se encendieron. —Gracias. No estaba segura de si la decoración de copos de nieve flotantes gustaría.

—Ahí está. Maldita sea, incluso yo casi creí en la magia por un momento.

—¿Casi? —le provoqué.

Su mirada volvió a la mía, ahora más oscura, más lenta. —No confío en la magia. Desaparece en el momento en que intentas atraparla.

Dudé, sintiendo el cambio en su tono, el peso de lo que no decía. —Y aun así estás aquí. Vestido para un cuento de hadas. No te habría

tomado por un hombre de bodas.

—No lo soy.

—¿Entonces por qué estás aquí de pie observando la pista de baile, como si estuvieras esperando algo? —pregunté, intentando encajar las piezas del rompecabezas de este complicado hombre al que no podía sacar de mi cabeza.

Él se rio en voz baja. —Sólo estoy aquí para proteger mi inversión.

Fruncí el ceño. Difícilmente se podía considerar el albergue como una inversión si era un negocio familiar. —¿Qué inversión?

No me miró. —A ti.

Se me cortó la respiración. No podía referirse sólo al ámbito profesional, no había nada de lo que tuviera que protegerme, la boda había sido un completo éxito. Su mirada recorrió el salón de baile, como si estuviera vigilando las salidas.

—¿Por qué? —pregunté, porque necesitaba oírlo decirlo. Necesitaba que esto fuera real, no más fantasías.

—Porque —dijo en voz baja—, a veces olvido lo mucho que cuesta desear algo que no puedo tener.

El aire entre nosotros se quedó inmóvil. Lo sentía —a él— por todas partes.

—Siempre pareces estar buscando una vía de escape —observé.

—Me gusta saber que hay una vía de escape —murmuró y su voz era lo suficientemente profunda como para rozar mi piel.

Finalmente me miró. Sus ojos marrones revelaban la vulnerabilidad que su pétrea expresión facial intentaba ocultar. Su mirada descendió, se detuvo en mi boca, luego más abajo. —¿Quieres ayudarme a encontrar uno?

Se me cortó la respiración. Debería haber dicho que no. Debería haber permanecido en la fría y solitaria seguridad de mi rincón. Pero no lo hice.

Porque a pesar de todo mi anhelo, todo mi interminable deseo de conexión, Quinton era la única persona que me había hecho sentir como si *yo* fuera la vía de escape.

Mi mano encontró la suya. Ni siquiera lo pensé, simplemente actué. Entrelazó nuestros dedos como si fuera lo más natural del mundo. Como si hubiera estado esperando que lo hiciera.

Sin decir palabra, nos escabullimos del salón de baile dejando atrás el brillo, la música y el eco de una noche que no estaba destinada para nosotros.

El pasillo estaba oscuro, iluminado solo por suaves apliques dorados que proyectaban sombras sobre las paredes de piedra. Cuanto más nos alejábamos de la multitud, más silencioso se volvía todo, hasta que lo único que podía oír era el latido de mi corazón y su respiración justo detrás de mí.

No preguntó adónde lo llevaba. Ni siquiera yo lo sabía. Simplemente seguí caminando, con el pulso acelerado y la piel hormigueando, hasta que llegamos a una de las suites desocupadas.

Me detuve ante la puerta, con la mano suspendida sobre la tarjeta maestra en mi bolsillo. Como coordinadora de eventos, tenía el privilegio y la responsabilidad de ser una de las pocas personas del personal con acceso a una llave maestra, pero nunca habría imaginado que la usaría para algo así.

—Es una idea terrible —susurré—. Hay normas...

Quinton se acercó, sin tocarme, pero lo suficientemente cerca para que pudiera sentirlo. —Yo establecí esa regla.

Lo miré, con la respiración entrecortada. —¿Qué?

—Nada de aventuras —dijo, con voz profunda y uniforme—. Fue mi regla. Puedo revocarla.

—Las reglas no funcionan así.

—Entonces quizás estoy cansado de seguir las equivocadas.

Ahora estaba demasiado cerca, demasiado real. Y yo me balanceaba al borde de todos los miedos que había arrastrado durante años. —Rebecca... es mi amiga. Si esto se vuelve caótico...

—Ella no es a quien estás protegiendo ahora mismo —dijo, con ojos oscuros y escrutadores—. Te estás protegiendo a ti misma. De

querer esto. De quererme a mí.

Abrí la boca para contradecirle, pero no salió nada. Tenía razón. Por supuesto que tenía razón.

—¿Vas a seguir eligiendo lo seguro? —preguntó, acercándose el último centímetro—. ¿Seguirás poniendo la comodidad de todos los demás por encima de la tuya?

—Esto es lo que hago —. Era una declaración triste, pero Quinton no me miró con lástima.

Inclinó la cabeza, su mirada penetrando en la mía. —¿Y si por esta única vez te permites tener lo que quieres?

—No sé cómo —susurré.

Se inclinó hacia delante, tan cerca que su aliento movió los cabellos de mi sien. —Entonces déjame enseñarte.

Metí la tarjeta-llave temblando en la cerradura. La luz verde parpadeó. La puerta se abrió.

Y aun así, dudé. —Tengo miedo —admití, apenas audible.

—Yo también —dijo, con la misma suavidad—. Pero prefiero estar asustado contigo que seguro sin ti.

Algo en mi interior se abrió de par en par.

Entré.

Él me siguió y cerró la puerta tras nosotros con un suave clic que bien podría haber sido un disparo. El silencio se extendió entre nosotros, denso por todo lo no dicho. Me miraba como si fuera a la vez frágil e inflamable. Como si pudiera romperme o arder si me tocaba de manera incorrecta.

Pero fui yo quien se movió primero. Fui yo quien lo alcanzó.

Y cuando su boca finalmente se encontró con la mía, no fue ni suave ni tímido. Fueron semanas de tensión, cosas no dichas, anhelos envueltos en contención, todo liberado de golpe.

Sus manos rodearon mi cintura, mis caderas, como si intentara memorizar la sensación de mi cuerpo. Tiré de su camisa, mis uñas arañaron su piel, quería sentirlo por todas partes.

No hablamos. No lo necesitábamos.

Esta era la vía de escape. El borde alrededor del cual ambos habíamos estado dando vueltas. Y esta noche saltábamos.

Mi espalda golpeó contra la madera de la puerta, mi pulso martilleaba mientras Quinton se apretaba contra mí, su boca devoraba la mía como si estuviera hambriento. No era suave. No era cuidadoso.

Era todo lo que necesitaba.

Era calor y hambre, el deslizamiento agudo de su lengua, el roce de sus dientes, dedos que se hundían en mis caderas como si quisiera marcarme. Me aferraba a él, mis dedos tirando de su pelo, atrayéndolo más cerca, aunque ya no quedaba espacio entre nosotros.

No me importaba que estuviéramos en una de las suites de invitados desocupadas. No importaba que alguien pudiera buscarnos. Todo lo que importaba era la forma en que Quinton me tocaba, como si yo fuera lo único que lo mantenía atado a la tierra. Como si él quizás estuviera tan perdido como yo.

Su boca era cálida e implacable, sabía a champán y secretos. Me besaba como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire. Como si se hubiera contenido durante tanto tiempo que ahora no pudiera hacerlo de otra forma.

Y le devolví el beso con la misma pasión, mis manos se deslizaron por su pelo, anclándome a lo único en la habitación que se sentía real. Su cuerpo me presionaba firmemente contra la puerta, su muslo se coló entre los míos. Todo en nosotros estaba entrelazado: labios, manos, aliento. Ya no quedaba espacio, pero aun así lo intentábamos, como si el contacto no fuera suficiente.

Me froté contra su muslo y me permití ser necesitada y libre. Me había negado a mí misma durante demasiado tiempo y mi cuerpo lo reclamaba como si fuera una droga.

Se apartó justo lo suficiente para mirarme, su pecho subía y bajaba como si acabara de correr un maratón. Sus dedos acariciaron mi mejilla, deslizándose luego hasta mi mandíbula, deteniéndose allí. — Dime que quieres esto.

—Quiero esto —susurré. Sin vacilaciones. Sin condiciones—. Te quiero a ti.

Sus ojos se oscurecieron. —Entonces dejemos de fingir.

Me levantó en un movimiento fluido, y envolví mis piernas alrededor de su cadera, con mi espalda presionada contra la puerta, mientras su boca regresaba a la mía con un hambre que rayaba en la reverencia. Cada beso era una promesa. Cada caricia una pregunta que yo no necesitaba responder, porque mi cuerpo ya lo hacía. Podía sentirlo a través de sus pantalones, duro y tan necesitado como yo.

—Dios, no tienes ni idea —dijo entre besos, su voz como papel de lija.

—Créeme —jadeé, moviendo mis caderas—. La tengo.

—Demasiada ropa —se quejó.

—Hay que quitarla —estuve de acuerdo.

En lugar de bajarme, me llevó hasta la cama como si no soportara dejar de tocarme ni un solo instante. Me depositó sobre ella, su boca se deslizó hasta mi cuello mientras su mano se introducía bajo mi vestido. El primer contacto de su mano en mi muslo fue eléctrico, demasiado y no suficiente a la vez. Tiré de su ropa con desesperación.

—Despacio —murmuró mientras acariciaba mi pierna.

—No quiero despacio —protesté, temblando bajo su contacto—. No quiero suave ni delicado. Te necesito.

Se apoyó en un brazo, suspendido sobre mí, escrutando mi rostro.

—Dime exactamente qué es lo que *realmente* quieres —dijo, con un ligero temblor, como si se estuviera conteniendo para no devorarme. No quería que se contuviera.

—Fóllame —dije, mis mejillas ardiendo por la crudeza de mis palabras—. Haz que lo olvide todo excepto a ti.

Sus ojos se oscurecieron mientras asentía. Entró en acción como un pura sangre al que por fin se le da rienda suelta. Mi ropa fue arrancada de mi cuerpo, y escuché más de una costura crujir cuando Quinton se tomó mis palabras a pecho.

Su boca era áspera cuando besó y mordisqueó cada centímetro de mi piel recién expuesta. No dejó ni una parte de mí sin tocar. Sus dientes se cerraron sobre el punto donde mi cuello y mi hombro se encuentran, mientras sus manos agarraban mis costados. Cubrió mi pecho con besos abiertos y húmedos, y sus dedos se hundieron en mis muslos. Tomó mi mano, chupó mi dedo en su boca mientras agarraba mis pechos desnudos y pellizcaba mis pezones con fuerza hasta que dolían.

Cuando finalmente se retiró para quitarse su propia ropa, jadeé, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas podía oír mis propios pensamientos. Mi interior *palpitaba*.

Absorbí su imagen, ávida de más, mientras se desabrochaba la camisa, sus dedos volaban tan rápido que casi se difuminaban ante mi mirada. Su pecho era aún más hermoso de lo que recordaba, musculoso y cubierto de vello oscuro. Y su tatuaje. Ahora sabía lo que significaba. Su amor por su hija, eternizado en su piel. Por mucho que lo ocultara, yo conocía la verdad. Quinton era un hombre que sentía profundamente y amaba intensamente. Y eso solo me hacía desearlo más.

Arrojó su camisa a un lado, se bajó los pantalones y los bóxers de un tirón y me ofreció la vista que había estado esperando. Había tenido sueños con su miembro. Estaba duro como una piedra, excitado y tenso, y me permití sentir orgullo de que esto fuera para mí. La prueba física de que me deseaba.

Sacó un preservativo de su cartera, se unió a mí en la cama, y tan pronto como estuvo a mi alcance, tuve que tocarlo. Su pecho, sus hombros, sus brazos, mis dedos recorriendo músculos y calor y toda esa fuerza que normalmente mantenía tan firmemente controlada.

Aquí, conmigo, se dejaba ir.

Besó mi cuello descendiendo hacia mi clavícula, con besos duros y minuciosos, como si quisiera saborear cada centímetro. Sus manos estaban de nuevo en mis piernas, esta vez separándolas, y cuando sus dedos rozaron mis pliegues, hizo una pausa lo suficientemente larga para que yo asintiera. Entonces me tocó - con caricias lentas y pausadas que hicieron que mi respiración se detuviera y mis muslos temblaran.

—Quinton —jadeé, no queriendo que se detuviera, pero necesitando más.

Pero él comprendió.

—Túmbate —dijo, con su voz como grava y humo.

Lo hice.

Rasgó el envoltorio del preservativo y se lo puso rápidamente, sus ojos apenas me abandonaron, como si temiera que pudiera desaparecer si apartaba la mirada.

Cuando finalmente se movió sobre mí y nuestros cuerpos se alinearon, me quedé sin aliento de nuevo.

—He pensado en esto —murmuró, con la frente pegada a la mía—. Tantas veces. Cómo se sentiría tenerte de nuevo.

—¿Y ahora?

Entró lentamente, dándome tiempo, dándomelo todo. Solté un jadeo, mis manos se cerraron alrededor de sus bíceps, encontrando apoyo en su peso cálido y firme.

—Ahora es mejor de lo que había imaginado —dijo contra mis labios.

Nos movimos juntos, comenzando con un ritmo lento y fluido que sentía como una conversación que solo nuestros cuerpos podían mantener. Cada embestida, cada suspiro, cada nombre susurrado estaba cargado de todo lo que no habíamos dicho: anhelo, rabia, dolor, esperanza.

Sus manos se entrelazaron con las mías por encima de mi cabeza, los dedos firmemente entretejidos. —Grace —dijo, como una promesa. Como una oración.

Lo atraje más cerca con mis piernas, me dejé llevar de la única manera que conocía: primero el cuerpo, luego el corazón. Pero en algún momento, esas dos cosas se difuminaron.

Aumentó la velocidad, dándome lo que le había pedido, cambiando la ternura por la pasión. Hice todo lo posible por guardar cada sensación en mi memoria, por si no pudiera tenerlo así otra vez. El agarre firme de sus manos sobre las mías. El peso de su cuerpo fuerte, su vello en el pecho rozándome. Su cintura esbelta, donde mis muslos le aferraban. Y allí, justo en el centro de mi ser, la dilatación y la fricción, cada embestida tan profunda que me hacía jadear, su pelvis golpeando contra mi clítoris.

Llegamos al clímax juntos, sin aliento y temblando, aferrándonos el uno al otro como si significara algo. Como si nosotros significáramos algo.

Después no se apartó. No buscó su ropa ni la armadura que normalmente llevaba puesta. Se quedó.

La habitación estaba tranquila, excepto por el sonido de nuestra respiración, el suave tictac del reloj de pared y el viento que susurraba contra las ventanas, como si conociera todos nuestros secretos.

Quinton yacía a mi lado, con un brazo detrás de la cabeza y el otro descansando sobre mi cintura, sus dedos jugando perezosamente con la curva de mi cadera. Su cuerpo era cálido, firme,

reconfortante. Me sentía como recién calibrada - la piel vibrante, el corazón aturdido, el cerebro aún no del todo preparado para procesar todo lo que acababa de ocurrir.

Giró la cabeza hacia mí, con los ojos entreabiertos, suaves en los bordes. —Eso ha sido... —Exhaló brevemente—. Joder. Ha sido increíble.

Sonreí, una sonrisa pequeña, cansada y un poco aturdida. —Sí. Lo ha sido.

Se inclinó y rozó con sus labios mi hombro. Un beso, no apresurado ni hambriento esta vez, solo perezoso y cálido, como si estuviera intentando memorizar el sabor de mi piel.

—He intentado mantener las distancias —dijo en voz baja—. Pero creo que ya no quiero hacerlo.

Se me cortó la respiración, una tonta esperanza empezó a brotar antes de que él hubiera terminado de formular su pensamiento.

—No busco nada complicado —continuó—. Pero... quiero esto. Nosotros. Tal como estamos ahora.

—¿Tal como estamos ahora? —pregunté, aunque ya sabía a qué se refería.

Asintió. —Solo nosotros. Sin presiones. Sin expectativas. Solo... cuando lo deseemos. Cuando se sienta correcto.

Besó mi clavícula otra vez, esta vez más lentamente. —Tendríamos que mantenerlo en secreto. Especialmente del personal. Rebecca se volvería loca.

Sentí cómo mi corazón se encogía al oír su nombre. Rebecca. Mi amiga. Su secretaria. Ella había sido amable conmigo cuando aún estaba adaptándome a este lugar.

Debió de notar cómo me tensaba, porque su mano se deslizó hacia arriba para acunar mi mejilla. —Eh. Seremos cuidadosos. Nadie tiene por qué saberlo.

Asentí. —Vale.

Su frente se arrugó ligeramente. —¿Segura?

—Sí —dije, demasiado rápido—. Yo también quiero esto.

Y así era. Al menos eso creía.

Lo deseaba. Quería este momento. Quería ser importante para alguien, ser tocada y vista y abrazada. Y ahora, en esta cama, con sus brazos alrededor de mí y su voz suave en la oscuridad, se sentía como suficiente.

Como más de lo que había tenido en años.

Entonces sonrió, esa rara y torcida sonrisa que hacía revolotear mi estómago. Se inclinó y me besó de nuevo —suave, lento, prolongado. Luego rodó sobre su espalda y me atrajo hacia él, para

que pudiera apoyar mi cabeza en su pecho. Sus dedos encontraron los míos y se entrelazaron, como si fuera lo más natural del mundo.

Me permití fingir que era más de lo que realmente era. Que lo que él ofrecía —esta versión secreta y superficial de nosotros— era suficiente.

Había organizado la boda de ensueño de una organizadora. Los invitados seguían bailando abajo, felizmente ignorantes del caos necesario para crear este tipo de magia. Y yo estaba en la cama con Quinton Sullivan, sintiéndome cálida y deseada y no sola.

Se sentía como una victoria.

Aunque algo en lo profundo de mí susurraba que seguía haciéndome pequeña. Que seguía conformándome con menos.

Pero no escuché esa voz. Esta noche no. Porque esta noche yo era la chica que conseguía todo lo que quería.

Aunque no fuera todo lo que necesitaba.

Capítulo Veinte

Quinton

La reunión de personal era una pérdida de tiempo.

Me recosté en mi silla y observé los tubos fluorescentes parpadeantes sobre mí con el tipo de aburrimiento distante que viene de demasiadas reuniones y demasiadas discusiones logísticas que no necesitaban mi aportación. Normalmente me saltaba estas cosas y dejaba que Chris se ocupara de los detalles, mientras enviaba a Rebecca en mi lugar. Estaba sentada a mi lado como un doloroso recordatorio de mis errores. Pero venir a la reunión era una excusa para ver a Grace.

—Te estás cansando —dijo Rebecca, girando su cuerpo hacia mí.

Me encogí de hombros, nada entusiasmado con su tono familiar.

—Me acosté tarde —respondí. Grace y yo habíamos abandonado la suite después de que todos los invitados a la boda y el personal se hubieran ido a dormir, así que nadie nos vio escabullirnos. Volví a mi suite, con el cuerpo cansado, pero con la mente acelerada. No había dormido mucho.

La boda había terminado. Los invitados estaban contentos. La reputación del Sullivan Lodge se mantenía intacta. Debería haberme sentido aliviado.

En cambio, me sentía inquieto.

Grace no estaba aquí, y la reunión del personal estaba a punto de comenzar. Probablemente estaba supervisando la última limpieza del salón de baile o controlando a los proveedores. Trabajaba hasta el agotamiento, revoloteando por el albergue como un fantasma y resolviendo problemas antes de que pudieran surgir. No me dejaría plantado otra vez. Si no por mí, porque tenía aquí un trabajo que amaba, y no creía que lo abandonara así sin más.

Y anoche...

Me removí en mi silla, con la mandíbula tensa. No era el sexo lo que me rondaba la cabeza, aunque mi cuerpo aún zumbaba de satisfacción. No, era la conversación que habíamos tenido después.

No debería haberle pedido que lo mantuviera en secreto. Pero no sabía cómo *no* pedírselo. Ya estaba demasiado involucrado. Había tanto que considerar. Tenía que mantener a una secretaria, pensar en Emma, pero sobre todo, quería ver hacia dónde irían las cosas antes de abrirme, para no volver a salir herido.

Una parte de mí quería preguntarle a Grace por qué no había llamado, pero me parecía tan... necesitado. Sabía la razón; no quería compromisos, igual que yo. Y es lo que estábamos haciendo ahora, pasar un buen rato.

Solo tenía que ignorar esa parte traidora de mí que susurraba que quería algo más con Grace. Ella se había metido bajo mi piel hace un año y seguía ahí. Quizás incluso más profundo. La forma en que trataba a Emma...

Di un respingo sorprendido cuando Chris, el director general, se puso al frente de la sala y dio una palmada. Había estado tan absorto en mis pensamientos que casi olvidé dónde estaba.

—Bien, ahora que la boda ha quedado atrás, vamos a hablar sobre la fiesta de fin de año del personal —dijo sonriendo—. Os lo habéis ganado.

Hubo un murmullo de aprobación, cansado pero entusiasta.

Chris señaló una pizarra. —Tenemos algunas ideas, pero quería abrir el turno de palabra. Si alguien tiene sugerencias, ahora es el momento.

La puerta chirrió en medio de la frase, y cada pensamiento en mi cabeza se detuvo en seco.

Grace se deslizó silenciosamente, como si no acabara de absorber todo el oxígeno de la sala. Llevaba el pelo recogido en un moño suelto, con algunos mechones rebeldes enmarcando su rostro y las mejillas sonrojadas, como si hubiera estado corriendo. Dedicó una

sonrisa rápida y de disculpa a toda la sala y se dirigió directamente hacia el asiento vacío al otro lado de la mesa, sin mirarme.

Pero *yo* sí la miré. No pude evitarlo.

Cada célula de mi cuerpo parecía recalibrarse en su dirección. El latido hueco de mi pecho disminuyó, como si algo hubiera vuelto a encajar en su sitio solo porque ella estaba allí. Completa. Presente.

No ausente.

Debería haber apartado la mirada. Debería haberme concentrado en Chris, en la pizarra, en literalmente cualquier otra persona. En cambio, me quedé observándola sentada —con la espalda recta, las manos perfectamente colocadas sobre su regazo, como si no hubiera llegado segundos tarde y completamente ajena al daño que acababa de causarle a mi pulso.

No me dirigió ni una mirada. Pero la sentía.

Y me golpeó, de repente y con más fuerza de la que estaba preparado —que, si me hubiera vuelto a hacer el fantasma, si hubiera decidido que lo de anoche fue un error, si se hubiera marchado sin decir palabra...

Aparté la mirada, con la mandíbula tensa, el corazón latiendo demasiado rápido para alguien sentado en una sala de conferencias hablando sobre temas para una fiesta.

Sin compromisos, me recordé. *Solo diversión. Solo esto.*

Algunas personas empezaron a sugerir opciones —Izzy propuso una noche de karaoke, Marcus una excursión de esquí, y entonces Rebecca intervino:

—¿Qué tal alquilar un bar en la ciudad? Hay un sitio genial en Main Street que prepara unos cócteles increíbles.

—¿Quinton? —me preguntó Chris por mi opinión, pero yo solo me encogí de hombros. La verdad es que me daba igual adónde fuéramos.

Entonces Chris chasqueó los dedos, sus ojos se iluminaron.

—¿Qué tal las cuevas marinas? —sugirió—. Es una caminata corta y en invierno se ven increíbles. Después podríamos hacer una pequeña hoguera en la playa.

Al otro lado de la mesa, Grace se quedó paralizada.

No habló, no se movió en su silla, pero la sutil tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos se agarrotaron alrededor del bolígrafo que no había usado durante toda la reunión, me lo dijo todo.

Me enderecé en mi asiento, mi pulso se disparó.

Grace odiaba las cuevas. Les tenía miedo. Sus padres habían muerto en una, y yo no la pondría en una situación en la que tuviera miedo o en la que tuviera que perderse la fiesta del personal. Se había

dejado la piel durante las últimas semanas y se merecía esa celebración tanto como cualquier otro, si no más.

Todavía podía oír su voz en mi cabeza. —*No me gusta sentirme atrapada.* Algo me decía que lo había dicho en más de un sentido.

La idea de que se sintiera así hizo que mi pecho se oprimiera.

—No haremos nada con las cuevas —dije y mi voz sonó más cortante de lo que pretendía.

Chris parpadeó. —Oh. Vale. ¿Por qué no?

Busqué una razón que no señalara directamente a Grace. No era mi tarea compartir información tan personal con nadie, y si lo hiciera, surgirían preguntas sobre cómo lo sabía.

—Riesgo de seguridad —dije, gesticulando vagamente—. Si alguien se hace daño ahí fuera, será un problema. Hagamos algo más fácil de manejar.

Chris frunció el ceño, pero no protestó. —Vale, eh... hay ese nuevo restaurante en la ciudad. ¿El que tiene un bar en la terraza?

Asentí. —Eso funcionará.

A mi lado, Rebecca soltó un bufido irritado. Chris cambió de rumbo y siguió adelante, pero apenas escuché el resto de la discusión.

Eché un vistazo a Grace. Seguía mirando sus notas vacías, parpadeando intensamente, como si no hubiera esperado que alguien interviniera. Su garganta se movió con una leve deglución, y sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas, no por vergüenza, sino por alivio. Pero no me miró.

Odiaba lo rápido que había reaccionado, lo rápido que había saltado para protegerla de algo que ni siquiera me había pedido que la protegiera.

No era mi tarea.

Y sin embargo, seguía convirtiéndolo en mi tarea.

¿Y lo peor? Una parte enferma y egoísta de mí disfrutaba sabiendo algo sobre ella que nadie más conocía. Que yo estaba lo suficientemente cerca, lo suficientemente íntimo como para conocer ese secreto.

Pero no podía permitirme admitirlo - ni aquí, ni ahora.

Junto a mí, el móvil de Rebecca vibró con una llamada entrante y ella salió de la sala para atenderla.

La reunión terminó, el personal salió en tropel, charlando sobre la fiesta. Me quedé rezagado, fingiendo revisar mi móvil, esperando a ...

—Hola.

Levanté la mirada.

Grace estaba a unos metros de distancia, con las manos entrelazadas frente a ella, sus ojos serenos.

No llevaba su habitual ropa de trabajo; en lugar de aquellos vestidos profesionales que más de una vez había fantaseado con arrancarle del cuerpo, vestía un grueso jersey color crema y vaqueros, con el pelo recogido en un moño suelto.

Quería hundir mis manos en él.

Se acercó más. —Por lo que Chris ha propuesto —dijo en voz baja—. Sé por qué has dicho que no.

Me froté la nuca, sintiéndome de repente incómodo. —No fue para tanto. Las cuevas eran una idea terrible de todos modos.

Su boca se curvó en una pequeña sonrisa vacilante. —Gracias —susurró.

Era absurdo lo mucho que esa palabra me desconcertaba.

Ni siquiera pude responder. No podía hacer otra cosa que mirarla —el rubor en sus mejillas, la forma en que atrapaba su labio inferior entre los dientes, como si quisiera decir algo más.

Quería besarla otra vez.

Quería llevarla a una de las habitaciones vacías y perderme en ella como anoche.

Pero entonces ...

—Quinton.

La voz de Rebecca cortó la habitación como una cuchilla. Instintivamente di un paso atrás, todo mi cuerpo se tensó mientras me giraba hacia ella. Estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados y los labios apretados en una fina línea de enfado. Sus ojos se desplazaron de mí a Grace y de vuelta, con algo afilado y conocedor en su expresión.

—Te necesitan arriba—dijo ella, su voz goteaba frustración apenas disimulada.

Asentí con la garganta apretada.

Cuando me giré otra vez hacia Grace, la calidez en sus ojos ya se había enfriado, su sonrisa se desvanecía como si nunca hubiera existido.

—Tu padre viene de camino para verte—continuó Rebecca.

Me di la vuelta, formándose en mi estómago un vacío tan grande que pensé que podría caer a través de él.

Capítulo Veintiuno

Quinton

Caminaba por el pasillo con Rebecca a mi lado, su tableta presionada contra su pecho como un escudo. Se movía rápidamente para mantener mi ritmo, sus tacones resonaban sobre el mármol como el tictac de un reloj. O de una bomba de tiempo.

—¿Quiere que le envíe a Chris el número final de asistentes para la reserva de la terraza? —preguntó mirándome.

—Sí. Y asegúrese de que el restaurante sepa que habrá barra libre durante las dos primeras horas —añadí—. Después tendrán que pagar ellos.

Rebecca asintió. —Entendido.

Abrí la puerta de mi despacho y ya me estaba aflojando la corbata, la euforia post-Grace apenas se había disipado en mi pecho. No me percaté de la figura sentada en la silla de visitantes hasta que entré completamente.

Padre.

El aire cambió. Se volvió más cortante.

Rebecca se quedó parada detrás de mí. No necesitaba mirarla para saber que tenía los ojos muy abiertos. Todo el mundo se ponía un poco tenso cerca de mi padre —era el tipo de hombre que hacía enmudecer las habitaciones con su mera presencia.

—Sr. Sullivan —dijo ella, enderezándose.

La boca de mi padre se torció en algo que parecía una sonrisa, pero que se sentía más bien como una advertencia. —Rebecca, ¿verdad?

Ella asintió cortésmente. —Sí, señor.

Sus ojos la examinaron —profesionales, calculadores, siempre evaluando—. —Inteligente. Guapa. Si sigues contratando secretarias como esta, hijo, quizás por fin llegues a casarte.

Vergonzoso, considerando lo que habíamos hecho aquí dentro antes.

Mi mandíbula se tensó. —Déjalo.

Rebecca se removió incómoda. —Simplemente os dejaré... espacio para hablar.

Salió discretamente y cerró la puerta tras ella. No me pasó desapercibido el breve destello de incomodidad en su rostro cuando pasó junto a mí.

Mi padre tenía ese efecto. Veía a las personas como piezas de ajedrez, útiles o no, sin término medio. Mi madre también había sido su secretaria una vez. Antes de que se casara con ella. Hubo amor, pero también pragmatismo. Transacción.

Me dejé caer en la silla detrás de mi escritorio, frente a él como en una entrevista de trabajo para la que nunca había postulado.

Mi padre se reclinó y ajustó su puño con meticulosa precisión, como si hasta sus prendas debieran obedecerle. Slater Sullivan no alzaba la voz para imponer su voluntad; empleaba el silencio como arma, dejándolo extenderse y enroscarse a tu alrededor hasta que lo llenabas con todas las palabras que él quería oír.

Me negué a darle esa satisfacción.

Nos miramos fijamente, esperando a que el otro cediera. Con mis hermanos mayores, las interacciones de papá eran como partidas de ajedrez. Pero su paciencia para los juegos parecía disminuir con cada hijo. Cuando llegó a mí, blandía un garrote. Uno contra el que había afilado mi resistencia durante toda mi vida.

Él cedió primero.

—Supongo que no has olvidado —dijo con despreocupación, como si de alguna manera hubiera ganado de todos modos— que el plazo termina dentro de dos semanas.

Mi estómago se tensó. Sabía exactamente a qué se refería, pero no le di la satisfacción de preguntar.

Continuó de todos modos. —La cláusula de herencia. Mi retirada de mi imperio.

Apreté los dientes. —Lo recuerdo.

—¿Lo haces? —Su tono se volvió afilado como un bisturí—. Porque te comportas como un hombre que tiene suficiente tiempo que derrochar. Y ya no lo tienes. Si no estás casado antes de fin de año, no solo perderás tu parte. También se trata del sustento de tus hermanos. —Sus ojos brillaron, sabía exactamente dónde atacar—. ¿Realmente quieres ser la razón por la que lo pierden todo?

Me resistí. —Se las arreglarán. Todos hemos tomado buenas decisiones financieras con nuestros salarios y fondos fiduciarios. Eso es lo que nos enseñó.

Me dedicó una sonrisa fría y sin humor. —¿Crees que tus hermanos no lo notarán? Piénsalo de nuevo. Aquí no hablamos de calderilla. Estamos hablando de cinco empresas multinacionales y mil millones de dólares cada una. Todo está en juego porque *tú* no eres capaz de comprometerte.

Mi sangre hervía bajo mi piel. Ya había escuchado este discurso antes, pero no por ello dolía menos.

—No tengo que casarme con nadie solo para marcar una casilla —dije secamente.

—Entonces perderás muchísimo más que solo dinero. —Sus ojos oscuros, que todos los hermanos habíamos heredado, estaban fríos como el hielo.

¿Acaso me estaba amenazando con excomulgarme también? Mamá no cedería ante esta exigencia en particular. No estaba tan seguro con mis hermanos, pero quería creer que eran mejores hombres que mi padre.

—Es usted irrazonable —dije mientras me reclinaba en mi silla, tamborileando los dedos sobre el reposabrazos. Podía soltar tantas amenazas vacías como quisiera.

Slater arqueó una ceja sin inmutarse. —Estoy asegurando la longevidad del legado Sullivan.

Resoplé. —Si se trata del legado, ya tienes uno. Emma existe.

Su boca se tensó, pero no lo negó. —Emma merece estabilidad —dijo en su lugar—. Una madre. Una familia completa.

Apreté los dientes, mi corazón latiendo más rápido. —Tiene estabilidad. Me tiene a mí. No estamos incompletos solo porque no haya una mujer en mi cama.

La mirada de papá se agudizó. —¿Entonces piensas criarla solo para siempre?

—Si es necesario.

Negó con la cabeza, inclinándose hacia adelante, su voz baja y mordaz. —¿Crees que te lo agradecerá? ¿Crecer y ver cómo vuelves solo a casa cada noche, sin delicadeza en el hogar, sin nadie con quien compartir la carga? Emma merece más amor que eso, y tú también.

Me eché hacia atrás, incapaz de reprimir mi reacción y de mostrar la serenidad que sabía debía tener ante mi padre. De todas las heridas que podría haber atacado, tuvo que elegir precisamente esa. Viniendo de otro hombre, quizás habría resultado conmovedor, pero no podía creer que de repente se hubiera ablandado.

Me levanté de un salto de mi silla y me dirigí a la ventana. —Esto no tiene que ver con el amor. Se trata de control. Has vinculado la herencia de todos entre sí para poder mantenernos a raya.

Mi padre ni se inmutó. —Ya estarías casado si no hubieras estado jugando durante años con cada mujer que te miraba. Has mostrado tu inmadurez con tu reacción cuando esa mujer te abandonó, y nunca has madurado.

Me di la vuelta hacia él. —¿Acaso sabes cómo se sintió? ¿Ver cómo me dejaba con un recién nacido? ¿Saber que nunca sería suficiente para hacer que se quedara?

Mamá había estado allí, me había ayudado a cambiar los pañales de Emma, a darle de comer, a bañarla, cuando lo único que yo quería era meterme en un agujero y morir. Pero no podía hacerlo porque no quería abandonar a Emma también.

Su rostro permaneció como esculpido en piedra. —¿Y quieres que Emma sienta eso? ¿Que se pregunte por qué su padre se niega a construir un verdadero hogar?

La lucha me abandonó y dejó un vacío del que llevaba huyendo ocho años. Me froté los ojos, el agotamiento me golpeó como un tren de mercancías.

—Actúas como si pudiera chasquear los dedos y hacer aparecer una esposa por arte de magia.

Papá inclinó la cabeza, su voz más baja, casi pensativa. —¿De verdad no hay nadie? ¿Ni una sola mujer de tu larga lista de relaciones fallidas con quien te puedas imaginar pasando el resto de tu vida?

La respuesta llegó inmediata e indeseada.

Grace.

La revelación casi me derribó. Me hundí en mi silla.

Grace, quien a pesar de todos los obstáculos, consiguió organizar una boda por pura fuerza de voluntad. Grace, quien me confió su cuerpo, pero custodiaba su corazón como una fortaleza. Grace, por quien ya daba volteretas para protegerla, me lo pidiera o no.

Mi garganta se sentía oprimida.

—Hay alguien —admití, con la voz ronca.

No pareció sorprendido. —Entonces haz algo al respecto.

No podía, no como papá quería. Grace merecía más que presión y ultimátums. Merecía tener opción. Seguridad. Un compañero que no viniera con un reloj en cuenta atrás y un pasado destrozado. No podía obligarla a nada, no con ella.

Porque por mucho que la deseara, por mucho que pudiera imaginar cómo sería una vida con ella... seguía teniendo miedo. Miedo a que desapareciera, como lo había hecho la última vez. Miedo a perderla también si me entregaba por completo a ella. Y no estaba seguro de poder sobrevivir a eso otra vez.

Negué con la cabeza. —Quiero hacerlo bien. No precipitarme solo para cumplir tu plazo.

Sus ojos se oscurecieron, su mandíbula se crispó por la frustración. —Has tenido años para hacerlo bien. No voy a dejar que me manipules para darte una escapatoria. Estoy harto de esperar.

No me creía. Y nos castigaría a todos por ello. Por primera vez, realmente miraba fijamente al cañón del arma con la que papá nos amenazaba. Todos nos las arreglaríamos, pero mis hermanos también tenían familias. Esposas, bebés y más en camino.

—No es justo vincular las herencias —espeté—. ¿Si yo no me caso, por qué deberían pagar mis hermanos?

Slater se levantó y se alisó la chaqueta, una señal de que la conversación había terminado.

—Porque tú eres el que se niega a madurar.

Se dio la vuelta y se marchó sin decir una palabra más. Me desplomé en mi silla, con el pecho subiendo y bajando violentamente.

La puerta se abrió casi inmediatamente de nuevo, y me pasé una mano por la cara.

—¿Y ahora qué?

—Solo... he traído el contrato para la fiesta de empresa para que lo firme —dijo Rebecca, entrando en el despacho con una hoja de papel. Eso podría haber esperado.

Apenas le dirigí una mirada, mi cabeza aún dándome vueltas. —Déjelo sobre el escritorio.

Se quedó un momento más de la cuenta.

Cuando por fin levanté la mirada, ella lucía su habitual expresión cortés, pero sus ojos brillaban heridos. Le había dado demasiadas libertades cuando nos acostamos. No estaba acostumbrada a ser tratada como una empleada. No era mi problema.

La despedí y ya me estaba volviendo hacia mi ordenador cuando se escabulló de la habitación.

Pero incluso cuando se fue, la incomodidad persistió.

No era Rebecca a quien veía cuando cerraba los ojos. No era ninguna de las mujeres con las que había perdido años de mi vida mientras me convencía de que estaba mejor solo.

Era Grace. Su risa, su terquedad, los hoyuelos cuando sonreía, la forma en que me miraba como si yo fuese algo más que la suma de mis cicatrices. No solo me sentía atraído por ella, me estaba enamorando. Profundamente. Irrevocablemente.

Y eso me aterrorizaba. Porque por primera vez desde el nacimiento de Emma, quería más. No solo alguien con quien volver a casa, sino *ella.* Y quererla significaba arriesgar mi corazón de nuevo.

Solo tenía que ser lo suficientemente valiente para hacerlo.

Capítulo Veintidós

Grace

Me había buscado un rincón tranquilo en la cafetería del albergue, con el portátil abierto, el planificador desplegado a su lado y un café con leche de vainilla medio bebido que se enfriaba junto a mí. De vez en cuando levantaba la vista y sonreía a los clientes que hacían cola para comprar café y pasteles, saludando con la cabeza a los empleados que recordaba vagamente de la semana de orientación. En teoría, debería estar ultimando los detalles para el evento benéfico de Quinton del mes siguiente.

En su lugar, estaba obsesionada con el hombre que constantemente reordenaba los muebles de mis emociones.

—Grace, ¿tienes un momento?

Levanté la mirada y vi a Chris allí de pie, con el móvil en la mano y una amable sonrisa en su rostro.

—Por supuesto —sonreí y me enderecé—. ¿Qué ocurre?

—Me gustaría tu opinión para la fiesta de personal —dijo, apoyándose en la mesa—. El restaurante que queremos reservar ha preguntado si deseamos un tema y, bueno, si alguien puede asesorar sobre esto, eres tú.

—Oh claro, me encantaría hacer una lluvia de ideas —dije. Como si mi cabeza no estuviera ya lo bastante llena. No es que me molestara.

—Lo único que se me ocurrió fue algo tipo "País de las Maravillas Invernal", pero eso ya fue el enfoque de la decoración del albergue y creo que los empleados podrían necesitar algo más fresco —se encogió de hombros.

—Quizás deberíamos hacer lo contrario, crear una atmósfera completamente tropical —sugerí, convenciéndome a mí misma de que no era porque tenía Santa Lucía en mente. No, definitivamente no estaba intentando averiguar qué versión de Quinton era la auténtica. Y más importante aún, en cuál podía confiar.

—Es una idea brillante. —Chris sonrió radiante—. Y no te preocupes, no te molestaré más con esto. El restaurante se encargará del resto; te mereces un descanso.

—Gracias, Chris, eres muy amable. Pero si quieres que le eche un vistazo, no me importa —dije, como si mi plato no estuviera ya

rebosante. Pero no soportaba no ayudar cuando había algo que podía hacer.

—Hasta los adictos al trabajo necesitan una noche libre —dijo, girándose ya para marcharse. No tuve oportunidad de refutar la idea. No era que dependiera del trabajo para mi bienestar, simplemente no tenía mucho más.

O quizás sí. Todo este asunto con Quinton... Suspiré. Felicidad y preocupación batallaban dentro de mí, cada sentimiento intentando ganar tanto terreno como fuera posible. Habían pasado tantas cosas en las últimas —comprobé la hora— quince horas.

El sexo increíble, la exigencia de Quinton de que debíamos mantenerlo en secreto, la reunión de personal...

Mis dedos quedaron inmóviles sobre el teclado.

Las cuevas.

Quinton había cambiado el lugar del evento por mí. Sin discusión, sin argumento, simplemente... acción. No debería haber significado tanto como lo hizo, pero así fue. Él no tenía por qué adaptarse a mí. No me debía eso. Pero lo había hecho de todos modos, en silencio, como si no quisiera que yo supiera cuánto había escuchado.

Esa era la parte que siempre me hacía tropezar.

En un momento estaba dentro de mí, murmurando cosas que hacían que todo mi cuerpo doliera de la mejor manera posible. Al siguiente,

descartaba todo como una mala idea. No la noche, no; no parecía en absoluto que se arrepintiera de eso, sino la idea de cualquier otra cosa. Todo lo real. Todo lo que pudiera implicar sentimientos verdaderos.

Y sin embargo.

Había evitado que la fiesta se celebrara en las cuevas. Me había sonreído cuando nadie más miraba. Me había mirado como si quisiera devorarme y luego me había dicho que nadie debía saberlo.

Cerré mi portátil y presioné los dedos contra mis sienes. ¿Qué era esto exactamente?

—Tierra llamando a Grace —canturreó alguien. Era Marcus, sosteniendo dos cafés y equilibrando un scone sobre uno de ellos—. ¿Todo bien? Parece que estuvieras teniendo un debate mental con tu café con leche.

—Algo así —dije con una risa seca—. Solo estoy intentando... concentrarme.

—¿Es... sobre el jefe? —preguntó vacilante.

Me esforcé por ocultar mi reacción, mientras la preocupación me atenazaba la garganta. —¿A qué te refieres? —pregunté manteniéndome deliberadamente neutral.

—Hubo un momento ayer en el vestíbulo, parecía como si conocieras a uno de los huéspedes —se atrevió a decir, como si deseara no

mencionarlo, pero no pudiera evitarlo.

—Ah, eso —dije, recordando la emoción de la protección de Quinton, la forma en que me había respaldado cuando mi ex intentó humillarme. Era difícil creer que eso hubiera sido apenas ayer—. Sí, ese tipo era mi ex, un auténtico capullo, y Quin... el Sr. Sullivan fue tan amable de ayudarme a que se marchara.

—Hmm. Vale —dijo. Sabía de dónde venía su escepticismo. Quinton no era precisamente el tipo que ayudaba a cualquier empleado así sin más—. Así que no hay nada entre vosotros...

Tragué incómoda. —Ya sabes cuáles son las normas, Marcus. Y apenas conozco al Sr. Sullivan.

No era mentira en absoluto. Pero igualmente me sentía culpable como el pecado mismo.

—Sí —dijo—, por supuesto.

Siguió una pausa incómoda.

—Debería volver al trabajo —dije, forzándome a sonreír.

—Claro, nos vemos luego —dijo él con un asentimiento antes de marcharse. Lo observé mientras se iba, sintiéndome como una completa imbécil. Me caía bastante bien Marcus y no quería que saliera herido. Pero el secreto que guardaba era más importante que sus sentimientos.

Volví a abrir mi agenda, pero todo lo que podía ver eran las cosas que Quinton no había dicho. Se acumulaban como correos sin responder en mi cerebro. Ningún —*esto significó algo para mí*—. Ninguna explicación sobre por qué no me había llamado. Solo la orden de que no podíamos dejar que nadie lo supiera y la vaga garantía de que me había escuchado —en silencio, sin palabras— cuando eliminó las cuevas de la agenda de la fiesta.

Odiaba lo mucho que significaba para mí ese único gesto. Como una mujer hambrienta agradecida por las migajas.

Porque aquella noche que compartimos no había sido nada insignificante. No era una becaria ingenua que confundía el deseo con el amor, pero conocía la química. Sabía distinguir entre alguien que te utiliza y alguien que se pierde en ti. Quinton no había sido indiferente. No cuando me besaba como si quisiera memorizar el sabor de mi boca. No cuando susurraba mi nombre como si le doliera dejarlo escapar.

No quería volver a sufrir. No podía.

La manera en que desapareció después de nuestra primera noche, el dolor de pensar que me habían usado y desechado como un número equivocado... esas heridas no habían sanado, no realmente. Si me enamoraba de él y volvía a hacer lo mismo, no estaba segura de poder recuperarme de cometer el mismo error dos veces.

Pero. *Pero.*

La forma en que me tocaba. La forma en que me había mirado cuando me protegió de Rupert. La forma en que su voz se volvió ronca cuando dijo: —*Entonces dejemos de fingir.*

No tenía por qué preocuparse. Pero lo hacía. Y aunque él tuviera miedo, aunque yo tuviera miedo, no podía fingir que no quería más. Sí quería. No solo más sexo, aunque *Dios, sí,* definitivamente eso también. Sino más conversaciones a altas horas de la noche. Más miradas de reojo. Más... *de él*.

Tal vez no necesitaba definirlo ahora mismo. Quizás no necesitaba protegerme asumiendo lo peor. Tal vez podría simplemente dejarme llevar. Permitir que se desarrollara naturalmente. Sin expectativas, sin presión. Solo posibilidades.

—¿Grace?

Levanté la mirada sobresaltada. Rebecca estaba a unos metros de distancia, con los brazos cruzados, su expresión tensa con algo entre preocupación y dolor. Me puse de pie.

—Hola —dije parpadeando—. ¿Está todo bien?

Dudó, luego dio un paso más cerca y bajó la voz. —Sé lo de Quinton y tú.

Las palabras cayeron como una piedra en mi estómago.

—¿Qué? —logré articular, mi voz apenas audible.

Su mandíbula se tensó. —No mientas. Te vi. En el vestíbulo ayer. Y en la boda, cuando desapareciste. Pensé que quizás estaba imaginando cosas, pero... —su voz se quebró ligeramente—. No soy tonta.

La culpa me inundó tan rápido que me mareé. —Rebecca, lo siento. Yo... no quería que te enteraras así.

La mirada que me lanzó lo decía todo.

Así que *era* verdad.

Abrí la boca, sin saber qué iba a decir realmente: ¿una explicación? ¿Una disculpa? ¿Una negación que no se sostendría?

—Lo siento —repetí—. Sé que debes sentirte herida...

Rebecca soltó una risa amarga. —No te disculpes conmigo. Deberías disculparte contigo misma.

Fruncí el ceño. —¿Qué?

Se acercó aún más, bajando la voz hasta convertirla en un susurro afilado. —¿Crees que Quinton está siendo sincero contigo?

Reaccioné irritada ante la acusación, aunque la duda carcomía mi interior. —Lo está siendo.

Rebecca negó con la cabeza. —Eres un trampolín. Eso es todo.

—¿De qué estás hablando? —me defendí.

Inclinó la cabeza, su voz se suavizó como si me compadeciera. —¿Te ha contado lo de la herencia?

Mi pulso se aceleró. —¿Qué herencia?

—Mmm, me lo imaginaba. —Su sonrisa era tensa, fría—. Su padre le obliga a casarse si quiere recibir su parte de la empresa. Necesita una esposa. Y como tu pequeño affaire comenzó justo cuando ese plazo está llegando a su fin...

Me estremecí y negué con la cabeza. —Eso es... ridículo. ¿Qué clase de padre haría algo así?

—No has conocido a Slater Sullivan —dijo con una sonrisa autosuficiente jugando en sus labios—. Llevo mucho más tiempo en esto que tú, Grace. Sé cómo funcionan los Sullivan. Solo les importa el dinero y el legado; el resto de los mortales somos simples peones en su juego.

—Quinton no es así —dije, aferrándome a la desesperada esperanza de tener razón.

—Tú sabes lo que me hizo, cómo me desechó como si no fuera nada en cuanto se dio cuenta de que no me conformaría con que me utilizara —Rebecca arqueó las cejas—. Si realmente crees eso, solo espera. Espera hasta que de repente quiera profundizar en la relación. Hable sobre el futuro. Empiece a moverse rápido. Ahora está bajo presión de tiempo.

Odiaba cómo sus palabras se deslizaban en mi mente, enroscándose alrededor de cada parte frágil de mí. La última vez que consideré

algo más profundo con Quinton, fui desechada como si nunca hubiera significado nada.

Enderecé los hombros. —Siento cómo te trató y creo que merecías algo mejor. Pero esto no es lo mismo.

Nunca había visto que Quinton mostrara a Rebecca ni siquiera un pequeño porcentaje del mismo afecto y protección que me había mostrado a mí. A eso tenía que aferrarme.

Rebecca se encogió de hombros y se dio la vuelta. —Ya me creerás bastante pronto.

Antes de que pudiera responder, una vocecilla resonó por todo el café.

—¡Gracie!

Emma atravesó el café a toda prisa, sus rizos oscuros rebotando, sus ojos iluminándose al verme.

Me puse en cuclillas para recibirla, mi pecho se tensó cuando ella se lanzó a mis brazos.

—Hola, pequeña —susurré mientras la abrazaba con fuerza.

Emma se aferró a mí, con sus pequeños brazos salvajes e implacables. Cuando por fin me soltó, miró por encima de su hombro y su rostro se ensombreció.

Su mirada se fijó en Rebecca, y su labio se crispó con evidente disgusto.

—¿Por qué estás aquí? —exigió saber.

Rebecca se tensó, sus mejillas se sonrojaron. —Trabajo aquí.

Emma se volvió hacia mí, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello como si estuviera reclamando su territorio. —No me cae bien —susurró lo bastante alto para que Rebecca pudiera oírla.

Me estremecí y le acaricié el pelo. —Emma, eso no es amable.

—Pero es verdad —murmuró, acurrucándose más cerca.

La mandíbula de Rebecca se tensó y, sin decir una palabra más, desapareció por el pasillo.

Abracé a Emma, con el corazón dolido mientras su pequeño cuerpo se acurrucaba contra el mío.

Ella merecía a alguien estable. Alguien que no se marchara.

Y quizás Rebecca tenía razón: tal vez yo era una necia al pensar que esa persona podría ser yo.

Capítulo Veintitrés

Grace

Seis días después, el ascensor se deslizaba hacia la suite de Quinton con un suave zumbido, pero mis nervios estaban lejos de estar tranquilos.

Me balanceaba de un pie a otro mientras observaba cómo los números iluminados subían, mi reflejo fragmentado en las brillantes puertas. Nunca había estado en su suite. Solo ese pensamiento hacía que mi estómago revoloteara nervioso, excitado e inseguro.

Era Nochebuena. Y me había invitado a cenar.

En otras circunstancias, estaría flotando. ¿Una cena privada con el hombre del que me había enamorado en secreto? Una noche a solas en su suite, lejos del bullicio y las expectativas del albergue, con

luces parpadeantes en los árboles del exterior y la promesa de quizás algo más?

Dios, habría estado encantada.

Pero ahora... ahora mi alegría tenía un borde. Un latido sordo y persistente de duda que no podía sacudirme, sin importar cuántas veces intentara convencerme de que no importaba.

La revelación de Rebecca resonaba en mi cabeza. Había dicho que él necesitaba una mujer para obtener su herencia. Y todo lo que mi cerebro podía decir era: *¿No te parece conveniente que seas tú?*

Me habían obligado a mantener la discreción. Podría perder mi trabajo si le contaba a alguien sobre nosotros.

No se lo había preguntado. No quería hacerlo. Porque, ¿y si ella tenía razón?

Y aun así, durante los seis días desde que ella lo dijo, había vuelto a él una y otra vez.

Una y otra vez.

Nunca hablábamos de ello. De nosotros. De lo que hacíamos. Pero tampoco podíamos mantenernos alejados el uno del otro. Cada vez que nos tocábamos, sentía como si me cayera por un precipicio: sin aliento, salvaje, demasiado y no suficiente a la vez.

No era solo sexo, aunque *Dios mío*, el sexo era increíblemente bueno. Era la forma en que me miraba cuando pensaba que yo no prestaba atención. La forma en que me abrazaba después, como si no quisiera soltarme. La forma en que su voz se suavizaba al decir mi nombre.

No había mencionado nada sobre una relación. Pero tampoco se había distanciado. Si acaso, se había acercado más. Y ahora me había invitado a cenar.

Apreté con más fuerza la botella de vino que había traído, como si pudiera anclarme.

Quería esto. Lo quería a *él*. Quería más que el calor, la química y el sexo alucinante. Quería creer que él también sentía algo. Que no se trataba de su herencia o de algún calendario del que no quería hablarme.

Quería que fuera real. Pero no estaba segura de si podía confiar en lo que teníamos.

El ascensor sonó. Su planta. Respiré hondo, salí y me dirigí a su puerta —mi corazón latía con fuerza, los miedos susurraban, la esperanza más alta que ambos.

Quinton abrió la puerta con esa media sonrisa que siempre me descolocaba un poco demasiado fácilmente.

—Hola —dijo, su voz baja, cálida. Y antes de que pudiera decir una palabra, me atrajo hacia él por la cintura y me besó —lentamente, demorándose, no solo un hola, sino algo más. Algo que envió calor a

través de mi pecho sandte e hizo que mis dedos agarraran la botella de vino con más fuerza.

No se apresuró. Su boca se movía sobre la mía con una tranquila seguridad, como si tuviera toda la noche y quizás más tiempo.

Cuando finalmente se apartó, su frente descansaba contra la mía. —Me alegro de que hayas venido.

Yo también, quería decir. Realmente lo estaba. Pero las palabras se enredaron en el borde de mi miedo.

En lugar de eso, me aparté, eché un vistazo a su lujosa suite y de repente me sentí inadecuada. Me obligué a sonreír y ofrecí la botella de vino entre nosotros. —No me dijiste que debía traer algo elegante.

—No tenías que traer nada en absoluto. —La cogió con una suave risita, sus dedos rozaron los míos antes de apartarse a un lado—. Pasa. Déjame enseñártelo todo.

Entré en la suite y tuve que recordarme no quedarme boquiabierta. El lugar era... bueno, exactamente lo que debería haber esperado de un hombre como Quinton Sullivan. Techos altos, rica madera oscura y piedra, ventanales enormes con vistas panorámicas al océano, suavemente matizadas por la nieve. Los muebles parecían sacados de una revista — elegantes, caros, increíblemente acogedores. Todo olía ligeramente a cedro y leña, cálido y limpio.

—Este sitio es increíble —dije metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo antes de extenderlas y pasar los dedos por la suave

encimera de mármol o el borde de la chimenea de piedra.

Se rascó la nuca casi con timidez. —La mayoría de las veces no estoy aquí el tiempo suficiente para notarlo. Pero pensé... si íbamos a cenar, no quería que pareciera trabajo.

Mis ojos se desviaron hacia la mesa de comedor junto a la ventana. Estaba puesta para dos. Servilletas de lino blanco, cubiertos pulidos, velas altas y parpadeantes que hacían brillar las copas de cristal. Un pequeño arreglo de hojas perennes se encontraba entre los platos, adornado con arándanos, rosas rojas y diminutas piñas. Romántico. Íntimo. Intencionado.

La esperanza se hinchó en mi pecho, tan plena que dolía. Pero justo al lado, el miedo se retorcía.

Porque esto parecía una cita. Como algo importante. Como algo real. Y una parte de mí —que Dios me ayude— quería creer que era exactamente eso.

Pero entonces las palabras de Rebecca volvieron a aparecer. «*Necesita una esposa.*»

Intenté leer su expresión mientras me mostraba el lugar. Había afecto en la forma en que me miraba, en cómo tocaba la parte baja de mi espalda al pasar. Pero también había algo más. Una tensión en sus hombros. Un destello de vacilación en sus ojos. Como si estuviera intentando hacer esto perfectamente y no estuviera seguro de lograrlo.

Lo que significaba que quizás yo no era la única que estaba nerviosa.

Nos sentamos a cenar como una pareja de verdad. Quinton retiró mi silla y me sirvió una copa de vino, moviéndose con la misma tranquila seguridad que llevaba como una segunda piel. Levantó las campanas plateadas de los platos con un pequeño gesto, como si estuviera orgulloso de sí mismo, y honestamente, debería estarlo. La comida tenía un aspecto increíble. Pato asado con un glaseado brillante, patatas perfectamente crujientes y verduras que desprendían aroma a romero, ajo y calidez.

—¿Has cocinado todo esto tú solo? —le provoqué mientras observaba la comida.

Sonrió. —¿Qué me ha delatado? ¿El hecho de que nada esté quemado?

—Ni siquiera un poquito —dije, sonriendo a pesar de los nervios que revoloteaban en mi pecho—. Estoy impresionada.

—El chef Francois me debía un favor —dijo, tomando asiento frente a mí—. Aunque yo mismo me he encargado de emplatar.

Me reí, y se sintió natural, fácil incluso. Como si fuéramos dos personas en una cita, no dos personas que se escabullían a escondidas tras puertas cerradas y evitaban el contacto visual en público.

Sirvió vino en mi copa. —Por la Nochebuena —dijo, levantando su propia copa—. Y por conseguir por fin más de tres horas de sueño.

Choqué mi copa contra la suya. —Por eso brindo.

Los primeros bocados fueron celestiales. Cálidos, sabrosos, contundentes. Me observaba con una silenciosa satisfacción, como si hacerme feliz fuera una victoria para él. Y durante un rato, me dejé llevar. Me permití sentirme vista.

—Bueno —dijo tras una pausa—. ¿Cuál es el mejor evento que has organizado jamás?

Mastiqué lentamente y me obligué a concentrarme. —Probablemente una petición de mano sorpresa en un glaciar de Alaska. En medio de la nada. El chico que iba a pedir matrimonio perdió el anillo de camino hacia arriba, y tuve que gatear por la nieve para encontrarlo mientras él distraía a su novia. Pero mereció tanto la pena al final. Nunca he visto a dos personas tan felices.

Se rio, con los ojos brillantes. —Por favor, dime que encontraste el anillo.

—Lo encontré, pero me había dejado los guantes en el barco y casi pierdo un dedo en el proceso —dije, agitando los dedos para enfatizar.

Su sonrisa se ensanchó. —Y aun así aquí estás. Sigues haciendo magia. Sigues salvando el día.

Me encogí de hombros, de repente incómoda con el elogio. —Solo es logística. Resolver problemas es la mitad del trabajo.

—La mayoría de las personas no manejan el caos así —dijo, con un tono más suave ahora—. No solo resuelves problemas. Haces que la gente se sienta segura.

Miré mi plato, perdiendo el apetito. El cumplido era demasiado... demasiado tierno. Demasiado cercano a las partes de mí que mantenía ocultas.

Al principio, él no pareció notar el cambio.

—¿Echas de menos el crucero? —preguntó mientras cogía su copa de vino. Dio un sorbo y me miró por encima del borde de la copa. ¿Era esto algún tipo de prueba? ¿O simplemente estaba siendo paranoica?

—A veces —dije, decidiendo ser sincera. Estaba harta de mentiras—. No es que no me guste estar aquí. Tiene sus ventajas... —Miré a Quinton a los ojos. Si mis dudas fueran infundadas, él sería *la* ventaja. Quería confiar en él desesperadamente.

—Oh, me lo puedo imaginar —dijo. El coqueteo goteaba de sus palabras como miel. Inclinó la cabeza—. Pero está bien echarlo de menos. Cuéntame sobre ello.

Dios, ¿por qué tenía que ser tan atento justo ahora? Era como un sueño hecho realidad, pero todo lo que podía hacer era esperar a que cayera el martillo.

—Son más las personas que cualquier otra cosa. He trabajado casi una década en ese barco. Era familiar. Y participaba mucho en las actividades —expliqué.

—¿Cuál era tu actividad favorita? —Parecía realmente interesado.

—Las clases de baile de salón para principiantes siempre eran divertidas —dije, sonriendo ante el recuerdo—. Normalmente me emparejaban con algún anciano que recordaba una época en la que la música era música de verdad y los hombres se vestían con elegancia.

Se rio, y quise bañarme en ese sonido. Pero cuanto más tiempo pasaba, más se me anudaba el estómago. Todo esto era demasiado perfecto para ser real.

—¿Bailas? —preguntó dando un sorbo de vino—. O sea... ¿baile de salón de verdad?

Negué con la cabeza mientras movía la comida con el tenedor. —No, a menos que alguien fuerte lleve la iniciativa. Pero me va bastante bien así.

—Me lo creo —dijo con una sonrisa amable—. Seguramente brillarías en el tango. Con toda esa precisión.

Intenté devolverle la sonrisa, pero se sintió como una grieta en el cristal.

Siguió hablando, intentando sacarme de mi caparazón. —Emma y yo tenemos una pequeña tradición navideña. Yo compro la mezcla de cacao más horrorosa que encuentro, ella le añade doce nubes de azúcar, y vemos *Elf* en pijama. Este año me está obligando a llevar astas de reno.

Era desgarradoramente dulce imaginar a esa maravillosa niña creando recuerdos con su padre. Me recordó a un recuerdo olvidado hace tiempo. Mi propio padre, levantándome sobre sus hombros para que pudiera colocar la estrella en la punta del árbol, mientras me contaba la historia de las tradiciones navideñas. Llevaba unas astas en la cabeza. Yo siempre chocaba la cara contra ellas.

—Eso es dulce —dije, pero mi voz sonó más débil de lo que pretendía.

Se dio cuenta esta vez. Frunció el ceño. —Oye. —Dejó su tenedor—. ¿Estás bien?

Levanté la mirada, sobresaltada.

—Quiero decir... hace cinco minutos estabas riendo —dijo—. Ahora parece que estés a un millón de kilómetros de distancia.

Tragué saliva. —Sí. Solo estoy... cansada. Ha sido una semana larga.

Su mirada sostuvo la mía, como si estuviera intentando decidir si debía insistir o no. Su voz se suavizó. —¿Es algo que yo haya hecho?

Odiaba lo mucho que dolía esa pregunta. Porque no, no era algo que él hubiera hecho. No exactamente. Era lo que no había dicho. Lo que nunca decía.

Quería estirarme sobre la mesa y tomar su mano. Quería creer que esto era real, que la cena romántica y las preguntas reflexivas y las miradas silenciosas significaban algo más.

Pero hace seis días Rebecca me había mirado a los ojos y había dicho: *—Tu pequeña aventura comenzó justo cuando se acercaba ese plazo.* Y no podía ignorarlo.

—No —dije rápidamente—. No has hecho nada.

Me estudió, profundizándose el pliegue entre sus cejas. Dejó la copa de vino lentamente, sus dedos permanecieron en el tallo, como si necesitara un momento para ordenar sus pensamientos.

—No te he invitado aquí solo para comer —dijo Quinton, con la voz ahora más baja. Un hilo de tensión corría por debajo, tirando de algo en mi pecho—. Hay algo de lo que quería hablar contigo.

Mi estómago se hundió. La luz de las velas capturaba el borde de su perfil, todo ángulos e intención. Su mandíbula se tensó ligeramente.

—He estado pensando mucho —continuó, con los ojos fijos en la mesa entre nosotros—, sobre nosotros. Sobre lo que estamos haciendo.

Dios mío. ¿Era esta la parte en la que me decía que todo había terminado? O peor aún, ¿era donde me decía que quería algo más?

Levantó la mirada, un destello de nerviosismo se asomó tras su habitual seguridad. —Grace, lo que pasa entre nosotros... no es solo físico. No para mí. He intentado mantener cierta distancia, pero no funciona. No puedo dejar de pensar en ti, y no quiero seguir fingiendo que esto no significa nada.

Mi pulso se entrecortó. Debería haber sido todo lo que quería oír. Pero no sonaba como el Quinton que conocía, y todo lo que podía escuchar era la advertencia de Rebecca.

—Espera —dije, reclinándome en mi silla—. Antes de que sigas, necesito preguntarte algo.

Sus cejas se fruncieron. —Vale...

—¿Es cierto —pregunté intentando mantener la voz tranquila— que solo recibirás tu herencia si estás casado?

Su expresión cambió al instante. Primero sorpresa. Luego algo más duro. A la defensiva.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, las palabras lentas, cautelosas.

Algo se rompió dentro de mí. Había esperado —rezado— que la respuesta fuera no. Que él parpadeara confundido y dijera: *¿De qué hablas?* Que se riera y lo descartara como un ridículo rumor familiar.

Pero en su lugar, intentó averiguar cómo lo sabía yo. Mi corazón se hundió. Mi apetito desapareció.

—Así que es verdad —susurré.

—Grace, no es ... —comenzó, extendiendo su mano sobre la mesa.

Me encogí hacia atrás. —Entonces, cuando dijiste que esto no era solo físico... ¿qué, era esa tu estrategia? ¿Introducirme suavemente en la siguiente fase para poder cerrar el trato?

Se quedó paralizado. —No. Dios, no. No es eso.

¿Cómo podía creerle? Ya me había mentido. Me había apartado una vez. Y conocía el número que había hecho con Rebecca. Era una idiota por haberle defendido. Y le debía una disculpa a Rebecca.

—¿De verdad? —pregunté, las palabras saliendo ahora más rápido, más afiladas—. Porque de repente quieres hablar de sentimientos. De repente me preparas la cena y me miras como si... como si estuviéramos construyendo algo, y todo lo que oigo en mi cabeza es esa voz que dice que tienes un plazo y que yo soy práctica.

Su rostro se contrajo, herido y frustrado. —Esto no se trata de conveniencia. ¿Crees que hago esto con cualquiera? ¿Crees que invito a mujeres a mi vida, a mi espacio —en Nochebuena— porque necesito mil millones de dólares?

Me sentí mal. Realmente mal, con retortijones de estómago. No podía imaginar que fuera tanto dinero. ¿Y quién demonios rechazaría tanto dinero?

—No sé qué pensar —dije levantándome demasiado rápido—. Porque si esto es real, ¿por qué no me lo dijiste simplemente? ¿Por qué me dejaste entrar aquí a ciegas?

—No te lo dije —respondió tenso—, porque no quería que se tratara de eso. No quería que pensaras que tenía algo que ver con la

herencia.

—Pero lo tiene —dije, apenas más alto que un susurro—. Por mucho que le des vueltas, esto sobrevuela todo. Y ahora no puedo confiar en si lo que sientes tiene que ver conmigo... o con lo que puedo hacer por ti.

Su silla chirrió al echarse hacia atrás. —¿Así que qué... piensas que te estoy utilizando? ¿Que todo esto ha sido un largo engaño para cumplir con las exigencias de mi padre?

—¡Cómo puedo pensar otra cosa! Teníamos un acuerdo y de repente hablas de sentimientos de la nada —dije, con la voz demasiado alta, el corazón latiendo con demasiada fuerza.

Me miró fijamente, respirando con dificultad. —Quería decirte que quería más. Que me estoy enamorando de ti. Y en lugar de escuchar eso, solo has oído un trato sobre la mesa. Creo que todo esto es solo una excusa conveniente para huir de tus propios sentimientos.

Las palabras golpearon como un puñetazo en las costillas. Mi visión se nubló. Estaba dándole la vuelta a todo, convirtiéndome en la villana de su fallido intento de engancharme.

—No puedo con esto —dije con voz ronca.

No dijo nada cuando me dirigí a la puerta. Me detuve con la mano en el pomo, esperando, rezando para que dijera algo que me hiciera quedarme.

Pero cuando me di la vuelta, él ya se había desconectado. Su rostro no mostraba expresión alguna, sus ojos estaban fríos, todo rastro de vulnerabilidad se había esfumado. Como si yo nunca hubiera significado nada.

Me deslicé fuera de la suite, la puerta se cerró suavemente tras de mí, dejando mi corazón al otro lado.

Capítulo Veinticuatro

Grace

Era Navidad. La mañana después del colapso de todo.

El albergue estaba sumido en un silencio que se sentía incorrecto, como si todo el edificio contuviera la respiración. En algún lugar de la planta baja probablemente habría huéspedes bebiendo sidra junto al fuego, desenvolviendo regalos caros y riendo con sus familias. Pero aquí arriba, sola en mi habitación, parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama, con las rodillas pegadas al pecho, observando cómo la nieve giraba frente a la ventana.

Debería haber sido hermoso. La forma en que las luces del albergue parpadeaban a través de la tormenta, proyectando un cálido resplandor sobre la interminable extensión blanca. Pero todo lo que podía ver era una prisión. Un lugar del que no podía huir lo suficientemente rápido. Un lugar que ahora parecía impregnado de recuerdos que no quería tener.

Había intentado dormir. Intentado comer. Intentado fingir que hoy era solo un día más. Pero mis pensamientos giraban siempre en torno al mismo desagüe, y el dolor en mi pecho no cedía.

Así que había hecho lo único que me hacía sentir segura. Llamé a la única persona que nunca me había pedido nada excepto honestidad.

Apreté el móvil contra mi oreja, mi voz demasiado baja. —Feliz Navidad, Capitán.

—¿Grace? —Su voz retumbó como un faro a través del ruido, áspera pero familiar—. No me lo creo. Pensaba que estabas demasiado ocupada viviendo el sueño como para llamar a un viejo lobo de mar como yo.

Entorné los ojos y solté una risa seca. —No estoy precisamente viviendo un sueño.

—Cuéntame —dijo él, sin reproche en su tono, solo preocupación.

Así que lo hice. Le conté todo.

Quinton. La relación secreta. La herencia. La ruptura. Cómo se había cerrado por completo, como si yo no fuera nada. Intenté mantener mi voz firme, pero las grietas se dejaban entrever. El Capitán Murray no me interrumpió, no me presionó. Simplemente me dejó hablar.

Omití la parte en la que me derrumbé en el pasillo después de salir de la suite de Quinton, llorando tan intensamente que no podía respirar. O cómo pasé el resto de la noche mirando al techo, intentando convencerme de que no había arruinado mi única oportunidad de tener algo auténtico.

Cuando terminé, el Capitán dejó escapar un silbido bajo. —Suena a un buen lío.

—Eso es quedarse corto —dije con la garganta tensa.

Se quedó callado por un momento, con el suave rumor de las olas de fondo. —Grace... ¿estás segura de que no abandonaste el barco demasiado pronto?

Mi pecho se desmoronó. —Me mintió.

—Parece que entró en pánico.

Fruncí el ceño y abracé mis rodillas con más fuerza. —Eso no importa. No puedo quedarme aquí.

—Bueno, el asunto es, pequeña —dijo con suavidad—, que no volveremos a Bar Harbor hasta Nochevieja. Se avecina una tormenta y no sería seguro atracar antes.

Tragué saliva, con el corazón hundido. —¿Una semana entera?

—Me temo que sí.

De repente todo me presionaba, asfixiante. Una semana. Una semana entera fingiendo que no me importaba. Una semana entera viéndole en los pasillos o evitándole por completo.

Una semana entera de silencio donde antes hubo algo maravilloso.

Se formó un nudo en mi garganta, pesado e imposible de tragar.

Sabía que no debía enfadarme. El Capitán no era una escotilla mágica de escape. No podía chasquear los dedos y desaparecer del barco como si nada de esto hubiera ocurrido.

Tendría que quedarme.

Me acurruqué, el dolor se extendía como escarcha a través de mis costillas.

—Quizás sea lo mejor —dijo el capitán, con voz más suave ahora—. Quizás sea una oportunidad para hablar con él. Para aclarar las cosas.

—No hay nada que aclarar —susurré, con la voz quebrada.

—¿Estás segura de eso?

Apoyé mi frente sobre mis rodillas temblorosas. —No puedo... no puedo pasar por esto otra vez.

Pensaba que ya había tocado fondo. Pensaba que me había resignado a que el amor era un cuento de hadas que otras personas tenían permitido vivir. Pero esto era peor. Porque por un breve momento con Quinton se había sentido real.

Y ahora lo había perdido. Igual que perdí a mis padres. Igual que perdí a mi abuelo. No estaba hecha para ser feliz o para ser amada, y ahora ni siquiera podía ser útil.

Esto no era solo un corazón roto. Era duelo. Un nuevo tipo que se superponía al antiguo, crudo y familiar. Y lo peor era saber que me había permitido tener esperanza. Había abierto una puerta que había jurado mantener cerrada. Había creído —por un momento imprudente y estúpido— que podría ser el hogar de alguien. Peor aún. Que él podría ser el mío.

—Solo quiero volver —susurré, mientras las lágrimas rodaban de nuevo por mis mejillas—. Solo quiero regresar al barco y olvidar que esto ha pasado.

El capitán suspiró, un sonido profundo y lastimero. —Vale, pequeña. Estaré aquí cuando pase la tormenta.

—Gracias —dije, con la voz apenas un suspiro. Colgué el teléfono, que se deslizó de mis dedos mientras me recostaba sobre los cojines.

La suite estaba en silencio, la nieve caía con más intensidad frente a la ventana.

Debería estar trabajando hoy. Ayudando con el brunch, repartiendo cestas de regalo, sonriendo y asegurándome de que las vacaciones de otras personas fueran perfectas como en un libro de cuentos. Pero había llamado para decir que estaba enferma. No podía fingir hoy. Ni siquiera un poco.

Cerré los ojos y dejé que la soledad me bañara, me engullera por completo.

Quinton

Dos días después de Navidad, me quedé mirando fijamente la pantalla del ordenador, los informes trimestrales se difuminaban hasta convertirse en simples cifras inútiles. El día de Navidad había logrado mantener la compostura, fingiendo felicidad por Emma mientras funcionaba como si Grace hubiera arrancado mi corazón palpitante del pecho y lo hubiera aplastado.

Nunca debería haberme abierto a ella, nunca debería haber creído que podría tener una relación de nuevo. Esa lección debería haberla aprendido del último intento.

Habría sido más fácil si la herencia me importara. Podría haber organizado una esposa de conveniencia como mis hermanos. Y a diferencia de ellos, yo habría podido mantener mi corazón cerrado y la mirada fija en el premio. Al menos así habría sido útil. Habría

salvado la herencia y habría evitado que mi padre quemara todo el legado. Pero incluso ahora no podía preocuparme por eso.

No podía pensar ni sentir más allá del vacío doloroso en mi pecho.

Grace se había ido.

Técnicamente todavía estaba aquí. En algún lugar del albergue, quizás incluso en el mismo maldito edificio. Pero bien podría estar a mil kilómetros de distancia.

Me froté los ojos y me recliné en mi silla, el cuero crujió bajo mi peso. Y en mi momento de debilidad, llamé a mi hermano mayor.

El teléfono sonó tres veces antes de que Grant contestara, su voz ronca por la sorpresa.

—¿Q? ¿A qué debo este placer?

Hacía mucho tiempo que no me llamaba así. Tragué saliva.

—Solo necesitaba... hablar —dije, con la voz áspera incluso para mis propios oídos.

Hubo una pausa, y luego el susurro de movimiento.

—¿Emma está bien?

—Ella está bien —dudé—. Soy yo el que no está bien.

Un momento más de silencio. Entonces Grant, seco como siempre, dijo: —Ah, genial. Un milagro navideño. Quinton Sullivan por fin admite que es humano.

—No debería haber llamado —dije, sin ánimos para aguantar bromas amistosas.

—Lo siento —dijo. Quién hubiera pensado que Grant Sullivan podría disculparse. Su mujer le había ablandado. Y eso no era una queja. —¿Qué ocurre?

Le expliqué todo el lío, que me había enamorado de Grace y que ella me había dejado.

—Eres un idiota —crepitó la voz de Grant por el altavoz.

—Gracias, eso ayuda mucho —murmuré pellizcándome el puente de la nariz.

—Lo digo en serio, Q —dijo Grant—. No entiendo por qué estás sentado en ese despacho autocompadeciéndote, en lugar de arreglarlo.

—Porque no hay nada que arreglar. —Mi voz sonaba apagada—. No confía en mí. Y no creo que siquiera estuviera interesada en una relación.

—Y quizás tú le diste un motivo para ello —dijo Grant sin rodeos—. Le mentiste. Por tu descripción, no era una mujer con miedo al compromiso. Pensaba que la estabas utilizando.

—No mentí —repliqué—. Solo... no le conté todo.

Grant resopló. —Lo mismo digo, hermano —Su voz se tornó seria—. Mira, lo entiendo. Tienes miedo. Has tenido miedo desde que Lauren se fue. Y quizás no quieras admitirlo, pero lo que tuviste con Grace... fue más que cualquier cosa que hayas tenido desde entonces.

No dije nada. No había nada que decir.

—Y ahora estás haciendo lo que siempre haces —continuó Grant—. Huir. Desconectar. Fingir que no sientes nada para no tener que enfrentarte a ello.

—Ya lo hizo una vez, dejarme cuando parecía que la relación iba a alguna parte —confesé.

—El pasado no tiene por qué determinar el futuro —observó, y no sonaba como mi hermano mayor, quien hace apenas un año nunca se había preocupado por otra cosa que no fuera cumplir con las expectativas de papá—. Te rindes demasiado fácil. A veces hay que luchar por el amor.

Me pasé la mano por la cara; la presión no hizo nada para aliviar el dolor de cabeza que palpitaba detrás de mis ojos. —No importa. El plazo vence en unos días y no me voy a casar. Todos perderemos la herencia. Por eso te he llamado.

Mentía. Había querido que alguien me hiciera sentir mejor, y ahora que Grant lo intentaba, ya no quería nada de eso.

—A ninguno de nosotros nos preocupa el dinero —dijo—. Nos preocupas tú.

Apreté la mandíbula y miré por la ventana mientras la nieve se acumulaba cada vez más alta en el terreno. Eso lo empeoraba. El hecho de que mis hermanos me perdonarían. Que no les importaba si perderíamos la fortuna, las empresas, el imperio. El hecho de que aún quisieran tenerme cerca después de haberles fallado.

—Pensé que podría lograrlo —dije en voz baja y las palabras salían de mi cuerpo como si fueran astillas—. Pensé que si no me acercaba demasiado, podría funcionar. Pero yo... —Mi voz se quebró. Tragué con dificultad—. La dejé entrar en mi corazón.

La voz de Grant se suavizó. —Eso no es algo malo, Q.

—Sí lo es, cuando se trata de mí. —Las palabras salieron con más dureza de lo que pretendía. Podía sentir cómo la grieta en mi armadura se hacía más grande, todo lo que había intentado encerrar estaba fluyendo hacia dentro—. No sé cómo amar a alguien sin estropearlo todo.

—Entonces aprende —dijo Grant—. Empieza ahora. Empieza con ella.

—Fue un error —dije, con el pecho oprimido—. No debería... no debería haber dejado que llegara tan lejos.

—Eres un cabrón terco —dijo Grant, con un tono cargado de afecto —. Pero la quieres.

Me estremecí, apartándome de la ventana, alejándome de la verdad. —Tengo que colgar —murmuré y finalicé la llamada sin esperar respuesta.

Mi mano flotaba sobre el teléfono y estaba tentada a pulsar el botón de rellamada. Para preguntarle a Grant cómo arreglarlo. Pero no había nada que él pudiera decir que cambiara lo que ya había estropeado.

Permanecí sentada durante mucho tiempo, con el pulso martilleándome la piel, antes de pulsar el intercomunicador.

—Rebecca, ¿puedes entrar?

La puerta se abrió casi inmediatamente y Rebecca entró, con el rostro cuidadosamente inexpresivo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con voz tensa.

—Reserva un vuelo —dije secamente—. A algún lugar lejano. No importa dónde. Esta noche.

Se puso rígida. —¿Te vas?

Asentí, sin atreverme a decir nada más.

Rebecca me miró fijamente, sus dedos entrelazándose. —¿Y si...? —Tragó saliva con dificultad y dio un paso más cerca—. ¿Y si en vez de eso nos casáramos?

Parpadeé mirándola. —¿Qué?

—Si necesitas una mujer para la herencia —dijo con voz temblorosa —, ¿por qué no yo? —Se forzó a reír, pero sonó quebrada—. Quizás recuerdes lo bien que estábamos juntos. Quizás tú...

—No —dije. La palabra sonó cortante y definitiva.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué no?

Negué con la cabeza, se me cerró la garganta. —Porque sería una mentira.

La expresión de Rebecca se rompió como porcelana, su pecho subía y bajaba mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se dio la vuelta sin decir una palabra más, pero sus hombros temblaban cuando salió.

Todo lo que hacía era herir a la gente.

La puerta se cerró tras ella con un clic, dejándome solo. Me quedé sentado, entumecido y temblando, mientras la nieve azotaba el cristal. Se estaba gestando una tormenta.

Y todo en lo que podía pensar era en Grace. Su sonrisa. Su risa. La manera en que se había dejado caer en mis brazos aquella noche en

Santa Lucía, como si por fin se sintiera lo suficientemente segura como para quebrarse.

Entrecerré los ojos y presioné las palmas de mis manos contra ellos hasta que las estrellas explotaron detrás de mis párpados. Recordé cómo me había mirado la mañana siguiente, como si fuera alguien en quien se podía creer. Recordé lo bien que se sentía ser visto, realmente visto.

Y recordé cómo esa mirada desapareció en el momento en que se dio cuenta de que le había ocultado la verdad.

Intenté apagar mi corazón, no sentir absolutamente nada. Pero no pude. Grace llenaba las grietas, quisiera yo o no.

Capítulo Veinticinco

Grace

Después de otro día lamiendo mis heridas en mi habitación, me obligué a regresar a la vida. Y de inmediato tropecé con la siguiente catástrofe.

Rebecca estaba llorando.

La noté inmediatamente al entrar en el vestíbulo, su figura hundida en uno de los sillones junto a la chimenea. Sus hombros temblaban. Sin pensarlo, crucé la habitación, con el corazón doliéndome por ella.

A pesar de todo, todavía me importaba. No podía apagar este instinto de consolar a las personas. Ella había intentado advertirme sobre Quinton, y la había ignorado. La había herido.

—¿Rebecca? —Me arrodillé junto a ella y toqué su brazo—. ¿Qué ocurre?

Se encogió y se limpió rápidamente la cara. —No es nada —sollozó —. Estoy bien.

—Evidentemente no estás bien —dije con suavidad—. Habla conmigo.

Rebecca tragó saliva, su mirada se dirigió hacia las puertas de cristal. La tormenta se acercaba rápidamente, el viento ya azotaba los árboles de fuera.

Apretó sus labios temblorosos, como si no quisiera pronunciarlo. Pero entonces me miró y su rostro se descompuso.

—Es Emma —susurró con voz ronca—. Ha desaparecido.

Me quedé paralizada.

—¿Qué? —De repente mi pulso se aceleró.

—Se ha escapado —dijo Rebecca con pánico en su voz—. Se enteró de que tú y Quinton habíais roto, y estaba tan alterada. Quinton ha ido tras ella. Cree que podría haber ido a las cuevas de la bahía.

El mundo comenzó a tambalearse.

Las cuevas. La tormenta. El agua helada.

Mi pecho se contrajo con tanta fuerza que dolía. Contra mi voluntad, imaginé a mis padres, aplastados bajo toneladas de rocas, llenos de dolor y luchando por respirar. Mi abuelo no podía mirarme a los ojos cuando me dijo que no volverían.

Ahora Emma. Y Quinton.

Mi garganta ardía, el pánico me oprimía, me asfixiaba. La tormenta de fuera aullaba entre los árboles, golpeando contra la cabaña como una advertencia.

Podría perderlos a ambos. Igual que perdí a mis padres. Puede que Quinton me hubiera utilizado, pero todavía me preocupaba por él. Dios me ampare, aún le quería.

Mi visión se nubló, mi corazón martilleaba como un tambor de guerra. Pero no me derrumbé. No me quedé paralizada. Me puse en pie.

—Llama a la Guardia Costera —ordené, mientras ya corría hacia la puerta—. Voy a buscarlos.

No esperé para ver si seguía mis instrucciones. Necesitaba llegar a las dos personas que más me importaban en el mundo. Me precipité por las puertas hacia el viento cortante. La tormenta tiraba de mí, pero no me detuve. No podía detenerme.

Porque hoy no moriría nadie. No si yo podía evitarlo.

El frío me golpeó como una bofetada en la cara. El viento aullaba, tiraba de mi abrigo, me arrancó la capucha antes de que siquiera hubiera alcanzado el borde del aparcamiento. La nieve y el aguanieve azotaban lateralmente, pinchando como pequeñas agujas cada centímetro de piel desprotegida. Agaché la cabeza, apreté los dientes y seguí adelante.

Cada paso era una lucha.

La nieve se había transformado en un blanco arremolinado, borrando el sendero que llevaba al camino hacia la bahía. Mis botas resbalaban sobre ventisqueros apisonados y hielo oculto. En una ocasión resbalé y me sujeté con las palmas de las manos en un montón de nieve, que inmediatamente se filtró a través de mis guantes. Mis dientes castañeteaban violentamente, mi respiración salía en bocanadas superficiales y frenéticas que se convertían en vapor y desaparecían con el viento.

Apenas podía ver nada. Los árboles —normalmente tan familiares— se alzaban como extraños en la niebla. Las ramas crujían sobre mí, gimiendo bajo el peso de la nieve y el viento. Una se rompió con un desagradable chasquido detrás de mí, pero no me giré.

El sendero se estrechaba y descendía hacia el mar. Lo seguí a ciegas, con el corazón martilleando contra mis costillas. El viento olía a sal y hielo y algo ancestral. Agujas de hielo desgarraban mi rostro. La nieve se filtraba por las costuras de mi chaqueta, entumeciendo mis brazos y piernas. Cada músculo me gritaba que me detuviera, que diera media vuelta.

Pero no podía.

Emma solo era una niña. Quinton era... Dios, era muchas cosas. Pero no merecía morir aquí fuera. No en la oscuridad. No en el mismo infierno donde habían desaparecido mis padres.

El sendero giró bruscamente y el viento aumentó, convirtiéndose en un rugido estridente en mis oídos. El olor a agua salada se intensificó, agudo y metálico. Bajé tropezando por la pendiente rocosa hacia la bahía, mis botas resbalaban sobre las piedras húmedas y el musgo viscoso del mar. El océano aparecía a fogonazos —agua oscura y furiosa que se estrellaba contra la orilla, espuma que se lanzaba sobre las rocas.

Casi me di la vuelta. Casi.

Pero entonces pensé en la risa de Emma. Las flores secas que me había dado, como si fueran un tesoro. Cómo se había quedado dormida en mis brazos, con tanta confianza.

La veía ante mí —pequeña y asustada e intentando ser valiente. Y a Quinton. Había visto cómo la miraba, como si ella fuera todo el mundo para él. Como me había mirado también a mí, cuando sus muros se agrietaban y olvidaba tener miedo.

No podía perderlos.

Llegué al pie del sendero, casi derrumbándome por el esfuerzo. La arena estaba medio congelada, formando una costra dura y helada sobre el barro y las rocas. La tormenta se arremolinaba sobre los acantilados, con nubes como moratones sobre mí. Descubrí la apertura de la cueva: baja y negra en la pared rocosa, con olas rompiendo a pocos metros de su borde.

El pánico ascendió caliente en mi pecho, ahuyentando el frío por un latido. Luego, otra ola golpeó contra las rocas, tan fuerte que sentí como si el suelo temblara.

Grité sus nombres al viento. Sin respuesta.

La garganta oscura de la cueva bostezaba ante mí, hambrienta e infinita. Me quedé allí, temblando tan fuerte que apenas podía mantenerme en pie, mientras cada instinto gritaba: no entres. Pero no podía detenerme ahora. No cuando estaba tan cerca. No cuando ellos podrían estar ahí dentro.

Di un paso tembloroso hacia adelante. Luego otro.

Y entonces me deslicé dentro de la cueva, con el corazón martilleando tan fuerte que ahogaba la tormenta detrás de mí.

Quinton

Cuando por fin tuve el valor de salir de mi despacho, encontré a Rebecca sentada en su escritorio, con los brazos cruzados sobre sí misma. Su cara aún estaba manchada por el llanto. Yo destruía a todo el que se me acercaba demasiado.

—Lo siento por lo de antes. —Suspiré y me pasé la mano por el pelo —. No quería hacerte daño. Pero esto - nosotros - nunca fue lo que esperabas. Te mereces a alguien que pueda quererte de verdad. — La miré a los ojos—. Y ese no soy yo.

Se estremeció, como si la sinceridad cortara más profundo que cualquier rechazo. Pero asintió con un movimiento entrecortado, casi incrédulo. Como si no estuviera acostumbrada a escuchar amabilidad de mi parte.

Y no lo estaba. Tenía mucho que compensar con casi todos.

Suspiré y me apoyé en el marco de la puerta. —Escucha, no reserves un vuelo esta noche. Se avecina una tormenta. Me iré mañana por la mañana.

Rebecca se quedó inmóvil. Demasiado inmóvil.

Una sensación incómoda se instaló en lo profundo de mi estómago.

Tragó con dificultad, su garganta trabajaba, y cuando finalmente se encontró con mi mirada, sus ojos estaban abiertos de par en par y asustados.

—Le he mentido a Grace —susurró.

Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Qué? —Mi voz sonaba inquietantemente tranquila. Una advertencia antes de la tormenta.

—Le dije que Emma estaba desaparecida —continuó Rebecca, atropellando las palabras, frenética y con sentimiento de culpa—. Que tú habías ido a las cuevas a buscarla.

La sangre me rugía en los oídos.

—¿Por qué? —pregunté, pero ya conocía la respuesta. Rebecca estaba enamorada de mí, y Grace era su competencia. *Jesucristo.*

—Estaba enfadada, dolida. Eso no importa ahora. Ella... ella fue tras de ti —balbuceó—. Solo quería asustarla, hacérselo pagar. No pensé...—

Me abalancé sobre ella y golpeé su escritorio con los puños. —¿No pensaste? —Mi voz era baja, pero la ira pulsaba en cada sílaba.

Rebecca palideció.

—Hay una tormenta, Rebecca —gruñí mientras cogía mi chaqueta—. Habrá mareas altas... esas cuevas se inundarán.

Su mano voló hacia su boca, el horror se dibujaba en su rostro. —Dios mío...

—Llama a la Guardia Costera —solté, ya en movimiento—. Voy tras ella. Y más te vale esperar que la alcance antes de que lo haga el mar.

Entonces corrí. A través de los pasillos, bajando las escaleras, irrumpiendo por las puertas delanteras hacia el viento aullador.

El granizo azotaba mi piel, el cielo se abría con truenos. El mar más allá de los acantilados se agitaba violentamente, las olas golpeaban contra las rocas. Grace se enfrentaba a eso por mí, por mi hija. A su

mayor miedo. Incluso en la tranquila playa de Santa Lucía, rodeada de amigos, no podía entrar en una cueva. Pero lo hacía por Emma.

Estaba ahí fuera. Por mi culpa. Por Rebecca. Por todo esto.

Mis piernas ardían, mi corazón martilleaba como una llamada a la batalla, a vencer a toda costa.

Aguanta, Grace. Simplemente aguanta.

Capítulo Veintiséis

Grace

La tormenta arañaba los acantilados del exterior, su aullido resonaba a través de la estrecha entrada de la cueva como una advertencia. La sal me quemaba la garganta y el olor penetrante del mar impregnaba el aire. Cada golpe de las olas hacía que el agua penetrara más profundamente en la cueva, lamiendo mis botas como si quisiera arrastrarme a las profundidades.

Di otro paso, con el corazón martilleando tan fuerte que dolía. La oscuridad bostezaba ante mí, infinita y hambrienta. Mis dedos temblaban cuando saqué el móvil y encendí la linterna. El pálido resplandor de la pantalla apenas cortaba las tinieblas.

Odiaba las cuevas.

El simple hecho de entrar hacía que mi pecho se tensara, mis pulmones trabajaban demasiado para cada respiración superficial. Los artículos que había leído tras la muerte de mis padres —sobre inundaciones repentinas y derrumbes de cuevas— se adherían a mí como una segunda piel. No podía dejar de imaginarlos atrapados allí solos, con el peso de la tierra sobre ellos mientras se ahogaban en la oscuridad.

Nunca pude despedirme. Nunca pude salvarlos.

—¡Emma! —Mi voz resonó, distorsionándose al rebotar hacia mí—. ¡Quinton!

Nada.

Solo el lejano rumor del agua y el goteo del agua marina desde el dentado techo.

Tragué para contener el pánico que me invadía y seguí avanzando, mis pasos resonaban más fuerte de lo que deberían. Las rocas estaban resbaladizas, irregulares, y cada paso se sentía como una apuesta.

Por favor, que estés bien. Por favor, que estés bien.

Me adentré más y el agua estaba fría y cortante en mis espinillas. La cueva se estrechaba, el techo descendía y me obligaba a agacharme. Mi pulso martilleaba, un redoble irregular en mis oídos. Sostenía el móvil en alto, el débil rayo de luz se deslizaba sobre la piedra e iluminaba fugaces destellos de algas y manchas de musgo resbaladizo.

No podía dar marcha atrás. No si existía la más mínima posibilidad de que estuvieran aquí dentro. Tenía que seguir adelante, por mucho que mi miedo me gritara que huyera.

Mi pie resbaló en una piedra suelta, mi tobillo se torció cuando me desplomé hacia un lado. El dolor ardió agudo y repentino a través de mi pierna, y el móvil salió volando de mi mano y se deslizó sobre las piedras.

Intenté cogerlo, pero rebotó una vez y luego desapareció bajo el agua que subía.

La luz se extinguió.

La oscuridad me devoró por completo.

—No, no, no —jadeé mientras gateaba a cuatro patas, mis dedos arañando inútilmente la piedra mojada. El agua volvía a crecer, helada e implacable, tirando de mi cuerpo como si quisiera arrastrarme bajo su superficie. Me empujó contra la escarpada pared de la cueva y me aplastó contra el suelo. El dolor explotó en mi tobillo. ¿Estaba roto? No tenía tiempo para preocuparme por eso.

Intenté ponerme en pie, pero mi pierna se negaba a moverse. No solo por el dolor. Estaba atrapada. Tiré, el pánico subiendo como bilis dentro de mí al darme cuenta de que mi pie estaba atrapado entre dos rocas.

Tiré con más fuerza, mi pecho subiendo y bajando, mi respiración saliendo en bocanadas rápidas y superficiales. Cuanto más tiraba, más profundamente se encajaba mi pie en la grieta.

Estaba atrapada.

Presioné una mano temblorosa contra mi boca y contuve un sollozo. No me importaba lo que me pasara a mí. Pero ¿y si Emma estaba en algún lugar más profundo de la cueva, sola y asustada? ¿Y si Quinton estaba herido, sangrando y la inundación llegaba antes de que él pudiera salir?

No podía perderlos. No podía perder a más personas a las que quería.

—¡Ayuda! —grité, mi voz quebrada desgarrando mi garganta—. ¡Por favor! ¡Alguien tiene que ayudarme!

La cueva no respondió.

El único sonido era el implacable ascenso de la marea, que subía centímetro a centímetro.

Quinton

La tormenta azotaba los acantilados como un ser vivo, arrastrando el mundo con furia implacable. El agua salada golpeaba mi rostro, pero apenas la sentía. Mi pulso ahogaba el sonido de las olas, la sangre martilleaba en mis oídos mientras corría hacia la entrada de la cueva.

Está ahí dentro. Grace está ahí dentro.

El pensamiento me atravesó, afilado e implacable. No podía perderla. A ella no. No después de todo lo sucedido.

Me sumergí en la cueva, mi pecho subía y bajaba, mis pulmones ardían mientras corría. El frío me mordía, el aire húmedo era espeso y pegajoso, con olor a sal y piedra mojada. La marea ya había comenzado a filtrarse, arremolinándose alrededor de mis botas y subiendo centímetro a centímetro con cada oleada del mar.

—¡Grace! —mi voz resonó por la cueva, áspera y desesperada—. ¿Dónde estás, Grace?

La única respuesta fue el incesante estruendo de las olas. Seguí avanzando, el agua chapoteando alrededor de mis piernas, la linterna de mi móvil trazando un estrecho sendero a través de la oscuridad. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho.

Y entonces...

—¿Quinton?

Su voz —pequeña, temblorosa— apenas se escuchaba por encima del rugido de la marea. Pero fue suficiente.

—¡Ya voy! —grité mientras tropezaba por las rocas dentadas siguiendo el sonido.

La encontré quizás a cien metros de la entrada, con el agua subiendo hasta las caderas, las manos apoyadas contra las rocas, mientras intentaba —sin éxito— liberarse.

—Grace —susurré mientras vadeaba por el agua helada para alcanzarla.

—Emma —jadeó ella con voz quebrada—. ¿Has encontrado a Emma?

—Está bien —dije arrodillándome junto a ella—. Nunca estuvo aquí. Rebecca mintió.

Todo el cuerpo de Grace se desplomó, escapándose de su pecho un suspiro tembloroso. —¿Mintió?

—Quería asustarte. No pensaba que vendrías aquí realmente. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Lo siento. Debería haberte protegido de ella.

Grace solo negó con la cabeza y tragó con dificultad. —Vete, Quinton. No puedes...

—No voy a dejarte atrás —espeté—. ¿Estás atrapada?

—Sí, mi pie. No sé cómo ha pasado. Hubo una ola ... Está atrapado entre dos rocas, y son demasiado pesadas para que pueda moverlas.

—Te sacaré de aquí —prometí, dándole mi móvil para que pudiera iluminar allí. Intenté ver a través del agua turbia, pero era difícil distinguir algo. Sumergí las manos y encontré la estrecha grieta donde su pie estaba atrapado.

Las rocas no se movían. Presioné con más fuerza, con los dientes apretados, pero apenas se desplazaron. Grace siseó de dolor, todo su cuerpo se estremeció cuando el movimiento sacudió su pierna.

El agua seguía subiendo.

—No tenemos tiempo —susurró ella, con lágrimas corriendo por su rostro—. Solo vete. Por favor.

—No —gruñí, con voz lo suficientemente afilada como para cortar—. No voy a dejarte morir aquí.

—Tú tampoco puedes morir aquí, Emma te necesita —dijo desesperada. Estaba en peligro y aun así seguía poniendo a mi hija en primer lugar. Dios mío, cómo la quería.

—Tengo que intentarlo —dije, mientras el miedo desgarraba mi pecho como un animal salvaje.

—Si voy a morir —balbuceó, agarrando mi mano—, necesito saber algo.

Me detuve, con la respiración atascada en el pecho. —Lo que sea.

Su labio tembló. —¿Por qué no me llamaste después de lo de Santa Lucía?

La miré fijamente, la confusión me inundó como una marea. —¿De qué hablas? Te dejé mi número.

Su rostro se contrajo, las lágrimas se mezclaron con el agua del mar. —Lo mojé. No podía leerlo más. Así que dejé el mío en su lugar. Puse una nota en la mesita de noche.

Mi estómago se hundió.

—No había ninguna nota —graznó y mi voz se quebró—. Cuando volví, el servicio de limpieza ya había pasado. Debieron tirarla.

Grace soltó un sonido desgarrador, un amargo sollozo que resonó por toda la cueva. —Pensé que no me querías.

—Pensé que me habías dado plantón. —Mi garganta ardía—. Pero yo quería más, Grace. Te quería a ti.

Sus dedos agarraron los míos, todo su cuerpo temblaba. —Yo también quería más.

Tomé su rostro entre mis manos, apartando el cabello mojado de su mejilla. —La herencia me da igual. Ya le he dicho a mi padre que no puedo casarme con alguien a quien no amo —Mi pecho se abrió, todo el dolor, todo el miedo fluyó de golpe—. No podría casarme con nadie que no fueras tú.

Sus ojos buscaron los míos, crudos y vulnerables. —Te quiero —susurró, con una voz tan frágil que casi me destrozó.

—Yo también te quiero —dije, con la voz ronca e insegura—. Y no voy a dejar que ninguno de nosotros muera aquí dentro.

Con renovada fuerza, respiré hondo y me sumergí bajo el agua.

El frío me golpeó como un puñetazo, intentando robarle oxígeno a mis pulmones, pero no me importó. Mis dedos se hundieron en la grieta, mis músculos gritaron cuando metí las manos en la hendidura. Las rocas rasparon mi piel, desgarrándola, pero presioné con más fuerza, mi corazón latiendo con el deseo de vivir.

No iba a perderla. No podía.

Con un último empujón desesperado, las rocas se movieron lo suficiente.

Salí a la superficie, jadeando por aire. —¡Inténtalo ahora!

Grace se mordió el labio, las lágrimas corrían por su rostro mientras liberaba su pierna. Gritó de dolor, su cuerpo se retorció cuando intentó moverse.

No lo pensé. Simplemente la agarré y la levanté en mis brazos, como si no pesara nada.

—Agárrate fuerte —graznó, apretándola contra mi pecho mientras tambaleaba de vuelta a la entrada de la cueva. El agua seguía subiendo, presionando contra mí, pero no me detuve. No me importaba.

No iba a perderla.

Grace

El mundo fuera de la cueva era un caos: el viento aullaba sobre los acantilados, la lluvia azotaba lateralmente como si fuera cristal roto. Pero se sentía lejano. Amortiguado. Como si estuviera bajo el agua, incluso después de que Quinton me hubiera sacado de la cueva hacia la tormenta.

No podía dejar de temblar.

El frío se clavaba profundamente en mis huesos, más allá de los músculos y la médula, hasta que ya no podía sentir mis dedos ni mover mis piernas. Todo dolía. Mi pie palpitaba al ritmo de mi corazón, pero incluso ese dolor se sentía distante. El entumecimiento se extendía por mi cuerpo como hiedra, enroscándose alrededor de mi columna, mis costillas, mi garganta.

Pero me aferraba a él. Enterré mi cara en la curva de su cuello, con mis brazos débilmente rodeando sus hombros. Me aferraba a él. Porque estaba viva. Porque había venido por mí. Porque no estaba sola.

—Te tengo —repitió una y otra vez, con la voz ronca y furiosa contra el viento—. Te tengo, Grace.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que mis lágrimas escocieron en la herida de mi mejilla, mezclándose con el agua salada y la lluvia que ya empapaba mi rostro. No podía parar. El dique en mi interior —ese que había construido piedra a piedra a lo largo de los años— finalmente se rompió. Cada miedo que jamás

había enterrado, cada dolor de corazón que me había obligado a sobrevivir, cada momento en que me había convencido de que no necesitaba a nadie... todo salió rugiendo.

—Pensé que iba a morir ahí dentro —sollocé, las palabras arrancadas de mi pecho como cristales—. Pensé que me ahogaría como mis padres. Pensé... pensé que todo se iba a repetir.

Quinton se detuvo. Cayó de rodillas en la arena, sujetándome todavía como si pudiera desaparecer. —Eso no eres tú —susurró mientras sostenía mi nuca—. Estás aquí. Estás a salvo.

No podía respirar. La tormenta de fuera no era nada comparada con la que rugía dentro de mí.

—Creí a Rebecca —logré decir entre ahogos—. Porque una parte de mí sigue pensando que la gente se va cuando ven demasiado. Y pensé que quizás eso había pasado. Que habías visto demasiado y te habías marchado, igual que Rupert. Igual que...

—Grace. —Su voz era suave pero firme, dándome un ancla—. No soy Rupert.

Las lágrimas vinieron con más fuerza, sacudiéndome desde dentro. —No me había dado cuenta de cuánto miedo tenía. No a morir. A necesitar a alguien. A necesitarte.

Y ahí estaba. La verdad más sincera que jamás había pronunciado en voz alta.

No se sobresaltó. No retrocedió.

Quinton simplemente me rodeó con sus brazos más fuerte y me acercó más a él. —Puedes necesitarme —dijo en voz baja—. Ya me tienes.

Eso me destrozó.

Sollocé sobre su hombro, de forma ruidosa, fea e incontrolada. Años de tristeza, miedo, rechazo y soledad brotaron de mí como un torrente. No podía detener el temblor, no podía frenar el pánico que seguía atravesando mi pecho, pero ya no tenía que ocultarlo. Ya no tenía que ser fuerte.

No con él.

Nos mecía suavemente, como quien tranquiliza a un niño, con su aliento cálido en mi pelo. —Está bien —murmuró—. Suéltalo todo. Estoy aquí. No voy a irme a ninguna parte.

Le creí.

De alguna manera, a través de la tormenta, el frío y el miedo, le creí.

Había sobrevivido a la peor noche de mi vida. Había ido al lugar donde vivían mis pesadillas, y había salido de nuevo. Viva. Amada. Vista.

No sabía qué traería la mañana. Pero esta noche, en los brazos de Quinton, me permití desmoronarme. Y por primera vez en mi vida, alguien se quedó.

Sostenía cada pedazo roto de mí como si importara. Como si yo importara.

Y lentamente, a través de los temblores y las lágrimas, empecé a creer que así era.

Luces intermitentes golpearon la playa en ráfagas de rojo y blanco, cortando la oscuridad como esperanza. La tormenta no había amainado, pero los servicios de emergencia habían llegado.

—¡Por aquí! —gritó Quinton con voz ronca, apenas audible por encima del viento.

Dos sanitarios corrieron hacia nosotros, chapoteando a través de la marea que lamía nuestras piernas. Estaban empapados, sus rostros marcados por la urgencia, pero sus movimientos eran eficientes, rutinarios.

—Está en hipotermia y se ha lesionado el tobillo —dijo Quinton rápidamente cuando llegaron hasta nosotros—. Necesitamos ayuda.

—Yo la cojo —dijo uno de ellos y me levantó cuidadosamente de los brazos de Quinton, mientras el otro desplegaba una gruesa manta térmica. Quinton dudó —solo por un momento— pero incluso cuando me ayudaron a tumbarme en una camilla, nunca soltó mi mano.

Alguien envolvió la manta alrededor de mis hombros y la ciñó a mi cuerpo. Al instante sentí calor contra mi ropa empapada, casi demasiado calor, y empecé a temblar violentamente cuando el contraste me golpeó.

—Está entrando en la fase de temblores, buena señal —dijo uno de los sanitarios—. Significa que su cuerpo está intentando regular de nuevo el calor.

Comprobaron mis signos vitales, me iluminaron los ojos con una linterna, presionaron sus dedos contra mi cuello y mi muñeca. Sus manos eran suaves, sus voces tranquilas. Solo les escuchaba a medias, porque Quinton seguía arrodillado a mi lado, con el rostro pálido y empapado, sus ojos fijos en los míos, como si no soportara apartar la mirada. Tenía sangre en las manos. La suya.

—Quinton.

—Estoy justo aquí —murmuró mientras elevaban mi tobillo—. No pienso irme a ninguna parte.

Alguien cortó la pierna de mi pantalón empapado con unas tijeras quirúrgicas. Me estremecí cuando el aire frío tocó mi piel, pero no protesté. Uno de los sanitarios examinó mi tobillo y frunció el ceño mientras presionaba alrededor de la hinchazón.

—También tienen que ocuparse de ti —le dije.

—No te preocupes por mí, estoy bien —insistió él—. Solo es un rasguño.

—No hay fractura —dijo el sanitario después de un minuto—. Pero es un esguince bastante feo. Vamos a vendar el tobillo y mantenerlo elevado. Tendrá que guardar reposo al menos un par de semanas.

—Genial —graznó mi voz, apenas audible.

—Han tenido suerte —añadió mirando alternativamente a uno y otro —. Los dos.

Miré a Quinton y mi garganta volvió a cerrarse. Sí. La palabra suerte ni siquiera se acercaba.

Los sanitarios trabajaron con eficiencia, envolviendo mi tobillo con vendas limpias y colocándome una férula estabilizadora. Querían cargarme en la ambulancia que esperaba para llevarme a la cabaña.

—No —dije aferrándome a la mano de Quinton, como si temiera que desapareciera en cuanto lo soltara.

—Estoy aquí —dijo él—. No me voy a ninguna parte.

Subió conmigo al vehículo.

Le miré. Su pelo se pegaba a su frente, sus mejillas estaban ásperas por el frío, pero sus ojos eran suaves e increíblemente tiernos.

—Me has salvado —susurré.

Negó con la cabeza. —Tú querías salvarme a mí. Yo solo llegué tarde.

—Has venido —dije, con la voz temblorosa—. Es todo lo que siempre he querido. Que alguien venga.

—Siempre vendré por ti —dijo apartando el pelo húmedo de mi cara —. Pase lo que pase.

Parpadee rápidamente mientras más lágrimas asomaban a mis ojos. —¿No te resulto demasiado agotadora?

Su expresión se quebró mostrando algo dolorosamente vulnerable. —Grace —dijo tomando mi rostro entre sus manos como si fuera algo precioso—. Tú lo eres todo.

Y entonces me besó.

Fue suave, lento, reverente. Nada exigente. Nada precipitado. Solo el calor de sus labios y la certeza en su contacto. Una promesa.

Cuando se apartó, nuestras frentes descansaban una contra la otra, nuestras respiraciones mezclándose en el silencio entre dos latidos.

Fuera, la tormenta empezaba a amainar.

Dentro, por fin me permití creer en algo duradero. En él. En *nosotros*.

Capítulo Veintisiete

Grace

La tormenta pasó dejando un cielo de un tono gris azulado violáceo cuando regresamos al albergue. Los sanitarios querían llevarme al hospital, pero me negué. Si lo hacían, me separarían de Quinton, y ese pensamiento era insoportable. Cedieron cuando Quinton les aseguró que haría venir a un médico al albergue y que me llevaría al hospital a la primera señal de problemas.

Mi ropa se pegaba a mí, completamente empapada, y mi tobillo palpitaba a pesar del vendaje que me habían puesto los sanitarios. Pero nada de eso importaba. Yo estaba viva. Quinton estaba vivo.

Y cuando atravesamos las puertas de entrada del albergue, Rebecca nos estaba esperando.

Estaba de pie junto a la chimenea, retorciéndose las manos, con la cara pálida y manchada de tanto llorar. La luz parpadeante de las llamas proyectaba sombras sobre su rostro, y por primera vez parecía pequeña. Sin fuerzas.

—Lo siento mucho —susurró con voz ronca. Se secó la cara, sus dedos temblaban—. N-no sé en qué estaba pensando. Nunca quise que realmente te hicieras daño, Grace. Yo solo... estaba enfadada y celosa, y...

Mi corazón martilleaba. La antigua Grace —aquella que se doblegaba para mantener la paz, que tragaba su propio dolor para aliviar el de los demás— la habría consolado. Le habría dicho a Rebecca que estaba bien, que podía entenderlo, incluso después de haber estado a punto de ahogarme en la cueva negra como la pez a la que ella me había conducido.

Pero esa versión de mí ya no existía.

Di un paso al frente e ignoré el dolor en mi pierna. —No fui más que una amiga para ti —dije con voz baja pero firme—. Te escuché. Te defendí. Y me lo pagaste mintiéndome y poniendo mi vida en peligro. —Mi pecho ardía, mi pulso martilleaba contra mis costillas—. Podría haber *muerto*, Rebecca. —Mi voz se quebró—. Quinton podría haber muerto intentando salvarme.

Rebecca se estremeció como si la hubiera golpeado. —Lo sé. L-lo sé. —Sus hombros se hundieron, sus palabras apenas un susurro—. Lo siento mucho. No espero que me perdone.

—No lo hago —dije, mientras mi corazón latía con fuerza—. Y no lo haré.

Quinton se colocó a mi lado, una presencia firme, incluso mientras sus ojos ardían de ira. —Estás despedida —dijo con una voz lo suficientemente afilada como para cortar piedra—. Pero si accedes a hacer terapia —terapia de verdad— te daré una referencia para otro trabajo. En algún lugar bien lejos de aquí.

La boca de Rebecca tembló, y asintió mientras las lágrimas corrían silenciosamente por su rostro. —Vale —susurró—. Lo haré. Lo prometo.

Me daba igual si lo hacía o no. Solo quería que desapareciera.

El sonido de pequeños pasos retumbó por el vestíbulo y, antes de que pudiera reaccionar, Emma se precipitó hacia nosotros y nos rodeó a Quinton y a mí con sus brazos en un abrazo fuerte y frenético.

—Pensé que no volveríais —susurró, con la voz amortiguada contra el costado de Quinton.

—Oh, cariño —susurré, mientras las lágrimas amenazaban con caer. Me arrodillé a pesar del dolor y la abracé con fuerza—. Siempre volveré a ti.

Sorbió por la nariz y se separó lo justo para encontrarse con mi mirada. —Siempre he deseado tener una mamá como tú —susurró, con su pequeño rostro abierto y sincero de una manera que me abrumó por completo.

Me quedé paralizada, con un nudo en la garganta. Miré a Quinton, mi corazón acelerado, pero él solo sonreía —una sonrisa suave y

reverente, como si nunca hubiera visto nada más hermoso. Como si estuviera orgulloso.

Abracé a Emma con más fuerza, el dolor en mi pecho estallando en algo enorme y abrumador.

—Osita —dijo Quinton, acariciándole la espalda a Emma—. Te ruego que vayas con tu niñera mientras Grace y yo nos refrescamos. ¿Te parece bien?

Asintió de mala gana.

—Estaremos contigo lo antes posible —le aseguré.

Después de que la niñera se llevara suavemente a Emma y el caos del día finalmente se asentara en el silencio tranquilo que sigue a la tormenta, Quinton me levantó de nuevo en sus brazos y me llevó a su suite.

—Tienes que quitarte esta ropa —murmuró, mientras cerraba la puerta tras nosotros con el pie—. Estás helada.

Lo estaba, pero no me había dado cuenta hasta que él lo dijo. Ahora que la adrenalina había disminuido, mi cuerpo temblaba sin control. Me depositó con cuidado en el borde de su cama y se arrodilló frente a mí.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja, sus dedos rozando el borde de mi camiseta mojada.

Asentí.

Me ayudó a quitarme la camiseta por la cabeza, con un tacto reverente, no apresurado. Su mirada nunca descendió más allá de mis ojos, a menos que estuviera buscando signos de dolor. Luego vino el sujetador deportivo, empapado y frío, y lo deslizó con tanto cuidado que me dieron ganas de llorar. Mi costado estaba completamente cubierto de moratones, y su mano se deslizó como un susurro sobre mi piel, como si quisiera sanarme él mismo.

Se detuvo, envolvió mi torso con una toalla caliente antes de bajar y quitarme las mallas y los calcetines, mientras murmuraba palabras de aliento.

—Estás a salvo —dijo en voz baja, como una promesa.

Cuando estuve desnuda, se levantó y cogió uno de sus pantalones de chándal y una camiseta gruesa de manga larga. Me ayudó a ponerme ambas cosas, guiando con cuidado mi pierna lesionada para no golpear mi tobillo. La ropa me quedaba grande, pero olía a él —cedro y ropa limpia y algo más cálido debajo que era simplemente Quinton.

Una vez vestida, se sentó a mi lado y tomó mi rostro entre sus manos. —Me has dado tanto miedo —dijo con voz quebrada—. Veía una y otra vez cómo el agua te arrastraba hacia abajo. No podía... — Se interrumpió, con la mandíbula tensa, como si se volviera más real si lo expresaba en voz alta.

—Estoy aquí —susurré, poniendo mi mano sobre su corazón—. Tú me has salvado.

—No —dijo él—. Tú me has salvado a mí. Lo has hecho desde el momento en que nos conocimos.

El médico llegó poco después —un hombre mayor de cabello plateado y ojos amables, a quien Quinton había llamado en el momento en que regresamos. Nos examinó a ambos frente al fuego, con paciencia y minuciosidad.

Mi tobillo estaba, como se sospechaba, gravemente torcido, pero no roto. Me reforzó el vendaje y me dio algo suave para el dolor.

—Descanso —aconsejó con firmeza—. Mantenga el tobillo en alto. Y nada de apoyarlo durante al menos una semana.

Quinton recibió una leve reprimenda por los cortes en sus manos y un músculo distendido en su hombro. Lo desestimó con un gesto, más concentrado en mí que en sí mismo.

Cuando el médico finalmente se marchó, Quinton regresó a mi lado y se sentó junto a mí en el sofá.

Más tarde, después de acostar a Emma, Quinton y yo nos sentamos junto al fuego en su suite. Me acurruqué a su lado, con su brazo rodeándome mientras sus dedos dibujaban suaves patrones sobre mi brazo.

Incliné la cabeza para mirarlo. —¿Estás realmente dispuesto a renunciar a tu herencia?

—No quiero a nadie más que a ti —dijo simplemente, como si fuera la verdad más evidente del mundo—. No voy a comprometer eso por nada. —Sus labios rozaron mi sien—. Quiero casarme contigo, Grace. Pero no voy a presionarte. Quiero hacer las cosas bien.

Me giré para mirarlo, con el corazón latiendo fuerte. —No puedo imaginar mi vida sin ti —susurré—. Pero... ¿y si no tuviéramos que elegir?

Quinton frunció el ceño. —¿A qué te refieres?

—Mi antiguo capitán atraca en la ciudad en Nochevieja —dije, precipitándome con mis palabras más rápido de lo que podía pensarlas—. Él puede casarnos. —Tragué saliva, con nerviosismo pulsando en mi pecho—. Sé que esto es al revés, y ni siquiera me has pedido matrimonio, pero... no quiero que pierdas todo por lo que has trabajado. Y no quiero pasar ni un día más sin ser tu esposa. La vida es demasiado corta, y he esperado por ti durante demasiado tiempo.

Quinton se quedó callado, la luz del fuego proyectaba un resplandor dorado sobre su rostro.

No habló.

Mi estómago se hundió mientras el pánico crecía en mí como una marea fría. —O podemos esperar —me apresuré a decir, con el pulso acelerado—. Está bien. Solo pensé que quizás...

Me sujetó la cara entre sus manos y me besó tan profundamente que me quedé sin aliento.

Cuando se apartó, con su frente apoyada contra la mía, sonrió. —Solo desearía haber podido hacer una proposición como es debido —susurró.

Tomé su rostro entre mis manos mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. —Podemos llamar a esto la pre-propuesta de matrimonio —sonreí a través de mis lágrimas—. Y ya te digo que sí.

Me besó de nuevo y me abrazó fuerte, como si nunca tuviera intención de soltarme.

Y supe con absoluta certeza que nunca lo haría.

Capítulo Veintiocho

Grace

La brisa salada revoloteaba por mi pelo mientras cojeaba por la cubierta observando las filas de sillas cubiertas con lienzo blanco. El barco se mecía suavemente bajo mis pies, el suave chapoteo del agua contra el casco formaba un ritmo constante bajo el leve murmullo de las conversaciones.

La cubierta se había transformado. Luces centelleantes bordeaban las barandillas proyectando un cálido resplandor dorado contra el cielo azul oscuro. Ramos de flores —delicadas rosas blancas y ramas de pino— adornaban el arco bajo el cual intercambiaríamos nuestros votos. Y un pequeño cuarteto de cuerdas afinaba sus instrumentos cerca de la barra, los suaves tonos flotaban en el fresco aire de diciembre.

Era perfecto.

Y sin embargo, no podía dejar de inquietarme.

—Estas sillas están un poco demasiado cerca del pasillo —murmuré, agachándome —tan elegantemente como pude con un soporte alrededor de mi hinchado tobillo— para ajustar uno de los arreglos florales fijados al final de la fila de asientos. El pequeño ajuste no cambió mucho, pero aun así me hizo sentir mejor.

Una mano se posó en mi hombro. —Grace, en serio —susurró Katie, mi antigua compañera del barco. Todavía tenía la misma sonrisa de bordes afilados, pero sus ojos se suavizaron mientras apretaba mi brazo—. No trabajas el día de tu propia boda. Siéntate. Bebe algo con burbujas. Deja que alguien más se encargue de las sillas por una vez.

Me enderecé y alisé mi vestido —una sencilla y fluida prenda blanca que se deslizaba sobre mis caderas y rodillas amoratadas. Quinton había usado su nombre, su reputación y más dinero del que quería imaginar para hacer que enviaran mi vestido de novia desde Nueva York—. Lo sé. Lo sé. Es solo que... no estoy acostumbrada a... no hacer nada.

Katie resopló. —Sí, claro —me dio la vuelta y me empujó suavemente hacia la parte trasera de la cubierta, donde los hermanos de Quinton reían cerca del bar y Emma giraba como un pequeño copo de nieve con su vestido de dama de honor.

—Ve y cásate —dijo Katie con ojos brillantes—. Nosotros nos encargamos del resto.

Encontré un sitio donde sentarme en el interior y esperé impacientemente a que nuestros invitados tomaran asiento para

poder casarme. Había conocido brevemente a los padres de Quinton antes. Su padre era intimidante. Su madre era adorable.

Como el capitán oficiaba la ceremonia, no tenía a nadie que me llevara por el pasillo. Jugueteé nerviosamente con mi ramo y me dije a mí misma que no importaba.

—¿Grace?

Levanté la mirada y vi a Chris asomándose tímidamente por la puerta.

—Hola, ¿qué pasa? —pregunté, esperando que no hubiera ocurrido nada malo.

Entró arrastrando los pies. —He oído que no tienes a nadie que te lleve por el pasillo y... mira, si esto te parece presuntuoso por mi parte, olvidemos que esto ha ocurrido jamás, pero nunca tuve una hija propia y, bueno, si la hubiera tenido, habría esperado que fuera como tú.

Parpadeé para contener las lágrimas e intenté no arruinar mi rímel. —Chris... sería un honor para mí.

Se aclaró la garganta tratando de ocultar también sus emociones. —Bueno, entonces eso está resuelto. —El cuarteto de cuerda empezó a tocar—. Creo que esa es nuestra señal.

Me mordí el labio mientras mi corazón latía aceleradamente. Chris extendió su brazo y me ayudó a ponerme de pie. Cuando salimos de

la habitación y entramos en cubierta, la multitud se volvió hacia nosotros. La familia de Quinton ocupaba un gran espacio y estaba sentada en su lado de las sillas. Pero mi lado estaba mucho más lleno de lo que había esperado. Todos mis antiguos compañeros del barco estaban allí, pero también gente del albergue. Jake, Izzy, incluso Marcus había subido a bordo para apoyarnos.

Mi mirada se posó en Quinton.

Estaba de pie bajo el arco, con su traje negro perfectamente a medida y una única rosa blanca prendida en la solapa. Las luces de cadena brillaban a su alrededor, iluminando los rasgos afilados de su rostro y la calidez de sus ojos oscuros.

Me observaba.

Como si nada más existiese en el mundo.

Me quedé sin aliento.

—Vale —susurré—. Estoy lista.

La ceremonia se difuminó en una niebla de emociones tan grandes que apenas podía comprenderlas.

El Capitán Murray —el mismo capitán que me había formado, que me había visto reconstruir mi vida después de perderlo todo— oficiaba la ceremonia con una voz enronquecida por los años en el mar. Emma esparcía pétalos por el pasillo, con una sonrisa tan amplia que parecía partir su cara en dos. Y Quinton me deslizaba el

anillo en el dedo con manos firmes y cuidadosas, como si apenas pudiera creer que yo fuera real.

—No pensé que volvería a tener una oportunidad para el amor —dijo con voz quebrada mientras pronunciaba sus votos—. Pero entonces te conocí, y tú hiciste imposible no tener esperanza. Te amo, Grace. Y prometo pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Cuando el capitán Murray nos declaró marido y mujer, yo ya estaba llorando.

Y cuando Quinton me besó —mientras sostenía mi rostro como si fuera algo precioso, con sus labios cálidos y reverentes contra los míos— todo el barco estalló en vítores.

Justo cuando el reloj marcó la medianoche, los fuegos artificiales explotaron en el cielo sobre el puerto, bañando el mundo en franjas de oro y plata.

Quinton me abrazaba con fuerza, su frente apoyada contra la mía, mientras las explosiones se reflejaban en sus ojos.

—Lo hemos conseguido —susurró con voz ronca.

Asentí, con el pecho tan lleno que pensé que podría estallar. —Lo hemos conseguido.

Y por primera vez en mi vida, me permití creerlo.

Por fin estaba en casa.

Un año después

La luz de los faroles parpadeaba en la barandilla de la terraza, proyectando destellos dorados y ambarinos sobre la madera pulida. Las risas ondulaban en el aire, el tintineo de las copas se mezclaba con el lejano rugido de las Cataratas Victoria. Queríamos ir a algún lugar cálido para nuestro aniversario, y con los Sullivan Lodges a nuestra disposición por todo el mundo, teníamos libertad para elegir entre lugares asombrosos.

Zambia era uno de los lugares en mi lista de deseos, y uno de los pocos que no pude visitar durante mi época en los cruceros. Quinton lo había organizado todo, pero cuando sus hermanos se enteraron de nuestro viaje, rápidamente se convirtió en unas vacaciones familiares, incluyendo a la madre y al padre de Quinton.

El aroma del jazmín silvestre me envolvía, dulce y embriagador, pero ni siquiera este paraíso podía calmar la tormenta que bullía en mi pecho.

Deslicé mi dedo por el borde de mi copa, la condensación suave contra mi piel. Agua con gas. No había tocado el champán en toda la noche, pero nadie lo había notado —no con el caos de la familia Sullivan en pleno apogeo.

Emma pasó corriendo, su vestido blanco de verano captando la luz de los faroles mientras corría descalza por la terraza. Jewel, la mayor de Britt y Porter, la perseguía, seguida por una manada de primos pequeños que chillaban. Los rizos de Emma rebotaban salvajemente, su cara enrojecida y radiante, y mi corazón se apretó tan fuerte que casi dolía.

Debería habérselo dicho a Quinton hace mucho tiempo. Lo había intentado innumerables veces, pero cada momento parecía demasiado ruidoso, demasiado abarrotado, demasiado... grande. Era algo que quería decirle cuando estuviera lo suficientemente cerca como para sentir el temblor en mis manos. Lo suficientemente cerca para ver exactamente el momento en que lo entendiera.

—¿Por qué pareces estar intentando resolver un enigma?

Mi corazón dio un vuelco, y me giré... y allí estaba él.

Quinton estaba allí, con la luz de la luna adherida a su piel, la camisa medio desabrochada y arrugada, como si hubiera estado peleando con uno de los niños. Se podía ver el tatuaje de la Osa Menor que tanto me gustaba. Tenía el pelo revuelto, una sombra de cansancio bajo sus ojos, pero esa sonrisa torcida tan familiar tiraba de sus labios. Esa que todavía hacía que mi corazón se sobresaltara, incluso después de un año de matrimonio.

Hizo chocar suavemente su copa con la mía. —¿Una noche dura? —preguntó con voz baja y juguetona.

Se me hizo un nudo en la garganta. Eso fue lo primero que me dijo jamás. Santa Lucía. El bar. La noche que lo cambió todo.

—¿Déjà-vu? —logré articular, con la voz apenas un susurro.

Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre las rodillas, tan cerca que nuestras piernas se tocaban. —Tal vez —dijo, con los ojos brillando en la tenue luz—. O tal vez simplemente me gusta ligar con mi mujer en los bares.

Me reí, pero sonó quebradizo. Quería agarrar su cara, soltarlo todo de golpe, pero mi valor vacilaba. Este hombre ya había cambiado toda su vida por mí. Había renunciado a su herencia —aunque no se quedó así. Pero lo había dicho en serio. Había construido algo nuevo, me había llevado en brazos literalmente a través de aguas crecientes. ¿Qué egoísta sería imponerle algo tan enorme, justo aquí, en medio de todo?

Todo el clan Sullivan estaba disperso por la terraza: Slater y Zora vigilaban a los niños con sonrisas idénticas, Grant y su mujer bailaban lentamente cerca del bar, el resto de los hermanos discutían sobre quién sería el primero en avistar animales salvajes con los prismáticos.

Era demasiado. Demasiado ruidoso.

Pero era hogar. Porque donde estaba Quinton, eso era lo que él traía consigo.

Slater se puso de pie y levantó su copa. —Por la familia —dijo, su voz áspera cortando el ruido—. El único legado que realmente importa.

Comenzó la cuenta atrás hacia el Año Nuevo, todos se unieron.

—Diez.

Nos habíamos casado a medianoche.

—Nueve.

Nuestro primer año de matrimonio había sido la mejor aventura.

—Ocho.

Yo seguía coordinando eventos, pero ahora era en todos los alojamientos Sullivan por todo el mundo, que Quinton ahora poseía completamente, desde que Slater se había jubilado.

—Siete.

Mi mayor alegría era pasar tiempo con Quinton y Emma.

—Seis.

Ahora me llamaba 'mamá', y era el mayor regalo que había recibido jamás.

—Cinco.

Miré a mi alrededor a mi nueva familia, que me había recibido con los brazos abiertos.

—Cuatro.

Ya no estaba sola.

—¡Tres!

Tenía algo permanente. Un hogar. Amor.

—Dos.

Y pronto, nuestra familia crecería.

—Uno.

Los fuegos artificiales explotaban en el cielo, floreciendo en estallidos de plata y oro. Quinton me ofreció su copa de champán, las burbujas borboteaban. —Toma —murmuró—. Brindis de medianoche.

No la cogí. No podía. Mis dedos se encogieron en mi regazo, mi corazón golpeaba contra mis costillas.

—Yo... no puedo —susurré.

Él parpadeó y bajó la copa. Su frente se arrugó, ese destello de preocupación que conocía tan bien le tensó la boca. —¿Grace?

Agarré su mano, mis dedos temblaban. Las palabras se atascaban en mi garganta, tan enormes que apenas cabían en mi pecho. Pero este era Quinton. Mi Quinton. Podía decirle cualquier cosa.

Tragué saliva. —Estoy embarazada.

El mundo desapareció. Los fuegos artificiales se desvanecieron hasta convertirse en un crepitar lejano, la música se difuminó, y todo lo

que veía era a él.

La copa se deslizó de sus dedos, olvidada, mientras su boca se abría por la sorpresa. —¿Estás...?

Asentí, las lágrimas aflorando a mis ojos. —¿Crees que Emma se alegrará? —Mi voz se quebró—. ¿De tener un hermanito? No quiero que se sienta desplazada. Es mi hija, independientemente de los lazos de sangre.

Su nuez de Adán se movió, y entonces tomó mi rostro entre sus manos, que temblaban. —¿Alegrarse? —graznó con la voz entrecortada—. Grace, antes siempre me suplicaba tener un hermanito. Estará encantada.

El alivio me golpeó con tanta fuerza que casi sollocé, y me besó —justo allí, con fuegos artificiales explotando sobre nosotros, igual que en nuestra noche de bodas, y el albergue lleno de personas que nos querían.

—¿Eres feliz? —pregunté. No me refería solo a las noticias.

—Pensaba que no podía ser más feliz, pero acabas de hacer que sea posible. —Puso su mano sobre mi vientre, donde crecía nuestro hijo.

Nada dura para siempre. Excepto que sí lo hacía. Un amor como este nunca podría irse o morir. Seguía resonando, de una generación a la siguiente. Y Quinton y yo teníamos toda la vida para demostrarlo.

Suscríbete a mi *newsletter* y recibe el capítulo extra de «Una Noche: Entre el pasado y el deseo»:
www.anna-may.de/es

Descubre toda la serie «Juegos de boda del padre»:
https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ

Gracias

Gracias por comprar y leer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si te ha gustado, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Si quieres leer los otros libros de la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon:

https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

Con mucho cariño,
tu Anna